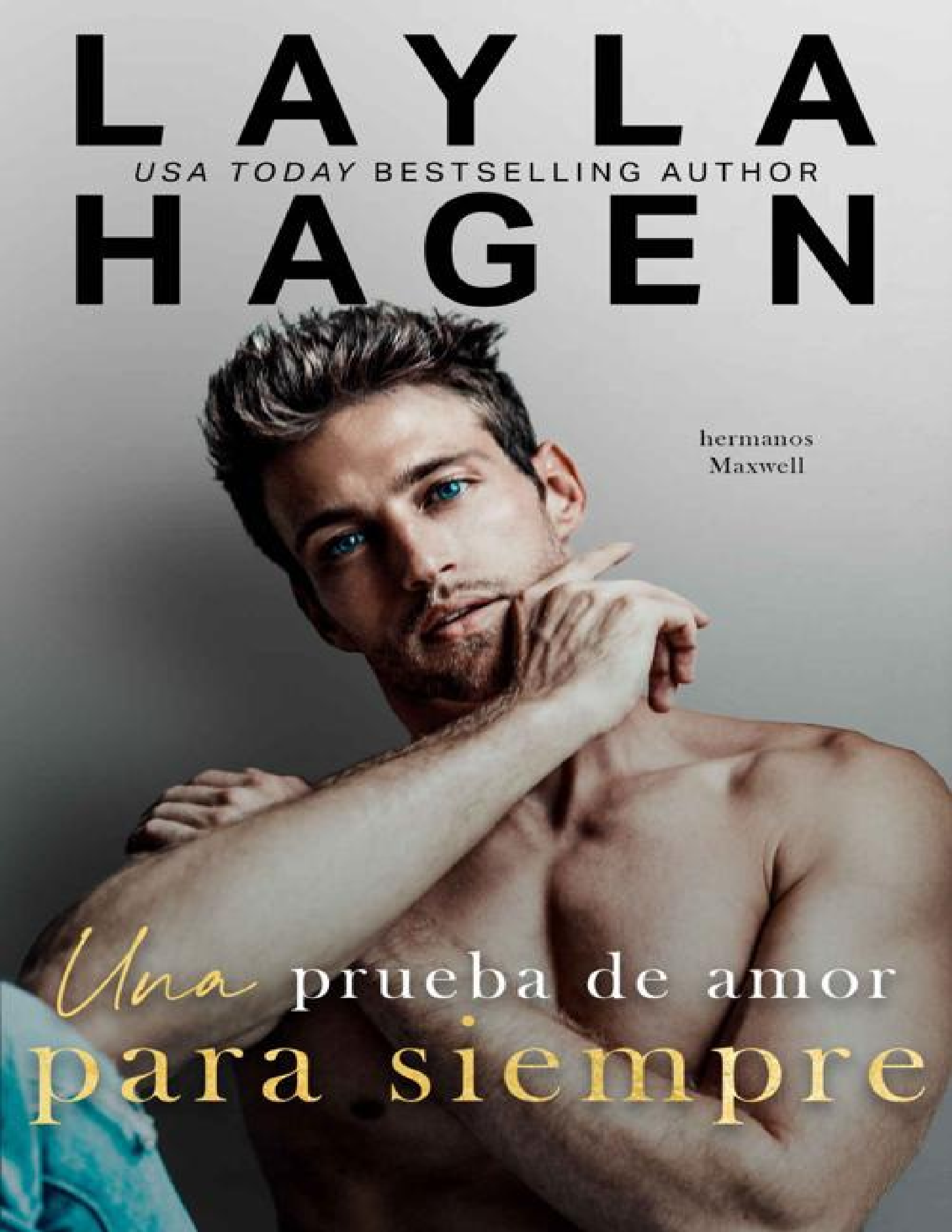


LAYLA USA TODAY BESTSELLING AUTHOR HAGEN

hermanos
Maxwell



Una prueba de amor
para siempre

Una prueba de amor para siempre
Declan & Liz ~ Los Hermanos Maxwell
Libro 3
Layla Hagen

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Declan

Esta mujer va a acabar conmigo, pensaba acostado en la cama, a las dos de la mañana, mientras escuchaba la música de mi vecina. Aunque Elizabeth Watson, Liz, no era mi vecina propiamente dicha, sino que alquilaba la casa de huéspedes de mi finca. Necesitaba urgentemente encontrar un resquicio legal para romper el contrato, porque las noches de insomnio ya estaban haciendo mella en mí.

Me levanté y me puse unos vaqueros y una camisa antes de bajar las escaleras. Había tenido un día duro. El esposo de una clienta estaba jugando sucio en su proceso de divorcio, y me tuve que quedar despierto hasta tarde preparando el caso contra el muy gilipollas. Le había prometido a mi clienta que lograría el mejor trato posible, y estaba decidido a lograrlo. Nunca hacía una promesa que no pudiera cumplir. Y ese era uno de los motivos por los que era el abogado más solicitado de Chicago.

Mi trabajo traía aparejadas un montón de responsabilidades, que contrarrestaba relajándome cuando llegaba a casa.

Pero mi vecina me lo estaba haciendo imposible. ¿Por qué tendría que poner la música tan alta?

Crucé el jardín hasta la casa de huéspedes. Cuando llegué a la puerta, llamé con fuerza un par de veces y luego esperé.

La mujer que me vendió la propiedad puso como condición que permitiera a Liz seguir viviendo en la casa de huéspedes hasta que su contrato terminase, cinco meses más tarde. Si acepté fue solo porque la casa me encantó.

En cuanto mi madre la vio, me dijo que era un lugar perfecto para una familia con niños. Pero eso era lo último en lo que pensaba cuando la compré. Por mi trabajo de abogado, había visto suficientes divorcios como para saber que la mayoría de los matrimonios no eran tan felices como el de mis padres. Compré esa casa porque me gustaron el barrio y su estilo arquitectónico. Con seiscientos metros cuadrados era una casa enorme, pero me encantaba tener mi espacio.

Mi padre dijo que a mi sobrina le gustaría. Tenía razón. Paisley se quedó prendada de la casa, y podría ir cuando se le antojase, al igual que mis cinco hermanos. Me encantaba tener a mi familia cerca. Me hacían mantener los pies en la tierra.

Liz no contestó. Volví a llamar aún con más fuerza para que me oyese. Esa vez sí abrió la puerta. Llevaba una camiseta roja de tirantes, el cabello rubio recogido en una cola de caballo y las sienes y el cuello perlados de sudor. Estaba preciosa. En efecto, me fijé en ella.

—Hola, Liz —dije en tono sereno.

—Hola, Declan —respondió—. Espero que no estés aquí para quejarte otra vez por la música.

—¿Qué otro motivo podría tener para llamar a tu puerta a las dos de la madrugada?

Liz se cruzó de brazos, con gesto desafiante:

—Pues no sé, tú dirás.

—Ya hemos hablado antes de este tema —le dije, obligándome a mirarle a los ojos y a no desnudarla con la mirada.

—Estoy haciendo ejercicio. Necesito música, y tampoco está tan fuerte.

—Entonces, ¿cómo es que la oigo desde mi habitación?

—Bailar me relaja —replicó, con los brazos en jarras. Estaba ignorando mi pregunta y desviando el tema. Era una táctica que había visto mil veces en los tribunales.

—¿Sabes qué me ayuda a *mí* a relajarme? Dormir toda la noche.

Liz se echó las manos a la cabeza:

—Oh, Declan. Ya hemos hablado de esto un par de veces.

—Lo sé.

—Ya *no* pongo la música tan fuerte.

—Tienes que bajarla aún más.

Liz era un hueso duro de roer. Estaba acostumbrado a que mis oponentes se acobardaran con mi mera presencia en el tribunal, pero a ella no se la veía en absoluto afectada. De hecho, parecía estar disfrutando.

—Ya te he dicho que me gustaría tener contigo una relación cordial —le dije.

—Sí, supercordial. Por eso te presentas en mitad de la noche en mi casa. No tendrás la esperanza de que te invite a pasar, ¿verdad?

—Solo quiero dormir.

Logré decir esas palabras con serenidad, a pesar de que por dentro sentía todo lo contrario. Necesitaba dormir. Tenía un caso muy importante a finales de esa semana, y debía estar en plena forma para afrontarlo. Me tomaba todos los casos muy en serio, y siempre me entregaba al cien por cien a mis clientes.

Liz me miró como si no fuese más que una broma. Era exasperante. Y demasiado sexy.

Ya llevaba un tiempo sin tener ninguna cita, y estaba acumulando unos niveles peligrosos de tensión sexual. Verla con esa ropa deportiva ajustada hizo volar mi imaginación, y se me empezaron a ocurrir varias alternativas de cosas que podría hacer para relajarse.

Liz

Me divertía verlo tan molesto. Me preguntaba cómo podía vivir con un palo siempre metido en el culo. Le supuraba la tensión por los poros. Por más idiota que fuese, no podía negar que también era increíblemente atractivo.

Tenía los músculos más vigorosos que jamás hubiese visto, y sus ojos azules parecían de otro mundo de lo *intensos* que eran. Pude sentir cómo un rubor me subía por el pecho y un calor que me dio ganas de abanicarme, si bien es probable que Declan lo atribuyese a los enérgicos movimientos de cardio que estaba haciendo durante mi entrenamiento de baile.

—Pues no se me ocurre cómo solucionar esto —le dije—. Me gusta bailar cuando vuelvo del trabajo, y nos separan un enorme jardín y dos ventanas.

—Cómprate unos auriculares —replicó con esa voz grave y rica en matices, y que parecía aún más sexy por la noche.

Era la tercera visita nocturna que recibía esa semana. La música no estaba alta. Para comprobarlo, salí de la casa después de ponerla y solo se escuchaba un murmullo. No tenía ni idea de cómo podía escucharla *a través* de la ventana cerrada. Declan se pasó una mano por el pelo, ya despeinado.

—Cómprate tú unos tapones para los oídos —respondí con una sonrisa zalamera, pero luego decidí ceder y ondear la bandera blanca. El trabajo me había dejado derrengada, y no tenía fuerzas para seguir discutiendo con él:

—Te prometo que bajaré el volumen aún más. ¿Estás conforme?

—Gracias. Que tengas una agradable noche —se despidió antes de darse la vuelta y marcharse.

¿Que tengas una agradable noche? ¿Quién habla así? Siempre sonaba muy formal. Pero claro, era abogado. Imaginaba que la formalidad formaba parte del oficio.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, y tras un suspiro cogí el teléfono, bajé un poco el volumen y comencé a menear de nuevo las caderas. Aunque estaba agotada, necesitaba liberar tensiones cuando volvía del trabajo.

Me había mudado a Chicago desde un pueblecito de Illinois, Sunnyvale, para cumplir mi sueño: abrir una pastelería. Pero para poder lograrlo, tenía que buscarme la vida para ir acumulando ahorros. Tenía dos trabajos y medio: de ocho a doce de la mañana trabajaba para una empresa de *catering*. De una a cuatro, en ocasiones ayudaba en la misma empresa a preparar eventos. Y de seis a doce trabajaba como camarera en un bar finolis en el que daban unas propinas increíbles.

Mi rutina de sueño era una locura, pero bueno, tenía que hacer lo que hiciese falta para alcanzar mi objetivo.

Alquilé la casa siete meses atrás, cuando me mudé a Chicago. Mi casera era Helen, una anciana de lo más adorable que me recordaba a mi madre. Era charlatana y encantadora, y le encantaba la repostería. La casa de huéspedes no era ni por asomo tan grande como la casa principal, y parecía haber sido un añadido posterior.

La casa grande, donde vivía el insufrible cabezota de mi nuevo casero, fue construida en la década de 1900, y la escalera del porche parecía sacada directamente de un cuento de hadas. El porche en sí estaba abalconado, y las ventanas tenían tallados intrincados diseños.

La casa de huéspedes era pequeña y moderna, con un dormitorio y una cocina grandes. Me encantaba. Estábamos en Gold Coast, uno de los barrios más caros de Chicago, y el alquiler

estaba tan por debajo del valor de mercado que al principio desconfié. Cuando le pregunté a Helen por el precio, insistió en que solo quería que alguien viviera allí porque una casa vacía se va deteriorando.

En cuanto me mudé me di cuenta de que Helen quería compañía. A menudo esperaba por la noche a que volviese del trabajo. No le importaba que bailase, aunque quizás no tuviese el oído tan fino como Declan. Nos solíamos quedar charlando hasta las tantas, y ella me hablaba de su juventud y su familia.

Por desgracia, mi dulce Helen enfermó unos meses después de mi mudanza. No tenía familiares cercanos, por lo que un buen día me informó de que se mudaba a una residencia de ancianos. Me quedé en *shock*. También me dijo que iba a poner la casa en venta pero que no me preocupara, que cuidaría de mí.

Y entonces ese tirano tan exasperante como atractivo compró la casa.

No se mudó hasta la semana anterior, y estuvo un par de meses haciendo reformas.

Helen insistió en que era un hombre dulce de una familia muy conocida en Chicago, pero a mí me parecía que siempre estaba de mal humor. Quizás fuese yo la que le sacaba ese lado. Fiel a su palabra, Helen vendió la casa con la condición de que me permitiera seguir viviendo allí *por el mismo precio*. Era una verdadera ganga. Podía soportar a un vecino conflictivo si eso suponía alcanzar mi sueño antes. No era tan difícil. Había pasado por situaciones duras, y sabía lo que era pasarlo mal.

Sin darme cuenta me toqué la cicatriz del abdomen, que siempre me recordaría al pasado.

Cuando terminé con mi rutina de baile, me desplomé en el sofá. El problema de trabajar hasta tan tarde era que al salir tenía demasiada adrenalina como para dormir, pero más me valía hacerlo porque en cinco horas estaría de nuevo levantada y en marcha.

El otro problema de tener unos horarios tan extraños era que estaba despierta mientras todos dormían. No podía escribirle a mis amigos, mi hermana o mi madre. Todos estaban en Sunnyvale. Mi madre se estaba quedando una temporada con mi hermana, que acababa de dar a luz a la niña más bonita del mundo. Cuando fui a conocerla, me costó volver. Extrañaba tanto a mi familia que me dolía el pecho.

Pensar en ellos me hizo recordar algo... A veces mi hermana estaba despierta de madrugada para darle de comer a mi sobrina. Cogí el teléfono y le pregunté en un mensaje si estaba despierta.

Liz: ¿Cómo va la mejor mamá del mundo?

Es probable que estuviese dándole de comer al bebé, porque me respondió de inmediato.

Rose: Ahí vamos, aguantando. Te echo de menos.

Liz: Ohh, yo también te extraño.

Rose: Y tú, ¿cómo llevas esos horarios de locura?

Liz: Ya me voy acostumbrando. ¿A que no sabes quién acaba de presentarse en mi puerta?

Rose: ¿Un alto y apuesto desconocido que quiere meterte en su cama?

Casi se me cayó el teléfono de la risa que me entró.

Liz: Casi. Sí que era alto y apuesto. Era el buenorro e insufrible de mi casero.

Rose: Cuenta, cuenta.

Liz: Ha venido a quejarse otra vez por la música.

Rose: Vaya, y yo que pensaba que me tenías preparada una historia tórrida.

Volví a reírme. Rose no hablaba del todo en broma. Buscó a Declan en Internet, y declaró que estaba tan buenorro como para que estuviese justificado abalanzarse sobre él si me hacía otra

visita vespertina. Cuando le conté que Helen vendía la casa, Rose se puso de inmediato a investigar y me puso al día sobre la historia de los Maxwell. Mi hermana era muy meticulosa.

Liz: Siento decepcionarte. No hago más que trabajar. No tengo tiempo para divertirme. Y con mi insoportable aunque sugerente casero, menos aún.

Rose: Tienes que darle al cuerpo un poco de diversión de vez en cuando. Hay que tener equilibrio en esta vida.

Liz: Por eso bailo :-)

Sabía lo que mi hermana quería decir. Estaba matándome a trabajar, pero sería algo temporal. Quería ahorrar todo lo posible antes de abrir mi pastelería, algo que podría ocurrir cualquier día, en cuanto mi agente inmobiliario diese con el local perfecto. Porque una vez que estuviese abierta, me enfocaría en ella al cien por cien. Como tardaría un tiempo en ser rentable, tenía que acumular cuanto más efectivo mejor.

Rose: Si después de bailar te siguen sobrando energías, tal vez deberías hacerle una visita al casero.

Liz: Te está afectando eso de levantarte de madrugada para darle de comer al bebé, Rose. Vete a dormir.

Rose: Jeje, tu linda sobrina es mi jefa y dice que nanai. Pero tú sí que tienes que acostarte. Que duermas bien. Te quiero.

Liz: Yo también te quiero.

Seguía riéndome mientras me preparaba para ir a la cama. Rose siempre había tenido una imaginación muy vívida, pero quedarse despierta hasta tarde espoleaba su creatividad.

¿Era mi casero tremendamente sexy? Sí.

¿Estaba completamente fuera de discusión el abalanzarme sobre él? Vaya que si lo estaba.

Tendría suerte si Declan no terminaba desahuciándome. Era abogado, por lo que era probable que encontrase una manera de anular el contrato que Helen le hizo firmar. Le veía capaz de hacerlo.

Capítulo Dos

Declan

Al día siguiente, en la oficina, estaba agotado. Me costó conciliar el sueño tras la conversación con Liz. Tenía que hacer algo al respecto, pero tendría que esperar porque mi prima Reese estaba de visita.

Tenía cinco hermanos, y dos primas por parte de padre. Para nosotros, Reese y Kimberly eran como dos hermanas más. Yo era el mayor y, con los años, me pusieron el apodo de “la voz de la razón”. Me gustaba.

La familia Maxwell era conocida en Chicago porque mis abuelos, y luego mis padres, dirigieron la exitosa cadena de librerías Maxwell hasta que la vendieron hace ya muchos años. Mis hermanos y yo seguimos nuestros propios caminos en lo profesional, al igual que Reese y Kimberly. La venta del negocio familiar nos dejó a todos una considerable suma de dinero, suficiente como para que ninguno de nosotros tuviera que trabajar si no quería. Pero no éramos de esos. Nosotros, los Maxwell, éramos industrioses y estábamos en lo más alto de nuestros respectivos campos.

Llevaba tiempo sin ver a mi prima. Reese había estado visitando a su hermana en Francia, y noté que tenía mejor aspecto que antes de su partida. Había pasado por un momento difícil, a raíz de que su exnovio le fuese infiel con su mejor amiga. Desde entonces su ex había sido un grano en el culo, pero todos estábamos a su lado para apoyarla y ayudarle a superar la crisis.

Es probable que yo fuese el que conocía más detalles de la historia. Bueno, salvo por Luke, que era el más cercano a nuestras primas.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien —le dije—. Gracias por venir a visitarme.

—Te he echado de menos. No solo a ti, a todos. Francia es genial, pero se me ha hecho difícil estar lejos de la familia.

—Gracias por hacerme sentir especial —bromeé.

—Oye, sabes que lo eres.

—¿Por qué no ha venido Kimberly contigo?

Mi otra prima vivía en París y trabajaba para una agencia de viajes. Visitaba los Estados Unidos varias veces al año, pero no esperábamos que acompañase en esta ocasión a Reese.

—Tiene aún más *jet lag* que yo y ha decidido quedarse en la cama. Bueno, a lo que iba, he venido porque también fui a Londres para pasar un tiempo con mi padre, y... tengo noticias.

—¿Cómo le va? Hace siglos que no le veo.

—Se ha vuelto a casar —me soltó Reese.

Sacudí la cabeza hacia atrás, incrédulo:

—Espera, ¿qué? ¿Cuándo?

—Hace unos meses, al parecer.

—No me lo esperaba. ¿Por qué no se lo ha dicho a nadie?

—Espera, eso no es todo. Su mujer está embarazada de siete meses. Es una niña. —Aunque Reese decía todo esto en un tono desapasionado, era muy sensible. Debía estar afectada.

—¿Cómo os lo estáis tomando Kimberly y tú?

—Le apoyamos, pero nos ha cogido por sorpresa. Ya sabes cómo ha estado desde que... Bueno, desde que mi madre falleció. —Estuvo años sumido en una depresión. Hacía ya décadas de aquello, y fue uno de los motivos por los que Reese y Kimberly estaban en nuestra casa tan a menudo cuando éramos pequeños. Mis padres prácticamente las criaron—. Me duele que nuestra

relación sea tan distante como para que no se le ocurriese coger el teléfono y contárnoslo. No se lo dijo ni siquiera a mi hermana, que lleva ya un tiempo en Francia.

—¿Mi padre lo sabe? —le pregunté.

—No, de hecho nos ha encargado a Kimberly y a mí que le demos las noticias a la familia. Lo que más me preocupa es cómo se lo tomará la abuela.

—Normal.

—Sí. No tengo ni idea de cómo contárselo ni de cuál será su reacción. A ver, es su hijo. Debería ser él mismo quien se lo dijese.

Asentí:

—Tienes toda la razón.

—Pero papá piensa que es mejor que demos la noticia nosotras, las chicas. Dice que ha esperado tanto tiempo para hacer las paces con la abuela que ahora no sabe cómo abordar el tema. —Reese bostezó—. ¿Tienes café? Sigo un poco aturullada por la diferencia horaria.

—Sí. Ahora mismo te traigo uno. —Teníamos una cafetera en la pequeña cocina junto a la recepción. Compartía la oficina, en un rascacielos en LaSalle Street, con dos de mis hermanos. Luke, el segundo en edad y opuesto a mí en todos los sentidos, dirigía una empresa de arquitectura. Tate era un potentado de la industria del vino.

Tyler y Travis a veces también se pasaban por allí, sobre todo los viernes por la tarde para tomar algo en el bar de la azotea. Tyler era el portero de los Chicago Blades, y Travis vendió su exitosa compañía de software el año pasado y en ese momento estaba, en sus propias palabras, “disfrutando de la vida”. Nuestro otro hermano, Sam, trabajaba en el extranjero con Médicos Sin Fronteras, por lo que solo lo veíamos en ocasiones especiales. Me gustaba la oficina. Tenía un equipo pequeño: una asistente, Greta, y dos pasantes, Harris y Louis.

Mientras esperaba al café me vino una idea. Una vez estuvo listo, cogí la taza y, de camino a mi oficina, llamé a la puerta de Luke.

—Pasa —dijo.

La abrí y miré dentro:

—Hola, ¿tienes unos minutos?

—¿Para qué?

—Reese está en mi oficina, y tiene noticias.

—¿Ha hecho alguna de las tuyas el cabronazo de Malcolm? —preguntó Luke, en referencia a su ex, mientras se levantaba para venir con nosotros.

—No, es otra cosa.

—Vale. Luego retomaré esto.

Fuimos juntos hacia mi oficina, y Reese soltó una risita cuando nos vio entrar:

—¿Qué has hecho, buscar refuerzos? Estoy bien —dijo mientras cogía la taza de café.

Luke le guiñó un ojo:

—Oye, prima, cuánto tiempo, ¿por qué no has venido a verme?

—He ido, pero estabas al teléfono. Declan, ¿tanto te han asustado las noticias que has traído a Luke?

—No estoy asustado —dije con confianza mientras todos nos sentábamos en torno a mi escritorio—. Pero Luke tiene algunas cualidades de las que yo carezco. —Yo sabía apagar incendios, resolver crisis y encontrar soluciones, pero no era bueno dando consejos en ese tipo de situaciones.

—Te pongo al día: Kimberly y yo nos hemos enterado de que nuestro padre se ha vuelto a casar hace poco, y de que vamos a tener una hermana.

Luke se quedó boquiabierto:

—Hostia puta. Espera un segundo, ¿por qué se lo has dicho primero a él, y no a mí?

—Ya te he dicho que estabas al teléfono. Iba a decírtelo.

—Sí, claro—reliqué yo en tono jocoso—. O quizás vino antes a mí porque soy la voz de la razón. —De pequeños, Luke era el más gamberro de la familia. Cuando tenía una idea, el resto le seguíamos. A pesar de que yo ya tenía treinta y ocho años y él treinta y cinco, la dinámica no había cambiado lo más mínimo.

—Claro que sí, eres la voz de la razón. Por eso has tenido que venir a buscarme cuando te lo ha dicho —replicó Luke con un guiño.

—Seguro que si buscamos *yin* y *yang* en el diccionario, habría una foto de vosotros dos —repuso Reese—. En conclusión, que quiero decírselo a la abuela.

Luke torció el gesto:

—Tenemos que pensar bien en cómo hacerlo.

—Sí. A ver, yo creo que se pondrá contenta. Una vez se le pase la conmoción. Pero sin duda, necesitamos una estrategia. —Reese se pasó una mano por el pelo y se giró hacia mí—: ¿Tienes alguna idea?

—No, por eso ha venido a por mí —explicó Luke—. Yo soy el de las ideas. Aunque a decir verdad, debería ser el tío Harvey quien se lo diga.

Reese se encogió de hombros:

—Me ha pedido que lo hagamos nosotras, aunque los argumentos que me dio huelen un poco a chamusquina. Creo que le avergüenza haber dejado pasar tanto tiempo. Dijo que es mejor que Kimberly y yo le demos la noticia a toda la familia. Pero bueno, sus motivos son lo de menos. Quiero hacerlo de un modo que no cause sufrimiento a la abuela.

—La verdad, así a bote pronto no se me ocurre nada. Es un tema delicado —razonó Luke.

Yo me reí con socarronería:

—Vaya, vaya. ¿Tú te has quedado sin ideas? ¿Quién lo habría pensado?

Mi hermano también se rió:

—Es la primera vez que pasa algo así en la familia. Siempre pensé que no había secretos entre los Maxwell.

—Bueeeeno, eso es discutible —repuso Reese.

Yo me quedé asombrado:

—¿A qué te refieres?

—A nada —respondió atropelladamente.

Yo arqueé una ceja, y Luke también.

—Prima, estás disimulando fatal —le acusó.

Reese frunció los labios:

—No puedo revelar secretos que no son míos.

—Nos acabas de contar lo de tu padre —señalé.

Ella le interrumpió alzando un dedo:

—Eso es distinto. Él mismo me ha pedido que os lo diga.

—Pero... —comencé a decir, aunque ella me interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Para ya, por favor, y volvamos al problema. El secreto de mi padre.

Luke y yo intercambiamos miradas. Reese no hablaba casi nunca de mi tío, sobre todo porque había estado ausente de su vida. No me podía imaginar lo que era criarse así. Mis padres habían tenido una presencia constante en nuestras vidas. Eran modelos a seguir, y todos los admirábamos. Nos habían inculcado valores importantes, como el trabajo duro y la lealtad hacia

la familia. Nos moldearon para convertirnos en los adultos que éramos, aunque lo cierto es que solo Tate y Tyler siguieron sus pasos con respecto al matrimonio. Ambos estaban comprometidos. Reese tuvo una intentona, pero terminó en fiasco. Y en cuanto a mí, veía demasiados divorcios a diario para creer en eso de “hasta que la muerte os separe”. Quedaba con chicas, pero eso era todo.

—Tengo una idea, ¿por qué no te llevo a almorzar y pensamos algo mientras? —ofreció Luke.

—Es una gran idea. Pero te advierto, tengo demasiado *jet lag* para que se me ocurran buenas ideas. Aunque ya me siento mejor solo por haberlo compartido con vosotros —respondió Reese.

Me costó aguantarme la risa. Era una estrategia muy común en la familia Maxwell. Cuando no veíamos algo claro, salíamos a comer.

Se volvió hacia mí antes de añadir:

—¿Quieres venir con nosotros?

Saqué el teléfono del bolsillo para revisar mi calendario, y vi que no tenía nada programado:

—Claro. ¿Por qué no?

—Al día siguiente tenía el juicio de divorcio, pero contaba con margen para terminar con los preparativos incluso si me escapaba un par de horas para almorzar.

Todos nos levantamos para irnos.

—Por cierto, he recibido un correo de Sam. Dice que vendrá una semana a casa, aprovechando que Kimberly también está aquí —nos informó Luke—. Y he de decir que me alegra saber que nuestro hermano está un poco más cerca.

Su anterior destino fue África Central. El año anterior solo pudo volver a casa cuando Tyler se hizo daño durante una pelea con el ex de Reese. Se quedó una temporada, ya que todos estábamos tratando de animar a Tyler. Que Sam estuviera ahora en Honduras era un paso adelante. Podía visitarnos con mucha más frecuencia.

—Declan, ¿por qué tienes cara de no haber dormido? —preguntó Luke mientras salíamos.

—Porque no dormí.

—¿Sigues en pie de guerra con tu inquilina?

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿Qué guerra? —preguntó Reese—. ¿Qué me he perdido?

—¿Te acuerdas de que tengo a una inquilina en la casa de huéspedes? Me está volviendo loco.

—Sí. Vuelve a casa a altas horas de la noche y baila con la música a todo volumen. *En. Su. Propia. Casa.* No se me ocurre nada más espeluznante —bromeó Luke, que puso los ojos en blanco.

—Es espeluznante si no me deja dormir —respondí.

—Tienes el oído de un murciélago. Me acuerdo de que cuándo éramos pequeños nos oías *hablar* a través de las paredes y desde otra habitación. No tengo ni idea de cómo lo hacías.

—Era necesario para sobrevivir. Para que *vosotros* sobrevivierais. Si no me hubiese enterado de algunas de las mierdas que se te ocurrían, os habríais metido aún en más líos.

—No creo que eso fuese posible —repuso Luke—. Pero bueno, si no puedes dormir tendrás que hacer algo con tu inquilina.

—Ya lo sé.

El problema era que, la noche anterior, cada vez que cerraba los ojos se me venía a la mente la imagen de Liz en ropa deportiva, sudorosa y sofocada.

La próxima vez que llamase a su puerta, tendría más ganas de besarla que de regañarle.

Capítulo Tres

Liz

—Elizabeth, esto es inaceptable. No puedes tomarte un descanso —me increpaba Richard, mi jefe, que me había pillado apoyada en el fregadero de la cocina. Era el dueño de su propia empresa de *catering*, *Richard's Catering*. En ese momento estábamos en el negocio de un cliente, sirviendo la comida que previamente habíamos preparado. Me había quemado el antebrazo izquierdo con una bandeja caliente y trataba de sofocar el dolor bajo un chorro de agua fría.

—Ya lo sé, pero me he quemado. Tengo que enfriarlo para que deje de doler.

—Tienes que seguir trabajando. De inmediato.

—Enseguida voy, no te preocupes —respondí mientras me mordía la lengua. *Menudo gilipollas*. El brazo me ardía, y como no lo dejase un par de minutos más bajo el chorro no sería capaz de trabajar.

Richard frunció los labios y puso cara de enfado. Era implacable:

—Escúchame. En el trabajo ocurren accidentes. Necesito que lo soluciones mientras trabajas. Ponle mantequilla o algo así. Pero vuelve al trabajo.

—Enseguida voy —repetí con una sonrisa falsa mientras Richard se daba la vuelta.

El brazo me seguía quemando. Al día siguiente tendría una ampolla, pero no quería perder mi trabajo. Me gustaba el *catering*, y había aprendido un montón de habilidades que podría usar una vez abriera mi pastelería. Pero la verdad es que también estaba cansada. Y cuando estaba cansada, cometía errores.

Saqué una amplia sonrisa:

—Vamos Liz, tú puedes con esto. Sal ahí y demuéstrales lo que vales. —Llevaba ese lema grabado a fuego en mi mente.

Volví a salir, decidida a olvidarme de la quemadura. Le demostraría a Richard que podía hacer el trabajo pasara lo que pasara.

Pero no era fácil, claro. El ardor en el antebrazo se fue intensificando a medida que el día avanzaba.

A las cuatro de la tarde de aquel soleado día de abril, subí a mi bicicleta. La quemadura me molestaba cada vez que me la rozaba en una curva, así que traté de conducir usando el otro brazo. Por primera vez desde que llegué a Chicago no me sentía tan poderosa como mi madre siempre insistía en decirme que era. El antebrazo me picaba y me quemaba. Un día libre sería suficiente para que se curase, pero estaba obcecada en la meta de abrir mi futuro negocio y no quería posponerlo por un incidente menor. Tenía que trabajar.

No faltaba mucho para mi próximo turno, lo justo para un ratito de ejercicio y una ducha. Necesitaba recargar energías, y bailar tenía ese efecto en mí. Crucé los dedos y recé por que Declan no estuviera en casa, porque quería poner la música a todo volumen. Al final me decidí a pedir unos auriculares inalámbricos, pero no llegarían hasta la siguiente semana.

Cuando doblé la esquina y vi su coche al otro lado de la valla, me lamenté en voz alta. *¿Los abogados no estaban todo el tiempo trabajando?* Pero claro, parecía tener treinta y muchos, por lo que tal vez tuviera algún alto cargo en el bufete. No sabía mucho de él, pero sí sobre su familia. Los Maxwell eran famosos en Chicago. No pude evitar preguntarme si el resto de ellos serían como él y también tendrían un palo metido en el culo. Solo los conocí de pasada cuando vinieron a ayudar a Declan con la mudanza, pero fue un segundo, así que no sabía mucho sobre ninguno de ellos en particular.

Me bajé de la bicicleta para abrir la verja y me tuve que quedar mirando. Estaba en el patio, y... ¡Dios bendito! Llevaba unos pantalones de chándal, y era la perfección hecha carne. Hasta ese momento solo lo había visto en vaqueros y camisa, aunque una vez lo vi en traje de chaqueta. Estaba insoportablemente sexy con lo que se pusiera, pero con ese chándal, que ceñía su musculoso cuerpo, estaba a otro nivel. No supe qué mirar primero. ¿Su culo, redondo y perfecto? ¿Sus enormes brazos?

Dios mío, con ese cuerpo podría ser atleta profesional.

Declan se dio la vuelta y puso cara de sorpresa:

—¡Liz! —exclamó.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Iba a correr un rato. —Al fijarse en mi antebrazo, frunció el ceño—. ¿Qué te ha pasado?

—Oh, no es nada. Me he hecho una pequeña quemadura en el trabajo y me está... ¡Ay, maldita sea! Ya me ha salido una ampolla —exclamé mientras observaba la hinchazón—. Tengo que ponerme una venda antes de que empeore.

—¿Tienes botiquín? —me preguntó.

—La verdad es que no —respondí. Aunque me había puesto crema al salir del trabajo, no era suficiente. Necesitaba más cuidados—. Ahora me acercaré en un segundo a la farmacia.

—Yo sí tengo. Vamos, voy a curarte —dijo mientras señalaba con un gesto hacia su casa.

Eso no me lo he visto venir.

—Gracias —le dije, desconcertada. Por primera vez, mi sexy y misterioso vecino no estaba siendo un redomado idiota. Eso me dio la esperanza de que tal vez mi día mejorase.

Me indicó con un gesto que subiese las escaleras primero, así que apoyé la bici contra la cerca y subí. Cuando llegamos al escalón superior del porche, se inclinó hacia adelante y agarró el picaporte. Ese movimiento hizo que nuestros brazos se rozasen, y una oleada de calor bulló dentro de mí. Me mordí el labio inferior mientras abría la puerta, rezando por que no se diera cuenta de mi reacción.

Nunca había estado dentro de la casa tras la marcha de Helen, y me quedé sin aliento.

—Está preciosa —comenté al entrar.

Mi casita era relativamente nueva, tendría unos veinte años, pero esta era mucho más antigua. Tenía alma y personalidad. Era el tipo de casa donde siempre había soñado vivir.

Me di cuenta de inmediato de que Declan había remodelado la cocina por completo. Era elegante y moderna, pero aún así no desentonaba con el resto.

Tenía un sofá de terciopelo verde oscuro, y todos los apliques de la sala de estar eran dorados, lo que le confería un ambiente tipo años veinte que me recordó a El Gran Gatsby. La enorme escalera de madera que conducía a la planta superior estaba astillada y con el color desvaído cuando Helen vivía aquí. Ahora estaba recién lijada y pulida.

Sentí sus ojos sobre mí, así que lo miré. No me pude explicar por qué, pero me pareció aún más sexy dentro de la casa. El majestuoso entorno disparaba sus niveles de sensualidad. La casa combinaba con él. Era la única explicación. Todo estaba como los chorros del oro, y no había nada fuera de sitio. Estaba claro que era muy disciplinado y le gustaba hacer las cosas a su manera.

¿Será igual en la cama? ¿Hará también allí las cosas a su manera?

Liz, ¿qué te pasa?

Me sacudí ese pensamiento, pero era demasiado tarde. Supe que no sería la última vez que pensaba en sus habilidades amorosas.

—Vamos, el botiquín está en la cocina —me explicó mientras me guiaba a la enorme isla en el centro de la misma. Abrió un cajón en un lateral del que sacó una pequeña caja blanca, que puso sobre la encimera—. A ver, dame el brazo.

Nos quedamos muy cerca. Alargué el antebrazo y lo apoyé contra el frío granito:

—Oh, qué alivio.

—Antes que nada lo voy a desinfectar. —Lo roció con un antiséptico, que luego frotó un poco. Me escoció, pero no demasiado, y sentí alivio—. ¿Quieres que te lo vende?

—Sí. Creo que es necesario. —Esa noche, para trabajar en el bar, lo necesitaba cubierto.

Aplicó un ungüento sobre la piel quemada, desde el antebrazo hasta la muñeca. Declan era muy meticuloso. No apartaba los ojos de mi mano, y sus dedos enrollaron el vendaje con destreza.

No pude evitar sentirme abrumada por la cercanía entre nosotros. *Dios, qué mal estoy*. Nada de lo que estaba haciendo era ni mínimamente inapropiado, pero no lograba apartar esos pensamientos lascivos de mi cabeza.

Oh, Liz. ¿Cómo puedes sentirte atraída por él? Es un capullo integral. Está deseando que te mudes.

La mente humana es compleja. Además, no pasaba nada por soñar despierta con mi casero, aunque fuesen sueños húmedos, precisamente porque no estaba interesado en mí.

—Ya está, listo —me dijo.

—Esto parece hecho por un profesional. ¿Cómo se te da tan bien?

—Soy el mayor de seis hermanos, y a menudo teníamos ideas arriesgadas. Practiqué mucho con ellos, y en ocasiones conmigo mismo.

—Me has dejado impresionada—le dije, aunque me lo imaginé echándole la bronca a sus hermanos y manteniéndolos a raya.

Y así tal cual, y sin más motivo aparente, sus niveles de sensualidad se dispararon aún más. Aunque quizás sí tuviera sentido, porque me hizo sentir bien que compartiese conmigo detalles sobre su familia.

Declan fijó sus ojos en mí:

—¿Quieres una copa de vino?

—¿A las cuatro y media de la tarde?

—Son casi las cinco.

¿Es una ofrenda de paz, o siente lástima por mí?

—No puedo. A las seis empiezo a trabajar.

Me clavó la mirada, con el ceño fruncido:

—Me has dicho que acabas de llegar de trabajar.

—Tengo dos trabajos y medio —dije con orgullo.

—¿Y medio?

—Sí. Uno de ellos es a media jornada. Trabajo para una empresa de *catering*. Por la mañana soy cocinera, y a veces, cuando el encargo es más grande de lo habitual, necesitan ayuda para servirlo. Y de seis a doce, soy camarera.

—¿Cuántas horas trabajas al día?

—En total, unas dieciséis. Solo duermo cinco o seis horas. No necesito más. Y en los ratos libres bailo, siempre y cuando cierto casero no trate de tirar mi puerta abajo.

No dijo nada, solo se me quedó mirando con intensidad, como si me viese por primera vez.

—Eso son muchas horas. Sobre todo para un trabajo tan físico en el que tienes que estar de pie todo el tiempo.

Me encogí de hombros:

—Es temporal. Quiero abrir una pastelería pronto, pero sigo buscando el local perfecto.

Al mirarlo, me derretí por dentro. *Maldita sea, ¿cómo puede ponerse tan sexy cuando piensa?*

—Esa quemadura no mejorará si no dejas de trabajar con las manos.

—Está en el brazo.

—Sí, pero cuando muevas las manos vas a rozarte el antebrazo con todo. Es inevitable.

—Está protegido.

—Aun así, deberías dejarlo en reposo.

Me encogí de hombros:

—De eso nanai. No puedo parar.

Me sonrió, y juro por Dios que mis partes pudendas bailaron de alegría. Nunca le había visto sonreír en la semana que llevaba viviendo allí, y su atractivo se tornó diferente. No podría explicarlo, pero me pareció más humano, cercano y real, en lugar de un dios griego con un temperamento de mil demonios.

—Me gusta tu energía —dijo.

—¿En serio? No es la impresión que me da cuando llamas a mi puerta.

Su sonrisa se desvaneció.

Lo bueno dura poco.

—Porque siempre llamo de madrugada.

—Es cuando vuelvo del trabajo de camarera, y no puedo irme directamente a dormir porque, por lo general, estoy demasiado activa.

Declan suspiró:

—No volvamos a sacar el tema.

—¿Estás siendo misericordioso conmigo a causa de la quemadura? —le pregunté con un aleteo de pestañas que no sé de dónde salió.

—Y porque tienes que irte a trabajar.

—Vaya, gracias. Marcaré este día en el calendario. No creo que me vuelva a pasar.

—¿Estás segura de que no puedes llamar y decir que estás enferma? —me preguntó.

Su trato protector era extrañamente entrañable, quizás porque no me lo esperaba. Nadie se había preocupado así por mí desde que era adolescente y aún vivía con mis padres. Mi ex tenía cero instinto protector. En cuanto algo se torció lo más mínimo, huyó de mi vida.

—La mayoría de los jefes permiten tomarse el día libre en caso de enfermedad —argumentó.

Dios mío, no me puedo creer que siga insistiendo. Pero claro, era abogado. Estaba empezando a ver un lado muy distinto de mi vecino.

—Lo sé, pero no le sentaría nada bien.

—¿Que no vayas a trabajar estando enferma?

—Sí. Algunos pensarían que me estoy escaqueando. Pero bueno, no es tan malo. Gracias por curarme la quemadura. Y por ser civilizado —bromeé—. Me voy, sé donde está la puerta.

—Te acompaño. Iba a salir a correr —respondió antes de venir conmigo hasta la puerta, caminando a mi lado. Era mucho más alto que yo, tanto que mi coronilla le llegaba a la altura del cuello. *Deja de diseccionar al pivón, Liz. Concéntrate en la casa o en lo que sea.*

Eso es. La casa.

Quería memorizar los detalles, y tuve la extraña necesidad de quitarme los zapatos y comprobar si los suelos eran tan agradables como parecían. La casa era increíble. A Helen le encantaría ver lo que había hecho con ella. Solía visitarla, así que la próxima vez le preguntaría a

Declan si podía hacer algunas fotos para enseñárselas. A Helen le preocupaba que dejaran su hogar irreconocible, y que se perdiera lo que llamaba “el alma de la casa”.

Abrió la puerta con exquisita caballerosidad, y alcé la vista para darle las gracias. El contacto visual me dejó clavada en el sitio. Sus ojos azules parecían un poco más oscuros que antes, y pude sentir cómo en un instante la atmósfera entre nosotros se electrizó.

¿Lo habrá sentido también él?

Carraspeé para tratar de recuperar la compostura:

—Muchas gracias por todo.

—De nada. —Tras una pausa, añadió—: Liz... Quédate en casa.

Santo cielo. Su voz no fue solo tremendamente sexy, también dominante. Y con un tono diferente a cuando discutía. Ese me daba ganas de darle una bofetada. Pero el de ahora me hacía ansiar su cercanía.

—¿Esto te suele funcionar? —murmuré.

—¿A qué te refieres?

—Al tono autoritario y eso que haces con la mirada como si quisieras clavarme al suelo. ¿Hace que la gente ceda a tus caprichos?

—Por lo general, sí —respondió, alzando la comisura de los labios en una media sonrisa.

—Humm... Eso explica muchas cosas.

Ladeó un poco la cabeza hacia la derecha:

—Ah, ¿sí?

—Claro que sí. Pero conmigo no funciona.

—Bueno, eso ya lo veremos.

—De momento tienes un pésimo historial.

—Pero somos vecinos. Eso me da muchas oportunidades para demostrar mis habilidades.

Se me escapó una risita nerviosa. Declan inclinó la barbilla hacia abajo y fijó la mirada en mis labios. No pasó más de una fracción de segundo antes de que se diese cuenta y rectificara pero, *oh, Dios mío*, otra vez estaba en llamas y con el corazón acelerado.

—Vamos, Liz, o llegarás tarde al trabajo.

—Ah, es verdad.

Ese hombre me había hecho olvidar por completo que me tenía que ir. Y su sonrisilla jactanciosa me dijo que era consciente de ello.

El día no había ido en absoluto según lo planeado.

Descubrí que mi apuesto casero no solo no era tan imbécil como suponía, sino que tenía un lado protector que me gustaba mucho. Y para colmo, estaba bastante segura de que él también fantaseaba con desnudarme.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Eres... distinto de lo que pensaba.

Declan entornó la mirada:

—Doy por hecho que mejor.

—Humm. Es una afirmación un poco atrevida, ¿no crees?

Declan resopló:

—Ya me considerabas un capullo integral. No podía ir a peor.

—Eso es cierto. Bueno, me voy. Estaré pendiente a que... demuestres tus habilidades.

La sonrisa que iluminó su rostro casi prendió fuego a mis bragas.

—No me piques, vecinita.

Capítulo Cuatro

Declan

A la mañana siguiente salí del juzgado sintiéndome todo un triunfador. Victoria y yo habíamos ganado el caso contra el imbécil de su marido.

—Muchísimas gracias, Declan. No tienes ni idea de lo que esto supone para mí. Me alegro de que se haya terminado.

—Es normal que te alegres.

Mientras bajamos las escaleras del juzgado, miré de reojo al equipo contrario. Dominic Finch me clavaba una mirada gélida, de esas que yo llamo “mirada de perdedor”. Se lo tenía merecido por aceptar a ese imbécil como cliente. Siempre tuve un profundo sentido de la justicia, desde que era niño, y tenía una norma inquebrantable: nunca aceptar a un imbécil como cliente. Me daba igual quién fuera, ni cuánto estuviese dispuesto a pagar. Al ser uno de los mejores abogados de Chicago, no andaba precisamente corto de imbéciles que llamasen a mi puerta pensando que podían comprarme. Pero no podían.

—Si necesitas lo que sea, llámame, ¿vale? O envíame un correo —le dije a Victoria mientras le abría la puerta del Uber que había pedido.

—Espero que no haga falta.

—Yo también. Disfruta de tu libertad, Victoria. —El capullo de su exmarido le había sido infiel, y ni siquiera quería pasarle una pensión. Incluso compró una casa sin decírselo. Logré para ella un generoso acuerdo que le permitiría empezar de cero. Pude percibir un cambio en su postura en el momento en que anunciaron el veredicto. Sus hombros se aflojaron y su cuerpo pareció relajarse por primera vez desde que la conocí.

Me sentía muy orgulloso de lo que hacía. Le prometí un trato justo, y se lo conseguí. Tenía reputación de ser duro, pero era un rasgo necesario en mi profesión.

—Tranquilo, lo haré.

Cuando se hubo marchado, anduve hasta mi coche. Los días como ese eran mis favoritos, cuando se celebraba un juicio por la mañana y tenía el resto del día por delante. Por lo general, estaba demasiado activo por la adrenalina como para volver al bufete. Decidí celebrarlo durante una hora más o menos antes de sumergirme en el resto del trabajo, así que me fui a casa para trabajar desde allí durante el resto del día. Fui directo, y durante el trayecto no paraba de preguntarme si Liz estaría.

No era tan orgulloso como para no ser capaz de reconocer que me había llevado de ella una impresión equivocada. Estaba claro que la juzgué mal. No me molesté en pedirle explicaciones sobre sus extraños horarios. Pensé que quizás fuera una estudiante de posgrado que montaba fiestas cada madrugada.

En cambio, su historia me cogió por sorpresa. Era una mujer decidida, trabajadora y demasiado sexy para ignorarla. La suma de todo me hacía desear meterla en mi casa y hacerla mía.

Aun así, no podía con su terquedad. Aunque claro, yo no era quién para cuestionar ese rasgo, pues era también terco como una mula. Sin ir más lejos, la noche anterior me costó contenerme y no visitarla en la casa de huéspedes para ver cómo estaba. Me quedé despierto hasta la una, hasta que decidí que estaba siendo ridículo y me acosté.

Cuando subí al coche, revisé el teléfono. Tenía una llamada perdida de mi abuela. La llamé en cuanto encendí el motor de mi Range Rover. Nunca ignoraba una llamada de la abuela.

Quizás tuviera algún problema. La mayoría de las veces me llamaba para charlar un rato, pero nunca se sabía cuándo podía surgir una emergencia. Por suerte, respondió de inmediato:

—Buenos días, nieto —saludó.

—Hola, abuela, ¿qué pasa? ¿Qué puedo hacer por ti?

—Oh, no tan rápido, jovencito. ¿Cómo te va el día?

—He tenido un juicio, y lo gané.

—Eso explica por qué tienes tanta energía en la voz. Quién pudiera, este saco de huesos ha tenido que tomarse ya un segundo café. Espero no haberte molestado mientras el tribunal estaba reunido.

—No, ya sabes que siempre silencio el teléfono cuando estoy en la sala. Lo he revisado ahora y he visto tu llamada.

—Estaba pensando en organizar una reunión familiar, aprovechando que Reese y Kimberly están de vuelta. He hablado por teléfono con Reese, y al parecer ha tenido un viaje excelente.

—Claro, ¿por qué no? Avísame con la fecha y haré lo posible por asistir. Si es en fin de semana, podré ir seguro.

Esa era otra de mis reglas: no trabajo los fines de semana. Me había dejado el culo para llegar a una posición en la que pudiera establecer mi propio horario, así que me negaba a echar horas durante el fin de semana.

—No sabrás el motivo de que Reese esté algo distinta desde que volvió de París, ¿verdad?

Fruncí el ceño y sopesé muy bien mis palabras:

—¿En qué sentido la notas distinta? —le pregunté.

—Tú me dirás. Me dio largas cuando hablé con ella. Sí, me dijo que le había encantado Francia, pero me dio la sensación de que me ocultaba algo.

Mierda. Reese no le había contado lo de la boda de mi tío, pero estaba claro que la intuición de la abuela seguía tan fina como de costumbre. No se le escapaba una.

—No sé, abuela. Pregúntale a ella.

—Jovencito, te lo has pensado demasiado. Cuéntame lo que sabes.

Me aclaré la garganta. La abuela solo usaba la palabra “jovencito” cuando se ponía seria.

—No, qué va —respondí con toda la confianza que siempre empleaba en el tribunal.

—Soy tu abuela. Ni se te ocurra emplear conmigo tus triquiñuelas de abogado.

Por el amor de Dios, ¿por qué tendría Reese que contármelo? ¿Cuándo planeaba decírselo a la abuela? Se me daba muy mal hacerme el tonto, y durante el almuerzo no logramos llegar a ninguna conclusión.

—Perdona, abuela. Ahora tengo que leer un correo muy importante, pero te llamaré en un rato.

—Declan, sé reconocer a leguas cuándo me están dando largas.

—Abuela, tienes que preguntarle a Reese.

—No, prefiero seguir preguntándote a ti. Llámame cuando tengas un rato.

—Claro, abuela. Que te vaya bien el día.

Por lo general, no nos guardábamos secretos los unos a los otros. Excepto cuando las cosas se ponían muy mal, como pasó con Reese y su ex, Malcolm. Su ruptura había sido especialmente tormentosa. Poco antes de la boda se enteró de que le había sido infiel. Reese se quedó destrozada. Y para empeorar las cosas, los dos habían decidido montar un negocio juntos, un *spa* en las plantas superiores de un edificio propiedad de la abuela. Una vez que su relación terminó, Reese no quiso tener nada que ver con él, como es obvio. Pero él era tan imbécil que insistió en seguir adelante con el negocio. Llegó a demandar a la abuela por negarse a alquilarle esos pisos

superiores, argumentando que él y la empresa con la que trabajaba ya habían invertido en el proyecto, y presentó un estudio de mercado y un informe con el objetivo de alquilar también el edificio contiguo. Se lo estuvimos ocultando a la abuela mucho tiempo, y no le hizo ni pizca de gracia cuando lo descubrió.

Volvió a sonar el teléfono, y pensé que sería la abuela, pero para mi asombro era mi asistente, Greta.

—Qué pasa, jefe —saludó.

—Qué tal, ¿cómo va todo? ¿Ha pasado algo que me obligue a ir a la oficina?

—Oh no, nada de eso. Sé que en días como este te gusta trabajar desde casa.

Hablaba en voz baja, algo que solo hacía cuando tenía malas noticias.

—Suéltalo.

—¿Recuerdas que me dijiste que tuviese vigilado a Malcolm en caso de que hiciera maniobras extrañas?

Se me encogió el estómago:

—Sí.

—Se rumorea que ha contratado a Gregory Ashburn.

Mierda.

—¿Estás segura?

—Sí. El amigo del amigo de un amigo trabaja en su bufete.

—Mantenme al día.

—A sus órdenes, jefe.

Cada vez que pensaba en esa alimaña me palpitaba una vena en la sien. Que hubiese contratado a Ashburn eran malas noticias. No teníamos la constatación de que iba a por nosotros, pero no había que ser muy espabilado para atar cabos. Ashburn era una vergüenza para el gremio. Siempre jugaba sucio y coqueteaba con la corrupción. Pero yo era una eminencia, y por un motivo en especial. Era especialista en aniquilar capullos de dudosa moral.

De camino a casa, revisé mentalmente las posibles demandas que Malcolm podría presentar. No sería tan estúpido como para emperrarse en el *spa*. Sabía que jamás lo lograría. Fue un insensato al denunciarnos por eso, para empezar.

Si hubiese sido un edificio cualquiera de los muchos que poseía la familia, tal vez incluso se lo hubiéramos cedido para evitarle a Reese más disgustos. Pero era el primer edificio que la abuela y el abuelo compraron, y donde abrieron la primera librería. Incluso después de la venta de la cadena, la abuela mantuvo esa tienda, a la que renombró como *The Happy Place*. No consentiría de ningún modo que ese capullo hiciera negocios en un edificio que la abuela visitaba casi a diario.

No, estaba convencido de que no volvería a tirar por ahí. En especial porque ya ni siquiera trabajaba en su antigua empresa, por lo que no podía usar la excusa del dinero invertido. Yo mismo me encargué de que lo despidieran. El Grupo Halsey pareció encantado de deshacerse de él: afirmaron que era un vago, pero que les había prometido que atraería muchos negocios a través de su parentesco con los Maxwell.

Cuando llegué a casa, me quité el traje y me puse unos vaqueros y una camiseta. Sabía lo que me ayudaría a bajar los niveles de adrenalina: trabajar con las manos. El ático aún no estaba terminado pero no quería trabajadores en la casa después de mudarme, así que le dedicaba algunos ratos cuando tenía tiempo. La tarea para ese día era sencilla: lijar el suelo.

Ya tenía todas las herramientas arriba, así que me puse a la faena sin perder tiempo. El trabajo manual exigía toda mi atención. No podía dejar a mi mente divagar, aunque los

pensamientos sobre Malcolm reaparecían de vez en cuando.

Me gustaba restaurar la casa. De pequeño me gustaba ayudar a mi padre con las reparaciones. A pesar de que podría haber contratado a alguien sin problemas, mi familia tenía una norma estricta: "no le pagues a nadie para que haga cosas que puedes hacer tú mismo".

Mi padre me enseñó mucho, y cuando compré esta casa me di cuenta de lo mucho que disfrutaba restaurándola. Obviamente, no tenía tiempo para hacerlo todo yo mismo. Mi hermano Luke me encontró una excelente cuadrilla que estuvo trabajando durante meses, pero quedaban tareas de sobra y no tenía ninguna prisa.

Una hora más tarde dejé de trabajar y contemplé con admiración mi obra. No había terminado, porque el ático era enorme, pero estaba conforme con el progreso. Y me sentía mucho más relajado.

Bajé la escalera y luego salí directamente al patio con la intención de llevar algunas herramientas al cobertizo, donde planeaba hacer la siguiente tarea.

Para mi sorpresa, Liz estaba frente a la casa de huéspedes. Y de repente, mi día mejoró mucho.

Capítulo Cinco

Declan

—¿Qué haces en casa a estas horas del día? —me preguntó Liz, que estaba sentada en una silla con un Kindle.

—Hoy he tenido juicio. Después me tomé un rato para mí y he lijado el suelo del ático.

Liz entrecerró los ojos y me miró de arriba abajo. Los ojos se detuvieron a la altura de mi pecho antes de levantarlos de nuevo.

Parece que le gusta lo que ve. Fantástico.

—Estoy tratando de deducir si has ganado el juicio o no, pero no soy capaz de leer tu expresión.

Solté una risotada:

—Lo he ganado.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara, como si te hubiesen meado en el café? ¿Es por mí?

Fruncí el ceño:

—No, no, en absoluto. He tenido otros problemas. ¿Cómo es que estás en casa a esta hora?

Liz alzó el brazo:

—Esta cosa de aquí no me deja trabajar bien en la cocina. Como iba muy lenta, me enviaron a casa.

—¿Ves lo que has conseguido por ser tan terca? Si me hubieses escuchado ayer y te hubieras tomado la noche libre, ahora estaría mejor.

—Sí, venga, por favor. No te cortes en restregármelo por la cara.

—Tú nunca escuchas, ¿no?

Liz sonrió:

—No. Soy cabezota e impulsiva. Y sí, a menudo me causa problemas.

Me pasé una mano por el pelo mientras me secaba la frente con la manga de la camisa. Estaba sudoroso y cubierto de polvo.

—Puede que más tarde me pase a ver a Helen, aprovechando que tengo tiempo libre —añadió.

—Ah, ¿le haces visitas?

Liz asintió:

—Su familia vive lejos, así que se siente un poco sola. La verdad, creo que el único motivo por el que me alquiló la casa de invitados fue para que le hiciera compañía. A ver, el alquiler era ínfimo, y para colmo en el barrio más caro de la ciudad. La echo de menos. Siempre le apetecía charlar, y siempre parecía estar de buen humor.

Me había vuelto a sorprender. Hablaba de Helen como si fuese de la familia.

—Era todo lo contrario a ti —concluyó Liz, lo que me hizo reír.

—¿Qué tal si me doy una ducha, hago café y me lo cuentas todo?

—Me parece bien, tenemos que aclarar algunas cosas. ¿Firmamos la tregua, entonces? —me dijo con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios.

Por Dios santo. Quise apropiarme de su boca.

—Ya te irás dando cuenta —repliqué.

Liz levantó una mano:

—No quiero café, pero acepto tu compañía.

—Ya veo. Te apetece pasar el rato con alguien que, en tus propias palabras, siempre tiene un palo en el culo. ¿Por qué?

—Me estás ofreciendo compañía. Y estar en términos amistosos con mi casero no es lo peor que me podría pasar. Además, me muero de hambre. Así que si puedes añadir algo de queso o un picoteo con ese café, o en mi caso agua, sería todo un detalle. Por lo general no estoy en casa a esta hora, así que no tengo nada rico para comer. Normalmente almuerzo las sobras del *catering*. Podría pedir algo a domicilio, pero tardará una eternidad en llegar.

—Ya veo. Entonces sigues pensando que tengo un palo en el culo, pero quieres aprovecharte de mí.

Liz sonrió:

—Lo has clavado. Además, soy experta en sacar palos de los culos de la gente. Quién sabe, puede que incluso pueda sacártelo a ti.

Me reí de nuevo:

—Voy a ducharme. Estoy hecho un desastre. Tardaré como mucho veinte minutos. Podemos comer allí —propuse, señalando la mesa y los asientos de ratán de la parte trasera del jardín.

—Allí te espero.

Me di la vuelta y corrí de regreso a la casa, no sin mirarla antes de entrar. Ya no sonreía. Se mordía el labio inferior, y luego las uñas, y parecía preocupada.

Sospeché que su risa perenne y su eterna sonrisa no eran más que una estrategia para mejorar su propio estado de ánimo, lo que me hizo sentir extrañamente protector.

Entré y fui directo al dormitorio principal, en cuyo baño me desnudé. Me metí bajo la ducha y puse el agua tibia para enfriarme.

No quería enredarme con Liz, pero no podía sacarme su imagen de la cabeza, por más que simplemente estuviera sentada con una camisa blanca y vaqueros.

Me seguía exasperando que se empeñara en librar batallas mentales conmigo, pero al menos esa noche no había puesto la música alta. Era un avance. *¿Por qué demonios tendrá que ser tan sexy?* Sus piernas eran interminables, y sus curvas deliciosas. Se me puso dura pensando en ella.

Maldita sea, hace demasiado tiempo que no estoy con una mujer. Me agarré la polla y le di un largo y duro apretón.

Jooooder. No. No voy a masturbarme pensando en mi vecina. Si lo hago, no habrá vuelta atrás.

Cuando salí de la ducha me sequé, me puse unos vaqueros y una camisa y bajé las escaleras.

Si Liz no iba a tomar café, yo tampoco. Saqué refrescos y botellas de agua y revisé la nevera. No había gran cosa, solo algunas sobras. Puse algunas manzanas, mantequilla de cacahuete, queso y galletas en un plato.

De repente me sonó el teléfono en el bolsillo trasero. Lo saqué porque me estaba empezando a molestar. Había varios mensajes en el grupo que tenía con mis hermanos y primos.

Reese: AYUDA. La abuela tiene la mosca detrás de la oreja. Tengo que decírselo lo antes posible. ¿Puedo pasarme por la oficina?

Luke: Claro. Travis y Sam están aquí.

Declan: Estoy en casa. Podéis venir todos aquí.

Reese: Voy a llevar a Kimberly también.

Luke: Bien. Juntos planearemos una estrategia. Cuantos más seamos, mejor.

Reese: Fantástico.

Luke: ¿Qué quiere decir O.A.?

Fruncí el ceño. No entendía a qué se refería. Entonces me di cuenta de que había creado un grupo de WhatsApp aparte donde estábamos ella, Luke y yo. Lo había llamado “O.A.”

Reese: Operación Abuela.

Sacudí la cabeza y me reí entre dientes.

Declan: Estoy en casa, así que venid cuando queráis.

Reese: Fantástico. Pondré al día a Travis y Sam en el camino.

Saqué la comida al jardín trasero. Liz estaba tan enfrascada en su Kindle que ni siquiera me vio.

—Liz, estoy aquí con la comida.

—Oh, mis palabras favoritas. Gracias por alimentarme, prometo no aprovecharme de ti tan a menudo.

—Nunca se sabe, puede que me acabe gustando. Ya te iré diciendo —contesté con un guiño mientras nos sentábamos alrededor de la mesa.

—Míranos, qué bien estamos aquí los dos, sentados y teniendo una conversación civilizada mientras estamos vestidos. Nunca pensé que llegaríamos a este punto.

Apenas pude contener un gemido. *Hostia puta*. La imagen que apareció en mi mente no tenía nada que ver con esos viajes semidesnudo a su puerta en mitad de la noche, y todo con nosotros dos desnudos en la cama.

Liz se lanzó de cabeza a por el plato. Por suerte no le puso pegas al menú.

—Esto es todo lo que tengo ahora mismo.

—Humm, está muy bien. Entonces, ¿acabas de ganar un caso? ¿De qué se trataba? —preguntó entre bocado y bocado.

—Un divorcio. El marido le puso los cuernos y compró a sus espaldas una casa para él con los ahorros de los dos. Y ni siquiera quería pasarle una pensión. Pero he logrado un acuerdo muy provechoso.

Liz sonrió:

—Oh, me encanta.

—Gracias.

—Pero si has salido victorioso y no te molesté anoche con la música, ¿por qué parece enfadado?

—¿Qué?

—Tienes una sombra negra en la mirada, y parece muy concentrado en algo.

—Recibí noticias preocupantes sobre otra cosa cuando salí del juzgado, eso es todo.

—Hablarlo podría ayudarte a sacudírtelo de encima. Puedes contármelo. A ver, no es que vaya a revelarle tus secretos a nadie. Lo que me digas estará a salvo conmigo.

—Sí, claro. A salvo —repuse en tono burlón.

Liz alzó una ceja:

—Hasta que aparezcas otra vez semidesnudo en mi puerta para tratar de convencerme de que baje la música. A partir de ese momento no puedo asegurarte nada. Pero ahora mismo, estamos en buenos términos.

Suspiré y le expliqué:

—Mi prima Reese estaba comprometida. Su ex le fue infiel, y luego pretendía que la familia siguiera haciendo negocios con él. Resolví el problema, pero he descubierto que anda en tratos con un abogado conocido por jugar sucio. No sé si tiene algo que ver con nosotros, pero me huele a chamusquina.

Alcé la mirada para verla. Me miraba con los ojos muy abiertos:

—Tú, Declan Maxwell, eres más intrincado de lo que pensaba.

—Sabes que soy abogado, ¿verdad?

—Lo sé, pero esto va mucho más allá.

—Porque es personal.

—Tu modo de decir “resolví el problema” denotaba una gran confianza en ti mismo, y espero que no se te suba a la cabeza lo que voy a decir, pero ha sido muy sexy.

Solté una risotada:

—Nunca puedo adelantarme a lo que vas a decir.

—¿Eso es malo? —me preguntó.

—Para nada. Eres muy difícil de predecir, Liz. —Pero estaba disfrutando de ese rato juntos más de lo había imaginado.

Liz sonrió:

—Eso es bueno. Pero volvamos a tu problema. Has confesado que no estás seguro de por qué ese tipo se ha buscado un abogado, así que ¿por qué no esperas para preocuparte hasta que empiece a salpicarte la mierda? En mi experiencia, la mierda salpica por más que nos preparemos, así que no tiene sentido preocuparse de antemano.

Tomé un sorbo de refresco antes de contestar:

—Yo no funciono así. Me gusta predecir las posibles ramificaciones. Así puedo contrarrestarlas antes de que se salgan de mi control.

—¿Y eso te suele funcionar?

—Sí.

Liz suspiró y se reclinó en la silla:

—Otra vez una respuesta monosilábica, tan sexy como altanera. A mí nunca me funcionaba, así que dejé de hacerlo. Voy afrontando las cosas conforme la vida me las pone delante.

—Como la quemadura del antebrazo —argüí mientras agarraba la muñeca vendada.

Se le cortó la respiración:

—Sí.

—Se veía venir que hoy estarías peor si seguías trabajando. Pero optaste por ignorarlo. —Al mirarla más de cerca, vi que seguía un poco hinchada.

—No me parecía tan grave —susurró, con la voz entrecortada por mi roce con su muñeca. *Hostia puta, esta mujer me va a matar.*

Alcé la vista, y Liz tragó saliva.

—Cuando el cuerpo está amenazado, necesita descansar.

—Por favor, no me digas “te lo dije”. Esto es terreno neutral, ¿verdad? Hemos acordado un cese de las hostilidades.

—Sí, tranquila. Cuando fui a ducharme parecías preocupada.

Liz carraspeó y apartó la mano con brusquedad. Cuando me miró, me pareció vulnerable.

—¿A qué te refieres? ¿Te has dado cuenta?

—Sí. Cuando me levanté sonreías, pero cuando subí a la casa había desaparecido la sonrisa. Así que, ¿por qué no me cuentas lo que te tenía tan preocupada?

Me señaló con un dedo:

—Has puesto otra vez esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada de que crees que voy a hacer lo que me pidas sin rechistar.

—A ver, tú misma has dicho que soy más intrincado de lo que pensabas. Y que te caigo bien.

—Maldita sea, no sé para qué dije nada. Sabía que lo usarías en mi contra cada vez que se te presentara la ocasión.

Sonreí:

—Has dado justo en el clavo. Y te prometo que te vas a divertir mucho cuando lo haga.

—¡Ja! Lo siento, pero “diversión” no es precisamente la palabra que me viene a la mente al pensar en ti.

—Ya me encargaré de que eso cambie.

Capítulo Seis

Liz

Tener como vecino a Declan Maxwell era como tener un calendario de adviento. Cada vez que abrías una puerta, te encontrabas con una sorpresa.

Me levanté con la intención de recoger los platos vacíos. Él ni siquiera tocó la comida mientras yo devoraba hasta las migas.

Él también se levantó y se me acercó. Tenía un irresistible olor a recién duchado. Aunque por supuesto también era la sensualidad hecha carne antes, con ese aspecto sudoroso de curtido manitas. Carraspeé y me concentré en su pregunta:

—Preocupada no es la palabra exacta, solo me pregunto si podré cumplir los plazos que me puse para abrir la pastelería.

—¿Tienes un plazo?

—Cuando me mudé a Chicago, me di un año para abrirla.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Siete meses.

—Te quedan cinco.

—Ya lo sé, pero la búsqueda de un local asequible no está dando frutos, sinceramente. Mi agente inmobiliario no para de enviarme propuestas, pero la mayoría de los locales son demasiado grandes y caros para lo que necesito, o están en zonas donde no pasa mucha gente. —Forcé una sonrisa antes de concluir—: Pero estoy segura de que lo encontraré, solo tengo que seguir insistiendo.

—¿Qué hacías antes de mudarte a Chicago?

—También trabajaba para una empresa de *catering*. Era la mano derecha del jefe. En este trabajo estoy mucho más abajo en el escalafón, pero supongo que eso era de esperar.

—¿De dónde eres? —me preguntó.

—Sunnyvale. Está a cuatro horas de aquí.

—¿Fuiste a la escuela de repostería?

—No, abrir mi propia pastelería siempre me pareció un sueño inalcanzable. Nunca pensé que pudiese hacerlo. Pero espera... ¿Cómo te diste cuenta de que estaba preocupada? ¿Solo con mirarme por el rabillo del ojo?

—Te estabas mordiendo el labio, y luego las uñas.

Eso me hizo pensar un momento:

—Oh. Eres muy observador.

—Soy abogado.

—Maldita sea, y yo que pensaba que te habías fijado en mí —bromeé.

—Sí que me he fijado en ti —replicó.

—Oh —me limité a contestar mientras trataba de no mostrar cuánto me afectaron sus palabras. Ni siquiera estaba segura de por qué me estaban afectando. Tal vez porque nunca me había planteado que ese hombre guapo y taciturno pudiera mirarme con un sentimiento que no fuese el enfado. Además, todavía no me había recuperado de la revelación de que no era un imbécil.

Me di la vuelta y miré la mesa. Lo sentí moverse tras de mí. Di un paso atrás y, al tropezarme con él, mi trasero aplastó la cara externa de su muslo. Si me inclinaba hacia atrás sentiría sus abdominales en mi espalda, pero luché contra el impulso. No podía ceder a él.

—Me he fijado mucho en ti —me dijo al oído, y todas las ganas de luchar abandonaron mi cuerpo. Me fundí contra él, y sí, sus músculos eran tan duros como parecían.

—Liz...

De repente sentí frío, y supe que había dado un paso atrás. Me puso una mano en la cintura y me giró. Me quedé sin aliento. Estaba muy cerca.

Sus labios rozaron los míos y tiré de su camisa para que me diese más. Trazó el contorno de mi boca con la punta de su lengua antes de reclamarla por completo.

Santo Dios, cómo me besó ese hombre. Lo consumía todo a su paso. Solo tenía la boca en la mía y las manos en mis caderas, pero me sentía como si me estuviera tocando en lo más íntimo. Cada pasada de su lengua me excitaba más y más. Hasta la última de mis terminaciones nerviosas estaba en llamas, y un calor se desparramaba sobre mi piel.

El beso fue tan profundo, húmedo y sensual que no pude evitar gemir contra su boca. Aferré sus hombros con ambas manos para no perder el equilibrio. Sabía a uvas y a Declan. Estaba envuelta en su masculino aroma, y podría pasar días perdiéndome en él.

Un fuerte ruido me sacó de esa deliciosa ensoñación.

—Mierda —exclamó Declan.

Parpadeé, desconcertada:

—¿Qué pasa?

—Mi familia está en la entrada. Se me olvidó que iban a venir.

—Oh, guau. Esto... Muy bien. —Me sentía un poco aturdida por el delicioso beso. *Vamos, neuronas. Echadme un cable*—. Me vuelvo a la casa de invitados.

—No —respondió con voz potente y dominante—. Voy a ignorarlos. Ya se irán. Tú no te vas a ninguna parte.

—Declan... —susurré, totalmente de acuerdo con su plan. Sus manos seguían en mis caderas.

Un potente claxon resonó en todo el jardín, lo que me puso del todo los pies en la tierra y me hizo dar un paso atrás:

—No creo que se marchen.

Declan gruñó:

—Tienes razón, no se marcharán.

Un segundo más tarde, una voz de mujer exclamó:

—¡Declan, abre la verja, por favor!

Este volvió a gruñir:

—Es mi prima.

—Venga, dale, ve —contesté—. Antes de que intenten echar la puerta abajo.

—Les veo capaces de hacerlo. —Tras carraspear, dijo en voz alta—: ¡Un segundo, ahora mismo voy!

Me lamí el labio inferior mientras lo veía caminar hacia la puerta. Maldita sea, la palabra sexy se quedaba muy corta para describir a ese hombre. La forma en que esos vaqueros abrazaban sus músculos...

Ñammm.

Me metí corriendo en mi casa antes de que Declan llegase a la puerta. El día había dado un giro inesperado. No me podía creer lo que había sucedido, y me toqué los labios con dos dedos.

Había besado a Declan Maxwell.

Hostia. Puta.

Lo había hecho. Había traspasado la línea roja.

Me sentía rebosante de energía y adrenalina.

¡Ja! No me lo podía creer.
Y Dios bendito, qué bien besaba.
De hecho, seguía aturullada.

Unos segundos más tarde recordé que tenía planes para mis horas libres. Iba a visitar a Helen antes del trabajo en el bar.

Pero antes tenía que hacer un montón de rosquillas. Helen era muy golosa, y la repostería era mi pasión. Desde niña me había hecho muy feliz. Tenía todos los ingredientes en la alacena, así que puse música y empecé a bailar en la cocina mientras lo preparaba todo. Tengo que confesar que las rosquillas no eran mi receta favorita. Como había que freírlas, no las consideraba repostería del todo. Pero eran las favoritas de Helen.

Manejar los utensilios de cocina no me resultó fácil con un antebrazo lastimado, pero me las arreglé. Aunque iba más lenta de lo habitual, motivo por el que Richard me envió a casa.

Cuando estuvieron listas, las dejé enfriar y me puse unos vaqueros y un jersey rosa de algodón. Luego repartí las rosquillas en dos cajas con el logotipo de mi pastelería.

Ponía *Dulces caprichos* en letras blancas cursivas sobre fondo rosa. Llevaba unos años con ese diseño, y me emocionaba pensar que pronto se volvería realidad.

Al salir, miré la casa grande y me mordí el labio. Me encantaría mostrarle a Helen fotos del interior de la casa de Declan. Le haría muy feliz. Pero después de nuestro ardiente beso, no estaba segura de qué hacer. ¿Debía llamar a la puerta sin más? Para colmo, estaba con su familia.

Y aún así... quería mostrarle a Helen todo lo que Declan había hecho.

Subí los escalones sin darme tiempo a perder el coraje. Solté las cajas de rosquillas y llamé. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió y un hombre muy atractivo salió:

—¡Hola! Tú debes ser la vecina de Declan, ¿verdad? Soy Travis, su hermano.

Incluso si no hubiera sabido que su familia estaba de visita, habría deducido que Travis estaba emparentado con Declan. Era igual de alto y había un leve parecido entre los dos, aunque Travis llevaba el pelo más largo.

—Hola, Travis, ¿está Declan?

—Estoy aquí —le oí decir—. Entra.

—Gracias.

Cuando entré, sentí alboroto a mi derecha. Al parecer, estaban todos reunidos en la cocina.

Mi vecino estaba en la isla, y a su lado había dos mujeres. Una tenía unos vivos ojos verdes y la mitad del cabello castaño oscuro recogido en un moño desordenado, mientras que la otra mitad le flotaba en ondas a la altura de los hombros. Llevaba un vestido estilo bohemio de color crema con mucho encaje y unos botines. Era impresionante. La otra mujer tenía el pelo trenzado por la espalda. Llevaba unos vaqueros y una camiseta maxi que había anudado en el lado derecho. Solo había visto ese estilismo en las revistas, y por lo general me parecía exagerado, pero me encantó.

También había dos hombres, y al instante supe que eran a su vez hermanos. Tenían un increíble atractivo sexual. Dios mío, esos hombres eran un peligro para las hormonas femeninas. *¿Cómo pueden estar todos tan buenos?* Por supuesto, Declan estaba a otro nivel. Mis entrañas se encendieron al verlo. Dios, cómo me besó...

Posó sus ojos en mí, y se me trabó la respiración a pesar de que estaba al otro lado de la habitación.

—¡Hola, Liz! —dijo la mujer del vestido de encaje, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sabes cómo me llamo? Yo no sé tu nombre.

—Soy Reese. Esta es mi hermana, Kimberly.

Kimberly sonrió de oreja a oreja:

—Encantada de conocerte.

—Yo soy Luke —se presentó uno de los chicos.

—Y Yo Sam —dijo el otro con un bostezo—. Lo siento, sigo luchando contra el *jet lag*. Acabo de llegar de Honduras.

—¿Vives allí? —le pregunté.

—Trabajo allí, con Médicos Sin Fronteras.

—Encantada de conocerlos a todos. —Hice un saludo colectivo con la mano, y luego me giré hacia mi vecino—: Declan, necesito pedirte un favor. Voy a visitar a Helen, y creo que le alegraría el día que le mostrase algunas fotos de la casa. Sé que le encantaría ver estos hermosos suelos de parqué y lo que has hecho con la barandilla de la escalera que conduce al primer piso.

Ya le había hablado de la visita, pero no quería confesar frente a su familia que habíamos pasado un rato juntos.

La mirada de Declan se enterneció. *Este hombre me está matando.*

—Claro. ¿Dónde vive? —Antes no mencioné la ubicación, así que no me extrañó la pregunta.

—En una residencia, cerca de Elm Street. Salgo ahora mismo para allá.

—No hay problema —contestó.

—Gracias. Estás haciendo un trabajo extraordinario con la casa y sé que estará encantada de ver los cambios. Por favor, haced como si no estuviera aquí —les dije mientras sacaba el teléfono. Empecé a disparar, e incluso traté de hacerme algunos selfies con el pulgar hacia arriba, pero me pareció un poco ridículo.

—Liz, dame eso. Te ayudaré —dijo Declan, que se acercaba. Sentí su presencia física como un abrazo, como si me hubiera envuelto entre sus musculosas extremidades.

Le pasé el teléfono y traté de ignorar el chisporroteo en mi cuerpo cuando nuestros dedos se rozaron.

Di una vuelta por la habitación y me acerqué a la barandilla y la ventana. Él sacó algunas fotos mientras yo hacía poses tontas. Ya había hecho fotos de esos lugares, pero sabía que a Helen le harían gracia mis tonterías.

—Es muy considerado por tu parte que la visites —murmuró.

—Me cae muy bien Helen. Tenía la esperanza de que fuese mi vecina durante mucho tiempo.

—Pero en su lugar te has quedado con el cascarrabias de mi primo —bromeó Reese—. Es como el Grinch, pero durante todo el año.

Me di la vuelta para mirarla, y luego volví a centrar la mirada en Declan y le guiñé un ojo:

—Lo has clavado.

—Has salido perdiendo con el cambio, ¿verdad? Aunque se dice por ahí que no le dejas dormir.

—Hemos firmado una tregua, ¿cierto? —declaró Declan mirándome a los ojos.

Yo carraspeé, tratando de ignorar los retortijones en mi barriga:

—Efectivamente.

Me devolvió el teléfono con una sonrisa en la mirada.

—Me voy —dije—. Muchas gracias. Y perdón de nuevo por interrumpir.

—Espera —dijo Reese, que miraba a sus primos y a su hermana. Se pasó la mano por sus trenzas onduladas. Tenía el pelo brillante, como si acabase de salir de la peluquería. Era probable que así fuese—. ¿Por qué no le pedimos su opinión? Ella no conoce el problema y será objetiva.

Me eché a reír. A ver, acababa de besar a Declan, así que no estaba segura de poder ser objetiva.

—Declan, ¿te importa si compartimos nuestros secretos con tu vecina? —preguntó Reese.
Este echó la cabeza hacia atrás y se rió.

¡Ja! Me alegró comprobar que era una persona risueña cuando estaba con su familia.

—¿Te puedes unir a nuestra reunión en torno a la isla? —me preguntó Reese—. ¿O tienes prisa?

Fruñí un poco el ceño:

—A ver, no tengo prisa, pero no puedo quedarme demasiado. He hecho rosquillas, y quiero llevárselas a Helen mientras estén calentitas.

Travis se puso alerta:

—¿Rosquillas? ¿Dónde?

—Las he dejado en el porche.

Luke se quedó boquiabierto:

—Dios, ya me caías bien por hacerle pasar malos ratos a Declan, pero después de hacer algo así ya no lo tengo tan claro.

Sam y Kimberly fijaron las miradas en la puerta, y yo me eché a reír:

—Creí que era lo más práctico. He hecho dos cajas, puedo daros una para que la compartáis.

Kimberly se frotó las manos:

—¿Sabes qué te digo? Tráelas. Esta conversación necesita unas rosquillas.

—Vale.

—Ya voy yo —se ofreció Declan, que fue de inmediato a la puerta.

Me quedé mirando su glorioso culo. *Dios mío, es perfecto.*

Cuando volví a mirar a la isla, me di cuenta de que todos los Maxwell me observaban. Travis me dedicaba una media sonrisa, Luke parecía morderse la lengua y Reese tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Vaya. Me han pillado.

Declan volvió con una de las cajas, que abrió en la encimera.

—Tienen una pinta increíble, parecen hechas por una profesional. ¿Las has hecho tú? —preguntó Reese.

—Sí. Soy repostera. A Helen le encantan, así que pensé en llevarle unas cuantas a ella y a sus amigos de la residencia.

Reese se detuvo justo antes de morder la rosquilla que tenía en la mano.

—Ahora me siento culpable por que las compartas con nosotros —dijo Kimberly.

—Pues yo no me siento ni un poquito culpable —exclamó Sam después de darle un bocado a una. Travis, Declan y Luke estaban demasiado ocupados devorando sus rosquillas para hablar.

¡Qué familia más divertida!

—Me siento culpable, pero no tanto como para no comérmela —concluyó Reese al fin, mientras le daba un bocado.

Apoyé los codos en el mostrador y me la quedé mirando:

—Bueno, os escucho.

—No queremos robarte demasiado tiempo con nuestra dramática historia. Pero bueno, ahí va la versión reducida: mi padre se mudó a Londres hace muchos años. Nunca ha estado muy presente en nuestras vidas. Mi madre falleció cuando éramos pequeñas, y su muerte le afectó mucho. —Bajó los hombros, y Travis la rodeó de inmediato con el brazo—. Total, que cuando estuve de visita en París quedé con él en Londres, y resulta que se casó hace dos meses y pronto tendrá una niña.

—Guau, esas son muchas noticias de golpe —dije lentamente mientras cogía una rosquilla—. Y Kimberly tiene razón. Esta conversación sí que necesita dulces.

—Espera, no te hemos dicho aún cuál es el problema —repuso Kimberly.

—Ah, vale, perdón.

—No estamos seguros de cómo decírselo a la familia. Mi padre nos pidió que lo hiciéramos nosotras. Nos preocupa sobre todo nuestra abuela, la madre de nuestro padre —explicó Reese.

—No sé muy bien qué decir. A ver, no conozco a vuestra abuela.

—Es una mujer muy astuta. Tiene un gran sentido del humor, pero no deja pasar ni una. Y siempre se da cuenta cuando le mentimos.

—Incluso cuando no le estamos diciendo toda la verdad —añadió Travis.

—Tiene a todos los hombres de la familia agarrados por las pelotas —prosiguió Reese, con un tono como si no hubiese dicho nada del otro mundo.

Los chicos comenzaron todos a protestar a la vez, lo que resultó una escena bastante cómica. Travis y Luke hablaban en voz alta y gesticulaban con las manos. Sam era el que más alto hablaba, pero sonreía. No se podía distinguir quién decía qué. Declan estaba callado y no apartaba los ojos de Reese.

—Oh, mira, este quiere matarme con la mirada —dijo, señalando con el dedo a Declan—. Pueden negarlo todo lo que quieran, pero es verdad. Total, que estamos haciendo una lluvia de ideas sobre cómo decírselo. Y al resto de la familia. De momento solo lo sabemos los presentes.

Los miré a todos con empatía. *Dios mío, son todos adorables*. Algo cambió dentro de mí al mirarlos. Estaban debatiendo muy en serio acerca de la mejor manera de dar la noticia a su familia.

A ver, en mi familia también había mucha cercanía, pero ese era un nivel al que no estaba acostumbrada.

—¿A qué conclusiones habéis llegado de momento? —preguté, completamente implicada.

—Pensamos en decírselo primero a mi tío, hermano de nuestro padre y padre de estos idiotas, que vive aquí en Chicago, y que luego él se lo diga a la abuela —le explicó Reese.

—El problema es que aún tenemos que decírselo a mi padre —dijo Travis—. Y solo eso ya será... interesante.

—Celebremos una cena familiar y se lo contamos a todos —opinó Declan—. Yo lo haré.

Luke se rió:

—Claro, ¿qué podría salir mal? “¡Hola a todos! Bienvenidos a la cena. Por cierto, el tío Harvey se ha casado y pronto va a tener una hija. Que aproveche”.

Declan arqueó una ceja:

—Pues yo no le veo nada de malo a la idea.

Travis le dio una palmadita en el hombro:

—Y que no seas capaz de verlo te convierte en una causa perdida. No tiene sentido explicártelo.

—Primo, me parece que te has vuelto aún más insensible desde que me fui —opinó Kimberly.

—Eso es imposible —repuso Sam—. Cuando te marchaste no tenía ya ni una pizca de sensibilidad.

—Pues yo no creo que sea tan mala idea. Al menos va de cara —señalé—. Aunque sí que le falta un poco de tacto. A ver, son noticias impactantes.

Declan arqueó una ceja:

—¿Pero tú de qué lado estás?

—De ninguno. Soy neutral y objetiva, ¿recuerdas?

Sus ojos se posaron en mis labios. Me removí en mi asiento, y miré a Reese para tratar de ignorar la repentina aceleración de mi pulso.

—La otra opción que veo es llevarme a la abuela de paseo y decírselo. Creo que lo agradecería —dijo Reese.

—Eso suena mucho mejor —coincidí—. Más íntimo, y es probable que lo prefiera.

—Buena idea. Y además nos libera a los demás del problema —añadió Luke.

Reese se lo quedó mirando:

—Estabas rebatiéndome eso mismo antes de que Liz viniera. Decías que era mejor hacerlo todos juntos.

Luke se encogió de hombros:

—He cambiado de opinión.

—Está demostrado que mis rosquillas tienen un efecto pacificador —dije con una sonrisa.

Travis hizo un gesto de aprobación con el pulgar mientras masticaba una:

—Tienes razón, están buenísimas. ¿Tienes página *web* para hacer pedidos?

—No, pero voy a abrir mi propia pastelería. Si todo sale bien, antes de que acabe el siglo.

—Lo recordaré —respondió Travis.

—Sigo pensando que deberíamos hacerlo todos juntos durante una cena —dijo Declan.

Miré mi reloj y me di cuenta de que el tiempo había volado. Tenía que irme ya a ver a Helen si quería pasar algo de tiempo con ella.

—Debería irme ya —dije.

—Te acompañaré a la puerta —dijo Declan con esa voz grave y peligrosamente sexy.

—No hace falta. A ver, la puerta está ahí mismo—repuse, señalando a mi espalda con el pulgar. Me miraba con tanta intensidad que sentí su presencia como si lo tuviera justo enfrente.

—Vale. Pero tenemos una conversación pendiente. ¿La retomamos cuando estés de vuelta?

Asentí. *Vaya*. Tuve que luchar contra el impulso de abanicarme con la mano.

Mientras salía sentí todos los ojos puestos en mí, y estaba segura de que los oídos me zumbarían en cuanto cerrase la puerta.

Capítulo Siete

Liz

Una vez fuera, cogí las rosquillas y subí a mi bicicleta. Puse la caja en la cesta y me dirigí a la residencia de Helen. Estaba al otro lado del vecindario, y llegué en solo veinte minutos. Me encantaba montar en bici, y más aún que se hubiese acabado el invierno, que no me había permitido usarla tanto.

Sinceramente, la residencia de Helen parecía un chalet de lujo. No era muy grande y solo tenía treinta residentes, pero por alguna razón me recordaba a un internado de élite. La fachada era de ladrillo visto color crema, y un imponente arco custodiaba la entrada. Estaba muy bien cuidada allí. Ya había hecho amigos, y decía que la comida era excelente. Aunque siempre añadía que los dulces de allí no tenían ni punto de comparación con los míos, así que me propuse llevarle algunas cosas cada vez que la visitara.

Fui directa a la recepción:

—Hola, llamé hace un rato. Vengo a ver a Helen.

—Sí, te está esperando. ¿Eso son rosquillas? —preguntó Nadia, sin dejar de mirar la caja blanca.

—Sí, son rosquillas. ¿Quieres una?

—Oh, no puedo decirle que no a algo así.

Con una risita, abrí la caja y le ofrecí una.

—Ah, ¡y encima están recién hechas!

Sonreí:

—Para mi Helen, lo mejor de lo mejor. ¿Está en su habitación?

—No, salió hace un rato al patio.

—Fantástico. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien —respondió, pero luego frunció el ceño—. Aunque se siente un poco sola, eres la única que viene a visitarla.

—Vendré más a menudo.

Se me rompió el corazón. Antes de mudarme a Chicago, cenaba con mis padres una vez a la semana. Estar lejos de Sunnyvale y de ellos era doloroso, a veces casi físicamente.

Salí al jardín con una sonrisa y la busqué con la mirada. Los árboles de la finca eran viejos e imponentes, y le daban al lugar un aire reposado. Helen estaba en el banco más cercano, bajo la sombra de los árboles, y fui directo a ella.

—¡Hola, cariño! Has traído rosquillas —exclamó Helen.

—Jamás me atrevería a presentarme aquí con las manos vacías —repuse mientras me sentaba a su lado y abría la caja. Helen cogió una y le dio de inmediato un mordisco.

—Humm, están de muerte, como de costumbre. Me alegro mucho de que puedas pasarte un rato. —Su mirada se posó en mi vendaje—: ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—Un accidente en el trabajo. Se está curando, pero el jefe decidió que hoy no me necesitaban. Voy demasiado lento.

Helen me dio unas palmaditas en el muslo:

—Muchacha, tienes que bajar un poco el ritmo o acabarás quemada.

—Te prometo que lo haré, Helen. Solo tengo que aguantar un poquito más.

—La prisa es mala consejera. Imagino que al menos habrás ido al médico.

—No. ¿A que no adivinas quién me ha vendado? Mi nuevo casero.

—¿Declan Maxwell?

—El mismo.

Curiosamente, Helen no pareció sorprendida, si bien solo había dicho cosas positivas sobre él y su familia en todo momento.

—Sabía que era un hombre decente.

—¿En serio, lo sabías?

—Sí. Ya te lo dije, vinieron muchos interesados en comprar mi casa, pero él fue el único que me convenció. Me dio la impresión de que tiene un alma amable, aunque por fuera parezca algo hosco.

—¡Y que lo digas!

Ambas nos reímos.

—Y además viene en un envoltorio muy bonito, ¿no crees?

Entrecerré los ojos mientras sentía que un rubor encendía mis mejillas:

—¡Helen!

—¿Qué? Soy vieja, pero sigo conservando la vista —respondió con un guiño.

—El envoltorio es *increíble* —confesé.

—Espera un momento. Hace seis meses que te conozco, jovencita. Y nunca has dicho ni una palabra acerca de un hombre.

—Es difícil no hablar de este. Vive enfrente de mi casa. Bueno, más bien soy yo la que vive enfrente de su casa.

—Eso es cierto. Ya se irá abriendo a ti. Confía en mí, es imposible no hacerlo.

Yo diría que ya se está abriendo a mí. Traté de que el pensamiento no se reflejase en mi rostro.

—Oh, Helen, qué buena eres conmigo.

Ella me dio unas palmaditas en la mano:

—Háblame de la pastelería. ¿Cómo va ese tema?

—Sigo buscando el local perfecto, pero lo encontraré. Y mis ahorros crecen a muy buen ritmo.

—Chica, ya te lo he dicho antes y te lo repito: eres la bomba, y pronto dejarás a todos asombrados con tu valía.

Me eché a reír. Helen siempre me daba ánimos. Me hacía sentirme más cerca de mis padres.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín? —le pregunté.

—Claro. Así podrás saludar también a mis amigos.

—Tienes que decirme cómo te las apañas para hacer amigos con tanta facilidad —le dije mientras se montaba en su silla de ruedas eléctrica—. Llevo siete meses en Chicago y la única persona con la que he interactuado, además de mis compañeros de trabajo, es mi vecino.

—Oh, cariño. Cuando estás encerrada en el mismo lugar con otros treinta sacos de huesos, aprendes a hacer amigos rápidamente.

—Supongo que sí. Por cierto, tengo algo para ti —dije, y saqué el teléfono—. He hecho algunas fotos de la casa para que la veas.

—Vaya, vaya, pues sí que estás en buenos términos con ese hombre.

Me limité a carraspear, sin confirmarlo ni negarlo, y le mostré las fotos.

—Ha hecho un gran trabajo con la vieja dama. Se parece al aspecto que tenía cuando yo misma me mudé allí.

Helen miró con nostalgia las fotos antes de devolverme el teléfono con gesto abatido. Siempre llamaba a la casa “la vieja dama”.

—La echas de menos, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, pero estoy contenta con mi decisión. Quería vivir como una reina, y aquí lo he conseguido. Y tengo compañía. En la casa estaba sola, y era demasiado grande para mí. La vieja dama necesita alguien que pueda llenarla de vida, y una familia, y creo que Declan lo hará.

—Siempre ves el lado bueno de las cosas, Helen. Me encanta eso de ti.

Paseamos lentamente hacia un grupo que jugaba al ajedrez en otro banco. Después de las presentaciones, Helen y yo estuvimos un rato charlando con ellos.

Me marché unas horas más tarde, para poder llegar a tiempo a mi trabajo en el bar. El antebrazo ya estaba mucho mejor, y pude preparar cócteles sin problemas. Lo que más me costó fue picar o cortar en dados, porque me dolía el brazo si estaba mucho tiempo en la misma posición.

Cogí la bicicleta, pero en lugar de pedalear la llevé rodando a mi lado. Quería llamar a mi hermana, y no me gustaba hablar por teléfono mientras montaba en bici; me costaba prestar atención a dos cosas a la vez, y aún más con el antebrazo vendado. Estar con Helen siempre me hacía echar de menos a mi familia. Llamé a Rose, y el teléfono sonó dos veces antes de que contestara.

—Hola, Liz —saludó.

—¿Cómo está mi hermana favorita del mundo?

—Oh, cubierta de caca y vómito, pero feliz como una perdiz. Gracias, Dios, por las hormonas.

—Os echo de menos a ti, al currusquillo y a nuestros viejos —le dije.

—Oh, hermanita, nosotros también te extrañamos, pero estamos muy orgullosos de ti. Estás trabajando duro y luchando por tu sueño.

—Ojalá pudiese hacerlo teniéndooos más cerca. —Rose debió ponerle el teléfono en la boca de mi sobrina, porque escuché a mi hermana decir muy bajito: “Muy bien, dile a la tía Liz cuánto la echamos de menos”, seguido de un “Gugu gaga” sazonado con grititos que me hizo sonreír.

Escuché que se cerraba una puerta, y Rose volvió a hablar:

—La estaba acostando. Tendremos un ratito de tranquilidad para hablar. Así que dime, ¿cómo van las cosas con el coñazo de tu vecino?

—Al parecer hemos acordado una tregua.

—¿En serio? ¿Y eso en qué consiste?

—Aún no estoy segura.

—Espera, ¿no acabas de decirme que habéis acordado una tregua? ¿Cómo puedes no saber en qué consiste?

—Digamos que ambos hemos ondeado la bandera blanca, pero aún no estoy segura de qué sucederá a continuación.

—La verdad, siempre he pensado que esas escapadas nocturnas a tu puerta eran bastante sexys.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás:

—¿De verdad?

—¿Si es sexy pelearse a medianoche con tu vecino? Sexy de cojones. No le das una alegría al cuerpo desde... antes de la operación. A no ser que cuentes esa noche con Dexter.

Fruncí la nariz:

—No, esa no cuenta.

—¿Te sientes insegura por la cicatriz?

—La verdad es que sí. No la llevo con orgullo.

—Oye, es un proceso.

Uno que no termina nunca, al parecer.

El año anterior estuve a punto de morir. Suena muy dramático, pero a pesar de que lo había revivido un millón de veces en mi cabeza sucedió tan rápido que seguía sin recordar muchos detalles. Rose y yo fuimos a hacer senderismo. La ruta era bastante fácil, pues mi hermana estaba ya embarazada y no quería hacer grandes esfuerzos. A nuestra derecha el sendero acababa en un acantilado, pero había una barandilla de madera que parecía sólida. Durante un descanso nos asomamos a contemplar el paisaje, y cuando Rose se apoyó en ella...

Se rompió.

Aún recuerdo ese fugaz momento de pánico absoluto mientras mi hermana perdía el equilibrio y agitaba los brazos.

—¡El bebé! —gritó.

La agarré y tiré de ella para devolverla al sendero, aunque no sé cómo pero en el proceso perdí yo misma el equilibrio.

Rose quiso ayudarme, pero me daba tanto miedo arrastrarla conmigo que no tomé su mano. En su lugar agarré la barandilla, que había olvidado que estaba rota, y caí rodando colina abajo. Fue entonces cuando un objeto afilado desgarró mi vientre.

Los médicos dijeron que había sobrevivido de milagro. Al final, me recuperé por completo... excepto por un detalle. Me quedó una enorme y horrible cicatriz, que comenzaba debajo de mi esternón y me llegaba hasta el ombligo. La piel estaba demasiado desgarrada, y no pudieron coserla bien. La primera vez que la vi, en el hospital, fue una conmoción.

La siguiente conmoción llegó cuando el que llevaba un año siendo mi novio, Dexter, retrocedió horrorizado cuando tratamos de intimar después del accidente. Desde entonces me daba una vergüenza horrible mostrar mi cicatriz.

—¿No puedes taparla o algo así? —me preguntó—. Es asquerosa.

Me afectó tanto que me tapé hasta la barbilla y le pedí que se fuera. Rompimos poco después, no solo por eso sino porque afirmaba que ya no me reconocía.

La cuestión era que a raíz del accidente comencé a pensar mucho en qué quería hacer en la vida. Siempre había soñado con tener mi propia pastelería, pero siempre lo había pospuesto. Y tras mirar a la muerte a los ojos, decidí no esperar más. Quería perseguir mis sueños, y a Dexter no le gustó la idea. Pues nada, adiós muy buenas. Tuve el corazón roto durante un tiempo, por supuesto, pero ahora podía ver que no estábamos hechos el uno para el otro.

Me planteé la cirugía plástica, pero sería muy cara y en realidad no estaba segura de querer pasar por ese procedimiento. De todos modos, había pasado un tiempo y la cicatriz era menos rosada y aterradora. De hecho, se había aplanado un poco. Quizás con el tiempo llegase a acostumbrarme a ella.

—La cuestión es que prefiero poner todos mis esfuerzos en la pastelería —le dije a Rose, con ganas de cambiar de tema.

—No te juzgo, es más, yo echo mucho de menos darme una alegría. El único meneo que le doy al cuerpo por la noche es cuando me levanto para darle de comer al bebé. Mark y yo tenemos que escondernos para tener sexo, y la mayoría de las veces rezo para no quedarme dormida en mitad de la faena.

Eso me hizo reír. Mi hermana siempre decía las paridas más divertidas:

—Será más fácil con el tiempo.

—Oh, lo sé, lo sé. No me estoy quejando. Pero la maternidad es, ya sabes, demandante. Oh, la pequeña terrorista está otra vez reclamando mi atención. Llámame más tarde.

—Claro, lo haré. Dale besos a mamá y papá cuando cenes con ellos.

—Lo haré.

Con un suspiro colgué la llamada, y estaba a punto de guardar el teléfono en el bolso cuando escuché la notificación de un correo electrónico.

Era de Declan. Unas mariposas revolotearon por mi barriga.

¡Hola!

No estaré en casa cuando llegues. Hemos decidido lidiar con el problema hoy mismo. La panda quería posponerlo, pero no lo puedo consentir.

Declan

Me reí al imaginarle mandoneando a sus hermanos. Me pregunté cómo le habría resultado, porque no parecían del tipo que acepta órdenes de nadie. Pero Declan tenía en su naturaleza ese ramalazo dominante y autoritario, y al parecer Reese decidió seguirle el rollo. Nunca había conocido a alguien como él... y me gustaba.

¡Hola!

Buena suerte. Me ha alegrado conocer a tu familia hoy. Me han caído muy bien.

Liz

Me mordí el labio y contuve la respiración en espera de su respuesta.

Tú también les has caído muy bien. Y a mí también, Liz. No creas que me he olvidado de la conversación que tenemos pendiente. Ya encontraremos el momento de retomarla.

Declan.

P. D. Dame tu número de teléfono. En el contrato de alquiler viene tu correo, pero no tu número.

El revolotear de las mariposas se intensificó. Lo podía sentir en la punta de los dedos y en todas mis partes íntimas.

Bueno, teniendo en cuenta mi horario habitual es probable que no me veas mucho el pelo. A menos, claro está, que vengas a aporrear mi puerta en mitad de la noche. Abajo te adjunto mi número.

Envié el correo antes de que cambiase de opinión. Sentía que el beso nos había llevado mucho más allá de una simple tregua, pero no estaba segura de exactamente adónde.

El teléfono volvió a sonar, esa vez con el tono de un mensaje de texto:

Desconocido: Quién sabe, puede que lo haga.

Capítulo Ocho

Declan

En cuanto entré en casa de mis padres, me di cuenta de que el evento había congregado a la familia al completo. Nunca dejaba de sorprenderme su capacidad para improvisar esas enormes reuniones y que todo saliera bien. Hacía solo una hora que llamé a mi madre y, a juzgar por los coches en la entrada, le había dado tiempo de convocar a toda la familia. A la abuela no le gustaba organizar eventos en su casa, y siempre alegaba que era demasiado pequeña.

Escuché voces en la cocina, y supe que estarían todos allí. Las reuniones familiares siempre se celebraban en la cocina. Mamá improvisaba una cena con lo que tuviese en la nevera, y nos repartíamos las tareas.

Cuando entré en la cocina, todo el mundo ya rodeaba la isla.

Travis me sonrió:

—Te dije que llegaríamos antes que tú.

—¿Cómo lo habéis hecho? —le pregunté.

—Saltándome algunos límites de velocidad, como es lógico.

—Traté de que no lo hiciera, pero como el que oye llover —se justificó Kimberly. Yo sacudí la cabeza, exasperado. Cualquiera día me volverían loco. Como abogado siempre trataba de cumplir las reglas, y esperaba que mis hermanos también lo hicieran.

Miré a mi madre:

—Mamá, ¿cuál es el plan?

—Oh, estamos haciendo un *risotto* con lo que hay en la nevera. Es casi todo verdura, así que hay mucho que cortar. Coge algo del centro de la isla y haz algo útil, hijo.

—Ahora mismo —contesté.

—Sam, ¿qué quieres beber? —preguntó mi madre.

No pude evitar reírme:

—¿Así que todos tenemos que trabajar excepto Sam?

—Sí, antes de irse solía compartir el trabajo duro con nosotros, los mortales —se quejó Travis.

Nuestra madre se lo quedó mirando.

—Gracias, mamá, no me apetece beber nada —intervino Sam—. Ponme a trabajar, o tendrás que lidiar con una muchedumbre enfurecida.

Su comentario me arrancó una carcajada, y recorrí la cocina con la mirada. Reese estaba entre Luke y yo. Tate también había venido con su hija y Lexi, su prometida. Tyler y su prometida, Kendra, también habían asistido.

—¿En qué orden hacemos las tareas? —le pregunté.

Luke se rió:

—¿Ya estás intentando optimizarlo todo, hermano?

—Sí, y mientras tanto no haces ni el huevo —añadió amablemente Travis.

—Oye, cuidado con esa boca. Mi hija está aquí —repuso Tate.

—Papá, ya soy mayorcita como para conocer esas palabras —dijo Paisley.

Tate se quedó estupefacto:

—A mis ojos, sigues siendo mi niña pequeña.

Paisley se rió:

—Quizás tenga que ponerme a decir palabrotas delante de ti porque sí, a ver si te acostumbras.

Tate miró a Travis, y luego a su hija:

—Paisley, cariño, es mejor que no hagas eso.

La chica asintió, y Reese le dio un codazo a Travis:

—Ándate con ojo. Tate está perfeccionando la mirada asesina, y le falta poco para llegar al nivel de Declan.

Aunque Reese estaba decidida a darle la noticia ella misma a la abuela cuando Liz apareció con las rosquillas, al final decidió que sería mejor tener a toda la familia presente. Así todos podríamos apoyarla.

Miré a Reese, que levantó una ceja inquisitiva antes de asentir, y supe exactamente a qué se refería. Quería asegurarme de que seguíamos adelante con el plan. Yo también asentí para señalar que estaba de acuerdo. Era el momento de coger el toro por los cuernos. El único motivo por el que insistí en la cena era porque sabía que, de lo contrario, la situación se prolongaría innecesariamente.

—Tengo que decir que me alegro muchísimo de que hayamos logrado reunir a toda la pandilla —dijo la abuela—. Reese, cuéntamelo todo sobre tu viaje a París.

—Oh, fue increíble —dijo esta. El sonido de los cuchillos contra las tablas de cortar se ralentizó, y todos escuchamos con atención—. Es la ciudad más romántica en la que haya estado, y nuestra Kimberly tiene una vida magnífica allí. Tan magnífica que no tengo ni idea de cuándo querrá regresar, si es que alguna vez lo hace.

—Por supuesto que tarde o temprano volveré —repuso Kimberly—. Yo tampoco tengo ni idea de cuándo será, eso es verdad.

—Dijiste que también fuiste a Londres. ¿Cómo está tu padre?

Todos los presentes percibimos la pena en la voz de la abuela. Le dolía mucho que el tío Harvey estuviera tan ausente. Aunque el hecho de que le pidiera a Reese y Kimberly que trataran de tender puentes me hacía tener esperanzas en que eso cambiara. Soñar es gratis. La cara de mi padre, por otro lado, mostraba frialdad. No estaba seguro de qué estaría pensando.

Reese respiró hondo, se pasó una mano por el pelo y recorrió la mesa con la mirada:

—Está muy bien. Aunque hay algunas novedades.

Tate levantó la vista de las cebollas y me miró con una ceja enarcada. Yo negué con la cabeza imperceptiblemente.

Maldita sea, deberíamos habérselo dicho antes a Tate y Tyler.

—Papá tenía algunas noticias. Y como no estaba seguro de cómo compartirlas con la familia, al final no lo hizo —comenzó Reese, con la voz tensa. Seguro que tampoco era plato de buen gusto para ella—. Total, cuando fui a Londres me esperaban algunas sorpresas. Resulta que se casó hace un par de meses, y Kimberly y yo vamos a tener pronto una hermana pequeña. —La sonrisa en el rostro de mi prima era tan forzada y antinatural que casi daba miedo.

La habitación quedó envuelta en un silencio sepulcral. La abuela fijó la mirada en Reese mientras aferraba el cuchillo que estaba usando, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Mi hijo se ha casado y va a tener una hija y no me ha dicho nada? —repitió la abuela.

Reese asintió:

—Bueno, es posible que...

La abuela la calló con un gesto y se giró para mirar a mi padre:

—¿Tú estabas al tanto de esto?

—No —respondió, con la misma cara de pasmado que mi madre. Por desgracia, su hermano no había puesto al día a nadie. Toda la situación era tremendamente desafortunada.

Tate, Tyler, Kendra y Lexi intercambiaron miradas. Paisley también miraba a todas partes, confundida. *Mierda, tal vez deberíamos haber tenido esta conversación sin ella.* Por otro lado, sabía todo lo que pasaba en la familia, y ya era mayorcita para comprender muchas cosas.

Tal vez deberíamos haber dejado que Reese se lo dijese a solas. Pero todos tenían que enterarse tarde o temprano. Por desgracia, lo más probable es que no hubiese una manera buena de hacerlo.

El silencio se eternizó y se tornó inquietante. Intercambié miradas con Reese. Entonces miré a Travis. Era muy raro que la abuela se quedase callada. Siempre tenía respuestas para todo. Pero se limitó a beber un sorbo de agua, con la mirada fija en la encimera de mármol.

Carraspeé y asumí el papel de moderador.

Cuando éramos niños, mi madre solía llamarnos a Tate y a mí sus generales, porque manteníamos a raya al resto del grupo. Luke siempre nos convencía para que hiciéramos barrabasadas, y por lo general podíamos contar con Travis, Tyler y con él para poner un punto de humor a cualquier situación. Pero ni siquiera ellos sabían cómo aligerar el ambiente, que se había vuelto solemne.

—Está claro que todos estamos tratando de procesar las noticias, así que cambiemos de tema —dije.

La abuela no me rebatió, lo que me inquietó aún más. Aunque yo no tenía hijos, me podía imaginar el dolor que la noticia le había hecho sentir.

Maldije a mi tío por hacerle eso a su madre. La abuela se estaba haciendo mayor, y ese tipo de disgustos eran inaceptables.

Paisley se inclinó, recorrió la mesa con la mirada y luego dijo:

—La planificación de la boda va viento en popa. Estoy muy emocionada.

Bien hecho, jovencita. Era incluso mejor que Luke, Tyler y Travis, porque había elegido el único tema que garantizaba que todos se pusieran de mejor humor.

—Eres una gran planificadora —dijo Lexi—. No sé qué haría sin ti. Hasta la elección más pequeña es abrumadora, y aunque Tate y yo no estamos de acuerdo en muchas de ellas logramos resolverlo.

—Paisley tiene derecho a veto. —Todos nos reímos... excepto la abuela, si bien parecía estar atenta a la conversación—. Tenemos algo que anunciar —dijo Tate mirando a Lexi, que asintió—. Hemos fijado una fecha. Vamos a casarnos en diciembre.

—¡Hey, enhorabuena! —exclamó Travis.

Aumentó aún más mi respeto por Tate. Aceptó la cuerda que le lanzó su hija y logró darle la vuelta a la situación con la noticia.

Tyler y Kendra se miraron. *Estos dos ocultan algo.* Era el mayor, así que siempre me daba cuenta de ese tipo de cosas. Una de mis responsabilidades era saber cuándo estaban tramando algo o trazaban planes secretos. No para chivarme. No era ningún chivato. Pero tenía que asegurarme de que no terminaban muriendo a causa de algún accidente.

—Eso es fantástico, chicos. Enhorabuena —intervino Kendra.

Había un murmullo emocionado en la cocina. Me sentía rebosante de alegría por mi hermano y por Lexi. Después de su divorcio, se encerró en sí mismo. Una parte de mí temió que acabase como mi tío, enterrándose a sí mismo en trabajo, aunque siempre había habido una diferencia fundamental entre los dos. Mi hermano siempre fue un padre ejemplar con Paisley, al contrario de nuestro tío, que delegó la crianza de Kimberly y Reese en la abuela y mis padres.

—Pues ya que estamos dando noticias —dijo Travis—, estoy tramando algo, pero no os lo puedo contar hasta que no sepa más detalles.

—Tío, eso no es una noticia —repuso Luke.

—Es verdad, eso no es más que un aperitivo —añadió Sam.

Travis los miró con el ceño fruncido.

Luke se encogió de hombros:

—Lo siento, es la verdad.

—Esta vez estoy de acuerdo con Luke —intervine—. Danos una pista al menos.

—No, no quiero gafarlo.

Hasta ahí llegó el intento de Travis por desviar la atención. Había sido un rotundo fracaso comparado con la noticia de la fecha de la boda, pero le agradecí el esfuerzo. También me sentí aliviado porque por un momento pensé que mi hermano se pasaría la vida de fiesta en fiesta hasta perder el norte. Todos estábamos en una situación económica holgada, tanto que no necesitábamos trabajar, gracias a los fondos fiduciarios que nuestros padres abrieron para cada uno de nosotros tras vender la cadena de librerías. Travis contaba, además de con ese capital, con los cientos de millones que logró cuando vendió su empresa. Pero siempre he pensado que todos necesitamos un propósito en la vida, una meta, un motivo para levantarnos cada mañana y seguir una rutina. Eso nos inculcaron nuestros padres, y lo teníamos bien interiorizado.

—Declan, tú y yo somos los únicos perdedores —dijo Luke—. Somos los únicos sin noticias.

—Nosotros tampoco —dijo Kendra.

Luke le dedicó una sonrisilla y, en tono bajo y acercándose a ella, le dijo:

—Sí, claro. He visto cómo os mirabais antes. Está claro que tenéis noticias pero habéis decidido no compartirlas, no sé por qué. Así que solo quedamos Declan y yo.

—Y Sam y yo —repuso Kimberly.

—¿Por qué sois todos tan observadores en esta familia? —se lamentó Kendra.

—No lo sé, pero sí que lo somos. Sobre todo en momentos de estrés, y creo que está claro que esta noche es uno de esos momentos —dijo Tyler.

Todos volvieron a picar verduras a toda velocidad, y la cocina se llenó de un ruido ensordecedor de cuchillos golpeando tablas de cortar.

—Creo que todo ha salido bien —dije en un tono comedido para que solo me escuchasen Luke, Travis, Kimberly, Sam y Reese.

Luke miró de reojo:

—Tíos, la abuela lleva todo el tiempo callada. Solo le dijo “enhorabuena” a Tate y Lexi. Es obvio que está muy afectada.

—Sí. No me ha hecho ni una pregunta —añadió Sam—, y por lo general quiere que le cuente hasta el menor detalle de todo.

Joder, tienen razón.

—Vale, dadme todos lo que hayáis cortado, voy a juntarlo para el *risotto* —pidió mi madre, que sufrió cebolla antes de añadirle el arroz y un poco de vino. Los olores comenzaron a inundar la estancia.

Sabía que mis padres se morían de ganas por tener más detalles acerca de mi tío Harvey, pero todos se estaban mordiendo la lengua al ver a la abuela tan circunspecta. Reese parecía seguir queriendo compartir detalles de su visita, pero decidió no hacerlo hasta que la atmósfera de la noche no se aligerase. Pero nunca se aligeró.

La velada transcurrió en un tono serio. Tras la cena, me ofrecí a llevar a la abuela a su casa. Vivía cerca de mis padres pero no queríamos montarla en un Uber, así que nos turnábamos para acercarla tras los eventos familiares. Pensé que arrancararía a hablar en cuanto se montase en el coche, pero permaneció callada. Pasados cinco minutos, carraspeé:

—Abuela, ¿estás bien? Lo siento, pero tu silencio me está volviendo loco.

La abuela me miró con una sonrisa triste:

—Sigo asimilando la noticia.

—Vale, pero por lo general asimilas las noticias en voz alta mientras compartes con nosotros cientos de opiniones —bromeé, con la esperanza de aligerar el ambiente.

—Es que mi relación con tu tío es... No sé. Tras la muerte de tu abuelo, las cosas no han vuelto a ser como antes. Yo no he vuelto a ser la de antes.

Ya lo sabía. Una vez oí a mis padres hablar de cómo la abuela pasó una especie de depresión. Algo natural, por otro lado.

—Es como si hubiese desaparecido dentro de mí misma. Tu padre ya era un hombre hecho y derecho cuando pasó, y lo llevó mejor que yo. Tu tío era más joven, seguía en la universidad. Creo que necesitó más a su madre de lo que me decía. Traté de apoyarle todo lo que pude, pero el tiempo pasó y pasó. Los chicos se casaron, formaron sus propias familias y la vida siguió su curso. Pero cuando Harvey perdió a su esposa fue como volver a abrir los ojos, y me volqué en criar a las niñas. Le vi hacer exactamente lo mismo que hice yo cuando perdí a tu abuelo. Harvey estaba hundiéndose dentro de sí mismo. Traté por todos los medios de llegar a él, pero nada funcionó. Habíamos perdido nuestra conexión. —Tras un largo y entrecortado suspiro, prosiguió —: Me alegra saber que está reconstruyendo su vida, aunque me gustaría formar parte de ella. Y no puedo evitar pensar que todo esto es también en parte culpa mía. Si hubiese estado a su lado cuando me necesitaba, quizás no nos habríamos distanciado tanto.

—Abuela, no podemos hacer más que lo que está en nuestra mano, y tú hiciste todo lo que pudiste. ¿Qué vas a hacer?

—Esta noche voy a pensar a fondo en todo esto. Y mañana lo llamaré. Luego reservaré un vuelo a Londres, por supuesto. Quiero estar allí cuando tengan a la niña y salgan del hospital.

—¿Que vas a hacer qué? —pregunté, desconcertado.

—¿Cómo voy a conocer a mi nieta si no? —argumentó.

—Pueden venir ellos aquí. Creo que no es buena idea que cruces el océano.

—¿Y eso por qué, jovencito?

Si había algo que la abuela odiaba era que le recordasen su edad.

—Si vienen ellos, podremos conocerla todos de golpe. Y correrás menos riesgos.

—Estabas a punto de llamarme vieja, pero te has echado atrás en el último momento.

—No iba a decir eso.

La miré y vi en su rostro que la sonrisa de los Maxwell se abría paso:

—Lo estabas pensando.

No contesté, pero me alegró ver de vuelta a la abuela de siempre.

Unos minutos más tarde llegamos a su casa. Mientras la acompañaba a la puerta, le pregunté:

—¿Quieres que entre y me invites a una copita de vino?

No me apetecía nada dejarla sola.

—Gracias por traerme a casa, Declan, pero esta noche quiero estar sola para pensar.

—Me parece bien. No olvides que cuentas con el apoyo de todos nosotros, abuela.

Me abrazó, como solía hacer, y le di un beso en la mejilla. Le sostuve la puerta y nos despedimos.

Tras dejarla en su casa, me fui directo a la mía.

Para mi sorpresa, las luces de la casa de invitados estaban apagadas.

Pero, ¿qué cojones? ¿Liz no está en casa? Cuando me dijo que tendría tiempo libre, deduje que se refería al resto del día, así que tenía pensado invitarla a una copa de vino.

Saqué el teléfono y le escribí mientras entraba en casa.

Declan: Dime que no estás trabajando.

La respuesta llegó unos minutos más tarde.

Liz: Te lo diría, pero estaría mintiendo.

Declan: Pensé que te habías tomado el día libre.

Liz: Incorrecto. El jefe del *catering* me dijo que me fuera porque estaba cortando la verdura muy despacio. Pero como camarera estoy trabajando a tope. Y ya tengo el brazo mucho mejor.

Declan: La próxima vez que tengas una idea peligrosa como esa, te ataré a mi cama.

No me di cuenta hasta después de enviar el mensaje de que había sonado como un troglodita. No quería espantarla. Pero cuando recibí su respuesta, supe que no le había molestado.

Liz: Vaya, vaya, ¿estás buscando bronca?

No te imaginas hasta qué punto.

Capítulo Nueve

Liz

A la mañana siguiente me desperté llena de energía, lo que me sorprendió. Guau, tener un trabajo menos el día anterior había tenido un gran efecto. En el fondo, yo misma sabía que tenía que bajar el ritmo. La verdad es que si me quemé fue porque estaba demasiado cansada y no presté atención a lo que hacía. Pero lo ideal sería poder seguir ese ritmo hasta que mi pastelería estuviera en funcionamiento. Esta chica aún tenía mucha guerra que dar.

Alguien llamó a la puerta y me sobresaltó. *Humm*. Había pedido algunas cosas en Amazon, pero el repartidor no solía venir tan temprano.

Mientras abría la puerta, caí en la cuenta de que los repartidores tenían que llamar antes al timbre de la verja. Tuve que reconocer que me alegró ver a Declan en el porche con dos tazas de café.

—Buenos días —saludó, y sentí un cosquilleo en mis zonas pudendas.

—Buenos días.

—No te pillé anoche, así que pensé en venir a verte antes de que te fueras.

—¿Quieres entrar?

—Claro. Contaba con que no me echarías si me presentaba con café.

—Claro que no. Ni siquiera te eché cuando viniste a aterrorizarme por tener la música alta.

—No saquemos ese tema. Hemos firmado una tregua, ¿recuerdas?

Iba vestido de traje, y llevaba unos gemelos. *Madre del amor hermoso, me he quedado en blanco*. Mis partes pudendas estaban en un frenesí, y nunca había tenido el pulso tan acelerado.

—¿Ya he logrado dejarte sin palabras? —bromeó con una sonrisilla chulesca.

—Oye, que no es por ti. Es muy temprano. Aunque tengo que reconocer que hoy me siento mucho mejor. Sí que noto que ayer trabajé menos.

Me dijo algo con la mirada mientras nos sentábamos en la mesa de la cocina, y comenzamos a bebernos los cafés. Al mirar el reloj de la cocina, vi que acababan de dar las siete.

—¿Por qué te impusiste un plazo de un año? —me preguntó.

Me gustó que recordase ese detalle de nuestra conversación. Era muy observador.

—No quiero estar posponiéndolo eternamente. O logro hacerlo realidad o me busco un plan alternativo.

Su mirada se tornó aún más intensa:

—Te estás presionando demasiado. ¿Qué te hizo decidirte a luchar por tu sueño?

Me aclaré la garganta. No pensaba entrar en un tema así a una hora tan temprana, así que opté por darle la versión reducida:

—El año pasado tuve un accidente justo antes de cumplir treinta y dos años. Me caí haciendo senderismo y me hice una herida enorme en el abdomen. Tuve que quedarme seis semanas en casa recuperándome, y tuve tiempo de sobra para pensar.

Declan no contestó, pero me escuchaba con tanta atención que me hizo sentir que de verdad le importaba.

—Estuve pensando en que llevaba toda la vida diciéndome que algún día cumpliría ese sueño, y algo hizo clic dentro de mí. No quería esperar más. Empezaría a trabajar para alcanzar mi sueño de inmediato.

—Y entonces te armaste de valor, te mudaste a Chicago y te buscaste tres trabajos.

—Dios y medio —repuse con un guiño—, pero sí. Dejé mi trabajo en Sunnyvale y me mudé aquí. Cuando llegué solo tenía un trabajo y medio, pero luego encontré el otro. Y ahora estoy

como un perro que se muerde la cola. Trabajo tanto que no tengo el tiempo que necesito para buscar el local. Pero por otro lado mi capital está creciendo a muy buen ritmo, así que cuando encuentre el sitio perfecto estaré preparada para alquilarlo. Y el dinero extra me permitirá tener algo más de paz mental los primeros meses del negocio.

Di otro sorbo a mi café. Por lo general no era muy cafetera, pero ese lo estaba disfrutando a lo grande.

Estar sentada con Declan, contándole mis sueños, era el comienzo perfecto del día. Y además tenía un interés genuino, lo cual era genial.

—Oh, espera. ¿Cómo fue la cena familiar? —le pregunté.

Entre risas, contestó:

—¡Ja! ¿Cuánto tiempo tienes?

Miré el reloj y torcí el gesto antes de levantarme y llevar el café al fregadero:

—Mierda. Vecino atractivo, está muy mal eso de hacerme llegar tarde al trabajo. Aunque pensándolo mejor, fui yo la que te invitó a pasar, así que la culpa es mía.

Declan se rió.

—¿Qué? —le pregunté—. No te rías de mí.

—No me río de ti. Es que te pones muy cuqui cuando hablas contigo misma.

Yo me quedé asombrada:

—*Cuqui*. Ah, vale, ya lo pillo.

—¿Qué?

—Cuqui es la palabra que se usa cuando no se quiere herir los sentimientos de alguien.

—Pues entonces... —comenzó a decir mientras se ponía de pie y llevaba su taza al fregadero. Nuestros brazos se rozaron, y me tuve que morder el labio para contener un gemido—. Creo que eres atractiva de cojones además de ser la caña, pero como entremos en ese tema sí que vas a llegar muy tarde al trabajo.

Le miré a los ojos, cuya intensidad podrían derretirme, y mi cuerpo pasó en un instante de relajado a frenético. Un calor se arremolinó entre mis muslos, y sentí los pezones endurecerse bajo el sujetador.

—Pues no entremos en ese tema, entonces. Me tengo que ir.

Era verdad, y para colmo en bicicleta tardaba más.

—Yo te llevo.

—¿Qué? Ni siquiera sabes dónde es.

—No pasa nada. Yo te llevo.

—¿Por qué?

—Porque vas tarde por mi culpa.

—Creo que la conclusión fue que es culpa mía.

—Te voy a llevar. Punto y final. ¿Por qué estás discutiendo por algo así?

—No lo sé. Porque vas en traje de chaqueta, y eres tan guapo y atractivo que creo que es mala idea pasar tiempo contigo en un pequeño habitáculo cerrado.

Oh. Dios. Mío. Liz, vaya manera de poner toda la carne en el asador. Seguro que estás pensando que soy ridícula.

—¿Y eso por qué? ¿Tan poco autocontrol crees que tienes? —bromeó, y no percibí en su tono ánimo de ofender.

—Pues ahora que lo dices, sí, eso creo —le provoqué, añadiendo un guiño para aligerar la tensión.

Él me disparó una sonrisa socarrona:

—Venga, vámonos.

Me eché el bolso al hombro, y cuando salíamos de la casa sentí su mano en el brazo y el roce hizo que un calor se enredase en mí. *Oh, Santo Dios*. Hacía una eternidad que no tenía una reacción así con un chico. No estaba con nadie desde la operación, sin contar a Dexter. No había tenido tiempo, y tampoco llegué a confiar lo suficiente en un chico como para desnudarme ante él.

Nos montamos en su SUV. Era muy cómodo, y me encantó. Yo no tenía coche porque no quería tener que estar pagando seguro, gasolina y demás. Me las apañaba con la bicicleta y el transporte público. Una vez que abriese la pastelería me plantearía comprarme uno, pero como no tenía pensado hacer repartos lo más seguro es que decidiera que no.

—Tengo que hacer una llamada, ¿te importa? —preguntó.

—En absoluto.

—Mientras tanto, ve escribiendo la dirección en el navegador. —Se puso un auricular en la oreja y comenzó a hablar—: Buenos días. Hablemos de esa cuenta. Son doscientos cincuenta millones de dólares, así que toda precaución es poca.

Me quedé pasmada al ver la facilidad con la que hablaba de cientos de millones de dólares. Hasta ese momento, excepto por su odio por la música y mis pasos de baile, parecía un tío de lo más normal. Pero al fin y al cabo era Declan Maxwell. No solo venía de una familia rica, sino que era uno de los abogados más reconocidos del país. De repente me sentí un poco intimidada. Declan se movía en unos círculos a los que yo jamás podría aspirar.

En cuanto colgó la llamada volvió a centrarse en mí. Era capaz de transformarse de abogado sanguinario a derritebragas profesional en una décima de segundo. Y tenía muchas cualidades. Deliciosas, peligrosas y excitantes cualidades.

—Llegaremos en seis minutos. Te dije que estaba cerca. —*Richard's Catering* ocupaba la planta baja de un edificio de ladrillo rojo visto en Kingsbury Street. Durante la pausa para el almuerzo, a menudo paseaba por el canal North Branch.

—Sí, pero a pie habrías tardado al menos veinticinco minutos.

—Pero no habría ido a pie. Iba a coger la bicicleta.

Dios mío, qué mirada. Tan ardiente como para hacerme olvidar por qué tenía que salir del coche en lugar de trepar sobre su cuerpo en ese preciso momento. *Bueno, quizás en un aparcamiento oscuro podría hacerlo, así no nos expondríamos en público*. Entonces me acordé de mi pastelería, y de que necesitaba los trabajos.

—No me has contado todavía cómo fue la cena familiar de anoche —dije, buscando una distracción.

—Fue una sorpresa para todos. Estaba reunida la familia al completo, pero aun así fue un golpe para la abuela. En mi opinión, está siendo demasiado dura consigo misma.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque mi tío y ella se han ido distanciando a lo largo de los años. En realidad el tío Harvey está distanciando de todos, incluso de su hermano. Pero ella se culpa a sí misma. Yo le dije que lo hizo lo mejor que pudo. Pero la conozco y va a pensar lo que quiera, da igual lo que yo o cualquier otra persona le digamos. Ahora quiere ir a Londres cuando nazca su nieta.

—Y a ti no te parece buena idea.

—No. Tiene ochenta y dos años, y es un viaje demasiado largo.

—¿Y qué pasa?

Declan arqueó una ceja y me miró:

—Algo así me dijo ella.

A mí me dio la risa:

—Oh, Dios mío. Espera, a ver que me aclare. ¿Le has dicho a tu abuela que es demasiado vieja para coger un avión?

—No con esas palabras. Lo insinué. Y luego ella ató cabos.

—Te gusta vivir al límite, ¿verdad?

—Eso parece.

Tuve que morderme la lengua. *Vaya con este hombre.*

Justo en ese momento llegamos a *Richard's Catering*. Detuvo el coche a unos metros de la entrada, en una plaza vacía de aparcamiento, y se bajó del coche antes de que me diera tiempo a desabrocharme el cinturón.

Para mi asombro, se estaba acercando a mi puerta.

Un segundo. ¿Va a hacer lo que creo que...?

En efecto, me estaba abriendo la puerta. Fue entonces cuando supe que nunca antes había conocido a un *verdadero* caballero.

—Vaya, muchas gracias —le dije mientras bajaba.

Podría acostumbrarme totalmente a cosas así.

—Liz, ¿te apetece cenar conmigo esta noche? Yo cocino.

Torcí el gesto antes de contestarle:

—Oh, Declan. Me encantaría, pero tengo que trabajar.

Declan puso los ojos como platos:

—¿Trabajas todas las noches?

—Así es. No tengo vida. Cuando me mudé a la ciudad no conocía a nadie, así que cogí todos los turnos que nadie quería. No me planteé la posibilidad de conocer a un hombre alto y guapo que quisiera invitarme a cenar y meterse en mis bragas.

—Yo no he dicho eso —respondió en un tono deliciosamente intenso.

Le dediqué una sonrisilla pícaro:

—No con palabras, pero ese tono provocativo te delata.

Declan echó la cabeza atrás y se rió:

—Bien, bien, bien... Qué observadora eres, ¿no?

Por más que le estuviera haciendo reír tenía que poner los pies en la tierra, y se me hizo un nudo en el estómago antes de decirle:

—Mira, Declan. Nuestro beso fue legendario, de esos que en las historias es capaz de despertar a la princesa de un profundo letargo. —Dejó de reírse y me miró fijamente mientras yo proseguía—: Pero trabajo muchísimo, y una vez que la pastelería esté en funcionamiento será aún peor. Deberías estar con alguien a quien puedas llevar a cenar y con quien puedas usar ese tono provocativo.

De manera inconsciente me llevé la mano al vientre y la puse sobre mi cicatriz.

—Liz, ¿crees que voy a dar marcha atrás porque no tengas tiempo para cenar?

—No tengo tiempo en general —puntalicé.

—No me importa. Se me da bien encontrar soluciones, resquicios legales —insistió mientras me acariciaba la mejilla con el dorso de la mano.

¡Dios mío! El contacto me derritió. Me acariciaba el cuello, pero sentí sus caricias por todo el cuerpo.

—Declan —susurré.

—Tendré en cuenta lo que has dicho sobre el beso —dijo mientras pasaba a acariciarme los labios con el pulgar, lo que me derritió las entrañas—. No quiero cocinar para nadie más. Solo

para ti.

Espera, ¿qué es ese ruido? ¿Es el de mis hormonas entrando en ebullición, el de la combustión espontánea de mis bragas o el de mi deseo? ¿O quizás una combinación de los tres? No sabría decir.

—Vete al trabajo, Liz. Ya encontraré la manera de que nos veamos. Y de poder usar el tono provocativo. Porque eres la única mujer en la que estoy interesado, y muy pronto lo vas a comprobar.

Capítulo Diez

Liz

Fui paseando al trabajo de muy buen humor.

Al ser la empleada más reciente de *Richard's Catering* era un poco la chica para todo, aunque sobre todo hacía trabajos de pinche, como cortar verduras. No hacía tanta repostería como me gustaría, pero no me importaba mucho. Ya tendría para hartarme una vez abriese mi pastelería, aunque me apasionaba tanto que creo que nunca me cansaría de hacerlo.

Me sonó el teléfono mientras me ponía el uniforme de cocinera en el vestuario. Mi hermana me había enviado una foto de Amy, su hija, y se me cayó el alma al suelo.

Siempre habíamos soñado con tener hijos al mismo tiempo. Parecía factible, pues solo había una diferencia de un año entre nosotras, pero la vida tenía otros planes. Y adivina quién fue la ganadora: mi linda sobrinita, que se llevaba todo mi amor. Todo. Mi. Amor.

Aún tenía unos cinco minutos hasta que comenzara el turno, así que le contesté rápido. Mis compañeros habían salido a fumar, por lo que tenía algo de tiempo.

Liz: Tengo novedades acerca del casero buenorro. Nos hemos besado.

Rose: Dios mío, ¿cuándo? ¿Por qué no me lo has contado antes?

Liz: Pasó ayer, y fue aún más excitante de lo que había imaginado.

Solté el teléfono y me coloqué el pelo para poder ponerme el gorro de cocinera. El teléfono volvió a sonar:

Rose: Así que te HAS imaginado besándolo. Eso no es lo que me habías contado.

Una vez me recogí bien el pelo, volví a coger el teléfono:

Liz: Solo un poquito. Me tengo que ir, lo siento.

Rose respondió de inmediato:

Rose: ¡No, no puedes dejarme así!

El comentario me arrancó una risita.

Liz: Hablamos esta tarde. Te lo prometo.

Puse el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y entré en la cocina, donde empecé a cortar zanahoria, cebolla y pimiento. Mis compañeros Lola, Martha, Suzie y Jeff llegaron unos minutos más tarde. Una parte de mí iba a echar de menos ese trabajo una vez que tuviera mi pastelería, pero solo un poco. Era fácil y muy satisfactorio. Y para colmo me permitía soñar despierta con mi pastelería mientras trabajaba. Todo eran ventajas, ¿verdad? Lo tenía todo en mente: podía visualizar cada rincón de la tienda y cómo lo gestionaría todo, además de la decoración y la forma en que saludaría a los clientes. Quería hacerles sentir que habían entrado en el paraíso. La repostería siempre me había hecho feliz, y quería compartir parte de esa felicidad con todo el mundo.

Durante la pausa del almuerzo salí a estirar las piernas y paseé a un ritmo pausado por el canal North Branch. A lo lejos veía los rascacielos refulgir contra el cielo gris. Era una chica de pueblo, y estaba orgullosa de serlo, pero no podía negar que había algo en esos enormes edificios que me fascinaba.

Mientras me comía un sándwich de pollo volví a revisar el teléfono. Tenía un mensaje nuevo. Supuse que sería de Rose, pero para mi asombro era de Declan. Me había enviado una foto de un paquete medio abierto. También había un mensaje:

Declan: Empecé a abrirlo antes de darme cuenta de que era para ti. ¿Quieres que lo deje frente a tu puerta?

Le respondí enseguida:

Liz: Sí, por favor. Son los auriculares, que por cierto son inalámbricos, así que puedo escuchar música con ellos mientras bailo. Ya es oficial, me has cortado el rollo.

En lugar de responder me llamó, y yo se lo cogí enseguida.

—Sé qué hacer para volver a meterte en el rollo —dijo con esa voz deliciosamente sensual.

La excitación se filtró por los poros de mi piel.

—¿Y sigues diciendo que no tratas de meterte en mis bragas? —pregunté para asegurarme. No estaba segura de cómo reaccionaría si me dijera que era cierto.

—Ah, así que eso es lo primero en lo que has pensado. Qué interesante.

Carraspeé, presa de una risita nerviosa, mientras miraba a derecha e izquierda. Había otras personas paseando, pero ninguna tan cerca como para enterarse.

—Aún no has respondido —le indiqué.

—Liz, eso no era lo único a lo que me refería.

Vale, ya no era solo excitación lo que sentía en la piel, sino también un intenso calor.

—¡Ja! —cambié rápidamente el rumbo de la conversación—: Así que mis auriculares han llegado.

—Esta noche no estaré en casa, así que puedes poner la música tan alta como quieras.

—Oh... ¡Pero si lo más divertido es cuando intentas echar abajo mi puerta!

Declan se echó a reír, lo que me hizo sonreír.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

—Voy con Luke a revisar una propiedad que compró hace un tiempo y que ahora quiere alquilar. Está a dos horas de Chicago.

—¿También eres consultor inmobiliario?

—No, pero quiere a alguien de confianza para llevar el aspecto legal. No me hace ni pizca de gracia tener que ir tan lejos, pero ¿qué le puedo hacer? Siempre estoy dispuesto a ayudar a mi familia.

Mi rostro ahora lucía una sonrisa de oreja a oreja. Me encantaba eso de él. De toda su familia.

—Es genial que confiéis tanto los unos en los otros. A ver, mi hermana y yo también somos íntimas, pero siendo tantos hermanos pensé que sería más complicado.

—No sabía que tuvieras una hermana. ¿Solo una?

—Sí, Rose. Hace dos meses dio a luz a mi sobrina, y te juro que la siento más cerca que nunca. ¿Alguno de tus hermanos tiene hijos?

De repente quise saber hasta el menor detalle de su vida. Me parecía increíble que tan solo unos días atrás estuviéramos lanzándonos a la yugular del otro. Hacía un viento que no me gustaba nada, y recogí las piernas contra mi pecho. El cielo estaba aún más gris que cuando empezó el descanso.

—Sí, Tate.

—Ese es el que tiene una empresa de vinos, ¿verdad?

—Lo has clavado. Paisley tiene diez años, y creo que está empezando a darse cuenta de cuánto poder tiene sobre todos nosotros.

Ay, qué entrañable. Nunca pensé que llamaría entrañable a mi taciturno vecino con un pronto de mil demonios. *Vaya, vaya, las vueltas que da la vida.*

Miré la hora en la pantalla del teléfono y solté una maldición:

—Dios, mi descanso termina en cinco minutos.

Me levanté del banco y caminé de regreso al trabajo a paso rápido, con el teléfono en la oreja.

—Por cierto, Luke es arquitecto y está metido en el mundillo inmobiliario. Seguro que conoce a muchos agentes. ¿Quieres que le pida que te recomiende alguno? Me dijiste que el que tienes no te está siendo de mucha utilidad.

Vaya, qué considerado. No me podía creer que me estuviese haciendo esa oferta. Dejé de andar y me senté en otro banco. Hacía demasiado viento para mi gusto.

—Declan, es muy amable por tu parte, pero mi agente tiene muy buenas reseñas. Se llama Andreas Reading. Pero quizás puedes preguntarle a Luke si ha oído hablar de él o si su reputación es de verdad tan buena como yo creo. Y si no lo es, pues ya veremos qué hacemos.

—Lo haré. Una cosa más —me dijo, de vuelta en el dichoso tono. Habló de Luke en un tono aséptico y profesional, pero luego bajó una octava y le puso a la voz unos matices peligrosos. No tenía por qué gustarme, pero me gustó.

—Oh, no, no, no.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque tus cosas tienden a descentrarme, y tengo que volver al trabajo.

—Ya veo.

Esperé a que me lo dijera de todos modos. Pero para mi sorpresa, no lo hizo.

—¿En serio me vas a dejar con la intriga?

—Solo respeto tu petición, Liz. —Su voz era burlona ahora, y el estómago me dio un vuelco. ¿Y por qué sonaba tan pecaminoso mi nombre en sus labios? Me volvía el cerebro papilla.

—Me retracto.

—Cuando vuelvas a casa verás por dónde voy. Al fin y al cabo, lo último que quiero es descentrarte y que tengas otro accidente laboral. Hoy no estaré allí para vendarte.

Sentí un calor por todo el cuerpo al imaginármelo cuidando de mí.

—En serio, tengo que colgar ya. Ten cuidado en la carretera.

—Lo tendré.

¿A que no sabes quién estuvo obsesionada con el mismo tema durante toda su jornada? Pues sí, yo. Era incapaz de centrarme en mis tareas, pero tuve mucho cuidado al llevar las bandejas calientes en la fiesta que servimos. Era una especie de popurrí de aperitivos en honor de un CEO que se marchaba de la empresa.

Me encantaba cuando *Richard's Catering* necesitaba que echase una mano, porque las fiestas que servíamos se celebraban por toda la ciudad, lo que me daba la oportunidad de conocer mejor Chicago.

Ese día estábamos en LaSalle Street. Era la segunda vez que organizábamos una fiesta en ese edificio de oficinas, así que sabía manejarme por el lugar. Eso significaba que tenía tiempo para soñar despierta un poco más acerca de lo que me esperaba al volver a casa.

A las tres en punto, y ni un minuto más, estaba lista para cargar todos los platos vacíos en la furgoneta de Richard. Llovía mucho, pero ni siquiera eso fue capaz de empañar mi entusiasmo.

Como montaba mucho en bicicleta, aún no había aprendido a moverme por Chicago en transporte público.

Había una caminata curiosa desde la estación hasta la casa, pero no me importaba.

La lluvia había arreciado cuando me bajé del autobús. Casi me choqué con una anciana que se detuvo frente a mí para abrir el paraguas. Yo no tenía, así que me puse a correr. Llevaba una chaqueta supuestamente impermeable, aunque en cuestión de minutos estaba chorreando. No bajé el ritmo hasta que entré en mi calle. Tenía el pie derecho entumecido por el frío. Miré hacia abajo y mascullé una maldición tras meter el pie en un charco.

—¡Venga ya!

Por Dios, que ganas de llegar a casa y resguardarme de este maldito tiempo.

Seguí a paso rápido hasta que abrí la verja y corrí hasta mi puerta, deseando quitarme la ropa empapada.

Justo en la puerta de mi casa había dos cajas cubiertas con una lona de plástico. *Qué hombre tan minucioso.*

Eso bastó para que una sonrisa me asomase al rostro. Me olvidé por completo de la ropa empapada y metí dentro las cajas, que puse en la encimera de la cocina. Al quitarme la chaqueta empapada, noté que mi camisa también estaba mojada. Se me pegaba al cuerpo, lo que me hacía sentir aún más frío, pero estaba demasiado emocionada por abrir las cajas.

La que estaba un poco abierta contenía mis auriculares.

Los dedos me temblaban mientras abría el segundo. Era una caja de bombones suizos de trufa, mis favoritos, pero ¿cómo lo sabía Declan? Solo Helen conocía ese dato, porque fue ella quien me los dio a probar.

Les hice una foto, que envié de inmediato a Rose.

Liz: Declan me ha comprado esto.

Para mi sorpresa, mi hermana me llamó:

—¡Hostia puta! —exclamó.

—¿A que es flipante?

—¿Ha pasado algo más, aparte del beso? Hoy me dejaste con la intriga. No creas que me he olvidado.

—No. A ver, esta mañana se presentó con dos cafés.

—Liz. Eso es algo más.

Me reí y me apoyé en la encimera:

—Me dijo que encontraría la manera de sacarme a cenar aunque siempre esté trabajando.

—Parece un chico fantástico. Muy considerado.

Me mordí el labio:

—Sí que lo es. Aunque... en realidad estoy en un momento vital en el que no me apetece tener citas. Por no hablar de que es mi casero. Las cosas podrían salir mal, y me encanta vivir aquí. No soportaría tener que mudarme si las cosas entre nosotros se torciesen.

—Algo me dice que ese no es el único motivo —respondió mi hermana—. ¿Has salido con alguien desde la operación?

Me removí nerviosa antes de responder:

—Si lo hubiera hecho, lo sabrías.

No había tenido ni pizca de ganas de hacerlo, pero también me avergonzaba confesar que me daba un miedo terrible mostrar mi cicatriz. No estaba segura de si era porque la reacción de Dexter me había afectado más de lo que pensaba o porque todavía era muy llamativa. Se había curado bastante, pero seguía siendo rosada y blanca, y se extendía en una línea irregular sobre mi ombligo.

—Es lo que pensaba. Bueno, decidas lo que decidas te apoyaré. —Las palabras de mi hermana me sacaron una sonrisa. La quería con toda mi alma—. Quiero lo mejor para ti —prosiguió.

—Me alegro, pues entonces déjame meterme en la ducha. La lluvia me ha dejado empapada.

—Sí, señora.

En cuanto la llamada se acabó, tuve una idea. Me puse el paquete junto al hombro y me hice un selfie, que le envié a Declan.

Liz: Me he encontrado esto al llegar a casa. Muchísimas gracias.

Me respondió un segundo más tarde:

Declan: Cualquier día de estos me va a dar un infarto contigo.

Me quedé boquiabierta. *¿A qué se refiere?* Volví a mirar la foto y me quedé sin aliento.

La camisa estaba empapada y totalmente traslúcida. Para colmo, cuando salí del trabajo me quité el sujetador, por lo que la foto mostraba mis tetas en todo su esplendor.

Bien hecho, Liz. Es justo lo que haría una mujer que no quiere meterse en la cama con su casero.

Capítulo Once

Declan

—Gracias por hacerme este favor —nos dijo Luke a Sam y a mí cuando llegamos, en el coche del mismo Luke. Travis se acababa de comprar un helicóptero pero lo estaba usando ese día, por lo que no pudo prestárnoslo. La finca estaba a dos horas de Chicago. Luke la compró un par de años atrás, y me sorprendí cuando me enteré. Por lo general, solo compraba propiedades en la ciudad. Aún no le había dado uso y se la quería arrendar a una pareja, que quería dedicarla a cultivar verduras. Me pidió que fuese con él para conocer a la pareja y revisar el contrato, y Sam decidió acompañarme ya que se quedaría en la ciudad unos días más.

—¿Por qué compraste esta finca? ¿Y por qué la alquilas ahora? —preguntó Sam.

Luke se encogió de hombros, pero su lenguaje corporal me dijo que había una historia detrás. En temas de negocios, siempre ignoraba sus instintos.

—Quiero que me des tu opinión sobre la pareja, si te parecen de fiar y todo eso. Y mis abogados ya examinaron el contrato, pero quiero también tu opinión al respecto.

—Claro —contesté, y Sam asintió.

—Gracias de nuevo por acompañarme, sobre todo habiéndooos avisado con tan poca antelación —nos agradeció Luke.

No me resultaba en absoluto un sacrificio:

—Excepto los días de juicio puedo reorganizar casi toda mi agenda, y hoy no tenía ningún caso.

No solía dedicarme a revisar contratos de arrendamiento, pero por la familia hacía lo que hiciera falta. Podían contar conmigo siempre que necesitasen a alguien en quien confiar. ¿Por qué hacerles lidiar con desconocidos cuando podía hacerlo yo mismo?

Cuando salimos del coche, luché contra la necesidad de mirar otra vez el teléfono. Cada media hora miraba la foto que Liz me envió, y siempre me hacía reír. Mis hermanos pensaban que me había vuelto loco. Pero necesitaba centrarme en los negocios.

—No es una mala ubicación —razonó Sam. La finca tenía al menos cuatro hectáreas, y lindaba con una frondosa arboleda que se extendía hasta el horizonte.

—Tenemos que planear una estrategia. Declan, tú serás el poli malo —dijo Luke cuando empezamos a caminar.

—¿Qué me estás contando? —Luke era implacable en los negocios. Todo lo contrario a cómo era con la familia—. Llevas años perfeccionando ese papel.

Mi hermano me dio una palmadita en el hombro:

—Pero tú eres más observador, y es posible que te des cuenta de algo que a mí se me escape.

—¿Y yo qué soy, el contrapunto cómico que ha venido para hacerles reír? —preguntó Sam.

—No, también valoro mucho tu opinión. Tienes un don de gentes extraordinario —señaló Luke.

—Ahí llevas toda la razón.

Había un pequeño edificio en la finca. A ojo de buen cubero, me daba la impresión de que no tenía arreglo. Demasiado viejo.

Una mujer nos saludaba desde la puerta.

—Guau, está buenísima —dijo Sam.

Giré la cabeza en dirección a mi hermano:

—Y casada. Luke te lo dijo hace un cuarto de hora.

Sam carraspeó:

—Tienes razón, disculpa. Se me ha ido la cabeza. —Levantó las manos mientras yo seguía mirándolo—. No me mires así, nunca se me ocurriría ponerme a ligar con una mujer casada.

—Declan, relájate —me pidió Luke, sacudiendo la cabeza—. Tío, a veces se me olvida lo jodidamente intenso que eres.

No respondí porque habíamos llegado a la altura de la mujer, cuyo marido apareció por una esquina del edificio unos segundos más tarde.

—Hola, solo estaba echando un vistazo —dijo—. Soy Colin.

—Y yo soy Nikki —se presentó a su vez la mujer.

—Bienvenidos —saludó Luke—. Ellos son mis hermanos. Declan es abogado y va a revisar el contrato, y este es Sam. Entremos.

Para abrir boca, Luke nos brindó un recorrido por el edificio. Tenía cinco habitaciones. Los muebles eran viejos de cojones, pero en general el interior tenía mejor aspecto que la fachada. Una vez finalizada la visita nos sentamos en torno a una mesa de madera, en lo que antes era una sala de estar.

Colin sacó una pila de papeles de su mochila mientras nos sentábamos:

—He imprimido el contrato —dijo, y me lo entregó.

Mientras yo revisaba el papeleo, Luke les preguntó por qué querían sembrar verduras, y si planeaban hacer alguna reforma en el edificio.

—No, en absoluto —dijo Colin—. Tal y como está nos sirve para lo que queremos. Eso sí, si te parece bien nos gustaría comprar muebles nuevos.

—Claro. Sois libres de deshaceros de toda la basura que hay dentro —respondió Luke.

Sam guardaba silencio. La abuela siempre decía que era experto en leer las situaciones. No llegué a comprender del todo lo que eso quería decir hasta que me hice abogado. Mi hermano habría sido un gran hombre de negocios o abogado, pero era un médico extraordinario y respetaba su elección.

Una hora más tarde, salimos del edificio.

—Ha ido muy bien —opiné.

—Sí, si tu objetivo era intimidarlos has tenido un éxito absoluto —respondió Luke en un tono que me molestó.

Con el ceño fruncido repliqué:

—Me pediste que fuera el poli malo, y eso he hecho.

—Tienes razón. Se me olvidó lo *puntilloso* que puedes llegar a ser. Bueno, ¿qué te parece el contrato?

—Está impecablemente redactado. No le veo fisuras, y parecen gente decente.

—Estoy de acuerdo —coincidió Sam mientras subíamos al coche de Luke.

—¿Sabes, Declan? Me gustaría ver alguna vez cómo te enfrentas a alguien tan insoportable como tú. Vamos, os invito a una cerveza. Vi un bar de camino, creo que es el único del pueblo.

Mientras Luke conducía, mis pensamientos volaron hasta Malcom. Había sido un auténtico grano en el culo para todos nosotros.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de lo pequeño que era en realidad el pueblo. No estaba muy seguro de lo que mi hermano planeaba construir allí. La población era de solo cinco mil personas.

Al tomar la siguiente curva pudimos ver el bar del pueblo. El aparcamiento estaba bastante lleno, pero conseguimos un lugar al fondo.

Me coloqué bien los gemelos cuando salí del coche, y decidí que era un momento tan bueno como cualquier otro para sacar a relucir el tema de Malcolm.

—Hablando de imbéciles, he recibido algunas noticias preocupantes sobre Malcolm.

—¿A qué te refieres? —preguntó Luke. Sam frunció el ceño.

—Me he enterado de que ha contratado a un sinvergüenza como abogado.

Luke se me quedó mirando:

—¿Crees que quiere ir a por nosotros porque hicimos que le echasen del Grupo Halsey?

—Porque *hice* que le echasen —enfaticé.

—No te llesves todo el mérito, hermano —repuso Luke, pero no había humor en su tono.

—Espera, ¿qué? —preguntó Sam—. ¿Que hicisteis qué? Lo despidieron, ¿no?

Me aclaré la garganta:

—Claro. Después de que tuviese una larga conversación con ellos y lograrse convencerles.

—¿Quieres decir que les chantajeaste?

—Por supuesto que no. Les *convencí*.

—¿Has sufrido un cambio de personalidad durante mi ausencia? —preguntó Sam, en tono desconcertado—. ¿Qué ha pasado con tus férreos principios? Cuando éramos niños nos dabas la chapa todo el tiempo acerca de ese tema.

—Le ha hecho *daño a* Reese —mascullé entre dientes—. Y por su culpa, Tyler se pasó una temporada en el banquillo. Se merece lo que le pasó.

—Así que tienes un lado vengativo. Qué orgulloso estoy de ti —dijo Sam—. ¿Por qué seguía trabajando con el Grupo Halsey? ¿No iba a abrir ese *spa* junto a Reese?

—Sí, pero estaba actuando en calidad de empleado del Grupo Halsey. Ellos también iban a invertir en el *spa*. Reese insistió en ir a partes iguales con él, pero él no tenía capital, por lo que invirtió a través del grupo. Desde el punto de vista legal, Reese habría montado el negocio con el Grupo Halsey —le explicaba mientras entrábamos.

—La barra está llena, vamos a coger una mesa —dijo Luke.

—Pues sí.

Parecía que los cinco mil habitantes al completo estaban hacinados en el bar.

Nos sentamos al lado de la ventana. El camarero se nos acercó de inmediato y pedimos dos cervezas, un refresco para Luke, que tenía que conducir, y una ración de costillas por cabeza. Enseguida estuvo de vuelta con las bebidas y agua.

—Entonces, a ver que me aclare: ¿crees que va a por ti? —preguntó Luke.

—No lo sé. Lo estoy vigilando.

—Hablas como un *capo* de la mafia. ¿A qué te refieres? ¿Tienes a alguien vigilándole? Espera, no sé si quiero saberlo.

—Tranquilo, Luke. El amigo de un amigo de mi asistente trabaja en el bufete del abogado que ha contratado. Solo tengo algunos informantes, eso es todo.

—Ah, entonces tienes a otras personas haciéndote el trabajo sucio. Muy inteligente —replicó Sam.

—Tú piensa lo que quieras, pero funciona.

Luke entornó la mirada:

—Una parte de mí me dice que tal vez nos pasamos al tirar de esos hilos con el Grupo Halsey, pero no soy capaz de arrepentirme. Ese cabronazo se lo merecía.

Alcé mi cerveza en honor a mi hermano:

—Por ser un Maxwell de la cabeza a los pies. —Yo tampoco tenía el menor remordimiento, por más que puede que algún día el asunto nos explotase en la cara. Luke fue quien me presentó al Grupo Halsey. Trabajó con ellos en un proyecto dos años atrás, y pensé que así tendríamos más posibilidades de convencerles para que hicieran lo que queríamos.

—¿Lo sabe Reese? —preguntó Sam.

—¿Si sabe qué? —respondí.

—Ah, ¿estamos jugando otra vez a ese jueguito?

—No es ningún juego, en realidad no hay nada que contarle.

—Entonces, ¿por qué nos lo estás contando a Luke y a mí?

—Porque quería compartirlo con alguien, y Luke fue mi cómplice.

—Tiene sentido —coincidió Luke.

El camarero trajo las costillas. Me quedé impresionado con la rapidez del servicio, dado que el bar estaba lleno.

—¿Para qué sirve la familia si no es para cosas así? —dijo Luke—. Tenemos que mantenernos unidos en lo bueno y lo malo, darnos consejo...

—Y vengarnos de los exnovios gilipollas —añadió Sam. Por lo general siempre estaba de buen humor, pero le había sentado mal el tema de Malcolm.

Nos centramos en la comida, que era sorprendentemente buena. Al entrar, no tenía grandes expectativas acerca del bar.

—Luke, en realidad no te lo he contado solo para compartirlo con alguien —dije después de disfrutar de las costillas durante un par de minutos—. Ándate con ojo, Malcolm conoce tus lazos con el Grupo Halsey.

—Entendido. ¿Tú te estás guardando también las espaldas? —me preguntó.

—Siempre. Es parte de mi trabajo.

—Lo sé —contestó—, pero a veces haces la vista gorda cuando se trata de la familia. Somos tu talón de Aquiles.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabíamos que corríamos un riesgo.

—Fue idea mía, y me empecé en hacerla realidad.

—Lo sé, pero tienes mucho que perder. Más que yo.

—Yo no he infringido la ley. Es lo que me hace ser tan buen abogado.

Luke soltó una risita:

—Me retracto. Tu talón de Aquiles no es la familia, sino esa empachosa confianza en ti mismo.

Puse los ojos en blanco:

—No te lo he dicho para que te me tires al cuello.

—Bueno, vale, perdón.

Sam alternaba la mirada entre los dos mientras sacudía la cabeza:

—¿Otra cerveza, Declan?

—Claro, ¿por qué no? —contesté.

Luke llamó al camarero, que vino de inmediato.

—Gracias por atendernos tan rápido —le dijo—. El servicio es de primera, sobre todo teniendo en cuenta que el bar está a rebosar. ¿Hay algún evento especial?

—Sí, es el cumpleaños del alcalde. ¿Qué os pongo?

—Otra ronda de cervezas para estos dos y un refresco para mí —pidió Luke.

—Bueno, ¿nos vas a decir por qué compraste esa finca? —preguntó Sam una vez el camarero volvió a la barra—. No es tan grande como para construir un hotel, que fue lo primero que pensé.

—La he comprado para mí. Pensé que sería un lugar fantástico para construir un hogar. Ya sabéis, para vivir con mi familia cuando llegue el momento.

Me quedé demasiado sorprendido para responder.

Sam también estaba estupefacto. Se giró hacia mí con la boca abierta antes de volver a cerrarla y centrarse en Luke:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Me voy un par de años y todos en la familia cambiáis de personalidad?

—Compró la propiedad antes de que te fueras —puntualicé. Sin embargo, estaba tan sorprendido como Sam. Luke se parecía mucho a mí, a Travis y a Sam, en el sentido de que no quería relaciones serias.

Pero recordé que cuando compró la finca tenía pareja. ¿Quizás fue algo más serio de lo que nos había contado?

—Entonces, ¿por qué la alquilas? —preguntó Sam.

—Me gusta vivir en la ciudad. No sé en qué estaba pensando cuando me imaginé viviendo aquí. ¿Podemos cambiar de tema?

Sam le dio una palmadita en el brazo:

—Ese es un indicio muy claro de que hay algo más que no nos estás contando, pero lo dejaré pasar por ahora. No sé si estoy preparado para la historia completa, ya me he llevado bastantes sorpresas hoy.

—Considera el tema cambiado —dije—. Luke, necesito pedirte un favor. ¿Conoces a un agente inmobiliario llamado Andreas Reading?

—Sí, es buenísimo. Ha trabajado con algunos clientes míos. ¿Por qué?

—Está ayudando a Liz a encontrar el local para su pastelería, pero hasta ahora no le ha encontrado nada que le venga bien.

—¿Cómo de bien te estás llevando ahora con Liz? —preguntó Sam.

—Mucho. Resulta que está loco por ella —le informó Luke—. Pero hablando de la pastelería, no es fácil encontrar un lugar que reúna todos los requisitos. Aunque si alguien puede hacerlo, es él.

—Gracias por darme referencias. Solo quería asegurarme de que está en buenas manos.

—¡Dios santo! —exclamó Sam—. Está claro que tengo que volver al grupo de WhatsApp. Me estoy perdiendo todo el salseo.

—Tú fuiste el que quiso salir —dije. Decía que el constante bombardeo de mensajes le desconcentraba. Y no le faltaba razón.

Luke se dejó caer en la silla y apoyó los brazos en el respaldo:

—Te tiene agarrado por las pelotas, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa pícar.

Le miré a los ojos:

—Solo quería asegurarme de que es un buen profesional, eso es todo, listillo.

—Estás evadiendo la pregunta, así que sí, te tiene agarrado por los huevos. Me alegro. Me gusta para ti. Estabas empezando a sonar como un disco rayado con eso de hablar sobre las tasas de divorcio cada vez que alguien mencionaba el matrimonio —dijo Luke.

—Los números no mienten —respondí.

—Es cierto, pero te estabas volviendo un cínico. Dios, Travis tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Cuando te ayudamos a mudarte, fuiste *territorial*. —Se giró hacia Sam para añadir—: Nos amenazó a todos, diciendo que ni se nos ocurriese ligar con ella.

Sam sonrió:

—Imagina los titulares: “Declan Maxwell claudica al fin ante una vecina vivaracha que lo ha vuelto loco escuchando música de madrugada”.

En mi mente apareció una imagen de Liz con esa apretada ropa deportiva y el cuello y sienes perlados de sudor. *Joder, está para comérsela.*

—¿Qué titulares? —pregunté, desconcertado.

Sam señaló su sien:

—Los de mi cabeza.

Rompí a reír mientras hacía un gesto exasperado.

—Dios, cuánto echaba de menos pasar el rato con vosotros —dijo Sam.

—Pues entonces visítanos más a menudo. O, y esto es solo una sugerencia, podrías volver a Chicago. Ya sabes, aquí también puedes ejercer la medicina —señalé.

—Sí, tarde o temprano volveré, pero por ahora estoy a gusto trabajando con Médicos Sin Fronteras. Me gusta lo que hago, pero estar tan lejos es... complicado. Pensé que me acostumbraría con el tiempo, pero sigue siendo duro. Kimberly dice que a ella le pasa lo mismo.

—A mí no me dice lo mismo —señaló Luke.

Sam sonrió:

—Ten cuidado, hermano, o te robaré tu puesto de primo favorito. Kimberly y yo hemos hablado mucho últimamente acerca de nuestras experiencias de volar lejos del nido.

Me hizo gracia que Luke pareciese afectado de verdad. Estaba muy orgulloso de su papel como protector y confidente de Reese y Kimberly.

Mientras terminábamos nuestras bebidas, alguien comenzó a cantar y tocar la guitarra al fondo del bar.

—Bueno, esa es nuestra señal para irnos —dijo Luke—. Suena fatal.

—Venga, vámonos. ¿A qué distancia está la pensión? —preguntó Sam.

—Ni idea, aunque es probable que esté aquí al lado —respondí.

Y resultó que tenía razón. La pensión estaba a dos minutos en coche del bar. Éramos los únicos huéspedes, y el anfitrión insistió en que nos daba las mejores habitaciones.

Eran espaciales y bastante bien equipadas. A pesar del largo día, el nerviosismo me corría por las venas. No quería irme a dormir.

Seguía dándole vueltas en mi cabeza a la conversación con mis hermanos. No terminaba de entender por qué Luke compró una finca porque se imaginó viviendo allí con su familia.

Yo nunca me había planteado algo así, pero Sam tenía razón. Se estaban produciendo cambios en mí. Porque hace un mes, mi único plan para esa noche habría sido descansar bien para estar en plena forma al día siguiente y poder ponerme al día con el trabajo.

Pero en ese momento, quería llamar a Liz. Lo más seguro es que estuviese trabajando en el bar. La foto que me mandó llevaba toda la tarde atormentándome. Tenía sus pezones grabados en el cerebro, obviamente, pero iba más allá de eso. Parecía sinceramente emocionada por el regalo.

Me senté en la cama, saqué el portátil y revisé un caso cuyo juicio se celebraría la semana siguiente. Mi pasante ya lo había preparado casi todo, pero aún quedaba mucho trabajo por hacer para ganarlo. Era un divorcio, mi especialidad, con una guerra sin cuartel por la custodia.

Me pasé las siguientes horas revisando leyes para construir una argumentación sólida. Iba a ganar ese caso. Tenía un presentimiento.

Un profesor de derecho me dijo una vez que hacía falta una inmensa confianza en uno mismo para ser abogado. Pero ganar era más que una cuestión de ego para mí. Una vez el cliente me contaba su caso y decidía aceptarlo, *tenía* que ganar. *Por ellos.*

Dejé el trabajo a las once y media. Liz terminaría su turno en media hora. Sentía un extraño hormigueo de energía por el cuerpo. Cerré el portátil y me fui al baño para darme una ducha rápida.

Cuando salí, cogí el teléfono y me senté en la cama. Me puse a imaginar las pullas que Luke me dedicaría si supiera lo que estaba haciendo. Llamé a Liz a las doce y cinco. Para mi alegría, respondió de inmediato:

—Mira quién está levantado a estas horas intempestivas de la madrugada —se burló.

—Me he quedado hasta tarde preparando un caso, y sé que sales a las doce.

—¿Lo recuerdas? —susurró.

—Joder, pues claro.

—En realidad, esta noche he salido un poco antes. No había mucha faena, y mi jefa se ofreció para cerrar sola el bar. Así que ya estoy en casa, tumbada en la cama.

—¿No bailas hoy?

—Oh, ya he bailado —repuso burlona, y mi polla comenzó a cobrar vida al imaginármela con la ropa deportiva. Solté un gruñido.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó.

—Nada. Cuéntame cómo te ha ido en el bar.

—Declan... ¿me has llamado a medianoche para hablar de eso?

—Contigo quiero hablar de todo. Cuéntame, ¿te gusta el trabajo?

—Pues sí, me gusta mucho. Siento que cada trabajo me enseña alguna habilidad que me ayudará a dirigir mi propio negocio.

Su optimismo era de otro planeta. No conocía a nadie que trabajase tan duro como ella, pero en lugar de quejarse era capaz de verle el lado positivo a todo.

—Ya te estoy imaginando poniendo en práctica todas esas habilidades como toda una profesional.

—Oye, no te burles de mí —respondió con un bostezo, que me recordó la hora que era.

—No me estoy burlando. Te juro que hoy *me has matado*. Nunca sé por dónde vas a salir.

—No pretendía... No me di cuenta de que... Oh, mierda. Ya sabes lo que quiero decir.

El comentario me arrancó una risita:

—Sí, te entiendo. Fue espontáneo. Estabas contenta.

—Sí, lo estaba. ¿Quién me iba a decir que el cascarrabias de mi casero podía ser tan considerado?

—Pues soy aún mejor en persona.

—Oooh, ¿eso es una promesa? —me provocó.

—Por supuesto. Pero es tarde, y tienes que madrugar. Nos vemos mañana.

—¿Estás seguro? Declan... es muy dulce por tu parte, pero tu agenda es completamente opuesta a la mía. No creo que sean en absoluto compatibles.

—¿Es ese el único motivo por el que dudas acerca de mí?

—No —dijo tras una breve pausa.

—Vale, ya lo pillo. Puedes compartir los motivos conmigo cuando estés preparada. Tengo paciencia. Pero dime una cosa, ¿te gustaría que nos viéramos mañana?

—Sí —susurró.

—Entonces nos veremos.

—¿Cuándo?

Le dediqué una sonrisilla pícaro:

—No te pienso dar ni una pista.

—Ahhh, vale. ¿Otra vez con ese jueguito? A ver, hoy te salió bien la jugada, y tienes incluso pruebas fotográficas que lo demuestran. Pero, ¿quién sabe qué pasará en la siguiente ocasión?

—Imagino que el tiempo lo dirá.

De inmediato, mi mente se puso tres pasos por delante y mi polla comenzó a cobrar vida de nuevo. Me metí una mano en los calzoncillos y tuve que contener un gemido.

—Buenas noches, Liz.

Capítulo Doce

Liz

Al día siguiente no me separé del teléfono en ningún momento desde que me desperté, con la esperanza de que Declan se pusiera en contacto. Pero los únicos mensajes que recibí fueron de Rose. *Humm... ¿Se habrá olvidado mi casero cascarrabias de la apetitosa promesa que me hizo anoche? ¿Me lo habré imaginado?.* Estaba muerta de sueño cuando me lo dijo, la verdad.

Cuando volví a casa antes del trabajo en el bar esperaba en secreto encontrármelo, pero no estaba.

Puede que tuviese demasiadas cosas en la cabeza. Sentí un vacío en el estómago ante la idea de que al final no lo vería.

Maldita sea, ya es capaz de afectar a mi estado de ánimo. No estaba segura de cómo sentirme al respecto.

Para cuando llegué al bar, ya me había hecho a la idea de que no vería a Declan.

De todos mis trabajos, el que más me gustaba era el de camarera. Me resultaba fácil preparar cócteles, y me gustaba charlar con los clientes. Era muy extrovertida, y mi trabajo en *Richard's Catering* no me dejaba interactuar mucho con los compañeros ni los clientes. Eso que se dice de que los camareros son una especie de terapeutas era cierto. La gente tendía a compartir sus cosas personales conmigo sin venir a cuento.

—Pues bueno, esa es mi historia —concluyó Bob. Le había conocido veinte minutos antes y ya sabía que su novia le había dejado el mismo día en que planeaba pedirle matrimonio.

—Es mejor que te enteres ahora, y no *después* de pedirle matrimonio —opiné.

—Sí, pero no deja de ser una putada —respondió.

—Estoy de acuerdo.

—Más tequila, por favor.

—Antes tienes que prometerme que no vas a conducir.

—Palabrita del niño Jesús.

Eso me hizo reír:

—Trato hecho, entonces.

La noche estaba siendo mucho más ajetreada que la anterior. Mi jefa también atendía a los clientes en el otro extremo de la barra. Me dijo que ella se encargaría de cerrar esa noche, pero me pidió que me quedara hasta que se marchasen los clientes. Me dolían un poco los pies, pero pronto estaría en casa y los metería en agua tibia para relajarlos.

Nos habíamos quedado sin hielo, así que fui a la trastienda para rellenar las cubiteras. Mientras cogía una bolsa del congelador, sonó la notificación de un mensaje en mi teléfono.

Era de Declan, y eso bastó para que un chispazo de energía recorriese mi cuerpo. Ya ni siquiera sentía el dolor de pies.

Declan: ¿Hoy también sales temprano?

Respondí de inmediato.

Liz: Qué va. A medianoche.

Declan: Vale.

¿Se piensa que me daré por satisfecha con un simple “vale”?

Liz: ¿Por qué?

Declan: Es una sorpresa.

Esperé, pero las burbujas que indicaban que estaba escribiendo dejaron de aparecer.

Liz: No vas a decirme nada, ¿verdad?

Declan: Qué va.

¡Este hombre...!

Sabía que no le sacaría nada, así que volví a meter el teléfono en el bolsillo y regresé a la barra con el hielo.

Mi mente estuvo fija en Declan el resto del turno. Me provocaba un cosquilleo la idea de que fuese a estar esperándome en casa.

No es mi casa, rectifiqué. Yo tengo mi casa, y él la suya. Pero ese pensamiento no bastó para acallar el cosquilleo.

Cuando terminó mi turno la jefa, Dora, se quedó para cerrar. Salí con Bob y le pedí un Uber desde su teléfono, y luego esperé con él hasta que le vi subir.

—¿Acompañas a todos los clientes a sus coches? —preguntó Declan, haciéndome dar un respingo.

Cuando me giré, lo vi justo al lado de la puerta. *¿Cómo he podido no verlo?*

—Oh Dios mío, ¡estás aquí!

—En carne y hueso.

Me quedé estupefacta, y sentí cómo me ruborizaba conforme se acercaba a mí:

—¿Por qué no me has dicho que ibas a venir?

—Porque quería sorprenderte.

—Oh, guau —me limité a responder con la mano en el pecho, que subía y bajaba agitado—. No te había visto, estaba centrada en Bob. Está como una cuba. No estaba segura de que fuese capaz de llegar al Uber por su propio pie, así que le he acompañado.

—Eso es muy considerado por tu parte —replicó Declan, que se acercó aún más. Tenía una zancada peligrosa, como si fuera una criatura de la noche al acecho y yo su presa.

—Del uno al diez, ¿cómo de cansada estás? —preguntó, mirándome con atención.

—Humm... Cero. ¿Por qué?

Me dedicó una sonrisilla:

—Al menos un poco cansada debes estar.

—No, siempre salgo de este trabajo con adrenalina, ¿recuerdas? Es el motivo de que te atormente con la música.

—Pues entonces... —Tras un guiño, concluyó—: Entonces vamos a salir.

—¿En serio? —*¡Qué emocionante!* A pesar de que ya llevaba una temporada en Chicago, en realidad no había salido nunca, y mucho menos por la noche.

—Sí.

Me acarició con suavidad la mejilla con el dorso de la mano:

—Ya te dije que se me da bien encontrar soluciones. Me dijiste que trabajas todas las noches, así que aquí estoy, ofreciéndote un plan *después* del trabajo.

El estómago me hizo un triple salto mortal:

—Declan... —No me podía creer que me estuviese pasando algo así. Recordé que me dijo que por la noche necesitaba paz y tranquilidad, por lo que tuve claro que lo hacía por mí. Todo mi cuerpo vibraba por tenerlo cerca, tocándome y mirándome con esos ojos pecaminosos hasta el absurdo. Sus labios estaban *muy* cerca, y sin embargo no me estaba besando.

—¿Dónde vamos? —musité.

—A un festival callejero.

—¿A estas horas de la noche?

—Sí —respondió con una risita—. Chicago tiene mucha vida, y vamos a salir por la ciudad. Terminamos en un festival de arte a orillas del lago Michigan.

—¿Cómo es que esto sigue abierto tan tarde? —le pregunté—. Pensaba que los festivales callejeros estarían cerrados a estas horas de la noche.

—Y así es, pero este es tan popular que dos días a la semana cierra a las dos de la madrugada.

—¡Eso es la bomba! Me recuerda un poco a mi pueblo. Tenemos festivales para todo.

Me guiñó un ojo y colocó una mano en la parte baja de mi espalda:

—Pensé que te gustaría.

Además de arte había puestos con queso, vino y bocadillos por todas partes, así como algún que otro tenderete con joyas. No había muchos visitantes. Supongo que no faltaba mucho para cerrar, pero me gustó. Me resultaba más íntimo.

—Chicago tiene muchos eventos así —me explicó Declan.

—¿Vienes a menudo?

Se acercó un poco más:

—Te confieso que es la primera vez que vengo.

Me quedé sorprendida:

—¿Y eso? ¿Por qué?

—No lo sé.

—Humm... Ahora que lo pienso, en realidad esto no te pega mucho. Es demasiado divertido.

Una sonrisa asomó en sus labios, y movió la mano que tenía en mi espalda en pequeños círculos que me dejaron sin aliento.

—Puedo ser muy divertido.

La piel me comenzó a chisporrotear donde me tocaba. Me puse recta y me aclaré la garganta:

—¿Quieres picar algo? —le pregunté—. Mira, allí tienen tarta de queso.

Me regaló una de sus clásicas sonrisas derritebragas:

—No me apetece, gracias. Pero vamos a comprarte un trozo. Tiremos la casa por la ventana, Liz.

Me lamí los labios, y él se los quedó mirando. Sentía la piel en llamas. Me empujó hacia adelante y caminamos juntos. Desplazó su mano hacia arriba y me apoyó el brazo en los hombros.

—¿Qué tal fue el viaje con tu hermano? —pregunté tras pedir la tarta de queso. Era el último trozo.

—Bien. El contrato que le han ofrecido está muy bien redactado y no tiene triquiñuelas.

Lo dijo con una confianza absoluta. Era aún más sexy cuando se ponía en modo abogado.

Me dieron la tarta de queso en un plato de papel, y caminamos a un callejón estrecho apartado de los puestos. Su brazo volvía a rodear mis hombros con fuerza.

—No me puedo creer que me haya llevado el último trozo —dije—. Es el de la suerte.

Entre risas, me preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Mi madre siempre dice que el último trozo es el que acumula toda la suerte.

Me la comí rápido porque tenía bastante hambre, pero me detuve en seco a falta de un bocado y me quedé mirando a Declan. Ni siquiera le había ofrecido probarla:

—Si quieres, te doy el último trozo. Aunque te lleves tú toda la suerte.

—Es una oferta impresionante.

—Pero caduca pronto. Tienes treinta segundos.

Declan se echó a reír:

—¿Te estás arrepintiendo?

—Veinte segundos.

—No la quiero, Liz. Venga, cómetela. Sabes que quieres.

—Un segundo y... ¡Es mía!

La engullí, y tiré el plato de papel vacío y el tenedor en una papelería cercana.

Declan se quedó mirándome de cerca; podía sentir su presencia incluso cuando lo tenía detrás.

—Oye, ¿qué es eso? —pregunté, señalando lo que parecía un pequeño jardín.

—Ni idea, vamos a echar un vistazo.

Tomó mi mano y me llevó.

—Parece salido de un cuento de hadas —opiné.

Lucecitas parpadeaban en los árboles y bajo ellos había varios bancos, todos vacíos. Nos sentamos en uno y nos empapamos de la atmósfera romántica de la noche y la belleza del lugar.

—Está siendo una noche increíble. Gracias —le dije.

—Me alegro de que estés disfrutando.

—Y no estabas exagerando. Se te da *muy* bien encontrar soluciones.

Se inclinó hacia mí y enredó un mechón de mi pelo rubio entre sus dedos. En el trabajo lo llevaba recogido en una cola de caballo, y tras quitarme la goma estaba un poco despeinado.

—Nunca prometo nada que no pueda cumplir, Liz.

Me pregunté si habría algo que no pudiera hacer, y llegué a la extraña conclusión de que creía que no.

Entrecerré los ojos y lo miré con intensidad:

—¿Esto es una cita, o me has sacado a pasear como gesto de buena vecindad? Para mí es importante saberlo.

Una chispa pícara apareció en sus ojos:

—¿Por qué? —preguntó.

—Eso decidirá cuánto empeño pondré cuando nos besemos.

—Esta noche es lo que tú quieras que sea, Liz. Lo que te haga sentir más cómoda. Pero para mí es importante que sepas que te veo como algo más que una vecina.

¿De verdad acaba de decir eso?, pensé mientras sentía el corazón latirme entre las costillas.

Hacía meses que no me sentía tan viva. Me incliné y rocé nuestros labios.

De repente sentí su mano en la nuca, y sus dedos acariciándome el cuello. *Oh, santo cielo.* Pensé que yo iba a besarle a él, pero enseguida tomó el control. Y me encantó. Un segundo más tarde sentí su boca en la mía. Me dio un beso potente e implacable, como si tuviese hambre de mí, como si yo fuera lo único que necesitaba.

Era adicta a sus labios y a cómo me hacía sentirme consciente de mi cuerpo de un modo nuevo para mí. Me sentía llena de vida a su lado, totalmente despreocupada y feliz, y en ese momento estaba en llamas.

Todo mi cuerpo anhelaba su cercanía, su calidez y más pasión. No pude evitar sentir que se estaba conteniendo, como si tuviera dentro mucho más de lo que me estaba dando y pugnase por refrenarlo. Lo sentía en el leve temblor de su pecho y en cómo apretaba las manos en mi cintura. Era como si estuviese echando mano de todo su autocontrol para no deslizarlas más abajo. Pero entonces ese autocontrol pareció resquebrajarse cuando puse mis manos detrás de su cuello para profundizar en el beso. Sentí uno de sus pulgares bajo mi blusa, y los escalofríos que me provocó fueron como agujijones.

¿Cómo puede hacerme sentir tantas cosas con una simple caricia?

Declan gruñó contra mi boca. Fue un gruñido puramente indómito que me dejó empapada. *Dios, este hombre me ansía con desesperación, tanto como yo a él.*

Subió un poco su mano y rozó mi cicatriz. Torcí el gesto y sentí como si me hubiesen lanzado un cubo de agua helada. Apreté los labios y me retiré.

—Liz, ¿estás bien? —preguntó Declan con los ojos muy abiertos.

—Sí. Eso era mi cicatriz —susurré.

Me había hecho olvidar por completo que la tenía.

—Mierda. ¿Te he hecho daño? Lo siento.

—No, no, no me ha dolido. Pero es enorme y horrible.

Él frunció el ceño:

—Cuéntame más.

—Antes tengo que confesar que no te conté la historia completa. La tengo a raíz de un accidente, un día que fui de senderismo con mi hermana. La barandilla de madera se rompió, y mi hermana estuvo a punto de caerse. Tiré de ella y la salvé, pero perdí el equilibrio y caí rodando por una colina muy empinada, donde un objeto afilado me desgarró el vientre. Me provocó un dolor terrible, y penetró la piel. Los médicos dijeron que fue un milagro que no tocara ningún órgano vital. Tengo muchísima suerte de estar viva. Eso me dio el impulso para luchar por hacer realidad mi sueño de abrir la pastelería.

—Admiro eso de ti —respondió, y cuando me estremecí levemente en su regazo volvió a gruñir y me aparté de él—. Cuéntamelo todo. Siento que hay algo más que quieres contarme —pidió con tono paciente.

No supe cómo decírselo sin que sonase mal:

—Tengo un poco de complejo por la cicatriz. La piel sigue sin estar como antes, y sigo tratando de aceptarlo. En parte es porque cuando tuve el accidente tenía novio. Acabábamos de celebrar nuestro primer aniversario. La primera vez que tratamos de intimar después del accidente, literalmente me miró con asco y me dijo que tenía que taparla. Me sentí abochornada y muy herida, y a raíz de ese momento... Algo se rompió entre nosotros. Para colmo, se quedó muy sorprendido cuando le conté mis planes de abrir la pastelería. Total, que no he estado con nadie desde que lo dejamos.

—Gracias por compartir tu historia conmigo.

—Siento haber interrumpido el beso. Ya sabes, sigue dándome un poco de vergüenza.

Declan me clavó la mirada con el ceño fruncido:

—¿Por qué me pides perdón? Te sentiste incómoda, y eso no tiene nada de malo. Liz, no me importa tu cicatriz, es decir, su aspecto, claro. Me alegro mucho de que te recuperases y puedas estar aquí conmigo. Y al imbécil de tu ex, que le den. Me parece muy insensible, y creo que has tenido suerte de haberte deshecho de él.

Me encogí de hombros, aunque en secreto me encantó su reacción visceral. Puso a las mariposas a revolotear en mi vientre:

—Gracias por tus palabras.

Asintió y añadió:

—¿Sabes qué te digo? Vamos a dar otro paseo, y luego nos volvemos a casa.

—Me encantaría —dije, agradecida porque me estuviera tranquilizando. No estaba segura de por qué me sentía un poco fuera de lugar, pero estaba satisfecha con su reacción. Declan era un caballero de la cabeza a los pies.

Caminamos una media hora, en la que disfrutamos de la hermosa noche, antes de marcharnos.

—Me encanta este barrio —comenté al entrar en Gold Coast. Era como volver atrás en el tiempo, como si fuese un legado de otra época. Me parecía increíble que se pudiese pasar de los rascacielos a esas exuberantes casas antiguas en unas pocas manzanas.

—Me alegro de que Helen te alquilase la casa de invitados.

—Yo también.

Me cogió la mano y acarició el dorso con el pulgar. Aún podía sentir el calor que irradiaba de él, y que me excitaba sin límites.

Cuando detuvo el coche salió primero y vino a abrir mi puerta, y tomó mi mano mientras salía.

—¿Por qué eres tan caballeroso?

—Así soy yo —respondió—. Y antes de que lo preguntes, sí, la modestia es otra de mis cualidades. —Me acompañó hasta la puerta antes de añadir—: Lo he pasado muy bien esta noche, Liz.

—Yo también —coincidí, y me incliné hacia él.

De repente nos estábamos besando. Y santo Dios, vaya beso. Su lengua era excitante e implacable. Me agarró la cara, haciendo presión con los pulgares en mis mejillas y envolviendo con suavidad el resto de los dedos en mi pelo. Sentí cómo la excitación que caracoleaba en mi interior invadía todo mi cuerpo, llenándome más y más hasta que temí explotar.

Nos desplazamos en la oscuridad hasta que sentí la puerta contra la espalda. Apretó su cuerpo contra el mío sin que su boca me abandonase. Nunca me habían besado así, con una pasión que lo arrasaba todo a su paso. Me entregué al beso con toda mi alma, y pasé las manos por su espalda antes de dejarlas en sus hombros. Cuando me separó los muslos, me apreté contra su pierna y gemí. Todo mi cuerpo temblaba. *Hostia puta*. Estaba tan excitada que pensé que me correría si volvía a rozarme contra él.

Me agarró el pelo con más fuerza antes de retroceder y mirarme con ojos acalorados:

—Joder, Liz.

—¿Quieres entrar? —susurré.

Se aclaró la garganta y retrocedió un poco más:

—Pues claro que quiero, pero no lo haré. Esta noche no.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me cogió ambas manos y se las llevó a la boca para besarlas, primero una y luego la otra:

—Has compartido muchas cosas conmigo esta noche, Liz. No quiero meterte prisa para que hagas nada.

—Ya está, ya lo comprendo. Te has propuesto encandilarme.

Volvió a besarme las manos y luego abrió mi puerta con delicadeza:

—Vamos, entra. Estaremos juntos, Liz, recuerda mis palabras. Pero esta noche no. Vamos a tomárnoslo con calma y a disfrutar hasta que llegue ese momento.

No respondí porque sus palabras me habían hecho hiperventilar. Le deseaba, pero coincidía con él en que saborear y disfrutar el proceso era maravilloso. Así que, por más que no quisiera hacerlo, entré.

—Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió antes de cerrar la puerta.

Apoyé la espalda en la pared y me di cuenta de que aún debía estar allí, porque no le oía alejarse. Me quedé sorprendida y me pregunté qué hacer. Me di la vuelta con la intención de abrir, pero luego cambié de opinión. *Fuerza de voluntad, Liz*.

—¿Seguro que no quieres entrar? —dije a través de la puerta cerrada. *Muy mal, Liz, ¿qué ha pasado con tu fuerza de voluntad?*

Le oí reír al otro lado:

—Sí, estoy seguro. Me marcho ya.

Contuve la respiración mientras escuchaba con atención. Esa vez oí sus pasos alejándose. Me quedé escuchando cómo se atenuaban, y entonces miré por la ventana cómo subía las escaleras de su casa.

Declan Maxwell era una caja de sorpresas.

Me salió una risita nerviosa. Me sentía aún con más energías de lo habitual. Pero al día siguiente tenía cosas importantes que hacer, así que me fui directa a la cama.

Sospeché que me estaba embarcando en una montaña rusa de emociones y, por más que deseara hacerlo, no estaba segura de estar preparada.

Capítulo Trece

Liz

Durante los dos días siguientes, solo vi a Declan una mañana. No estaba segura de qué estaba pasando.

¿Estará ocupado? ¿Me estará dejando espacio? ¿O... habrá cambiado de opinión sobre mí? Me costaba creerlo después de nuestra cita romántica y el modo increíble en el que me trató.

El viernes por la tarde escuché su coche en el camino de entrada mientras me preparaba para mi turno de noche. El estómago se me encogió ante la posibilidad de ver a Declan, aunque en realidad no tenía tiempo para hablar con él.

En media hora tenía que estar en el bar. Estaba a punto de salir de casa cuando sonó mi teléfono y el nombre de mi madre parpadeó en la pantalla. Llevaba un tiempo sin hablar con ella, tenía que cogerlo.

Respondí y me llevé el teléfono al oído:

—Hola, mamá.

—¡Cariño! —me saludó en un tono agudo y preocupado que me puso tensa de inmediato. Enderecé los hombros para recibir lo que presentía que serían malas noticias.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Te llamo para decirte que... —Tenía la voz tan temblorosa que no pudo terminar la frase.

—Mamá, cuéntamelo.

—Tu hermana y tu sobrina están en el hospital.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No estamos seguros de qué ha pasado. Amy tenía fiebre, y no se le bajaba.

—¡Dios mío! —exclamé, y me llevé la mano a la boca. Los ojos me escocían—. ¿Está bien?

—No lo sabemos. No sabemos nada. Se las llevaron en ambulancia hace cosa de una hora. No sabía qué hacer. No quiero asustarte, pero sé que quieres que te avise cuando pasa algo.

—Claro mamá, me alegro de que hayas llamado. Gracias por contármelo. —Cerré la mano libre en un puño para tratar de reunir fuerzas y consolar a mi madre, pero todo mi cuerpo temblaba y mi mente era una nebulosa.

No podía ser fuerte en ese momento, era imposible.

—Llámame cuando tengas noticias.

—Eso haré, cariño. Sé fuerte.

—Tú también, mamá.

En cuanto colgué la llamada, comencé a ver como si estuviese dentro de un túnel. Apenas podía respirar. Traté de recuperar la calma presionando una palma contra el pecho y respirando profundamente, pero no fui capaz.

Mi currusquillo. Dios mío, no me lo puedo creer.

Abrí la puerta y salí, con la esperanza de que el aire fresco me ayudase. Pero no lo hizo. Seguía teniendo que luchar para respirar.

—¿Liz? —dijo Declan. Estaba a punto de subir a su coche, pero cuando me vio cerró la puerta y se me acercó—. Liz, ¿qué ha pasado? Cariño, ¿qué ha pasado? Parece que hayas visto un fantasma.

—Mi sobrina —dije. Me puso una mano en la cintura y la otra en el hombro, y al instante sentí cómo mis vías respiratorias se desbloqueaban. Respiré hondo una vez, y luego otra y otra.

—Ya está, ya pasó. Lo estás haciendo muy bien —dijo con delicadeza mientras me frotaba un hombro con el pulgar—. Me estás asustando. ¿Va todo bien? ¿Quieres que llame a un

médico?

—Estoy bien —respondí—. Me ha llamado mi madre. Mi hermana y mi sobrina están en el hospital. Amy, el bebé, no está bien. —La voz se me rompió por completo en la última palabra—. No sé muy bien qué le pasa. Nadie lo sabe.

—Antes que nada, prueba a respirar un poco más. Estás muy pálida, como si te fueras a desmayar —añadió—. Vamos a sentarnos.

Me rodeó el hombro con un brazo y me llevó a la parte trasera de su casa, donde me besó por primera vez. Nos sentamos en el sofá de ratán. Me cogió las manos y las puso sobre su pecho. Él también respiraba hondo para calmarme, y el efecto de estar simplemente sentada con él fue increíble.

Cuando un segundo más tarde caí en la cuenta de algo, me invadió el pánico:

—Oh, Dios mío, tengo que irme al trabajo.

—Liz, no vas a ir a ninguna parte —respondió con voz ronca—. No puedes ni respirar, ¿cómo vas a trabajar?

No podía dejar de temblar. Sabía que tenía razón, y asentí nerviosa:

—Llamaré al trabajo enseguida para decirles que no puedo ir.

—Hazlo.

Mientras marcaba el número, se levantó del banco y sacó su teléfono. En el mismo instante en que se alejó, volví a sentirme agitada. El mero hecho de tenerlo cerca tenía un poderoso efecto calmante.

—Hola —dije en cuanto contestó mi jefa—. Soy Liz.

—Lo sé. ¿Qué pasa? Diría por tu voz que estás llorando.

—Lo estoy. Tengo una emergencia familiar y no voy a poder trabajar hoy. Siento mucho no avisar con más tiempo.

—No pasa nada, yo te cubriré hoy. Ya me las apañaré, tú céntrate en tu familia. ¿Necesitas algo?

—No, Dora, muchísimas gracias.

Me temblaban las manos cuando colgué. Mientras guardaba el teléfono, me fijé en Declan.

—Cancela la reunión, o posponla —decía en tono severo—. Me da igual. Gracias.

Colgó la llamada, se metió el teléfono en el bolsillo y se sentó a mi lado.

—Declan, no tienes por qué cancelar tus planes por mí.

—Sí que tengo que hacerlo.

—Por favor, estaré bien.

—Voy a quedarme contigo. No te dejaré sola.

Me puso las manos en los brazos y sentí cómo mi cuerpo se calmaba. Lo necesitaba.

—Pero tienes cosas que hacer.

—Liz —insistió mientras llevaba las manos a mi cara—. Me quedo contigo, y no hay más que hablar.

Sonreí con timidez:

—Gracias. Me estresa mucho no saber qué está pasando. La incertidumbre me mata.

—Yo esperaré contigo. —Me puso de nuevo un brazo alrededor de los hombros y simplemente me recostó contra su pecho.

Perdí la consciencia de cuánto tiempo estuvimos abrazados.

—¿Mejor? —murmuró mientras me acariciaba la nuca.

Me puse recta y lo miré:

—Quiero ir a mi casa para estar con mi hermana. Siempre hemos estado juntas, en los momentos buenos y en los malos.

—Entonces vamos a llevarte a casa.

—Solo hay un autobús, que sale por la mañana y tarda cuatro horas. Tendría que avisar a Richard de que no podré trabajar mañana... —No paraba de pensar en cómo gestionarlo, y me parecía imposible.

Declan alzó una ceja y miró al infinito, como si reflexionase sobre algo. Entonces volvió a fijar su mirada en mí:

—Travis tiene un helicóptero y la licencia de piloto. Puedo hablar con él para que te lleve volando.

Me quedé total y absolutamente conmovida. *¿Que quiere hacer qué?*

—No sé qué decir, Declan. Por un lado quiero aceptar tu oferta, pero es demasiado. Y yo...

El teléfono vibró en mi regazo, y lo cogí enseguida.

—¡Dios mío! Es mi hermana. Me da miedo cogérselo.

—Estoy aquí contigo, Liz —me tranquilizó, y me puso una mano en el muslo—. Estoy aquí contigo.

—Lo sé. —Traté de ignorar las náuseas y la sensación de quemazón de mis ojos. Lo último que Rose necesitaba era percibir mi pánico.

Respiré hondo y contesté:

—Rose, ¿cómo estás?

—Está todo bien. No corre peligro. Sé que mamá te lo ha contado, y pensé que te estarías volviendo loca.

—Mamá me ha dicho que tiene fiebre.

—Le han hecho unas pruebas, y tiene bronquiolitis. Parece mucho peor de lo que es en realidad —me dijo con voz temblorosa—. Dios, qué miedo he pasado, Liz. Estaba ardiendo, y entré en pánico. Ha sido horrible.

—Pero se va a recuperar, ¿verdad? Eso es lo que importa.

—Nos vamos a quedar en el hospital para que le puedan administrar la medicación, pero tranquila, no corre peligro. Tengo que colgar.

—Claro. Manténme al día.

—Lo haré.

Seguía hecha un manojo de nervios al colgar.

—¿Buenas noticias? —preguntó Declan.

—Sí. Su vida no corre peligro.

—Sigues temblando. Vamos, entremos en la casa. Te prepararé algo de comer.

—No sé por qué no soy capaz de calmarme —le dije.

—Es la adrenalina, Liz. Tardará un rato en pasarse. Vamos, yo cuidaré de ti.

Los dos nos pusimos de pie al mismo tiempo, y él me agarró la cintura. Me encantaba estar en sus brazos. Me sentía protegida, como si nada malo pudiera pasarme.

En cuanto entramos en mi casa, me llevó a la cocina.

—¿Tienes comida? —preguntó.

—Tengo un poco de estofado que me sobró en la nevera. Puedes calentarlo en el microondas.

—Vale, lo haré. Tú siéntate.

Tras calentar el estofado, se sentó a mi lado:

—Vamos, come. Aunque sean un par de cucharadas.

Hice lo que me dijo porque, sinceramente, sentía que un poco de comida me reconfortaría. Se sentó a mi lado, paciente, mientras comía.

—¿Quieres un poco? —le pregunté.

—No, ya he cenado. Tienes mejor aspecto.

—Estoy mejor. Declan, gracias por lo que estás haciendo por mí. La verdad, no sé qué habría hecho si no hubieses aparecido. Estaba como loca, no podía ni respirar.

—Estabas asustada. Es normal.

Solté el tenedor con un suspiro:

—¿Sabes? Mientras hablaba con mi madre por teléfono traté de ser fuerte, pero no pude —confesé mientras parpadeaba para tratar de contener unas lágrimas que él enjugó con un dedo.

—No siempre podemos ser fuertes, Liz. Y no pasa nada. No creo que tu madre te llamase para que fueras fuerte. Solo quería contártelo.

—Ya me siento mejor —le dije mientras me sorbía la nariz, y luego exclamé—: ¡Oh, Dios mío, tu cosa del trabajo! Tienes que ir. De verdad, estoy bien.

—No me moveré de aquí en toda la noche.

—¿Qué?

—Quiero quedarme aquí contigo para cuidarte y asegurarme de que estás bien.

—Pero sonaba importante.

—Tú eres más importante.

¿Qué puedo responder a eso? Entonces recordé que yo también tenía trabajo. Esa noche la estaba liando parda:

—¡Mi trabajo! Debería ir para echar una mano.

—No —respondió enseguida, mirándome a los ojos y con tono de que no aceptaría un no por respuesta—. Te lo digo muy en serio. Te dejé ir al trabajo cuando te quemaste, pero hoy no lo consentiré.

Para mi asombro, se me escapó una risita. Dos minutos antes sentía que nunca volvería a reír. Cualquier otro hombre no se saldría con la suya si fuese tan mandón conmigo, pero por alguna razón que no alcanzaba a entender, al tratarse de Declan me pareció bien:

—¿No me lo *consentirás*?

—Como lo oyes.

Le lancé una mirada aviesa:

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo exactamente?

—¿Quieres saberlo?

—Sí —respondí.

Enseguida se inclinó hacia mí y me besó. Mi cuerpo volvió a ponerse al límite. Sentía calor y frío al mismo tiempo, como si mi cuerpo no fuera capaz de decidirse. Antes me hizo sentir segura, pero ahora me sentía viva. Y estaba en llamas por él.

Profundizó en el beso y me moví de mi silla a la suya para sentarme a horcajadas sobre él y apoyar mis manos en sus hombros. Gruñó contra mi boca con un sonido profundo que retumbó en su pecho.

—Joder, Liz —dijo antes de volver a besarme.

Lo necesitaba. Cuando sentí su erección bajo los vaqueros, fui yo la que gimíó. Me levantó y me colocó sobre la mesa sin dejar de besarme. Su respiración se estaba tornando más pesada. Tenía una mano en la parte baja de mi espalda y la otra en mi hombro. Su beso me estaba derritiendo, y el modo en que me abrazaba me hizo sentir a salvo, como si quisiera protegerme y devorarme al mismo tiempo. Era sobrecogedor.

Declan retrocedió un poco y me dijo:

—Liz, no me he quedado contigo esta noche para esto.

—Lo sé, pero te deseo, Declan. Te deseo muchísimo.

—Estás en *shock*.

—No, lo *estaba*. Ahora solo puedo pensar en ti, y te deseo con cada fibra de mi ser.

Para demostrárselo, le agarré la camisa e intenté quitársela de un jalón, pero él me agarró las muñecas.

—Liz...

—Te deseo, Declan —repuse.

—¿Estás preparada para esto?

—Sí, lo estoy.

Me soltó las muñecas y le quité la camisa. La visión fue gloriosa. Desabroché el botón de sus vaqueros y se los bajé. *Santo cielo, no lleva calzoncillos*. Me quedé patidifusa, y respiré hondo. No me lo esperaba. Él alzó una ceja.

—No llevas ropa interior —dije, conmocionada.

—Ya.

—Pero... eres abogado. No me encaja con la imagen que tenía de ti.

Con una risa, me dijo:

—Doy por hecho que te gusta lo que ves.

—Oh, me encanta —respondí.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión, a pesar de que estoy desnudo y tan empalmado que no me llega la sangre al cerebro. Puedes cambiar de opinión en cualquier momento, ¿te queda claro?

Estaba claro que tenía que echar mano de todo su autocontrol para no abalanzarse sobre mí.

Asentí y luego, para demostrarle mis intenciones, lo empujé y bajé de la mesa. Me quité los pantalones y las bragas, a la vez y en un segundo. Su mirada se oscureció de deseo y se centró en mi coño, y juro que me hizo mojarme solo con la mirada. Respiré hondo, me agarré la camisa y me la quité. No llevaba sujetador, por lo que quedé completamente desnuda frente a él.

No dejaba de pensar en mi cicatriz. No necesitaba mirar hacia abajo para recordar la piel entre rosada y blanquecina que se extendía entre el ombligo y el esternón. Pero el modo en que Declan me miraba... *Dios*. Me estaba devorando con los ojos, y no parecía importarle en absoluto la cicatriz.

Y para mi asombro, a mí tampoco.

Capítulo Catorce

Liz

—Liz, eres increíble. ¿Estás segura? —preguntó de nuevo.

—Sí.

—Porque si no lo estás, esperaré.

—*Estoy segura, Declan. Deseo hacerlo. Te deseo a ti.*

—Esto no es un “aquí te pillo, aquí te mato”. Necesito que sepas que ese no es mi estilo.

Sus palabras no me asustaron, sino que encendieron algo dentro de mí que me dijo que me parecía mejor que bien:

—Entendido.

Ese hombre era una obra de arte. Había sido impresionante desde el primer día, por supuesto, pero verlo desnudo estuvo a otro nivel. Se había quitado toda la ropa y podía por fin admirar el conjunto. Sus músculos no parecían reales de tan perfectamente definidos. Su físico era más el de un atleta que el de un abogado. Su cuerpo no era delgado sino macizo, y quise tocarlo por todas partes.

Por costumbre, comencé a recorrerme el vientre con la mano. No me sentía para nada cohibida; era una reacción mecánica tras todo lo que había pasado.

—No te cubras, Liz. Quiero verte completa. Eres preciosa.

—Pero la cicatriz.... —No estaba segura de por qué la mencioné; tal vez quería una respuesta, una confirmación de que no le afectaba.

—*Todo en ti es precioso* —dijo despacio, enfatizando cada palabra, y le creí—. Te voy a demostrar esta noche lo increíble que eres, y que te lo mereces todo. Voy a darte placer, Liz. Muchísimo de placer.

—Lo estoy deseando —respondí conteniendo la respiración. *Y tú también vas a experimentar muy pronto todas esas cosas picantes que quiero hacerte*, añadí para mis adentros.

—Voy a hacer muchísimas cosas contigo. Mañana no recordarás nada excepto el placer que te di.

Me dio un tórrido e intenso beso mientras nos trasladábamos al dormitorio. Cuando entramos, su mano recorrió mi cara y cuello hasta llegar a mi estómago, donde delineó la longitud de mi cicatriz con el pulgar. No aparté los ojos de él, y no percibí nada raro en su expresión mientras lo hacía. Entonces la mano descendió aún más. Mientras besaba mi cuello, trazó un sendero con sus dedos por mi vientre más allá de mi ombligo, hasta mi coño. Separó mis muslos y apretó su dedo corazón contra mi clítoris. Se me puso la piel de gallina, y la deliciosa sensación me hizo contonearme. Comenzó a subir y bajar los dedos con parsimonia, frotando mis puntos sensibles con movimientos lentos y controlados.

—Oh, Dios mío —susurré. Ese hombre sería mi ruina. Cada caricia hacía que un hormigueo brotase de mi centro e irradiase todo mi cuerpo.

Declan, mientras tanto, seguía explorando mi cuello y hombros. Su mano izquierda descendió por mi espalda y aferró una nalga con firmeza. Sentí que un orgasmo se iba formando *en todas partes*. No sabría explicarlo, era como una ola gigante que brotó de las profundidades de mi cuerpo y que rompió en mí sin previo aviso. Me puse a gritar. Las piernas me temblaban, los músculos de mi vientre estaban tensos y eché la cabeza atrás. Mis movimientos eran espasmódicos, como si hubiera perdido el control. Y de hecho lo había perdido; era Declan el que controlaba cada parte de mi cuerpo. Me besó el cuello, y luego me posó en la cama. Yo seguía recuperando el aliento y cerré los ojos, con la cabeza dándome vueltas por sus atenciones.

Se me escapó el aire de los pulmones cuando sentí que, mientras besaba mi cuerpo, trazaba con la punta de la nariz el recorrido de la cicatriz, para luego presionar los labios contra ella. Una oleada de emociones me envolvió. De repente, todas las sensaciones se magnificaron y me costó cada vez más respirar por la intensidad.

Abrí los ojos y descubrí que Declan me miraba. Siguió descendiendo hasta que estuvo entre mis piernas, y fui incapaz de seguir sosteniendo su mirada. Admirar a ese hombre, macizo como una montaña, ensimismado en darme placer me llevó más allá del límite.

Aparté la mirada, y grité cuando sentí la punta de su lengua rodeando mi clítoris, presionándolo. Su destreza me hizo gemir y arquear las caderas. Y entonces, cuando su lengua entró en mí, un profundo gemido me brotó de las entrañas. Me volví a correr, con tal fuerza que fui incapaz de ver durante unos segundos. Era plenamente consciente de que me estaba aferrando a las sábanas.

Cuando al fin recuperé la vista, Declan me miraba con ternura desde los pies de la cama.

—Joder, eres preciosa —dijo.

¡Qué voz! Era, sin exagerar, la sensualidad hecha persona. Y, *oh Dios mío*, comenzó a tocarse. Observé cómo su mano acariciaba su polla, subiendo y bajando, e instantáneamente sentí cómo una energía se arremolinaba en mi centro, y ansié el momento de tenerlo dentro de mí.

Cuando se echó una mano a los pantalones para sacar un condón del bolsillo trasero, envolví su polla con una mano y la apreté. Un sonoro bramido retumbó en todo su cuerpo. Sentía su erección latir en mi mano, cómo su profunda respiración le henchía el pecho y el palpar de una vena en su cuello. Me llenó de orgullo haberle dado tanto placer con una simple sacudida.

—Joder, necesito tenerte, Liz.

Se puso el condón y se arrodilló sobre la cama. Cogió una de mis piernas para poner el tobillo en su hombro, y luego repitió la operación con la otra. Era tan alto que mis piernas colgaban un poco en el aire, pero no era incómodo; de hecho, fue estimulante sentir mi cuerpo abierto por completo a él. Comenzó a trazar pequeños círculos en mi clítoris con el pulgar antes de introducirse unos centímetros.

—Joder, joder, joder, qué maravilla. Qué puta maravilla.

El aire se me atascó en los pulmones, y me sentí de nuevo a punto de estallar. No me explicaba cómo era posible correrse tantas veces y tan rápido. Quizás siguiese cabalgando la ola del último orgasmo, pero sentí cada centímetro de él mientras se introducía en mí. Se inclinó para capturar mi boca. Entonces estuve llena de él, y se quedó quieto. Durante unos segundos simplemente nos besamos, y la sensación de tener su polla y su lengua complaciéndome al mismo tiempo fue gloriosa. Entonces comenzó a moverse, y no hubo ni una pizca de delicadeza en sus movimientos. Me encantaba sentir la fricción de nuestros cuerpos y el sonido de sus muslos chocando contra mi culo.

Estaba abrumada por completo por la forma en que me estaba poseyendo. El tercer orgasmo me impactó de un modo tan inesperado como los dos primeros, y con la misma intensidad. Grité a todo pulmón. Él prosiguió su asalto, y sentí que me iba a deshacer de tanto placer. No era posible sentirse tan bien. Nunca había experimentado algo así. Me apoyé en mis antebrazos para empujar contra él, siguiendo su ritmo, y contemplé cómo explotaba dentro de mí. Fue glorioso.

* * *

Declan

Liz estaba acostada boca arriba, con los ojos cerrados y la respiración agitada. Puse la punta de la nariz sobre su vientre. El sudor perlaba todo su cuerpo. Se había entregado a mí sin contemplaciones, como una bestia salvaje. Recorrí su cicatriz con la punta de la nariz, y sentí cómo todo su cuerpo se tensaba. Entonces puse mis labios en el mismo punto mientras me frotaba contra su pierna.

—No tienes por qué hacer eso, ¿sabes? —susurró.

—Quiero hacerlo. Quiero besar y tocar hasta el último rincón de tu cuerpo. —Alcé la vista y me la encontré con los ojos pegados a mí. Dejé un reguero ascendente de besos por su pecho hasta que quedé a la altura de su mirada—. Te deseo desde la primera noche en que te vi bailando.

Su rostro de inmediato se iluminó con una sonrisa:

—¿En serio? Pues no se te notó. Pensé que querías darme una patada en el culo y echarme de la casa de invitados.

—He de reconocer que sí que he pensado mucho en tu culo. De hecho fantaseo todas las noches con lo que escondes bajo la ropa de entrenamiento.

Liz sonrió:

—Pues ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé —contesté mientras le agarraba la mandíbula y las mejillas y me acercaba a sus labios—. No puedo parar de desearte.

—Pues no pares.

—No me tientes más esta noche.

Ella soltó una carcajada:

—Me estás agarrando un pecho mientras te frotas contra mi pierna. Creo que no te estás esforzando mucho por evitar la tentación.

Entre risas, me aparté y me quedé a su lado. Se llevó las manos al vientre y trazó el contorno de la cicatriz con su dedo corazón.

—Le estoy muy agradecido a tu cicatriz. Es lo que te hizo venir a Chicago —dije.

Liz sonrió:

—Tuve mucha suerte.

Se me hizo un nudo en el estómago, y se activó mi lado protector cuando capté el significado oculto en sus palabras. Decidí hacer todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que siempre estuviera a salvo, que no corriese ningún peligro, que nada la dañara. Nada en absoluto. Era la primera vez que sentía algo así.

De repente se estremeció y se tapó con la sábana:

—Debería darme una ducha, pero me da demasiada pereza.

—Pues ya somos dos —coincidí—. ¿Cómo te encuentras?

—Saciada y en una nube.

—Me refiero a cómo te sientes con respecto a lo que pasó antes. Estabas muy agitada.

Se tumbó de lado y me miró:

—Lo sé, pero cierto abogado sexy ha hecho que me sienta mejor. —Tras una pausa, añadió —: Espera un segundo, voy a revisar el teléfono a ver si mi hermana me ha dicho algo.

Antes de que se levantara de la cama le agarré la muñeca. El vendaje se le había deslizado un poco, lo suficiente para que pudiese ver que la quemadura se estaba curando bien.

—Esto tiene buena pinta.

—Pues sí. Se te da muy bien cuidar de mí.

Puede que lo dijese a modo de broma, pero no tardaría en darse cuenta de que cuidar de ella era precisamente lo que tenía en mente.

Se marchó de la habitación y regresó unos minutos más tarde, haciendo un puchero.

—Nada —dijo—. Pero supongo que es una buena noticia que no haya noticias.

Di una palmadita en la cama:

—Ven, háblame sobre tu familia.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

Quería tener una charla íntima en la cama con Liz. De nuevo, era la primera vez en la vida que me pasaba.

Se tumbó a mi lado y ahuecó la almohada:

—Mis padres son la bomba y les gusta mucho mimarnos. Cuando éramos pequeñas, todas las navidades organizaban una *gymkhana* para nosotras. Se convirtió en una especie de tradición, por lo que aún lo siguen haciendo. Es mi día favorito del año, me encanta seguir las pistas en su jardín. Trabajaban en la tienda del pueblo cuando éramos pequeñas, y conocían a todo el mundo. Te juro que algunos clientes solo venían para charlar con mi padre. Es capaz de hablar de cualquier tema hasta aburrirte. —Hizo una pausa, y vi melancolía en sus ojos—. Mis padres son muy especiales. Amables y cariñosos, al igual que mi hermana.

—¿Es más joven que tú?

—No, en realidad es mayor, pero solo un año. Está casada, y dio a luz a mi sobrina hace dos meses. Y ese currusquillo me ha robado el corazón. No sabía que era posible amar a alguien a primera vista, por el mero hecho de existir, pero Amy es adorable y estoy deseando ver cómo se va convirtiendo en una joven encantadora.

—Sé a lo que te refieres. También tengo una sobrina, ¿recuerdas? Los niños tienen esa extraña habilidad.

—Sí que la tienen. Son diminutos y tan cuquis que es imposible resistirse a ellos.

—Bueno, y ¿con qué frecuencia ves a tus padres?

—Oh, no me saques ese tema, por favor. Ni de lejos tanto como me gustaría. Si te soy sincera no tengo tiempo para verlos, ni tampoco coche. Las conexiones en tren son horribles, así que solo puedo ir en autobús, que tarda una eternidad. Fui cuando nació mi sobrina, pero no he vuelto desde entonces. —Se frotó los ojos y bostezó—. Me está entrando un poco de sueño, ¿a ti no? —preguntó.

—Duérmete, Liz. Yo me quedo aquí a tu lado.

Ella se mordió el labio inferior:

—¿Te vas a quedar a dormir?

Con el ceño fruncido repliqué:

—¿Prefieres que me vaya?

—Oye, yo pregunté primero —replicó, en un tono de repente menos somnoliento.

—Voy a quedarme a dormir, Liz. Y puedes intentar echarme, pero no lo vas a conseguir.

—Jamás se me ocurriría. ¿Estás de broma? Tengo unos brazos y un pecho musculosos para usar como almohada. ¿Cómo iba a echarte?

Me reí y me acerqué, hasta que mi brazo estuvo en una posición que le permitía reposar la cabeza en él cómodamente. Un par de minutos más tarde estuve a punto de hacerle una broma

acerca de que tenía más partes “musculosas”, por usar sus palabras, pero me di cuenta de que se había quedado dormida como un tronco. Su respiración era profunda y uniforme.

Yo no pude dormirme de inmediato. Siempre había tenido problemas para dormir. Por lo general mi mente era un torbellino cuando me acostaba, pero esa noche no. Estaba disfrutando del momento y de ella.

Capítulo Quince

Liz

A la mañana siguiente, me despertó el teléfono vibrando en algún lugar de la habitación. Di un salto en la cama y miré a mi alrededor frenéticamente. Por lo general lo dejaba en la mesita de noche para poder posponer la alarma tres veces antes de levantarme. Pero esa vez no lo tenía a mi lado.

Declan gruñó. *¡Sigue aquí!* A pesar de que estaba medio dormida, sentí que el corazón se me henchía en el pecho. No recordaba lo que me dijo la noche anterior cuando le pedí que se quedara. Ya me estaba quedando dormida cuando me contestó.

Mierda. Tengo que silenciar el teléfono antes de que se despierte.

Bajé de un salto de la cama y seguí el sonido. Fui al vestidor, aunque luego me di cuenta de que venía de otra parte de la casa.

Es verdad, me lo dejé en la cocina anoche.

Me dirigí allí de puntillas, lo cogí y vi que tenía un mensaje sin leer. Era de mi jefe, y solté un gruñido. Se había cancelado el encargo, por lo que no tenía que ir a trabajar. La niña de ocho años cuya fiesta de cumpleaños íbamos a servir se había puesto enferma y se había pospuesto la celebración. La madre estaba dispuesta a pagar los ingredientes que habíamos comprado, lo cual era un detalle por su parte, pero no hacía falta que fuese a trabajar.

Bueno, pues qué le vamos a hacer.

Revisé justo después si tenía algún mensaje de Rose, pero no había ninguno. Empecé a escribirle para preguntar cómo estaban, pero luego cambié de opinión. Era probable que estuviese descansando. Cuando hubiera novedades, mi madre o ella me lo dirían.

Era un sábado fuera de lo normal para mí. Richard casi siempre tenía fiestas los fines de semana. Por desgracia para mí, no me pagarían las horas que debía trabajar hoy. Pero mirándole el lado bueno, tendría tiempo para disfrutar del atractivo hombre que estaba en ese momento desparramado sobre mi cama.

Volví a la habitación y me paré al pie de la cama para mirarlo. Dormía boca abajo, lo que me ofrecía una panorámica perfecta de su culo y sus muslos. *Qué rico.* Quise lamerlo de arriba abajo.

No podía soportar no estar a su lado, así que me metí en la cama con cuidado para no despertarlo, aunque ya estaba parpadeando y abriendo los ojos:

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Me han cancelado el turno.

Declan abrió los ojos de par en par:

—¿Eso quiere decir que te tengo toda la mañana para mí?

Con un revoloteo de pestañas contesté:

—Tal vez.

Sin previo aviso se apoyó en un codo, me besó el hombro y trazó un sendero de besos por mi espalda hasta llegar a la nalga derecha, y luego la izquierda.

—Oh, eso me está gustando —murmuré.

—¿Tienes hambre?

—No tengo nada para desayunar. Suelo comer en el trabajo.

—Puedo comerte a ti —susurró contra mi piel mientras me besaba la espalda.

Se me puso la piel de gallina:

—¿Cómo puedes tener la mente tan sucia a estas horas de la mañana? Estás aún medio dormido.

Me gruñó en el oído como respuesta. *Vale, no es de los que se despiertan dando un salto de la cama.*

—Yo te haré el desayuno —me susurró al oído.

No me lo esperaba. Pensé que iríamos a desayunar fuera.

Me di la vuelta hasta que lo estuve mirando, con mis pechos apretados contra él. Le acaricié las mejillas, y me gustó sentir el leve cosquilleo de su incipiente barba. Me pareció algo muy íntimo saber cómo era su barba a primera hora de la mañana, antes de que mostrase al mundo el Declan Maxwell que él quería que vieses.

En ese momento lo tenía todo para mí. No tenía ni idea de cuánto duraría, pero no me preocupaba. Me había caído una mañana libre del cielo, y un hombre muy atractivo quería prepararme el desayuno. No pensaba quejarme.

Me acarició la mejilla y me besó por debajo del lóbulo de la oreja y el cuello. Oh, santo Dios, puede que él tuviese la mente sucia por la mañana, pero yo tenía sucias la mente y el cuerpo. Ya me tenía encendida. Gemí y me apoyé en Declan, que retrocedió.

—¡No! ¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

Él carraspeó:

—Me he quedado sin condones, solo llevaba el de la cartera.

Eché la cabeza atrás y me reí:

—Así que por eso querías hacerme el desayuno. Tenías que engatusarme para que fuese a tu mansión, donde guardas tu alijo de condones.

Me dedicó una sonrisa de granuja:

—Entre otros muchos motivos.

Los dos nos levantamos y nos vestimos. Me aseo un poco en el baño y me puse ropa limpia.

Declan se puso la ropa del día anterior. Un escalofrío me recorrió al recordar que no llevaba nada bajo los vaqueros. ¿Era una locura que me pareciese tan tremendamente sexy?

—¿Y tú qué miras? —me preguntó.

Enarqué una ceja y le dije con la barbilla bien alta:

—Estaba recordando que no llevas calzoncillos.

—Venga, preciosa. Vamos.

Me cogió de la mano y me sacó de la casa.

—No eres muy hablador por las mañanas, ¿verdad?

Declan refunfuñó.

—Eso ni siquiera ha sido una palabra. Voy a tirarme a la piscina: no eres de esos que se levantan llenos de energía.

—Para nada.

—Pensé que era imprescindible para ser abogado.

—Lo que es imprescindible es hacer miles de horas extra cuando estás empezando, pero sobre todo por la noche. Nunca me han gustado las mañanas.

Llegamos a la puerta de su casa, que había dejado sin cerrar, lo que casi me provocó un ataque al corazón. *¿Quién hace algo así?* Yo siempre cerraba mi puerta con tres pestillos.

Fue directo a la cafetera:

—¿Cómo te gusta el café?

—Oh, no tomo café, gracias.

Puso los ojos como platos:

—¿No tomas café por la mañana?

—No.

—Pero te he visto tomarte uno cuando llevé café a tu casa.

—Oye, de repente se presentó en mi puerta un hombre guapísimo con regalos. No podía decirle que no.

—Vale, ya lo pillo. Pero yo sí necesito un café para espabilarme.

—Me lo apunto para futuras ocasiones. —Con una pícara sonrisa, añadió—: Entonces el baile no te gusta, ¿y tampoco las mañanas? Respecto a eso último, no hay mucho que yo pueda hacer. Todos los días tienen su mañana. Bueno, ¿qué me vas a hacer de desayunar?

—Voy a hacer tostadas. No soy un gran cocinero, a pesar de que a menudo me encargaba de hacer la comida de pequeño.

Alcé una ceja:

—¿En serio?

—Solo cosas sencillas. A lo que iba, tienes permiso para coger lo que quieras de la nevera —me dijo antes de darse la vuelta y agarrarme por la cintura.

—Oh, ¿me estás haciendo entrega de las llaves del reino? Qué maravilla —bromeé mientras él me besaba la punta de la nariz.

Mientras él hacía las tostadas y sacaba mantequilla de cacahuete y mermelada de un mueble abrí el frigorífico, cogí mantequilla y algo de fruta y lo puse todo en la isla de la cocina. La mañana estaba siendo muy distinta a lo que tenía planeado. Para ser sincera, no pensaba que fuese a seguir en mi cama al despertarme, y jamás se me habría ocurrido que desayunaríamos juntos.

Sentí algo vibrar cerca.

—No es mi teléfono —dije de inmediato.

—Es el mío —respondió, y lo sacó del bolsillo—. Dame un segundo, voy a desactivar las notificaciones.

—¿No vas a leer el mensaje? —le pregunté.

—No, tengo una norma inquebrantable. No trabajo los fines de semana.

—Vaya, eso es fantástico. Tienes tu propio bufete de abogados, ¿verdad?

—El bufete soy yo, más o menos. Solo tengo a dos pasantes y a mi asistente.

—¿Alguna vez has trabajado para alguno de los grandes despachos?

—Sí, al principio, recién graduado de la universidad. En cuanto hice el examen de admisión en el Colegio de Abogados trabajé tres años en Baker & McKenzie. Quería coger cuanta más experiencia mejor, pero no se me daba bien trabajar en equipo.

—No me digas —dije con retranca mientras cogía la tostada que me tendía, a la que unté mantequilla de cacahuete y mermelada.

—Me gusta trazar mi propio rumbo.

—Ya, no te imagino acatando órdenes de nadie.

—Lo intenté, pero no salió bien. Se me da mucho mejor trabajar por mi cuenta.

Le vi poner mantequilla de cacahuete en su tostada y me fijé en los movimientos de su cuerpo. Era muy musculoso y fuerte. Me gustó ver a Declan recién levantado, con mechones de pelo apuntando en todas direcciones. Por lo general daba igual si iba en traje de chaqueta o vaqueros, siempre tenía un aspecto impecable, pero en ese momento tenía cara de sueño y el pelo alborotado. Me encantó.

—¿Cómo te hiciste abogado? Porque tus padres son dueños de una cadena de librerías, ¿verdad?

—La vendieron cuando estaba en la universidad. Y siempre supe que quería ser abogado.

—¿Y eso?

—Ni idea, aunque si le preguntas a mis hermanos insistirán en que yo era el más sensato y el que siempre los estaba sacando de problemas.

Me eché a reír:

—¿En serio?

—Sí. También trataba de evitar que se *metieran* en problemas, pero eso era imposible. Y aunque la mayoría de mis intentos acababan en fracaso, era mi responsabilidad sacarles de los líos.

—¿De verdad era tu responsabilidad? ¿O es que no podías evitarlo?

Declan entornó la mirada:

—Es probable que una mezcla de las dos cosas.

—Eres un hermano fantástico. Mi hermana jamás me ha sacado de un problema, pero nunca la he sentido como la hermana mayor. A veces le decíamos a la gente que éramos gemelas.

—¿Sabes algo de ella?

—No, miré el móvil cuando me desperté. Pero lo tomo como una buena señal. Ya me escribirá cuando pueda. Me alegro mucho de que mi sobrina esté bien. Estaba preocupadísima.

Sin previo aviso me levantó por el culo, me posó en la encimera y devoró mi boca.

Suspiré contra sus labios mientras pensaba que jamás podría cansarme de sus besos. Me estaba insuflando vida, haciéndome tomar plena consciencia de mi cuerpo y de la suerte que tenía de estar allí con él. Me agarré con los talones a sus gemelos y le enredé los brazos en el cuello. Me levantó y atravesó conmigo a cuestas la sala de estar para luego depositarme en un lugar suave. El sofá. Profundizó en el beso, y sentí cada giro de su lengua más íntimo que el anterior. Agarré su camiseta con una mano. Ya me estaba humedeciendo.

—¿A qué hora trabajas hoy? —preguntó mientras hacía una pausa y juntaba nuestras frentes.

—A las seis de la tarde, en el bar.

—Pasa el día conmigo —me pidió, y la forma en que su voz destilaba autoridad me excitó.

—Tienes bastantes posibilidades de que decida hacerlo —respondí con lo que pretendí que fuese un tono provocativo, pero que salió entrecortado.

—¿Cuál es el plan con el que compito?

—Bailar.

Una pícaro sonrisa apareció en su bello rostro:

—El baile no es rival para mí.

Capítulo Dieciséis

Liz

Era una firme creyente en la ley del equilibrio. Mi madre hizo arraigar esa creencia en nosotras desde niñas.

No le pidas demasiado a la vida de una tacada, o el universo pensará que eres codiciosa.

Mi sobrina estaba bien, y le dieron el alta después de cinco días en el hospital. Había tenido una bronquiolitis, algo común a su edad y que no puso en peligro su vida por más que los síntomas fuesen desagradables.

Declan estaba empeñado en impresionarme. Me preparaba el desayuno casi todas las mañanas. A veces incluso trabajaba desde casa por la tarde para que pudiéramos pasar un rato juntos entre trabajo y trabajo.

Encontrar además el local perfecto para mi pastelería era pedir demasiado, ¿verdad? El universo pensaría que era codiciosa.

Así que, cuando dos semanas más tarde recibí una llamada de mi agente inmobiliario en un soleado día, di por hecho que me daría malas noticias, como de costumbre: que seguía mirando y que el mercado estaba saturado.

Solté el cuchillo y me fui a la despensa del *catering*, alejada de oídos indiscretos. Me quedé completamente atónita cuando Andreas me dijo:

—Liz, he encontrado el local perfecto para ti.

—Oh, qué emoción. ¿Dónde está? —pregunté, y contuve la respiración expectante.

—Está cerca de Millennium Park.

—Ese es un emplazamiento privilegiado.

—Lo es, y además entra en tu presupuesto. La única pega es que quieren que lo veamos hoy mismo. Tenemos una cita dentro de una hora.

—¿Qué? ¿Hoy? Estoy en el trabajo.

—Pensé que dirías eso, ¿hay alguna forma de que puedas arreglarlo? Es un local muy codiciado, me ha costado conseguir esa reunión.

Maldije para mis adentros:

—Voy a intentar hablarlo con mi jefe, te llamo en un rato.

—Claro.

Después de colgar me mordí el labio inferior mientras elaboraba un plan en mi mente. Richard iba a cabrearse mucho. Y la verdad, yo también lo haría si un empleado decidiera marcharse en mitad de su jornada. Pero era la primera vez que el agente encontraba algo en meses. No podía dejar pasar esta oportunidad.

Estiré un poco los hombros antes de salir de la despensa.

—Vuelvo enseguida —le dije a mis compañeros, y salí de la cocina. Richard solía estar en la oficina, sumergido en papeleo. Por suerte, la puerta estaba abierta y lo encontré de pie frente a la impresora.

—Hola, Richard, ¿puedo entrar un segundo?

—Claro. ¿Pasa algo?

—Verás, ¿recuerdas que te dije que quiero abrir una pastelería?

Richard asintió.

—Ha llamado mi agente inmobiliario, y me ha dicho que quiere mostrarme un local perfecto. Pero tengo que estar allí en una hora.

Richard me miró con cara de pocos amigos:

—Espero que no quieras marcharte ahora mismo. Te necesito aquí, trabajando.

—Te entiendo, y no me hace ninguna gracia dejarte en la estacada, pero volveré en cuanto termine de visitar el local. Pero si no voy ahora, lo perderé. Es mi única oportunidad.

—No estás en absoluto comprometida con este trabajo.

Su comentario fue inesperado e hiriente. Me sorprendió que esa fuese su conclusión después de todos esos meses trabajando para él:

—Sabes que eso no es cierto. La única vez que me he perdido un turno fue cuando me enviaste a casa porque me quemé el día anterior.

—Liz, sabes que exijo lealtad a mis empleados. No creo que sea mucho pedir. Así que si no te tomas este trabajo en serio, tendré que encontrar a otra persona.

Me lo quedé mirando. *¿Vas a echarme? Pues nada, que te follen.*

—Me tomo este trabajo *muy* en serio. Pero también te dije desde el primer día que en cuanto pudiese abrir mi pastelería, me marcharía. No es que vaya a dejar el trabajo hoy, solo voy a visitar un local, pero de todos modos sabes que he trabajado muy duro para ti.

—¿Debo considerar esto la notificación oficial de que dejas el trabajo?

Que te follen dos veces. Estuve a un tris de decirlo en voz alta, pero debía ser razonable. Puede que lo del local terminase no saliendo, y seguiría necesitando el trabajo.

—No, Richard. No puedo saber con certeza si conseguiré el local. E incluso si así fuese, te avisaría con tiempo para que pudieras encontrar a otra persona antes de irme.

—Vale. Vete.

Sonreí con educación, consciente de que no me convenía abrir la boca.

—Y no te molestes en volver hoy. Haré que alguien te cubra y haga el trabajo de dos personas.

Sabía que eso último pretendía hacerme sentir culpable por sobrecargar de trabajo a uno de mis compañeros. Richard era un sinvergüenza.

Decidí no darle esa satisfacción, y me limité a decirle “Vale”.

Antes de marcharme asomé la cabeza en la cocina y me disculpé con mi equipo. No me gustaba Richard lo más mínimo, pero el resto de la cuadrilla sí. Todos me aseguraron que no había problema, y me desearon suerte cuando les dije por qué tenía que marcharme tan de repente.

—Cruzaremos los dedos —dijo Lola. Desde el primer día tenía una relación especial con ella. Me daba consejos acerca del trabajo y de Richard, y era yo quien cubría sus turnos cuando estaba enferma o no podía venir. Era agradable tener una compañera con la que poder contar.

—Gracias, Lola. Ya te contaré cómo sale todo.

En cuanto salí del edificio le envié un mensaje a Andreas diciéndole que estaba todo arreglado para la visita.

Me envió el enlace al anuncio, y me entraron ganas de bailar de pura alegría. La ubicación era insuperable. Hice *zoom* en el mapa, pues me costaba creer que pudiese conseguir un local justo a la salida de la estación de metro. *¡Es mi sueño hecho realidad!*

Solo le veía una pega, era pequeño incluso para una pastelería que solo vendía para llevar, pero estaba segura de que cuando lo viese todo encajaría. Tenía que encajar. Era la primera vez en meses que veía a mi agente inmobiliario entusiasmado con un local.

Aunque solía enviar a mis padres vídeos de los locales que visitaba, ese día quería que alguien viniese conmigo en persona y compartiera mi alegría.

Seguí el impulso de enviarle un mensaje a Declan.

Liz: Oye, sé que no te aviso con mucho tiempo, pero voy a visitar un posible local para la pastelería, y me encantaría que me acompañases.

Sentí el estómago lleno de mariposas cuando vi la palabra “*Escribiendo...*” en la pantalla.

Oh, Dios mío, es posible que acepte. Puede que venga conmigo.

Declan: Claro, será un placer. ¿Cuándo?

Liz: He quedado con el agente inmobiliario en media hora. Esta es la dirección.

Declan: Estaré allí en cuarenta y cinco minutos.

Liz: Vale.

Por suerte Declan me había llevado al trabajo y no fui en bicicleta, porque habría tenido que arrastrarla por toda la ciudad. Después de buscar en Internet el mejor camino, decidí tomar un desvío. Quería bajar en Washington Station.

Caminé desde la estación a la dirección con una sonrisa de oreja a oreja mientras me empapaba de la atmósfera de la zona. Había locales comerciales en la planta baja de todos los edificios. Era una mezcla ecléctica de restaurantes, pubs, tiendas, una oficina de correos e incluso un hotel. El local hacía esquina, lo que era ideal porque le daba al espacio más visibilidad. Sobre la puerta colgaba un letrero torcido. Parecía poner *Tasty Tots*, fuera lo que fuera eso.

Andreas estaba dentro y me abrió la puerta. No esperaba compañía, pero estaba con otro hombre:

—Liz, este es Jack, el dueño del local.

—Un placer, Jack —saludé. Andreas me había mostrado otros cinco espacios, y el propietario nunca había estado presente.

—Me han dicho que quieres abrir una pastelería aquí —dijo Jack.

—Sí. Veo que ya hay un mostrador, y parece estar en buen estado. Y tiene ya gran parte de la maquinaria.

—Sí. El inquilino anterior tenía una panadería. Estaba especializado en productos sin gluten, aunque al parecer no había suficiente demanda.

Me puse a meditar con los brazos en jarras mientras miraba a mi alrededor.

Vale. Que el negocio anterior no fuese rentable no es la mejor de las noticias, eso está claro.

—¿Está la maquinaria también a la venta?

Al dueño se le iluminó la mirada:

—Sí, está a la venta. Te enviaré un presupuesto.

—Sí, por favor. Aunque tendré que revisarla antes de firmar nada, por supuesto.

¡Eso sería increíble! Podría abrir de inmediato.

—Doy por hecho que la licencia para abrir un establecimiento de panadería o repostería sigue en regla —le pregunté.

—Sí, los papeles están al día, lo comprobé todo antes de llamarte —intervino Andreas.

Eché un vistazo rápido. El local era, efectivamente, demasiado pequeño. No cabrían más de cuatro clientes al mismo tiempo, pero no me importaba. No tenía pensado poner mesas, sino vender solo para llevar. Cuando conocí a Andreas me dijo que eso jugaba a mi favor, no solo porque el alquiler sería menor sino porque no habría tanta competencia por el local, pues la mayoría quería disponer de más superficie.

—Creo que coincidirás conmigo en que es justo lo que necesitas. Es un lugar muy transitado, y ya tiene la maquinaria y la obra hecha. —Jack estaba tratando de venderme el local, lo que me decía que probablemente no tuviese muchas ofertas. Y me gustaba mucho, excepto por un detalle.

—Es un local estupendo. Sin embargo, el alquiler se sale un poco de mi presupuesto.

Se pellizcó el puente de la nariz, como si le sorprendiese que negociara:

—Es el precio de mercado.

—Bueno, en realidad está *un poco* por encima —repuso Andreas.

Jack no respondió de inmediato. Casi podía oír cómo su cerebro daba vueltas. Aunque fuera demasiado caro, no quería perder ese local. Era lo mejor que Andreas me había mostrado en meses, así que puse cara de póquer. Estaba segura de que mi intención de incluir en el contrato el alquiler del mobiliario y la maquinaria me daba una ventaja con respecto a otras ofertas. Era responsabilidad de los antiguos inquilinos venderlo, pero para Jack implicaba menos gestiones y una transición más tranquila.

Sentía mariposas revoloteando en el estómago, y todo mi cuerpo parecía ir a explotar de emoción. No me podía creer que se estuviese haciendo realidad. Que *mi pastelería* se estuviese haciendo realidad. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento que llegué a pensar que nunca dejaría de ser solo eso, un sueño.

La puerta se abrió y vi por encima del hombro a Declan entrar en el local, rezumando sensualidad y poder. ¿Qué tenía que le hacía enseñorearse en un instante donde quiera que entrase? ¿Era su confianza, su traje hecho a medida, los gemelos o todo lo anterior?

Fuese lo que fuese, el efecto que tuvo en los otros dos hombres fue notable. El agente inmobiliario estaba claramente impresionado, y Jack miró a Declan de arriba abajo con el ceño fruncido.

—Hola, Declan. Llegas justo a tiempo. Él es mi agente inmobiliario, Andreas, y él es mi posible casero, Jack.

—Es un placer conocerles —saludó, reforzando el saludo con un gesto de la cabeza—. Soy Declan Maxwell.

—¿Maxwell? —repitió Jack, que alternaba la mirada entre él y yo.

—Jack ya se lo ha explicado todo a Liz, pero puedo repasarlo de nuevo con usted —dijo Andreas.

—Liz, dame la versión resumida. ¿Te gusta el local? —me preguntó Declan.

—Sí. También estoy interesada en comprar el mobiliario y los electrodomésticos, siempre y cuando estén en buen estado. Pero estábamos negociando el precio —le dije—. Es un poco más de lo que tengo presupuestado.

—Todos los costes están desglosados en el contrato. Pueden ustedes revisarlo y verificarlo todo —dijo Jack.

—Eso haré —contesté.

—Y yo también —añadió Declan—. Soy abogado, y estoy muy familiarizado con los contratos de arrendamiento.

Jack no pudo evitar que sus ojos delatasen su asombro, y Andreas miraba a Declan como si quisiera que se lo tragase la tierra. Mi atractivo abogado venía pisando fuerte, pero ¿a que no sabes a quién le gustó?

Pues sí, a esta servidora.

Me gustó que Declan viniera a mi encuentro, y poder contar con él. Nadie excepto mi familia me había hecho sentirme nunca tan apoyada, y ahora este magnífico hombre me estaba conquistando de una manera que no pensaba que fuera posible.

—Os mantendré al día —le dije a Andreas y Jack, y luego Declan y yo salimos a la calle. Le envié enseguida un mensaje a Richard para avisarle de que estaba disponible, en caso de que hubiese cambiado de opinión y me necesitara.

Me contestó de inmediato:

Richard: No. Te veo mañana.

Al menos no me había despedido, y eso era una buena noticia. Esperaría hasta tener la certeza de que alquilaría el local antes de dar las dos semanas de preaviso. Me concentré en Declan y noté que estaba meditabundo:

—¿Qué ha sido eso, Don “Oh, soy abogado, oh, soy Declan Maxwell”? —pregunté, en tono burlón porque en realidad no me había molestado en absoluto.

—Me gusta mencionar el apellido Maxwell cuando quiero que la gente me preste atención al instante.

—Oh, ya estaban prestándote atención cuando entraste en la tienda con toda tu arrogancia y ese traje caro, no te preocupes.

—Y en segundo lugar, por lo general mencionar que soy abogado hace que la gente no se meta en problemas conmigo —confesó Declan mientras me regalaba una mirada muy sexy.

Con un suspiro, contesté:

—Sí, creo que también han captado ese mensaje. Pero a mí me ha llegado uno muy diferente. Declan arqueó una ceja. *¿Cómo puede ponerse tan guapo con un gesto tan sencillo?*

—¿Y qué mensaje era ese?

—Sensualidad. —El poder y el atractivo sexual eran una combinación mortal, y Declan rebosaba ambos—. Me ha gustado tenerte a mi lado haciendo de poli malo.

No mencioné la parte de que me hacía sentir segura y valorada. Me pareció que estaría desnudando demasiado mi alma si compartía ese detalle con él.

—¿Te gusta el local? —preguntó mientras caminábamos hacia Millennium Park.

—La verdad es que sí, es el mejor que hay en el mercado. Es exactamente lo que necesito, y un local en un lugar como este no aparece con mucha frecuencia. Pero por otro lado no quiero pasarme mucho de presupuesto.

—No deberías. Has investigado y has hecho tus deberes, y apuesto a que los demás candidatos también lo harán.

—Estoy de acuerdo. Además, quiero comprar todo lo que hay dentro. Creo que eso influye a mi favor.

—¿Sabes qué? Creo que no sería mala idea llamar a Luke.

—¿Tu hermano? —le pregunté.

—Sí. Es arquitecto, pero trabaja con muchas empresas de reformas e inspectores. Alguien debería echarle un vistazo al local para asegurarse de que no hay vicios ocultos en los que tengas que gastar dinero.

—¿Cómo qué?

Me puso un brazo en el hombro, y me derretí ante su contacto. Dios, sus caricias eran al mismo tiempo emocionantes y familiares. Sentía que estaba sonriendo de oreja a oreja solo por estar caminando con él por la calle en un medio abrazo.

—No sé. Una bomba de agua defectuosa o algo así. Es lo que le pasó a la prometida de Tyler, Kendra. Compró una casa, y los antiguos propietarios habían instalado una bomba defectuosa para la fosa séptica. La primera vez que llovió fuerte, el agua hizo estragos.

—Pero esto no es lo mismo —contesté—. A ver, Jack seguirá siendo el dueño. Yo solo arriendo el local. Le correspondería a él repararlo si algo así sucediera.

—Cierto. Pero hazme caso, los caseros a veces tratan de escaquearse de ese tipo de situaciones, o al menos ponértelo lo más complicado posible. Me sentiría mucho mejor si me permites llamar a Luke.

—¿Si te lo permito? ¿Me estás pidiendo permiso? —me burlé.

—No, no te pido permiso.

—¿Quieres llamarlo ahora?

—Sí. Estará encantado de ayudarte. Luke tiene debilidad por ti desde que le dije que no me dejabas dormir en toda la noche.

Me eché a reír:

—Oh, a mí también me cae bien Luke.

Declan arqueó una ceja, y yo le di un codazo en las costillas:

—Pero tú me gustás más. Me acuesto contigo, y tienes muchas cualidades.

—Tengo *cualidades* —respondió con cara de asombro—. Es el cumplido más básico que puedes dedicarle a nadie. Si lo piensas bien, no llega ni a cumplido.

—¿No estabas escuchando cuando dije antes que me estabas transmitiendo sensualidad? —argumenté.

Declan me acercó a él y me rozó ese punto debajo del lóbulo de la oreja con la punta de la nariz. Me arrancó un escalofrío cuando su aliento me rozó el cuello.

—Sí que te escuché. Pero déjame llamar a mi hermano, antes de que se me olvide. —Se puso recto, sacó su teléfono y marcó un número antes de acercarse el teléfono al oído—. Hola, hermano. Tengo que pedirte un favor. Sí, puedes echármelo luego en cara. Mi chica quiere alquilar un local, y quiero que te asegures de que no hay vicios ocultos.

¿Mi chica? Me gusta cómo suena.

—Hagámoslo lo antes posible.

Luke dijo algo que no pude oír, y Declan asintió:

—Mantenme informado.

—¿Qué ha dicho? —pregunté cuando colgó.

—Quiere llevar a un inspector para curarse en salud, intentará que sea mañana.

—No esperaba que pudiese hacerlo tan rápido.

—Siempre saca tiempo para la familia.

Su teléfono sonó antes de que lo guardase. Cuando lo miró, frunció el ceño:

—Es mi asistente. Le dije que no me llamase.

—Entonces debe ser importante —opiné.

—Sí —respondió, y se puso el teléfono en la oreja—. ¿Diga? —No pude escuchar lo que decía la persona al otro lado, pero los ojos de Declan se ensombrecieron y su boca se torció en un rictus.

—Así que una citación —dijo con los dientes apretados—. Asegúrate de que está a mi nombre y no al de Reese. Escanéalo todo y envíamelo al correo. Quiero echarle un vistazo ahora mismo. Gracias.

Colgó y se puso el teléfono en el bolsillo, pero no dijo nada y se limitó a caminar en silencio. Podía sentir que su cuerpo se había tensado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al fin—. No soporto verte tan callado.

—¿Recuerdas que te hablé del ex de mi prima?

—Sí.

—Me ha denunciado.

Me quedé sorprendida:

—¿A santo de qué?

—No sé. Mi asistente me va a enviar los archivos al correo. Sabía que esto podría suceder, porque el abogado que contrató para que lo representara es un cabronazo.

—Mierda. Lo siento. Es una putada —opiné.

—Lo resolveré —respondió, con tanta confianza que me asombró. Era un obstáculo considerable, pero no parecía preocupado.

—Espera, no lo entiendo. ¿Por qué estás tan afectado si sabes que lo resolverás?

—Porque esta jugada volverá a ponerle en el centro de la vida de Reese, y pensé que jamás volvería a ocupar ese lugar. No necesita que le recuerden la existencia de ese capullo.

Vaya, guau. Declan Maxwell: abogado implacable, amante increíble y protector. Este hombre es extraordinario. Ya no se ven hombres como él. Qué agradable... y especial sorpresa.

—Le has dicho que te envíe los documentos al correo —le dije—. Eso quiere decir que no vas a ir al bufete, ¿verdad?

—No, me voy a casa.

—Tengo una idea.

—Soy todo oídos. —Seguía con cara seria, estaba claro que seguía pensando en la demanda.

—¿Por qué no vamos a casa y preparamos algo dulce?

—¿Qué?

—A mí me relaja muchísimo la repostería.

—No tengo la menor idea de cómo se hace eso.

—Yo te enseñaré. —Lo miré y continué—: Solo tienes que prestar atención a las medidas y el orden de los pasos, y no te deja tiempo para pensar en nada malo.

—¿No tienes que trabajar en el bar?

—Hasta las seis no entro. Vamos, será divertido —insistí—. Yo seré tu profesora, y tú mi alumno.

En sus ojos se reflejó una chispa peligrosa, y sentí un cosquilleo en mis partes femeninas. No me esperaba su reacción. *Ni la mía.*

—Perfecto, entonces toma tú la iniciativa, Liz —respondió con un tono que intensificó el cosquilleo. *Vaya, vaya.* Tuve la corazonada de que acabaría siendo yo la sorprendida.

El coche de Declan estaba en un aparcamiento cercano. De camino a casa repasé mentalmente los suministros que tenía.

En cuanto llegamos a la verja le dije:

—Vamos a usar tu cocina porque es enorme y muy práctica, y estoy deseando cocinar algo en ella. Pero seguro que no tienes nada de lo que necesito, así que tenemos que pasar antes un segundo por mi casa para coger algunas cosas. A menos que... A ver, también podemos hacerlo en mi casa —rectifiqué enseguida, al darme cuenta de que prácticamente me había autoinvitado.

Me había hecho el desayuno unas cuantas veces, es cierto. Pero no estábamos en un punto en el que pudiéramos invitarnos sin más a la casa del otro, por más que nos separasen apenas unos metros. Eso sería incómodo y complicado. ¿Y si decía que no? Era consciente de que había razones de peso para no acostarme con mi vecino.

—¿Por qué has cambiado de idea? —me preguntó.

—Porque acabo de autoinvitarme a tu casa.

Me fulminó con la mirada, y luego me acarició una mejilla:

—Liz, puedes autoinvitarte a mi casa cuando te venga en gana. Te quiero en mi casa. Me gusta tenerte allí.

—Vale —susurré.

—No pareces muy convencida.

—Estamos yendo bastante rápido, y no sé si es bueno.

—Es bueno —respondió, con una confianza tan plena que logró derretir *casi todas* mis vacilaciones—. Pero si te sientes incómoda con algo en cualquier momento dímelo, por favor.

Sonreí, y sentí que su caricia y sus palabras tenían en mi cuerpo un efecto relajante:

—Eres... No sé muy bien ni qué decir. Vale, entonces vamos a cocinar algo dulce en tu casa.

—Vamos, déjame ayudarte a coger las cosas de la casa de invitados.

—¿Tienes un robot de cocina?

—¿Qué es eso?

—¿No me dijiste que tenías que cocinar de pequeño? —repliqué con una carcajada cuando entramos a mi casa.

—Sí, cocinaba, pero por lo general preparaba un picoteo o algo muy fácil de hacer. Mi madre siempre decía que para alimentar a tanta gente, cuanto más sencillo mejor.

—Eso es muy lógico —dije, asintiendo con la cabeza.

Cogí harina, huevos, azúcar, cacao, vainilla y mantequilla y lo puse todo en una canasta. Me pregunté si llevar la batidora, aunque decidí no hacerlo. Podíamos mezclar a mano, o más bien Declan podía hacerlo, y de paso vería esos musculosos brazos suyos en acción. *Oh, sí, es una idea magnífica.*

—Todo listo —anuncié.

Declan cogió la cesta y fuimos de mi casa a la suya.

Yo llevaba las manos vacías, así que no tenía nada que hacer excepto comérmelo con la mirada, disciplina en la que me estaba volviendo toda una experta. Si existiese una competición de “devorar a Declan con los ojos”, sería la ganadora indiscutible.

Capítulo Diecisiete

Declan

Revisé el correo en cuanto entré en casa. Mi asistente me había enviado los documentos.

—Liz, me gustaría revisar la denuncia antes que nada.

—Claro. Te espero —contestó.

Me senté en el sofá, abrí el archivo adjunto y leí cada palabra con atención. El puto imbécil me había denunciado por calumnias. Como prueba, afirmaba tener copias de correos electrónicos del Grupo Halsey donde afirmaban que la decisión de despedirle se produjo tras nuestras conversaciones.

Como argumento jurídico estaba cogido con pinzas y cualquier abogado que valiera la pena lo sabía, incluso un imbécil como Gregory Ashburn.

—¿Te apetece compartir conmigo lo que está sucediendo? Me muero de ansiedad —dijo Liz, que se mordía las uñas apoyada en la isla de la cocina.

Solté el teléfono en el sofá y me acerqué a ella:

—La buena noticia es que solo me ha demandado a mí.

Liz arqueó una ceja:

—No veo cómo puede ser esa la parte *buena*.

—Luke fue quien me puso en contacto con el Grupo Halsey. Me alegra que se haya quedado fuera de la demanda, y que no vaya tras Reese. Solo a por mí.

—Vale. Y eso es... bueno. Eres la persona más rara que conozco —respondió Liz con los ojos en blanco.

Me pasé los dedos por el pelo, dándole vueltas al coco. No quería cargarla con mis problemas:

—Mejor cambiemos de tema. Muéstrame tu contrato de arrendamiento, puedo revisarlo ahora mismo.

—De eso nada. Podemos hacerlo mañana, y estás demasiado nervioso. Quiero que te relajes. Mi madre siempre dice que no hay problema que no pueda esperar hasta que el dulce salga del horno.

Eché la cabeza atrás y me reí:

—No creo que conmigo vaya a funcionar.

—Lo digo en serio. Tomar distancia de los problemas puede darte una nueva perspectiva.

Miré a esa extraña y encantadora criatura que tenía en mi cocina, y que pretendía que me olvidase de todo. Me preocupaba que Malcolm me hubiera denunciado con una acusación falsa. Se avecinaba una cascada de engorros. Pero contaba con ello desde que me enteré de que había contratado a Ashburn. Aún así, no me gustaba ni un pelo.

No consentiría que nadie le hiciese daño a mi familia. Aún no había decidido si contárselo a Reese. Nunca le llegué a decir que había mediado con el Grupo Halsey, pero la experiencia me demostraba que guardar secretos no era buena idea.

Por lo general, algo así me pondría directamente en modo trabajo y me pondría de inmediato a esbozar un documento de respuesta. Pero en ese momento, pasar la tarde con Liz me parecía un plan mucho mejor. Podía disfrutar de mi chica, ya lidiaría con ese imbécil cuando se fuera a trabajar.

Había dado un gran salto adelante para abrir su pastelería, lo que merecía una celebración. Estaba decidido a no pensar en nada más y concentrarme en ella.

—Bueno, pues vamos a cocinar. Necesito instrucciones muy precisas —dijo mientras rodeábamos la encimera.

—Claro que sí, pero lo primero es lo primero. Ese traje es demasiado caro para entrar en la cocina.

Me eché a reír:

—¿Estás tratando de desnudarme?

—No es mi intención. Pero si termina sucediendo, no seré yo la que me queje —dijo con una sonrisa sardónica.

—¿Me estás pidiendo en serio que me pasee desnudo por la cocina?

—Yo no he dicho nada de eso. Solo que no quiero que te estropees el traje.

Me quité la chaqueta.

—Ah, y la camisa tampoco. Es demasiado blanca y demasiado sexy.

—¿Seguro que no tratas de desnudarme? —insistí.

—No.

La observé con atención mientras me desabrochaba el botón de una manga, y luego el de la otra.

—Maldita sea, ya tengo ganas de tirarme encima de ti. Pero no lo haré. Hoy tengo una misión. Vamos a cocinar, y te olvidarás de todos tus problemas.

—¿Vas a hacer que me quite también los pantalones, Liz? —pregunté en tono hastiado.

—Los pantalones te los puedes dejar puestos. Daré por hecho que no te los mancharás. —Me miró durante unos segundos, y luego pareció recordar lo que estábamos haciendo. Le sonreí, y ella se sonrojó—: Bueno, pues aquí están los ingredientes. Vamos a mezclar huevos, mantequilla y agua en un bol y azúcar, harina y cacao en otro. Si me das una hoja de papel, te diré las medidas exactas.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunté.

—*Brownies*. Perdona, no he preguntado si te gustan. Son fáciles de hacer, por eso he escogido esa receta.

—Me gustan los *brownies*, y me gusta pasar tiempo contigo.

Liz hizo un gesto exasperado con la cabeza y suspiró:

—Oye, ¿por qué estás empeñado en hacer que me derrita? Se supone que es lo que yo iba a hacerte a ti. Que te centres por completo en mí y no pienses en nada más.

Me acerqué, atrapéandola entre mi cuerpo y la encimera, luego subí y bajé mi nariz por su cuello antes de hacer una parada en su nuca e inhalar su delicioso aroma. Había descubierto que era uno de sus puntos débiles.

—Ya lo has conseguido, Liz.

—¿Ah, sí?

—Joder, pues claro. Cuando estoy contigo, no queda espacio para nada más en mi mente. Solo para ti. Solo estás tú.

Sentí que la respiración se le cortaba, y recorrí con el pulgar su mandíbula mientras le besaba el cuello antes de dar un paso atrás.

Liz carraspeó:

—Necesito papel y boli.

—Te los traigo.

Cogí los útiles de escritura, que guardaba en el mueble del televisor, y se los entregué mientras sacaba la báscula de la canasta que habíamos traído de la casa de invitados. Entonces comenzó a escribir en el papel.

Me quedé detrás de ella besándole los hombros, y luego aparté su cabello a un lado y pasé a besarle la nuca.

—Humm, no veo “besar a Liz” en ninguna parte de la receta —murmuró ella.

—Entonces tendré que añadirlo a la lista. Un beso por cada paso —dije contra su piel.

—Entonces no vamos a terminar nunca.

—No me importa lo más mínimo.

Liz mantuvo la compostura unos segundos, hasta que mi lengua se incorporó a los besos en la nuca. Apretó los muslos y jadeó antes de ponerse recta.

—Bueno, empecemos con las medidas. —Estaba muy adorable tratando de cumplir con sus planes reposteros. *Cómo me gusta esta mujer.*

—¿Por qué no haces tú el primer paso mientras yo miro? Los mejores maestros son los que predicán con el ejemplo.

—Voy a medir el cacao —explicó mientras cogía la taza y la llenaba de cacao.

—¿No quieres medirlo con la báscula? —le pregunté—. Solo para estar seguros.

—No, con esto me sobra.

Yo estaba detrás de ella, recorriendo con los dedos la longitud de sus brazos mientras ella se estremecía con mis caricias. De repente, empecé a gustarme eso de la repostería.

—Gracias por venir hoy, Declan. Fue muy importante para mí tenerte allí, ser parte de mi decisión.

—Cuando quieras, Liz. Te lo digo en serio. Cuando necesites a alguien para lo que sea, llámame. Estoy a tu lado, y siempre lo estaré.

—¿Para lo que sea? —El interrogante en su mirada me impactó. Liz necesitaba saber que era mía, y yo necesitaba asegurarme de que le quedaba claro.

—Sí. Y ahora, ¿cómo quieres que celebremos que has encontrado local para tu tienda?

—Oh, no, no. Nada de celebraciones hasta que firme el contrato. No quiero gafarlo.

—No lo vas a gafar, porque yo te traigo suerte. —Deslicé las manos hasta su culo, lo apreté un poco y disfruté de su turgencia.

—¿Me estás diciendo que eres mi amuleto de la suerte? —respondió con un brillo en la mirada.

—Joder, claro que sí.

—Humm... Me lo pensaré. Bueno, ¿cocinamos o qué?

—Oye, tú eres la que está perdiendo el tiempo, *profe* —bromeé antes de darle un último pellizco en el trasero.

—¡Para ya! —me dijo riéndose, y bajó la mano que sostenía la taza de harina al tiempo que se giraba para mirarme. Sin querer tropezó con la bolsa de harina, que cayó al suelo y explotó en toda la cocina, dejando una nube blanca en el aire.

Me puse a toser y di un paso atrás, y escuché a Liz hacer lo mismo. Trataba de limpiarse la cara y, al respirar hondo, inhaló una bocanada de harina. También se alejó de la nube sin dejar de toser.

Al cabo de unos segundos, mi tos se transformó en risa. Liz cogió un vaso y lo llenó con hielo y agua del dispensador del frigorífico.

—Valiente profesora me ha tocado —bromeé, y ella también se rió.

—Oye, me estabas magreando mientras me decías unas cosas que me llegaban directas al corazón, y sin avisar ni nada. Así es normal cometer un error, aunque sea diminuto.

—¿A esto lo llamas un error diminuto? —le pregunté con inquina. Me encantaba burlarme de ella. En realidad no podía importarme menos el desastre que habíamos formado. Solo me

importaba ella.

—¡Oh, Dios mío, tus pantalones! Maldita sea, debería haberte pedido que te desnudaras.

—Cariño, es harina. No pasa nada. Pero creo que ya va siendo hora de que ambos nos desnudemos y nos metamos en la ducha.

—Oh, sí, sin duda —respondió.

—Vamos al baño del piso de arriba.

—Sí. Pero vamos a quitarnos la ropa aquí, o ensuciaremos toda la casa.

Empezamos a desnudarnos enseguida. Al menos yo. Liz observó con atención cómo me quitaba los pantalones. Me puse recto y la miré con una ceja arqueada. Con una sonrisa pícara, se quitó los pantalones y la camisa.

—El resto me lo quitaré arriba —dijo con descaro.

—Y si no te lo quitas tú, te lo quitaré yo —la provoqué. Me acerqué a ella con paso decidido, y sin previo aviso la cogí en brazos y puse una mano bajo sus rodillas y la otra en su espalda. Liz tuvo que hacer equilibrios con el vaso de agua que llevaba en la mano.

—Oh, y para colmo me llevan escaleras arriba en brazos. Así da gusto.

Solo podía pensar en cómo nada de eso pegaba conmigo. La idea de traspasar un umbral con una mujer en brazos como recién casados, por así decirlo, no me parecía tan ridícula como antes. Sin embargo con Liz me pareció algo natural, sobre todo por lo rematadamente feliz que parecía hacerla. Siempre había sido un cínico, como a mis hermanos les gustaba recalcar. Después de mediar en cientos de divorcios, había dejado de creer en las relaciones. Pero con Liz, creía.

Y aún más que eso.

Quería.

Capítulo Dieciocho

Declan

Fuimos directos al dormitorio principal. Tras poner su vaso de agua en la mesita de noche, llevé a Liz al baño.

Una vez frente a la ducha puse mis manos en sus caderas y la giré hacia mí:

—Eres preciosa, cariño.

Deslicé mis manos por la copa de su sostén antes de trasladarlas a la espalda y desabrochar el sujetador. Luego le quité los tirantes del sujetador, que arrojé al suelo del baño. A continuación me encargué de sus bragas. Me puse en cuclillas y las deslicé con parsimonia por sus piernas, sin dejar en ningún momento de mirarla a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas; estaba excitada, tal como la quería. Luego nos metimos en la ducha, bajo el chorro de agua.

—Yo primero —dije, y me vertí gel de ducha en las manos para enjabonarla, primero los hombros y luego hacia abajo, con cuidado de no saltarme ni un solo centímetro de su piel.

—Declan —murmuró cuando bajé aún más mis manos hacia un muslo, y luego el otro, y entonces aún más, hasta sus rodillas. Le di la vuelta y me puse de pie para enjabonarle la cara posterior de los muslos y su espectacular culo, besándole la espalda mientras subía. Liz jadeó y cogió el gel de ducha para enjabonarme. Y entonces me agarró la polla.

—No —contesté.

—¿Qué pasa? —respondió con un leve temblor de excitación.

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo otros planes para ti. Para nosotros.

—Vale —susurró mientras le aclaraba el gel de ducha y luego cerraba el grifo. Al salir le pasé una toalla, cogí otra para mí y nos secamos.

—Deja de mirarme así. No me dejas pensar con claridad —susurró.

—No puedo mirarte de otra forma.

Tomé su mano y la llevé al dormitorio. Ella se echó a reír mientras señalaba su vaso de agua con hielo, enharinado por la parte exterior.

—Soy una profesora terrible. Lo único que te he enseñado hoy es cómo ensuciar una cocina.

Me llevé su mano a la boca y besé el dorso.

—Estoy segura de que tú serías muy buen profesor para todo lo relacionado con el sexo —añadió.

La fulminé con la mirada:

—¿Confías en mí, Liz?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Con toda mi alma —susurró.

—Entonces, cierra los ojos.

—¿Por qué?

Me eché a reír mientras negaba con la cabeza. Fui a la cómoda y cogí una corbata.

—Voy a usar esto para vendarte los ojos.

Liz se lamió los labios, y su piel se erizó mientras apretaba ostensiblemente los muslos. *Hostia puta, cómo le está excitando la simple mención de tener los ojos vendados.*

—Vale —consintió Liz con un hilo de voz. Cerró los ojos mientras yo colocaba la corbata sobre ellos y luego la anudaba en su nuca.

Estaba preciosa, completamente desnuda a excepción de la venda en los ojos. Su respiración se agitó. Me puse delante de ella y le acaricié el cuello:

—Voy a explorar cada centímetro de ti, Liz. Voy a dejar mi impronta en ti.

—¿Vas a hacerme tuya? —Sonaba intrigada, pero no se negó.

—Sí, hasta la última parte de ti. —Bajé una mano por su cuello hasta un hombro, donde aparté unos mechones de pelo de su espalda. Posé mi boca en ella. Luego bajé por su cuello hasta succionar un pezón. La otra mano descendió hasta su coño. *Joder, ya está empapada.*

—Oh —susurró mientras se retorció de placer.

Ver sus reacciones me estaba excitando muchísimo, y sentí que mis pelotas se tensaban. No podía apartar los ojos de ella mientras mi mano describía lentos círculos sobre su clítoris y mi lengua trazaba espirales en su pezón. Era preciosa, y ya estaba inmersa en el éxtasis. Todo era más intenso para ella al no poder ver, y decidí que le daría tanto placer que jamás olvidaría esa noche.

Me agarró la polla con su mano sedosa, que movió arriba y abajo.

—Liz —dije con un gemido—. Joder, qué maravilla. —Los cambios en la textura de su piel me indicaron que se estaba acercando al clímax. Antes era suave, pero ahora podía sentir la piel de gallina junto con una leve humedad. Me encantaba verla entregarse al placer y abrirse a mí.

Acerqué el vaso de agua a la mesita de noche y saqué un cubito de hielo.

—¿Qué pasa? ¡Oh! —gritó cuando le quité la boca del pezón para trazar un círculo perfecto con el cubo de hielo en el lugar donde había estado mi boca.

—Declan... ¡Oh, Declan! —exclamó.

Ya estaba perdiendo el control. *Joder, qué maravilla.*

Aparté el cubo de hielo y volví a succionar con mi boca su enhiesto pezón. Quería volverla loca, y el cambio de frío a calor tendría ese efecto en ella.

Deslicé el cubito entre sus pechos, pero no lo bajé más allá sino que di un paso atrás.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy justo aquí, cariño. Vamos a hacer un cambio.

—Me estás matando —susurró.

—Tumbate boca abajo.

—Vale —murmuró antes de seguir mis instrucciones.

Me arrodillé en el borde de la cama. Su cuerpo, con la curva de sus caderas y su culo redondo, era pura perfección. Recorrí con el cubito su columna de arriba abajo en un movimiento rápido, y luego repetí el recorrido con mi boca, trazando una larga línea. Dejé que el hielo resbalara por su nalga derecha, y seguí el recorrido con la boca. Su piel se erizó por completo, y clavó los dedos de los pies en el colchón.

—Declan —exclamó, aunque la almohada amortiguó el sonido.

Repetí el procedimiento por todo su cuerpo. Me tomé mi tiempo con su nalga izquierda, y luego con sus muslos, hasta que la tuve hecha un manojo de nervios. Supe que estaba preparada para recibirme por el modo en que presionaba la frente contra la almohada y agarraba las sábanas.

—Declan... Declan, por favor —murmuró.

Oírla suplicar fue mi perdición. Me estaba rogando que la penetrase, y pensaba darle ese gusto.

Mi erección ya era dolorosa, y al coger un condón de la mesita de noche y ponérmelo se me escapó un gruñido. Necesitaba estar dentro de ella, pero antes me acerqué para quitarle la venda

de los ojos. Quería que me viese entrar y salir de ella. Era importante para mí dejarle claro que yo era el único que podía hacerle sentir así. Que supiese que era mía.

Deshice el nudo y retiré la corbata con cuidado. Tenía la respiración agitada, y me miraba por encima de un hombro:

—Quiero que seas mío —me dijo.

—Soy tuyo, cariño. Hasta la última puta molécula de mi ser te pertenece.

Y algún día sabrás hasta qué punto.

Le levanté un poco el culo para colocarle una almohada y me coloqué en su entrada. Estaba tan jodidamente húmeda que me deslicé hasta el fondo de un único empellón.

—Joder, Declan, qué maravilla. Qué puta maravilla.

Puse los brazos a cada lado de ella y comencé a moverme con largas y controladas embestidas mientras ella no paraba de agitarse debajo de mí.

—¿Cómo puedes hacerme sentir así? —musitó mientras se aferraba con más fuerza a las sábanas.

Me incliné para besar sus hombros, primero el izquierdo y luego el derecho, mientras mantenía el ritmo.

Su coño era una delicia, y notaba cómo se contraía en torno a mí. Podía sentir cómo el orgasmo iba invadiéndola en la forma en que su respiración se entrecortaba y en cómo acompañaba mis movimientos con las caderas. Ya conocía bien su cuerpo, pero quería profundizar aún más en su alma. Hablaba en serio cuando le dije que dejaría mi impronta en ella, y no me refería solo a su cuerpo.

Contuve el aliento y aceleré mis movimientos, incapaz de seguir conteniéndome.

Liz me atrajo más dentro de ella. Sentía todo el cuerpo a punto de explotar, y todos los músculos se me tensaron de una vez. Pero quería retrasar un poco más mi orgasmo, al menos hasta que se corriese dos veces.

Puse mi mano entre su coño y el colchón, justo sobre su clítoris.

—Declan —dijo con la voz ahogada y trémula.

Recorrí su clítoris de arriba abajo con mis dedos mientras sentía que se tensaba debajo de mí.

—Me está flipando esto —dijo antes de explotar. Se volvió completamente loca debajo de mí, gritando con movimientos espasmódicos, y yo fui despiadado y embestí con fiereza. Había perdido mi última pizca de autocontrol, y tenía que destilar de ella todo el placer que pudiese.

Luego apretó los muslos para mantenerme dentro, y me entregué. Enterré mi cara en su cuello mientras gemía contra su piel húmeda y los dos nos entregábamos al orgasmo. El sonido de mi pelvis chocando con sus nalgas llenó la habitación junto con nuestros gemidos. Me parecía imposible sentirse tan bien.

—Oh, eres un profesor excelente —murmuró.

Rodé hacia un lado y apoyé un codo en la cama y la cabeza en la palma de la mano:

—¿Ah, sí?

Tracé con un dedo un sendero desde su clavícula hasta sus pechos.

—Oh, sin duda, yo te recomendaría. En realidad no, espera. Lo retiro. No te recomendaría. Nadie tiene por qué enterarse de lo genial que eres. Podrían robarte.

—Nadie va a robarme, Liz.

Se me quedó mirando mientras me agarraba un bíceps:

—Esto es mucho más relajante que hacer *brownies*, ¿verdad? —bromeó.

—Imagino que sí, aunque no sabría decirte porque me tocó una profesora malísima que nunca me enseñó como hacerlos.

—Ah, ¿así que es culpa mía?

—¿Quién derramó la harina, tú o yo?

—¿Quién me distrajo, tú o yo? —replicó.

—Es posible que fuese yo —confesé.

Ella me besó de arriba abajo el bíceps, y se situó a mi nivel:

—Ya estás en modo analítico, te lo noto. ¿Vas a hablar con tu familia sobre la denuncia?

—La verdad, estaba pensando en no contarles nada. A ver, ¿para qué?

—Ese tipo es el ex de tu prima, ¿verdad? Puede que ella quiera saberlo. ¿Crees que es mejor guardarte las cosas para ti? Pareces muy unido a ellos.

—Eso es cierto. Nos lo contamos todo. Pero no hay nada que ellos puedan hacer al respecto.

—Aunque tienes razón, creo que compartir nuestras preocupaciones nos hace más fuertes.

—Esa es una verdad como un templo. ¿Ves? Puede que al final no seas tan mala profesora —le dije con un guiño.

Ella me dio una cachetada en la mano:

—Bueno, volviendo al tema del sexo. ¿A qué venía lo de la venda?

—Los demás sentidos se agudizan cuando no puedes ver.

Liz asintió, dándome la razón:

—¿Y el cubito de hielo?

—Provoca una reacción de tu cuerpo, y aún más intensa si te coge de sorpresa.

—Hummm... Tienes muchos trucos bajo la manga, ¿verdad? Aunque quizás debería decir bajo la bragueta.

Le agarré la cara con las dos manos y la empujé con suavidad contra el colchón:

—Pues sí. Y estoy deseando mostrártelos todos.

Capítulo Diecinueve

Declan

—Tío, vas como una moto. ¿Estás huyendo de algo? —me preguntó Travis al bajar de la cinta de correr. Había ido con Luke y él al gimnasio. Prefería correr al aire libre, pero no dejaron de darme por culo hasta que cedí y me apunté con ellos. El gimnasio estaba en nuestro edificio de oficinas, lo cual era muy cómodo, y bajamos por la tarde durante un descanso. No había casi nadie a esa hora, así que podíamos hablar con libertad mientras hacíamos ejercicio.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —contesté.

—¿Y qué tiene que ver? ¿Piensas más rápido cuanto más rápido corres?

—Sí.

Luke y Travis se miraron. Habían terminado el calentamiento en la cinta de correr.

—¿Soy solo yo, o parece incluso más *Declan* que de costumbre? —preguntó Travis.

—Yo también lo veo.

—¿Y eso qué quiere decir?

Travis me señaló con un dedo:

—Ya sabes, la frente arrugada por la preocupación, el gesto serio... Relájate, hermano. No te tomes la vida tan en serio.

—Tengo un buen motivo —contesté—. Malcom.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Travis.

—Me ha llegado una citación —le conté mientras nos dirigíamos a la parte de las máquinas y las mancuernas, en la parte trasera del gimnasio—. Me ha denunciado por calumnias.

—Él fue quien metió en problemas a Tyler —respondió Travis con los dientes apretados. Luke no dijo nada.

—Y después de eso, hablé con el Grupo Halsey para que lo despidieran. Y afirma tener un correo electrónico que lo demuestra.

—Espera, ¿que hiciste qué? —preguntó Travis. Me hizo gracia que su reacción fuese calcada a la de Sam.

—¿Crees que tiene de verdad ese *email*? —inquirió Luke.

Me encogí de hombros:

—Aunque lo tenga, no es suficiente para montar un caso sólido por calumnias.

—Espera, sigo en *shock* —dijo Travis—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué hiciste algo así? Quiero decir, es algo que yo haría, no tú.

—Le hizo daño a Reese —me limité a responder—. Y apuesto a que planeaba seguir aprovechando su puesto en el Grupo Halsey para hacerle aún más.

—Ahora te veo desde una perspectiva completamente distinta, hermano, y me gusta —opinó Travis—. Ahora sí pareces humano.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté, por segunda vez en unos minutos.

—No sé. Siempre eras tan estricto con las reglas y tan severo con nosotros que llegué a pensar que eras adoptado o algo así.

—Bueno, a lo que iba —proseguí—, le he dicho a su abogado que fuese reservando fecha para el juicio.

Luke entornó la mirada:

—¿Por qué?

—Voy a aceptarle el órdago, sé que va de farol. Este no es su objetivo final. Y quiero saber *cuál* es. No puedo luchar contra algo que no conozco.

Luke me dio una palmadita en el hombro:

—Tío, vaya pelotas tienes. ¿Por qué no nos lo has contado antes?

Travis levantó la mano:

—Oye, deja de darle carga. Yo estoy orgulloso de que nos lo haya contado en lugar de hacer el clásico “Soy Declan, el patriarca de la familia, y no hace falta que esos jovencitos plebeyos se enteren de nada”.

—¿Y de dónde has sacado el tiempo para responder? —inquirió Luke mientras yo trabajaba las piernas en una máquina. Travis estaba haciendo brazos en la sección de mancuernas, y Luke no estaba haciendo nada en absoluto.

—Me enteré la semana pasada.

Los ojos de Luke parecieron salirse de las órbitas:

—¿Por qué coño no me lo dijiste?

—Espera, ¿tú estabas al tanto de este fregado? —preguntó Travis.

Luke se pasó una mano por el pelo:

—Sí. Fui yo quien le puso en contacto con el Grupo Halsey. —Se giró hacia mí para añadir —: Entonces, ¿por qué no me llamaste en cuanto recibiste la citación?

—Estaba con Liz —me justifiqué, sin dejar de hacer ejercicio—. Me propuso hacer *brownies* para distraerme.

Travis soltó las mancuernas y se sentó:

—¿Tú has hecho *brownies*? Necesito más detalles. Cuéntamelo todo con pelos y señales, porque trato de imaginarlo pero no lo consigo.

—Vete a la mierda —repuse en un tono ligero.

—Tengo que hablar con Liz —prosiguió Travis.

—¿Tiene ella algo que ver con que estés hablando abiertamente del tema en lugar de compartirlo solo conmigo? —preguntó Luke.

—Vaya, muy bien hecho, hermano —dijo Travis—. Gracias por excluirme. Cuando Malcolm le hizo esa jugarreta a Tyler, yo también tuve ganas de darle una paliza.

—No lo hagas —respondí—. Eso sí que es motivo para que te denuncie.

Travis puso los ojos en blanco, mirando a Luke pero señalándome a mí:

—¿Te ha dado por pensar alguna vez en lo hipócrita que es? Nos dice que nos comportemos, pero luego se venga a nuestras espaldas.

—Ese es un privilegio que tenemos los hermanos mayores —respondió Luke—. Podemos echaros la bronca. Mejor dicho, *él* puede echaros la bronca. Yo nunca he sido capaz. Pero nosotros mismos no tenemos por qué cumplir las normas.

—Pues vaya privilegio de mierda —declaró Travis.

—Bueno, total, después de hablar con Liz he decidido contárselo también a Reese. La última vez que tratamos de ocultarle la verdad, no salió bien. Y no quiero que le coja de sorpresa si Malcom hace de las suyas.

—Mírate —dijo Travis—. Sigue así, hermanito, y pronto no podré reconocerte.

Resoplé enfadado:

—Voy a invitar a toda la familia a mi casa. Ya va siendo hora de hacer una fiesta de inauguración.

—¿Cuándo? Necesito que me avises con algunos días de antelación —pidió Travis.

—¿Por qué? ¿De repente estás liado? —bromeé.

—No seas capullo. Sí que estoy liado. Y no pienso darte ningún detalle.

—¿Detalles sobre qué? —le pregunté con inquina.

—Tío, pensaba que con decirte que estoy preparando algo gordo lograría que me dejases en paz. Llevas dándome la tabarra con lo mismo desde que vendí la empresa.

—Solo trato de cuidarte —respondí.

—Sí, lo sé. Bueno, la cosa es que empieza a agobiarme la inactividad.

—No hay más preguntas, señoría. Será en fin de semana. Es probable que este mismo. —Era miércoles, lo que me daba tiempo de sobra para prepararlo todo.

—Vale, lo puedo apanar —dijo Travis.

—Y ahora, ¿qué tal si nos centramos en el entrenamiento y dejamos de chismorrear? —sugerí.

—Muy buena idea —intervino Luke—. De lo contrario, me iré sin hacer nada. Tengo solo una pregunta: ¿qué tenemos que hacer para obtener pruebas fotográficas de ti haciendo *brownies*? —Mirando a Travis, añadió—: Necesitamos ganarnos a Liz para nuestro bando.

—Deja en paz a Liz —respondí—. Está muy ocupada montando su pastelería.

—¿Ya? —contestó Travis—. Qué poco ha tardado.

—Es muy decidida y trabajadora —expliqué con orgullo—. Ya ha encontrado un local.

Consiguió incluso que le rebajasen el precio del alquiler hasta donde ella pedía. Mi chica era dura de pelar.

—Y muchas gracias, Luke. Ese inspector nos fue de gran ayuda.

Mi hermano asintió. El tipo que revisó el local le dio a Liz argumentos para negociar el precio a la baja.

Mis hermanos guardaban silencio, lo que me pareció sospechoso. En mi familia no sabíamos lo que era el silencio. En absoluto.

Dejé la máquina y me giré para mirar a Travis, que seguía con las mancuernas. Luke no se había movido en todo ese tiempo.

—¿Qué pasa? —les pregunté con inquina.

Travis dejó la mancuerna y me dedicó una sonrisilla que no vaticinaba nada bueno:

—No sé qué pensará Luke, pero por mi parte no tengo claro si sigues siendo nuestro hermano o un doble que se le parece mucho.

—Qué va, sigue siendo él. Solo que tiene demasiada información privilegiada —intervino Luke.

Respondí con un gruñido.

—¿Cuándo va a abrir el negocio? —preguntó Travis.

—En un par de semanas —contesté. Estábamos a principios de mayo, y quería abrir a finales de mes como muy tarde.

—Voy a ser el primero de la fila para comprar sus rosquillas.

—Me alegro de que por fin estemos de acuerdo. —Y en más de un sentido, al parecer. No podía negar que me alegraba que Travis tuviese planes de futuro, los que fueran. Sabía que era ridículo preocuparme por él. Era un hombre hecho y derecho. Pero me resultaba difícil salir del modo “hermano mayor”. O más bien imposible, al parecer.

Llevaba décadas cultivando esa faceta, y no creo que jamás me abandonase.

Y para colmo tenía una persona más que añadir a mi lista, la más importante: Liz.

Durante la semana siguiente dividí mi tiempo entre el trabajo y comprobar todos los permisos y el contrato del local. Había un permiso en particular que necesitaba ser renovado.

—Puedo pedirle a un abogado que se encargue de todo esto. Tú tienes como un millón de casos en los que trabajar —me dijo Liz la mañana en que mi asistente me informó de que Malcolm había solicitado una reunión. Estábamos en mi cocina, desayunando en la encimera.

Le puse un brazo alrededor de la cintura y acerqué mi boca a su oído:

—Cariño, cuentas con el mejor abogado de Chicago. Si yo fuera tú, no lo dejaría escapar. Por no hablar de que no te va a cobrar.

—Y para colmo es humilde —replicó con una risa mientras contoneaba sus caderas contra mi entrepierna.

Solté un gruñido:

—Siempre. Tiraré de todos los hilos para conseguirte ese permiso lo antes posible.

Se dio la vuelta, y percibí que se estaba mordiendo el labio inferior:

—Declan, ¿estás seguro de que puedes con todo esto?

—Pues claro que sí.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer con respecto a la reunión con Malcolm? —me preguntó.

—Llegaré hasta el fondo del asunto y descubriré qué cojones pretende.

—Así me gusta, mentalidad de tiburón —respondió con una sonrisa—. No me puedo creer que Richard ya haya encontrado alguien que me reemplace.

Había avisado con dos semanas de antelación a la empresa de *catering*, y al bar un par de días atrás.

—Eso está bien. Te da algo de tiempo para respirar.

—Demasiado —contestó—. La nueva camarera empieza esta noche. Hoy y mañana son sus turnos de prueba, así que ahora estoy completamente libre.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque Richard literalmente me ha enviado ahora mismo el mensaje en el que me dice que no tengo que volver.

—Eso es fantástico, cariño. Tendrás más tiempo para estar conmigo —le dije con un guiño.

Ella sonrió y contestó:

—Sí, la verdad es que pensaba que no encontrarían a nadie hasta la próxima semana, así que no tenía pensado hacer nada en la pastelería ni hoy ni mañana, pero esto me abre un abanico de oportunidades. Podría empezar a limpiar.

Yo tenía una idea diferente. No tenía dudas de que volcaría sus energías en poner a punto la pastelería, y eso me hacía sentirme orgulloso de ella. Pero antes quería mimarla un poco.

* * *

Liz

—Vaya, vaya, vaya —dijo Declan. Estábamos en su majestuoso salón. Yo estaba sentada cruzada de piernas en el sofá y él se apoyaba en la mesa, pero se levantó y se acercó a mí.

Se me sentó enfrente y puso ambas manos sobre mis hombros:

—Tengo una propuesta que hacerte.

—Dime.

—Tomémonos el día libre. Dijiste que no tienes que trabajar ni hoy ni mañana, ¿verdad?

—Correcto —dije lentamente—, pero tú no estás libre.

—Me las apañaré. No tengo juicio, y todo lo demás puedo reorganizarlo. Se te viene encima una época muy intensa. Te vendrá bien tomarte primero un descanso para cargar las pilas.

—No me había planteado tomarme un descanso —confesé, aunque tal vez tuviese razón. No me vendría mal un pequeño respiro para aclarar las ideas.

Se me acercó mientras me hacía un gesto sugerente con las cejas:

—Seguro que puedo convencerte.

Yo sonreí de oreja a oreja:

—No creas que te va a costar mucho. Tener delante toda esta sensualidad y esos músculos que nunca se acaban, por no hablar de tu sonrisa, hace a mi corazón suspirar. Podrías convencerme de lo que fuese. Pero antes de nada, quiero pasarme por la residencia a ver a Helen. Hace tiempo que no le hago una visita.

—Claro. Me gustaría acompañarte, a menos que pienses que a Helen le molestaría.

—¿Molestarle? No creo, la verdad. Le encantan las visitas. ¡Genial! Estoy deseando ver la cara que pone cuando le diga que he firmado el contrato de alquiler.

—Perfecto.

—¿Qué haremos luego? —pregunté, sinceramente emocionada.

—Salgamos de la ciudad.

Llevaba tanto tiempo sacando fuerzas de donde no las había que la mera idea de tener un día libre me estaba dando vida.

—No quiero marcharme muy lejos —le dije—. Y necesito que sea un lugar que me inspire, porque quiero inventar nuevas recetas. Ya tengo un libro lleno, pero ya sabes, la inspiración nunca sobra.

Entrecerró los ojos y se quedó mirando por la ventana:

—Podríamos ir a Milwaukee. Hay algunas pastelerías alemanas allí.

—Sí, parece buena idea. Y no está demasiado lejos.

—Pues entonces, decidido. Le enviaré un mensaje a mi asistente de camino a la residencia de Helen para decirle que me tomaré el día libre.

De repente me sentí culpable. No debería descuidar su trabajo solo por mí:

—Declan, no quiero que se te acumule el trabajo.

—Cariño, valdrá la pena al cien por cien —respondió, inclinándose para rozar sus labios con los míos.

Me sentí emocionada y llena de vida. Estaba haciéndome un hueco en su vida.

La verdad, fue una cura de humildad. Nunca me habría imaginado algo así.

Declan se retiró, y acarició mi labio inferior con el pulgar antes de besarme la frente:

—¿Estás lista para salir ahora mismo? —preguntó.

—¡Joder, claro!

—Lo vamos a pasar genial.

—Don Bombón, estoy depositando toda mi confianza en usted.

Volvió a hacer ese gesto con las cejas antes de bajar la mano hasta mi hombro, y luego a mi cintura:

—Y yo te prometo que no te defraudaré.

Volví a sentir ese cosquilleo. Era una locura la habilidad de ese hombre para encenderme.

En el trayecto a la residencia, llamé a la recepción para avisarles de la visita. Cuando llegamos, aparcamos a pocos metros de la entrada.

—El sitio está muy bien, ¿a que sí? —pregunté mientras atravesábamos la puerta principal.

Declan asintió. Parecía familiarizado con el lugar; quizás había estado antes o pasaba por delante con el coche. Al entrar, saludé a algunos de los amigos de Helen. No me acordaba de sus nombres, pero había memorizado sus caras. Todos ellos me devolvieron el saludo con entusiasmo.

—Helen te está esperando en el paseo —dijo Nadia, la recepcionista. El paseo era la acera principal, donde estaban todos los bancos.

—Gracias.

Una vez fuera, todos los residentes miraron a Declan con admiración. La escena me arrancó una risita. *Tiene sentido que los amigos de Helen sean igual de vivarachos que ella.*

Helen estaba en el mismo banco en que nos sentamos la última vez. Hacía un día absolutamente maravilloso. El sol brillaba y nos regalaba un agradable calorcillo.

El rostro de Helen se iluminó con una sonrisa:

—Me alegro de verte, cariño. ¿Has traído a Declan?

—Sí, he venido con él.

—Veo que el consejo que te di sobre las trufas te vino de perlas —comentó Helen.

Declan sonrió:

—Sí, a las mil maravillas. Gracias por el chivatazo.

Me quedé alternando la mirada entre uno y otro, asombrada:

—¿Qué? Espera un segundo, ¿de qué estáis hablando? Oh, Dios mío, se me olvidó por completo. Pensaba preguntarte cómo supiste que son mis favoritas. —Miré a Helen y le dije—: ¿Cuándo se lo has contado?

—Este encantador jovencito vino a visitarme. Tenía una pregunta sobre la casa. No me acuerdo de cuál era, pero me di cuenta de que era una excusa barata y que tenía otros motivos ocultos —me explicó con un guiño de sus avispados ojos.

Declan se rió:

—Helen, no se te escapa una.

—En efecto. Vosotros dos, sentaos —dijo, y señaló el banco.

—¿Cómo te encuentras, Helen? —pregunté.

—No vamos a pasar la visita hablando sobre mí. No tengo nada emocionante que contar, porque aquí no pasa nada emocionante, a menos que cuente que Nadia pilló a mi vecina fumando.

Me eché a reír:

—¿A qué te refieres con que la pilló fumando? Aquí sois todos adultos.

—Oh, sí, pero con restricciones muy severas. Te lo juro, esto es como un internado.

—He venido para contarte que es oficial: he firmado el contrato de alquiler para el local de la pastelería.

—Mi niña, qué orgullosa estoy de ti —dijo Helen—. Me alegro muchísimo. Sabía que lo lograrías, y espero que ahora te estés tomando los otros trabajos con más calma.

—Sí. Ya he dado las dos semanas de preaviso en todos ellos, y tengo hoy y mañana libres. De hecho, este muchacho de aquí me va a llevar a Milwaukee.

—¿Y qué se os ha perdido a vosotros dos en Milwaukee? —preguntó, escandalizada.

Los dos nos echamos a reír:

—Helen, no seas mala —dije.

A mi lado, Declan se reía entre dientes.

—Está cerca —le expliqué—. Y al parecer tienen un montón de pastelerías alemanas.

—Estuve una vez, y no está mal del todo —dijo Helen, que luego se volvió hacia Declan—. Bien hecho, muchacho, necesitaba que alguien la convenciera para tomarse un descanso. En todo el tiempo que estuve en la casa, nunca logré que viéramos una película juntas.

—Pero sí hacíamos dulces —repuse.

—Eso no cuenta —replicó—. Para ti, sigue siendo trabajo.

—Así que le hiciste a Helen una visita secreta, ¿eh? —le dije a Declan, aún aturrida.

Helen parecía especialmente satisfecha. Me calentó el corazón verla tan feliz. Ahora que iba a ser mi propia jefa, pensaba visitarla al menos dos veces por semana. La veía como a un miembro más de mi familia. Básicamente me adoptó cuando me mudé a Chicago.

—Ahora dime todo lo que vas a poner en la carta —dijo.

—Todavía no lo sé, pero voy a probar un montón de recetas en las próximas semanas. Y te prometo que me pasaré por aquí para que las pruebes. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso.

Estuvimos casi una hora charlando con ella, y nos marchamos cuando la llamaron para almorzar.

Fuimos directos de la residencia a Milwaukee. Me puse cómoda en el coche, encendí la música y bailé un poco antes de darme cuenta de que Declan estaba demasiado quieto. Lo miré por el rabillo del ojo y bajé el volumen:

—Casi puedo ver cómo te transformas en esa estatua que eras cuando te conocí.

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué odias la música? —pregunté.

—No odio la música.

—Estás rígido como una estatua. Le vas a hacer sangre al volante, y no quitas los ojos de la carretera.

Declan se encogió de hombros:

—Me gusta la música, excepto cuando no me deja dormir. Aunque me gusta verte bailar.

Bajé el volumen, pero seguí moviéndome al ritmo.

Entre risas, me dijo:

—¿Ves? A eso me refiero.

Me gustó verle reír. En ese momento parecía despreocupado, y todo lo contrario al abogado serio o el primo sobreprotector.

—Estoy superemocionada —dije, y aplaudí entusiasmada antes de volver al baile.

Llegamos una hora y media más tarde, y lo pasamos bomba. Durante el trayecto investigué en TripAdvisor e hice una lista de actividades.

Primero visitamos Lakefront Brewery, y luego nos dirigimos a la mansión Pabst. Era una preciosa reliquia de una época dorada. También era enorme, con sesenta y seis habitaciones. Por

desgracia ese día estaba cerrada, así que no pudimos entrar. Solo la vimos desde fuera, pero aun así fue todo un espectáculo.

Luego nos dirigimos a Old World Third Street, uno de los barrios históricos. De inmediato me enamoró su ecléctica mezcla de edificios tradicionales y modernos. Algunos eran de reciente construcción, mientras que otros llevaban allí claramente siglos. Me gustaron sobre todo los de ladrillo color crema, con elementos de mampostería aquí y allá. Algunos también tenían ladrillos ornamentales y hierro forjado. Otros eran de estilo victoriano.

—Esto es muy bonito —murmuré mientras pasábamos por una frutería que tenía un toldo de rayas rojas y blancas.

Declan me miraba con los ojos llenos de ternura.

—Me gusta cómo me miras —susurré.

—Me alegro de estar aquí contigo. Y por cierto, ¿me he quedado ciego o apenas hay pastelerías? —preguntó Declan, que me puso una mano en la espalda. Me encantaba estar acurrucada en él mientras paseábamos.

—Ya, yo tampoco he visto ninguna. Pero, ¿qué más da? Me siento muy relajada. —Había montones de queso, salchichas y embutidos en las tiendas de la calle, y decidí comprar un *pretzel* enorme de un puesto.

—Oye, esto está muy rico —dije mientras lo mordisqueaba y explorábamos más a fondo el barrio. Llegamos a una tienda de especias, y le dije a Declan—: Oh, vamos a entrar aquí. No quiero comprar nada, solo echar un vistazo. Este local era antes una pastelería, lo he leído en TripAdvisor.

—Claro, entremos —contestó.

La tienda era un sueño hecho realidad para un aficionado a las especias. La repostería no utilizaba muchas, pero aún así me encantó el lugar. Olía a cardamomo, vainilla y nuez moscada. Pero también había olores más penetrantes, que sospeché que provenían de una mezcla que estaba etiquetada como “barbacoa mágica”.

—Esta tienda es la bomba —susurré. Sentí que Declan se ponía detrás de mí y me besaba la sien.

—Eres una monada, cuánta emoción por estar en una tienda de especias —me murmuró al oído—. Cualquiera diría que estás en una joyería.

—Oye, las especias son la sal de la vida. No las subestimes.

—Me gusta eso de ti, que disfrutes de experiencias como esta.

A pesar de que dije que no compraría nada, salí con una bolsa llena de especias. Declan encontró la dirección de una pastelería que servía auténticos dulces alemanes, y nos dirigimos allí a continuación. Probé por fin el *strudel*, y salí con la resolución de preparar yo misma algunas variedades.

Tal vez también podía vender aperitivos, tipo *real food*. Pero siempre podía añadirlos más tarde a la carta. *Dulces caprichos* tendría un amplio abanico de productos.

—Declan, muchísimas gracias por todo esto. Lo estoy pasando en grande. ¿Y tú?

—Cariño, me encanta hacer lo que sea contigo.

—A mí también —contesté mientras salíamos de la tienda—. ¿Qué hacemos ahora? —pregunté, ya en la acera—. Se me han acabado las cosas de la lista. ¿Regresamos a Chicago?

—No —contestó Declan—. Vamos a quedarnos en un hotel.

Puse los ojos como platos:

—¿Quieres que pasemos la noche aquí? No tenemos ropa para cambiarnos.

Me pareció divertida esa espontánea aventura.

—Tenemos la ropa que llevamos puesta —repuso con un guiño mientras nos acercábamos al coche.

—No podremos cambiarnos de, ya sabes... Ropa interior —murmuré. Sabía que parecía una tontería, pero no me atraía lo más mínimo la idea de usar las mismas bragas dos días seguidos.

Las comisuras de sus labios formaron una sonrisa perversa, y me pasó un pulgar por los labios:

—Ya sabes que me gusta ir sin ropa interior de vez en cuando. Podrías probar tú mañana.

—Vaya, eso no me lo esperaba. Llevo falda, ¿no te da miedo que el viento me la levante? Me vería en una situación como la de Marilyn Monroe, y alguien podría ver mis partes pudendas.

De inmediato el deseo oscureció su mirada. *Hostia puta. ¿Puedo encenderlo así de rápido?* Sentí que había descubierto un superpoder.

—No me digas esas cosas en público.

—¿Por qué no? —bromeé.

—Porque ahora solo puedo pensar en enterrar la cabeza entre tus muslos.

Esa vez fui yo la que se encendió en un instante. La situación se estaba calentando muy rápido. Unos minutos antes estábamos de compras, y ahora solo quería saltar encima de él.

—Vale, lo estás haciendo otra vez —murmuré.

—¿Qué estoy haciendo?

—Me estás convenciendo para que haga algo solo con la mirada.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero sus ojos seguían oscuros:

—Estoy empezando a cogerle el gusto.

—Más te vale, porque te da ventaja.

—Venga, veamos si algo más te llama la atención mientras le pido a mi asistente que busque un hotel.

Nos subimos al coche después de colocar todas las compras en el maletero.

—Oye, podemos buscar uno nosotros mismos.

—Qué va, ella siempre encuentra los mejores lugares para alojarse. Y quiero disfrutar de ti sin que nada me distraiga.

¿Ha dicho eso de verdad, o me lo he imaginado? ¿Cómo se puede ser tan romántico?

Sacó de inmediato el teléfono:

—Hola, Greta. Voy a pasar la noche en Milwaukee con Liz. ¿Nos podrías reservar un hotel, por favor? Quiero algo con buenas vistas. Gracias. Envíame los detalles cuando esté hecho. Sí. Que te vaya bien la tarde, mañana me pondré al día con todo.

—No me puedo creer que esta sea ahora mi vida —dije antes de darme cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta.

—¿A qué te refieres?

—Pronto abriré mi pastelería, y hoy estoy aquí contigo. Y estamos, ya sabes, tomándonos un día libre y disfrutando de la vida. Es la bomba.

—Me alegro de que esto te haga feliz —murmuré.

Greta le envió un mensaje con la reserva del hotel. No estaba muy lejos, y nos dijeron que podíamos hacer el *check-in* en cualquier momento, así que decidimos ir.

Media hora más tarde, llegamos a nuestro hotel.

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho? ¿Por qué has reservado la *suite* presidencial? —pregunté al entrar en la habitación. Era gigantesca, y las vistas sobrecogedoras. Había un enorme ventanal que daba al lago Michigan. Se llamaba Hotel Pfister, un edificio antiguo y grandioso con encanto y todas las comodidades imaginables.

—Quiero lo mejor para mi chica —respondió.

Ahí está otra vez todo ese romanticismo. ¿En qué momento se ha vuelto tan cariñoso?

Cerramos la puerta de la *suite* y nos acercamos a la ventana. Me detuve a contemplar las vistas, con Declan justo detrás de mí: las luces parpadeantes, los rascacielos, los coches circulando y el tranquilo lago.

—Esto es algo que le falta a nuestra casa —opinó—. No tenemos vistas al lago.

—Es precioso —contesté.

Me puso una mano en la cadera y la otra a un lado de la cintura, y reposó la cabeza en la curva de mi cuello. Solo estuvo en esa posición unos segundos antes de regalarme una lluvia de besos. Se me puso de gallina hasta el último centímetro de la piel.

—Esta ha sido una idea fantástica —opiné, y me di la vuelta con la intención de provocarle un poco—. Aunque mañana tenga que ir sin ropa interior.

—No irás sin bragas —gruñó.

Me encantaba provocar esas reacciones en él, como si fuese incapaz de compartir la menor parte de mí con el mundo. Me encantaba que me deseara tanto. *Tanto como yo lo deseo a él.*

—Tú estarás a mi lado para defender mi honor si fuese necesario.

—Y ten por seguro que lo haré —recalcó.

Capítulo Veinte

Declan

En cuanto regresamos de Milwaukee, Liz volvió a su habitual ritmo frenético. Aún tenía que hacer tres turnos en el bar antes de que su sustituta comenzara con la jornada completa. Estaba orgulloso de su capacidad de trabajo, aunque eso significase que la vería aún menos, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo libre poniendo a punto la pastelería. Eso me tenía inquieto.

Me gustaba verla por mi casa, tumbada en mi cama o deambulando con una de mis camisas. No me importaba lo que estuviese haciendo o de qué estuviéramos hablando. La *necesitaba*, lo que me parecía una locura.

Milwaukee cumplió con todas mis expectativas. La noche en el Pfister fue genial. La agasajé con una cena y una botella de buen vino en el restaurante del hotel. Se mostró muy emocionada y agradecida, como si nunca antes hubiesen hecho algo tan especial por ella.

Me prometí consentirla de nuevo en cuanto tuviese ocasión. La noche después de su último día de trabajo, decidí sorprenderla con una cita. Me presenté en el bar, y aparqué justo frente a la entrada. Eran las ocho, pero solo tenía que trabajar un par de horas para explicárselo todo a la nueva camarera.

—Hala, pues se acabó mi último turno —exclamó mientras le abría la puerta del coche cuando salió. Lucía una enorme sonrisa.

—Tú, ven aquí —le dije, y la inmovilicé contra el coche para besarla sin contención, sin importarme que cualquiera pudiese vernos. Me daba igual. Su alegría era contagiosa.

Suspiró contra mi boca, y todo su cuerpo se enterneció al tocarlo. Su reacción a mis caricias me dio ganas de renunciar a mi plan y llevarla a casa.

—Parece que alguien estaba deseando que terminase —susurró.

—Joder, pues claro. Ahora entra en el coche antes de que cambie de idea.

Liz enarcó una ceja:

—¿Cambiar de idea sobre qué? ¿Sobre llevarme en el coche?

Solté un gruñido:

—Para nada. Creo que lo mejor es que confiese. Te tengo preparada una sorpresa.

—Ohh, cuéntamela.

—Primero métete en el coche.

Liz sonrió:

—¡Vale!

Al fin subió al coche, y cerré su puerta antes de volver al asiento del conductor.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en cuanto estuve al volante.

—Vamos a celebrarlo —contesté.

—¿Cómo?

—Esa es la sorpresa.

Ella suspiró:

—Te encantan las sorpresas, ¿verdad?

—Sí, cuando tú eres parte de ellas. Nunca antes me habían gustado.

—¿Y por qué ahora sí?

Le besé el dorso de la mano:

—Porque me gusta hacerte sonreír.

—Oh. —Liz abrió la boca, y luego la cerró.

—Entonces, del uno al diez, ¿cómo de emocionada estás?

Ella se puso a aplaudir y a bailar en su asiento:

—Cien.

La llevé al restaurante que había en los Jardines de Cristal de Navy Pier. Un día vio en un folleto el enorme salón acristalado del suelo al techo y, cuando comentó que le había gustado, decidí traerla algún día.

—¡Declan Maxwell, eres increíble! —exclamó, emocionada.

Las mesas estaban esparcidas entre las enormes palmeras. Nos sentamos y cogí la botella de champán del cubo con hielo.

—¿Cómo es que ya hay una botella aquí? —preguntó.

—Están avisados de nuestra llegada.

—Cómo te gusta tenerlo todo preparado. Me gustaría descorcharla.

Negué con la cabeza:

—No creo que al personal le haga mucha gracia, puedes provocar algún accidente con repercusiones legales.

—Oh, lo sé, pero esta noche me siento rebelde.

—Ten cuidado —le aconsejé mientras se la pasaba.

Liz frunció el ceño, y estaba adorable de cojones mientras inspeccionaba la botella para desentrañar el mejor modo de descorcharla.

—Lista —anunció—. ¡Tres, dos, uno!

¡Plop!

El corcho voló directo a la cara de un camarero que pasaba por allí. Liz se llevó una mano a la boca, y se puso de pie de un salto. Yo también me levanté.

—Oh Dios, lo siento muchísimo. ¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien, estoy bien —respondió el camarero—. Tenga más cuidado la próxima vez. Puede que su diana no sea tan razonable como yo.

El chico fue demasiado sarcástico para mi gusto, y no me gustó un pelo su actitud.

—Se ha disculpado. Deja ya el tema —salté.

—Declan, por favor. Ha sido culpa mía. —Se giró hacia el camarero—: ¿Estás seguro de que no te he hecho daño?

—Sí, estoy bien. —Pareció querer añadir algo más, pero le hice un gesto y se largó sin más.

Liz observó su retirada mientras se mordía el labio:

—Tal vez alguien deba echarle un vistazo.

—Liz, le has dado en la frente, no en un ojo. Ha sido un accidente. No le va a pasar nada. Relájate.

Ella hizo una mueca y miró la botella mientras nos sentábamos:

—Debería haber apuntado hacia arriba.

—Pues sí, ya lo sabes para la próxima.

—Es la primera vez que descorcho una botella de champán.

—Trae, voy a servirte un vaso.

Me pasó la botella con un adorable puchero, y llené los vasos antes de volver a meter la botella en el cubo con hielo. Brindamos, y luego Liz le dio un largo trago.

—Humm... Esto está muy rico. No me puedo creer que ese fuera mi último día de trabajo, y que vaya a ser mi propia jefa a partir de ahora. Es muy emocionante.

—¿Crees que echarás de menos el trabajo?

—No lo sé. Supongo que el tiempo lo dirá. Fue gracioso, hoy en el bar uno de mis compañeros de trabajo me invitó a salir. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué? —pregunté. No le veía la gracia por ninguna parte.

—Sí, básicamente me dijo que no se atrevía a decírmelo mientras trabajábamos juntos, pero que le encantaría tener una cita conmigo.

—¿Qué le has contestado?

Liz me miró con los ojos muy abiertos:

—Que no, por supuesto. —Se encogió de hombros y añadió—: Le dije que estaba abierta a quedar como amigos cuando quisiera.

Me quedé petrificado:

—¿Crees que un tío que te ha invitado a salir está interesado en que seáis solo amigos? —pregunté, incrédulo.

—No sé, pensé que era una forma educada de decirle que no. La verdad, no creo que me llame. Pareció decepcionado.

—¿Qué le dirás si llama? —insistí.

Liz apuró su bebida y la soltó, aunque se puso a jugar con el tallo de la copa.

—Declan, no puedes decirme quién puede o no puede ser mi amigo.

—Eso no es lo que estoy haciendo.

Liz entrecerró los ojos, alzó la barbilla y puso los brazos en jarras:

—¿Ah, no? Porque a mí es justo lo que me parece.

—¿Qué le dirás? —pregunté de nuevo.

—¿A quién le importa?

—A *mí* me importa. La idea de que alguien te mire, te desee... No lo soporto.

Su mirada se enterneció, y me puso una mano en el brazo:

—Declan, nunca haría nada que te hiciera daño, ni saldría con alguien que quisiera algo más conmigo. Solo era una forma de rechazarlo sin que le doliese.

—¿Estás segura?

—Sí.

Acerqué la silla a la esquina de la mesa, y ella hizo lo mismo. Puse una mano en su mandíbula, me incliné y delineé su labio inferior con la lengua antes de darle un beso intenso y posesivo. Quería que sintiera cuánto significaba para mí.

Cuando sentí su sonrisa contra mis labios, retrocedí.

—¿Qué? —preguntó.

Tracé el contorno de su boca y disfruté de cómo su respiración se aceleró.

—¿Desde cuándo mis besos te hacen reír?

—Estaba sonriendo —me corrigió mientras miraba a su alrededor. Estábamos rodeados por otros comensales, pero no me importaba lo más mínimo.

—¿Así que te divierte?

—Nunca me habías besado así.

—¿Así cómo?

—No sé, ha sido distinto a los otros. Me ha gustado.

—¿Y lo demuestras riéndote?

—No me reía, sonreía —me volvió a corregir—. Y de todos modos, no era el único motivo por el que estoy de buen humor. Es un día feliz.

—Ah, así que mis besos no te hacen sonreír —bromeé, aunque algo me daba mala espina. Todo ese asunto de que la invitaran a salir me había afectado. Algo así no podía ocurrir, nunca

jamás.

—Contigo no hay forma de ganar, ¿verdad?

—No responderé a esa pregunta. Te daría demasiada munición que usar en mi contra.

Se enderezó con una risita y señaló la botella:

—Bebamos un poco más. No quiero que se escapen las burbujas.

—Tardan un buen rato en acabarse —contesté mientras tomaba la botella y llenaba ambos vasos. Contemplé cómo Liz le daba un sorbo. Estaba disfrutando del momento, pero yo la estaba disfrutando *a ella*.

Tomó otro sorbo, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás con un sonido de satisfacción. Me acerqué a ella y le rocé el cuello con la nariz, lo que le hizo estremecerse.

—Oh, me está encantando esta velada —comentó—. Gracias por traerme aquí. Estaba tan ocupada corriendo de un lado para otro que ni se me había ocurrido celebrarlo.

—Quiero que recuerdes este día.

—Gracias.

Un camarero diferente nos interrumpió para dejar en la mesa pan y algunas cosas para untar.

—Gracias —dijo Liz. Cuando se marchó, torció el gesto—: No es el mismo chico que antes, ¿crees que habrá pedido que nos atienda otro camarero?

—Liz, relájate. Seguro que está aquí al lado.

Apuré la copa en dos sorbos.

—Oye, no bebas tan rápido —le advertí con una sonrisa.

—¿Por qué no? Es mi fiesta, y hace años que no me bebía un buen espumoso. Ya puedo sentir cómo se me sube a la cabeza.

—Seguro que sí. Comamos un poco, te vendrá bien.

Liz soltó la copa y untó queso en un trozo de pan.

La observé atentamente, con la sospecha de que ya iba bastante achispada. Cuando el cuchillo se le resbaló de la mano y se untó queso en la muñeca, intervine:

—Déjame que te ayude.

—Ups. Solo me he bebido dos copas, ¿cómo es posible?

—¿A qué hora almorzaste hoy?

Se tocó la barbilla, pensativa:

—Esto... Creo que me salté el almuerzo.

—¿Ves?

Terminé de untar el queso en la tostada y se la di.

—Se te da muy bien cuidar de mí. Pensé que deberías saberlo —dijo después de darle algunos bocados.

—Es un placer.

—¿De verdad? —preguntó, y se quedó con cara de pasmada, como si mis palabras no tuvieran ningún sentido para ella.

—Sí, cariño.

—Muchas gracias por traerme aquí esta noche. Tú siempre sabes lo que necesito.

—Quiero hacerte feliz —respondí.

Ella sonrió, pero de inmediato se llevó dos dedos a la sien y la masajeó, poniendo una mueca.

—Creo que puedo sentir cómo se me sube a la cabeza *mientras* se me sube a la cabeza.

Tuve que carraspear para no reírme:

—Tranquila, conmigo estás a salvo.

—Oh, qué caballeroso. A tu lado siempre me siento muy relajada, como si pudiera decir cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

—Sí que puedes.

—Sí que creo que eres mi amuleto de la suerte. Desde que llegaste a mi vida, todo ha cambiado a mejor.

Me acerqué a ella, pero cerró un ojo y me alejó:

—No puedes acercarte tanto.

—¿Por qué no?

—Porque te veo doble y me mareo.

Esa vez fui incapaz de contener la risa:

—Vaya, has tardado menos de lo que pensaba. Estás borracha.

—Pues sí, lo estoy. ¿Para qué fingir lo contrario? —No tenía buen aspecto.

—Tenemos dos opciones.

Ella echó la cabeza hacia atrás, y luego se movió hacia adelante y entrecerró los ojos antes de ponerse recta de nuevo y señalar mi cara:

—Tus ojos tienen un brillo peligroso. ¿Es alguna de las dos opciones algo sexy?

—Las dos lo son.

—Oooh, superándote a ti mismo, como de costumbre. Vamos a escucharlas.

—Podemos esperar aquí a que se te pase la borrachera y pedirte algo contundente de cenar, o puedo llevarte a casa y cuidarte allí. ¿Qué me dices?

—Y las dos opciones terminan con cosas sexys, ¿verdad?

—Sí.

—Hummm... No sé qué decidir. Por un lado quiero una deliciosa cena de celebración. Pero también quiero tenerte a ti. Sé que también estarás delicioso. Quiero lamerte entero y detenerme un buen rato en tu polla.

Se me puso dura en un instante. Justo allí, en mitad del puto restaurante.

Me aclaré la garganta y traté de hablar, pero solo fui capaz de decir “Liz”.

Ella sonrió:

—Oooh, la borrachera me hace decir guarradas. He descubierto algo nuevo sobre mí.

—Estamos en público.

Su sonrisa se ensanchó:

—Lo sé. Eso lo hace mucho más divertido. —Inclinó la cabeza para añadir—: Tienes cara de que te duele algo.

—Has acertado. Me duele lo empalmado que estoy.

La boca de Liz formó una O. Y luego esa sonrisa malvada estuvo de vuelta:

—Voto por irnos a casa. Podemos pedir comida para llevar, o asaltar la nevera. O después de encargarme de ese problema tan *duro* que tienes, puedo hacerte un dulce.

Esa mujer iba a ser mi ruina, eso estaba claro.

Avisé a un camarero y pagué sin perder ni un segundo. En cuanto Liz se levantó de la silla, me quedó claro que se dormiría en cuanto posara la cabeza en la almohada. No dejé de agarrarla con firmeza mientras caminaba, amoldándome a su ritmo.

Terminó quedándose dormida en el coche. No se despertó ni cuando abrí la verja, y eso que estaba estropeada y hacía un ruido de mil demonios.

Tras apagar el motor me incliné para despertarla, pero se me ocurrió una manera mejor de hacerlo. Salí del coche y abrí su puerta. Puse una mano bajo sus rodillas y la otra en su espalda, y la cogí en brazos.

Ella se movió y me acarició el cuello con la nariz.

—¿Qué ha pasado? —murmuró cuando entrábamos en casa.

—Te has quedado dormida.

—Noooo, cómo he podido hacerte esto. Has organizado esta velada tan romántica, y yo... —

Su voz se fue apagando.

La llevé directa al dormitorio, la deposité en el colchón y me acosté a su lado.

Ella suspiró y me agarró un bíceps con ambas manos:

—Menos mal que mañana es sábado.

—Tienes razón. Por cierto, se me olvidó decirte que mi familia vendrá a desayunar por la mañana.

Liz se quedó pasmada:

—¿A qué hora llegan? Os dejaré tranquilos.

Le rodeé la cintura con un brazo, y sentí su cuerpo tenso:

—No era eso lo que yo tenía pensado. Quiero presentártelos.

Sus músculos se relajaron, y sus ojos pasaron de alerta a tiernos en un segundo.

—Sabes, sí que eres mi amuleto de la suerte. Siempre le he dicho a mi hermana que era ella, pero ahora nuestras vidas han tomado caminos muy distintos. Siempre fantaseábamos con ser madres al mismo tiempo.

—¿En serio?

—Sí. Ups. Creo que estoy hablando demasiado.

Acerqué la boca a su oído:

—Cuéntame más. Quiero saberlo todo.

Liz sacudió la cabeza:

—No quiero que te asustes y salgas corriendo.

Me desplazé unos centímetros hacia un lado, incliné la cabeza para mirarla y le cogí la mandíbula para girarle la cabeza hacia mí:

—Te prometo que no lo haré.

Me gustaba que me estuviese contando sus pensamientos y sueños más íntimos. Quería conocerlos todos.

Y después quería crear más sueños, pero compartidos.

Capítulo Veintiuno

Declan

—¿A qué hora llegan? —preguntó Liz a la mañana siguiente mientras doblaba servilletas y revisaba todo lo que habíamos dispuesto en la isla de la cocina. Era un puro torbellino desde que se levantó a primera hora.

—Empezarán a llegar dentro de nada.

—Repítemelo, ¿quién va a venir?

No tenía el menor signo de resaca. Después de beberse tres litros de agua, estaba lista para la acción.

—Todos menos Sam y Kimberly. —Me puse a su lado y le di un beso en la mejilla—. Cariño, todo saldrá bien. Ya conoces a la mayoría. Hoy te presentaré al resto y podrás decidir si estamos demasiado locos para ti.

Me dedicó una luminosa sonrisa:

—Por supuesto que no.

—También voy a aprovechar la oportunidad para comentarle a Reese el tema de Malcolm. Eso, por cierto, te lo debo solo a ti. Tú me convenciste para que lo hiciera.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. Se lo conté a Luke y Travis en el gimnasio. Ellos no dejarán que me olvide, no te preocupes.

—Estoy deseando volver a verles. Son muy graciosos.

—Te pedirán pruebas fotográficas de que estuve haciendo *brownies*. No me creyeron.

Se rió y me dio un golpe con la cadera, que le devolví.

—Si me preguntan diré que no es cierto, porque ni siquiera llegaste a intentarlo.

—¿Debo recordarte que fuiste tú quien la lió parda?

—Sí, pero tú no te esforzaste demasiado por terminar la receta tras la ducha, ¿verdad?

Me acerqué más y le dije al oído:

—No. Se me ocurrió una forma mejor de pasar el tiempo.

Observé con satisfacción cómo un rubor se extendía por sus mejillas.

—Eso es verdad.

Mi familia llegó media hora más tarde. Travis y Luke fueron los primeros.

—Hey, hemos llegado temprano —dijo Travis.

—Lo sé —respondió Luke.

Travis sonrió a Liz:

—¿Sabes? Hemos oído algunos rumores.

Ella se rió:

—Lo de los *brownies*, ¿cierto? No le creas, no llegó a terminarlos.

—Eso sí que me encaja más en nuestro hermano —concluyó Luke.

Me quedé mirando a Liz, que sonreía con aire de suficiencia mientras movía las cejas.

—Por cierto, tengo noticias sobre Malcolm —le dije a mis hermanos, cuyas expresiones se tornaron serias al instante—. Quiere reunirse conmigo.

Luke arqueó una ceja:

—¿Por qué te ha denunciado si solo quiere una reunión?

—Puede que piense que con eso me va a intimidar.

Travis soltó una carcajada sarcástica:

—El pobre diablo nunca ha sido muy espabilado. Es imposible intimidarte.

—Oh, yo lo sé. Pero parece que él no.

Liz alternaba la mirada entre los tres, aunque no decía nada.

—¿Cariño? ¿Va todo bien? —le pregunté.

Ella asintió:

—Oh, sí. Estoy tomando apuntes mentales de esta conversación.

Travis y Luke se rieron:

—No se te escapa una, Liz —la elogió Travis.

El resto de la familia llegó unos minutos más tarde. Mis padres venían con la abuela, Tyler con Kendra y Tate con Lexi y Paisley. Reese encabezaba la comitiva.

—Ha llegado la panda al completo —le dije a Liz mientras le pasaba un brazo alrededor del hombro—. ¿Estás asustada? —pregunté mientras miraba por la ventana cómo todos recorrían el patio.

—Por supuesto que no. Estoy deseando conocerles.

—Cuidado, pueden ser de esas palabras que vuelven a ti como un bumerán.

—Sí, hay que tener agallas para aguantar al clan Maxwell. Pero sé que tú puedes, Liz —añadió Luke.

—Tengo más que agallas. Tengo pelotas —replicó Liz guiñándole un ojo.

Gruñí y le susurré al oído:

—¿A qué se debe que estés tan descarada esta mañana?

Sonrió y se giró para mirarme:

—Resulta que alguien me puso de muy buen humor anoche, y parece que esta mañana sigo bajo el efecto.

—Y prometo que en cuanto todos se vayan, lo retomaremos justo donde lo dejamos. Pero ahora, comienza el espectáculo —dije, y abrí la puerta—. Hola a todos, esta es Liz. Liz, ya conoces a Reese, y este es el resto de la panda.

—Hola, Liz —saludó Reese, radiante.

Mi madre parecía fuera de sí de felicidad.

—Oh, Liz, estoy encantada de conocerte. Me daba miedo que Travis y Luke se hubiesen inventado tu existencia.

—¡Mamá! —le dije.

Ella se encogió de hombros:

—¿Qué? Nunca jamás nos habías presentado a ninguna chica.

Era la primera vez que tenía el impulso de hacerlo. Ninguna mujer en el pasado significó tanto para mí como para dejarla entrar en mi vida, como quería hacer con Liz.

Esta me miraba con los ojos muy abiertos.

Me volví hacia mi padre, que se puso junto a mi madre:

—Papá, por favor, no me abochornes.

Me dio una palmadita en la espalda:

—No te preocupes, hijo mío. De eso ya se encarga tu madre.

—Y además estamos Luke y yo. Se nos da muy bien abochornarte. Así que hoy puedes descansar, papá —bromeó Travis.

Tate arqueó una ceja:

—Es demasiado temprano para darle tanta caña a Declan. Liz, encantado de conocerte. Soy Tate.

—Oh, tú eres el hermano del vino. Eso te convierte en uno de mis favoritos sin siquiera conocerte.

—Oye, eso es injusto —protestó Luke—. A nosotros nos conoces desde antes. Nos diste rosquillas. Creía que éramos amigos.

—El vino le gana a las rosquillas —repuso Liz con un guiño.

Travis entornó la mirada:

—Antes dije que me caes bien, pero ahora no lo tengo tan claro.

—Esta es mi prometida, Lexi, y mi hija —prosiguió Tate, señalando a su familia.

—Tú debes ser Paisley —dijo Liz.

Mi sobrina asintió:

—Sí, soy yo.

Liz le sonrió:

—Tu tío me ha hablado de ti.

—Me ha dicho que sabes hacer dulces. ¿Puedes enseñarme?

—Por supuesto, será un placer. Tú piensa en lo que quieres hacer. Puedes hacer una lista, te enseñaré todo lo que quieras.

La mirada de Paisley se iluminó. Me gustó que Liz tuviese sintonía con ella desde el primer momento.

—Trato hecho. La abuela ya me ha enseñado algunas cosas. Hacemos dulces juntas, y Lexi también.

—Sí, pero creo que todas podemos aprender algo de Liz. Al fin y al cabo, es repostera profesional —sentenció la abuela, que estaba justo detrás de Paisley.

—Será un placer cocinar con vosotras siempre que pueda —dijo Liz. La abuela la miraba con una atención extrema. Seguro que las recetas de repostería no eran lo único que le interesaba. Así era la abuela.

—¿Por qué has tardado tanto en invitar a toda la panda a tu casa? —preguntó Tyler tras presentarse junto con Kendra.

—Oye, el muchacho quería dejar la chabola en condiciones antes de dejarnos entrar —intervino Kendra. Me caía genial. Era fuerte y fiera, justo lo que mi hermano necesitaba. La conoció cuando pasaba por un mal momento: se había visto relegado al banquillo de los Chicago Blades a resultas de su pelea con Malcolm y la lesión que le produjo.

—Gracias, Kendra —dije.

—Podríamos haberte ayudado, ya sabes —repuso mi madre.

—Mamá, tengo noticias. Nos arrastró a todos para que le ayudáramos. Papá, la abuela y tú sois los únicos que os habéis librado —dijo Travis mientras todos entrábamos en la sala de estar.

—Atención todos, Liz y yo hemos preparado algunas cosas para desayunar en la isla de la cocina, que aproveche.

—Gracias, necesito un café —dijo mi madre.

—Enseguida, mamá.

Todos nos congregamos alrededor de la isla de la cocina, y me di a mí mismo una palmadita en la espalda por haber decidido crear ese espacio abierto entre la cocina y la sala de estar. Antes las separaba una pared, pero quería un espacio diáfano donde poder reunir a la familia al completo, aunque estuviésemos haciendo cosas diferentes. Igual que cuando éramos pequeños.

—¿A alguien más le huele esta reunión a chamusquina, o es cosa mía? —preguntó Tyler.

—¿No puedo invitar a mi propia familia a desayunar? —contesté.

—Sí, claro que puedes —respondió mi hermano, con la cabeza gacha pero no muy convencido.

—¡Venga ya! Vamos todos a comer.

—Seguro que quiere presumir de Liz. Perdona, Liz, acabo de hablar de ti en tercera persona.

—No te preocupes —respondió ella.

Mi madre dijo enfadada:

—Ya está bien, dejad en paz al pobre Declan o nunca nos volverá a invitar.

—Tú siempre eres bienvenida, mamá. Con respecto a los demás, aún no he llegado a un veredicto —dije con toda la seriedad que pude reunir.

Mientras desayunábamos, la abuela se puso junto a Liz y la sometió a un interrogatorio sobre su familia y su pueblo. Mi chica lo estaba soportando como una campeona, y yo no podía estar más orgulloso.

No le quitaba el ojo de encima a Reese, buscando el momento oportuno para hablar con ella. Cuando llevábamos una hora desayunando me di cuenta de que tendría que darle un empujoncito. Necesitaba un motivo para separarla de los demás.

Mientras le daba la tercera taza de café del día, le dije:

—Reese, ¿me acompañas afuera? Quiero que me des tu opinión sobre los muebles del jardín.

Travis me miró y me hizo un gesto de desaprobación, y Luke puso una mueca. Sí, era una pésima excusa, pero no se me ocurrió nada mejor.

Le lancé a Reese una mirada cómplice, y abrió mucho los ojos.

—Claro.

Sostenía la taza de café con ambas manos de camino al patio. No dijo nada hasta que llegamos a las sillas del jardín, aunque ninguno de los dos nos sentamos.

—Tyler tiene razón, ¿a que sí? Hay un motivo detrás de que nos hayas invitado hoy. O al menos a mí.

No me gustaba nada la situación. Sabía cómo reaccionaría, y quería protegerla de ese dolor, pero Liz tenía razón. Tenía que saberlo.

—Primero, te pido que me dejes hablar hasta que termine. No me interrumpas.

—¿Y yo cuándo interrumpo? —preguntó.

—Todo el tiempo.

Reese frunció los labios y suspiró:

—Vale, no lo haré.

—Malcolm me ha demandado. —Mi prima se quedó boquiabierta, y la señalé con el dedo—: Has dicho que no me interrumpirías.

—Vale, sigue. ¿Por qué?

—Hay algo que no te he contado. ¿Te acuerdas de que el Grupo Halsey lo despidió?

—Sí. El karma le dio una buena patada en el culo.

—No fue el karma. Me reuní con ellos, y digamos que les obligué a compartir mi punto de vista sobre el tema.

Reese dejó la taza de café en la mesa y puso los brazos en jarras:

—Dios mío, Declan, ¿qué has hecho? ¿Cómo convence uno a una gran empresa para que despidan a un empleado?

—Puedo ser muy convincente cuando me lo propongo.

—Entonces, espera, ¿por qué te ha denunciado? —preguntó con voz temblorosa y los hombros gachos.

—Me acusa de calumnias.

—Parece que no piensas que tenga mucho fundamento.

—No. No tiene argumentos, y sé que va de farol. Acepté su órdago y le dije que pidiera fecha para ir a juicio. Pero en su lugar, su abogado ha solicitado una reunión. Mi experiencia me dice que quiere intimidarme. En definitiva, quiero que estés al tanto por si intenta hacer alguna jugarreta.

Reese se pasó una mano por el pelo:

—Quiero estar presente en esa reunión.

Apreté la mandíbula:

—No.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque este es mi problema.

—Es a mí a quien ha denunciado, no a ti. Está tratando de intimidarme, pero eso es imposible, ya lo sabes.

—Lo sé, pero me va a usar para llegar a ti. Por eso quiero estar presente.

Al instante me di cuenta de que tenía toda la razón. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Reese, verle puede hacerte daño.

—Lo sé —confesó con la frente bien alta. Estaba claro que no pensaba darse por vencida.

—¿Y si te prometo no ceder a sus demandas, pase lo que pase?

Ella suspiró:

—No puedes evitarlo, Declan. Llevas toda tu vida tratando de mantenernos a todos a salvo. Eres un protector. Es tu naturaleza. Tengo muy claro que quiero asistir a la reunión.

—Está bien —concedí—. Iremos juntos.

Se mordió el labio y posó la vista en el infinito:

—Pensé que me había librado de él de una vez por todas. Pero tantos meses después, aún recibo llamadas de periodistas para que les cuente la historia. Todos quieren saber por qué Reese Maxwell no llegó al altar. No debería haber alardeado de nuestra relación en la prensa.

—Hiciste solo un artículo para *Vogue*. Eso no es alardear, simplemente estabas orgullosa.

—Y muy esperanzada. Quería compartir mi felicidad con el mundo.

—Tarde o temprano, los periodistas te dejarán en paz.

Reese asintió:

—Gracias por contármelo. Lo siento mucho. —Agachó los hombros y aferró de nuevo la taza de café con ambas manos.

—No tienes que disculparte de nada en absoluto.

—Casi expulsan a Tyler del equipo porque Malcolm provocó una pelea. Y ahora va a por ti.

—Tanto Tyler como yo asumimos las consecuencias de nuestros propios actos. Ser terco y un cabeza hueca tiene un precio.

—Hummm, Tyler al menos acepta que es un cabeza hueca. Pero tú lo ocultas bien —dijo con una sonrisa forzada. Joder, cuánto odiaba a Malcolm—. Volvamos antes de que los demás sospechen —dijo Reese.

—Claro.

—¿Quién más lo sabe?

—Luke, Travis y Liz.

—¿Liz?

—Sí.

Me dedicó otra sonrisa, esa vez real.

—Entremos.

—Ve tú. Yo tengo que hacer una llamada —respondí.

—Vale.

Reese se dio la vuelta y entró en la casa.

Saqué el teléfono para llamar a Kimberly. Estaba en París, y rápidamente hice el cálculo en mi cabeza de la diferencia horaria. Era por la tarde o primera hora de la noche en París, así que no había problema.

Respondió tras un par de tonos:

—¿Qué pasa, primo? —saludó—. ¿Cómo estás?

—Hola.

—Oh-oh. Ese “Hola” ha sonado muy serio. No llamas solo para saber cómo estoy, ¿verdad?

—No.

—Maldición.

Le conté en pocas palabras el problema con Malcolm y Reese, e hice hincapié en que su hermana quería estar presente en la reunión mientras recorría el patio de arriba abajo con el ceño fruncido:

—¿Crees que es buena idea que vaya a la reunión?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Por un lado creo que lo necesita, pero también es posible que salga lastimada.

—Yo también estaré, y no permitiré que ese imbécil le haga daño.

—No siempre puedes evitarlo, Declan. Sé que quieres, pero la gente como Malcolm sabe cómo dar donde más duele. Está claro que mi hermana y yo tenemos buen ojo para elegir a nuestros hombres.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Da igual.

—No, en serio, ¿va todo bien?

—Solo tengo el corazón un poco roto —contestó en tono jocoso, aunque pude ver que estaba dolida.

—Kimberly, cuéntame. ¿Qué está pasando? —insistí.

—¿Tú quieres hablar de sentimientos? Siempre los has evitado como a la peste.

—Qué va, eso no es cierto.

Kimberly se echó a reír al otro lado del teléfono:

—¿Recuerdas cuando mi novio de la secundaria me rompió el corazón porque me dejó plantada en el baile de graduación y tú querías darle una paliza?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y que te dije que lo único que necesitaba de ti era que me escucharas?

—De eso no me acuerdo.

—Claro, tal vez porque saliste disparado y te inventaste la excusa de que tenías que recoger a Sam del entrenamiento.

—Vale, *ahora* lo recuerdo. Pero eso fue hace mucho tiempo. Y ahora es ahora.

Ella volvió a reírse:

—No pasa nada grave, Declan. Nada que no pueda manejar. Creo que ahora deberíamos centrarnos en Reese.

—Puedo tratar de convencerla de que no venga a la reunión.

—No. Si quiere ir, que vaya. El instinto de Reese no suele fallar. Si considera que puede con esto, podrá. Se preocuparía más si vas sin ella. No es el momento de ejercer de caballero andante.

En esta situación no hay ninguna damisela en apuros.

—Recibido —contesté.

—Tengo que colgar. Mantenme al día.

—Lo haré.

Cuando volví a la casa, la familia estaba dividida en pequeños grupos. Mis padres, Lexi y Tate estaban en el sofá. La abuela y Paisley inspeccionaban la biblioteca.

Liz estaba con Reese, Travis y Luke en la isla, y fui directo a ellos:

—Liz, tengo que darte las gracias por convencer a mi primo para que deje de ocultarme la verdad. Declan no me lo ha dicho, pero estoy segura de que has sido tú la responsable —decía Reese.

—¿Qué estás diciendo? Yo nunca miento —exclamé.

—Tienes razón. Solo ocultas la verdad. —Se giró hacia Liz y añadió—: Me encanta que hayas logrado sacar de sus casillas a Declan desde el primer día.

—¡Reese! —gruñí—. No te lo dije antes, pero te lo digo ahora. No me pongas en evidencia.

—No te pongo en evidencia, solo digo lo que hay.

—Ándate con ojo, Reese. Puede que nos nombre *persona non grata* —intervino Travis.

Luke se rió:

—Habla por ti, hermano. Yo estoy aquí hoy por una sola razón: darle por culo a nuestro hermano mayor hasta que no aguante más.

—Esa boca, Luke —dijo la abuela, que al parecer podía escucharnos desde el otro lado de la habitación.

—Oh, abuela, es una batalla perdida. Se pasan el día diciendo palabrotas, incluso delante de mí —intervino Paisley.

—No tiene sentido llamarles la atención, ¿verdad? —comentó la abuela, que sacudía la cabeza decepcionada. Luego miró a Liz—: Liz, me han dicho que vas a abrir una pastelería.

—Es cierto, Beatrice.

—Por favor, llámame abuela.

—Vale, abuela —respondió con una sonrisa—: Ya he firmado el contrato de arrendamiento del local, y tuve la fortuna de que el negocio anterior estuviese relacionado con la repostería. Quedan algunos detalles más de los que tengo que encargarme, pero abriré dentro de dos semanas.

—¡Eso es espléndido! —comentó la abuela—. Estoy deseando conocerla.

—¿Qué te hizo decantarte por una pastelería? —preguntó mi madre.

Me puse al lado de Liz y le puse un brazo en la espalda.

—Llevo toda la vida soñando con abrir una —respondió—, y el año pasado tuve un susto de salud bastante importante y me hice la promesa de que lucharía por cumplir mi sueño. Tenía ahorros porque nunca he sido de gastar mucho, y desde que me mudé a Chicago me he matado a trabajar.

Asentí:

—Eso lo puedo confirmar.

—Los próximos dos años serán cruciales, y tengo que estar a tope.

—¿Dos años? —inquirí con el ceño fruncido.

—Es el plazo que me he dado para que el negocio sea rentable. Si no lo consigo... Bueno, el plan original era volver a casa.

¿Qué cojones? Nunca había mencionado ese dato.

La atmósfera del salón cambió. Luke y Travis me miraban, y les hice un gesto con la ceja. El mensaje estaba bien claro: ni una palabra.

Mi madre siguió preguntando por el tipo de dulces que Liz planeaba vender, pero yo había desconectado. No dejaba de pensar en lo que acababa de decir.

Dos años. Volver a casa.

Decidí en ese mismo momento que nunca lo permitiría. No perdería a Liz, pasara lo que pasara. Su lugar estaba a mi lado.

Cuando Liz fue a la otra habitación a sentarse con todos en el sofá, Travis y Luke se acercaron a mí y me pidieron dos cafés más.

—¿Qué es eso que ha dicho Liz de dos años? —preguntó Travis.

—Es normal fijarse plazos en todos los negocios —respondí en tono cortante.

—Sí, sí. Eso lo sé. Gracias por el dato, pero acabo de vender una empresa por cientos de millones.

—Y no paras de recordárnoslo —intervino Luke, que centró la mirada en mí cuando le di el café—. Esto que os tenéis entre manos, ¿es serio?

—Por supuesto que es serio —contesté.

—Entonces, ¿por qué no tiene claro que si intenta irse te la echarás al hombro y la encerrarás en esta casa? —preguntó Travis—. A menos que no le hayas dejado bien claro ese punto.

Le di a mi hermano una palmadita en el hombro:

—Tú tienes tu manera de hacer las cosas, y yo tengo la mía.

—Siempre y cuando tu manera de hacer las cosas no te haga perder a tu chica, supongo que no hay problema.

Capítulo Veintidós

Liz

Tener mi propio negocio era un sueño hecho realidad para mí, pero había subestimado la cantidad de trabajo que implicaba. A pesar de que mi abogado buenorro se encargaba del aspecto legal y los permisos, seguía habiendo una lista interminable de cosas por hacer.

Estaba orgullosa de las dos empleadas que había contratado: una auxiliar de repostería y una dependienta. Entre las tres, podríamos hacer grandes cosas.

Una soleada mañana de domingo, un mes después de la primera visita al local, estaba lista para hacer una prueba. Visité a Helen a primera hora de la mañana con un *strudel* cuya receta había perfeccionado, y que le encantó. Estaba muy emocionada por añadirlo a la carta. La inauguración oficial sería el lunes, y todo estaba preparado para dejar al mundo boquiabierto.

Helen me apoyó mucho. Llevaba un mes llevándole todo tipo de dulces, porque estaba probando nuevas recetas, y no hubo nada que no le gustara. Esa mujer sí que tenía debilidad por lo dulce.

Salí de la pastelería para enseñarle a mis padres, con los que estaba haciendo una videollamada, el letrero y el escaparate de la tienda. Se llamaba *Dulces Caprichos*. En el letrero aparecía el nombre en letras blancas cursivas sobre fondo rosa.

Abrí la puerta y entré. La pastelería era diminuta. Los clientes tenían que recoger el pedido en el mostrador; no había hueco para poner mesas. El expositor estaba dispuesto en filas, para que pudieran ver los productos de un solo vistazo. Tras el mostrador había maquinaria variada, así como las mesas de trabajo. En la trastienda tenía una sala de trabajo con más maquinaria, un almacén y un baño, solo para empleados.

Hasta el último rincón estaba limpio y decorado a mi gusto. Los azulejos del suelo y las paredes eran blancos, y había tazas de colores de decoración y carteles con frases para subir los ánimos por todas partes. Mi favorito decía “*El mundo es de aquellos que lo disfrutan*”. Todos los carteles iban acordes a la imagen corporativa: letras blancas en cursiva sobre fondo rosa. También había cambiado el mostrador por uno de granito, que iba mejor con mi combinación de colores.

Era acogedora, exactamente como la llevaba imaginando desde que era niña.

También tenía cartas y tarjetas de visita junto a la caja registradora, para que los clientes las compartieran con familiares y amigos. Confiaba en que el boca a boca sería uno de los mejores métodos de promocionar el negocio.

—¿Qué os parece?

—Cariño, estamos muy orgullosos de ti —dijo mi madre.

—Pero que muy orgullosos —coincidió mi padre—. Lo has logrado, nena.

—Es solo el comienzo del viaje —contesté.

—Vale, pero no le restes importancia —opinó mi padre—. Te pusiste la meta de abrir la pastelería en un año, y lo has logrado a los nueve meses. Siéntete orgullosa. ¡Te lo has ganado!

—Eso es verdad —concedí—. En realidad, he superado mis expectativas.

Nos reímos, ya que aún tenía que lograr que fuese rentable, lo que me llevaría un tiempo.

—¿Cuándo tienes pensado abrir? —preguntó mi padre.

—Mañana. Hoy voy a pasar el día preparando algunas recetas nuevas, solo para familiarizarme con cómo funciona todo, y mañana estaré lista para empezar. La auxiliar y la dependienta también empiezan el lunes.

—Ojalá pudiéramos estar allí, cariño —se lamentó mi madre.

Ninguno de ellos pudo pedir el día en el trabajo.

—No os preocupéis —contesté, a pesar de que tenía una punzada en el pecho. A mí también me habría gustado que hubiesen podido venir—. Podemos hacer una llamada grupal en Zoom. —A veces lo hacíamos, sobre todo cuando a mi madre se le ocurría alguna receta nueva o tenía alguna idea, y nos quedábamos horas charlando. Era como si estuviéramos todos juntos... Por separado—. Tengo que colgar, me llama Declan.

—Claro, dale recuerdos.

—Lo haré.

En cuanto colgué, respondí a su llamada:

—¿Cómo está el abogado más sexy del mundo?

Entre risas, me dijo:

—¿Eso existe?

—No sé. Pero si nadie ha hecho una lista, deberían hacerla. Tú serías el número uno. Aunque en realidad, ahora que lo pienso, es una idea terrible. Todos sabrían lo bueno que estás, y eres todo mío —rectifiqué con una risita—. Bueno, ¿a qué se debe tu llamada?

—Tengo que pedirte un favor.

—Claro.

—Mi tío ha tenido a su hija. Acabamos de recibir *ahora mismo* la noticia de que el bebé ya ha nacido.

—¡Enhorabuena!

—Bueno, a lo que voy, la abuela está bastante afectada. Quería subirse al primer avión para Londres, pero mi tío le ha pedido que espere un par de semanas.

—A ver, puedo entender a ambas partes. Cuando nació mi sobrina, me fui a casa en el primer autobús que salió. Mi hermana se alegró mucho de verme, pero también estaba muy liada con Amy y quería algo de privacidad.

—La abuela está pasando el día con Paisley, pero Tate y yo hemos hablado. Les vendría bien hacer algo que no sea pasar el rato en casa de Tate o ir al lago, y se me ha ocurrido que quizás podrían pasarse por tu pastelería.

Sonreí de oreja a oreja y asentí, sin darme cuenta de que no podía verme:

—Claro, por supuesto que pueden venir. Voy a encender los hornos, pensaba pasarme el día cocinando. Pueden echarme una mano.

—Gracias, Liz. Se lo diré.

—Y obviamente, tú también puedes venir si quieres.

—Tengo un montón de cosas que hacer hoy, sabes que si no lo haría. —Su voz me sonó un poco extraña, y me mordí el labio.

—Vale, no pasa nada.

Maldita sea. Tenía la esperanza de poder disfrutar de ese día tan especial con él, pero tendría que ser en otro momento. Sabía que estaba ocupado. La reunión con Malcolm era el martes, y tenía que prepararse.

—Se lo diré, supongo que estarán allí en cosa de una hora.

—Genial —dije, emocionada por verlas a los dos.

Tras colgar comencé con mi rutina de música, esa que siempre volvía loco a Declan. Ya había limpiado todo a fondo y colocado los suministros que recibí el día anterior. Quería fregar el suelo una vez más antes de ponerme manos a la obra.

Miré por la ventana y mi rostro explotó en una sonrisa. Chicago estaba llena de gente incluso un domingo por la mañana. El emplazamiento era sencillamente perfecto. Vi cómo algunos transeúntes miraban adentro, a pesar de que el letrero de la puerta aún decía “Cerrado”. Les saludé con la mano y les dije: “¡Abro mañana!”.

Estaba tan emocionada que contaba los minutos para la gran inauguración.

Subí la música y fregué el suelo mientras cantaba a todo pulmón.

Tengo mi propia pastelería en Chicago. No me lo podía creer.

Estaba tan inmersa en lo que estaba haciendo que no noté que tenía compañía hasta que alguien llamó a la puerta. Me di la vuelta y vi a la abuela y Paisley fuera. Fui corriendo a abrirles la puerta:

—¡Hola! —saludé mientras entraban.

—Hola, Liz —saludó la abuela—. ¡Esto tiene una pinta maravillosa!

—¡Hola! —exclamó Paisley, que miraba a su alrededor con entusiasmo—. ¡Es una pasada!

—Gracias. ¿Queréis que os haga una visita guiada? —les ofrecí.

—Claro —dijo la abuela, silbando mientras se empapaba de todo—. ¡Liz, querida, te has superado a ti misma!

—Acabo de fregar el suelo y todavía está un poco mojado, así que id con cuidado.

—No queremos molestar —me dijo la abuela.

—Tonterías. Vosotras no molestáis. Y por cierto, enhorabuena. Me he enterado de que has vuelto a ser abuela.

—Sí, es cierto. ¿A que parece increíble? —comentó con una luz en la mirada—. Estoy deseando conocerla.

—Seguro que sí. ¿Cómo se llama?

—Alma. ¿A que es precioso?

—Sí que lo es. —De repente me vino una idea—. ¿Te gusta la repostería?

—Me encanta. Antes solía pasar mucho rato con las manos en la masa —contestó la abuela.

—Perfecto, porque estoy probando el horno y la maquinaria. Quiero confirmar las temperaturas y los tiempos de horneado para que todo esté a punto para los clientes de mañana.

La abuela asintió:

—Eso es muy inteligente por tu parte.

—¿Queréis cocinar conmigo? —les pregunté.

—Síiiii —exclamó Paisley, dando palmas.

La abuela sonrió de oreja a oreja:

—Dinos lo que tenemos que hacer.

—Paisley, ¿me ayudas a sacar los ingredientes del armario? —le pedí.

—Claro, ¿significa eso que puedo venir aquí y comprar dulces siempre que quiera?

—Esto... —dije, sin saber qué responder. Estaba bastante segura de que la respuesta era negativa—. Le preguntaremos a tus padres.

Paisley apartó la mirada, lo que me indicó que le había dado la respuesta correcta.

—Ponme a trabajar —dijo la abuela—. Esta es tu cocina, y eres tú quien manda. Dame instrucciones y las seguiré.

—Me parece bien. Déjame reunir los ingredientes primero.

Paisley y yo fuimos a la trastienda:

—Será mejor que te recojas el pelo, o se te llenará de harina —le aconsejé, y le ofrecí mi muñeca—. Puedes coger una de mis gomas. Siempre tengo unas cuantas a mano.

—Ohh, qué buena idea. Yo siempre las pierdo. ¿Puedo coger la rosa?

—Claro. —Una vez se hubo recogido el pelo, le pregunté en voz baja—: ¿Cómo ves a la abuela?

—Está un poco molesta porque no tiene claro que a mi tío abuelo le haga mucha gracia que vaya a Londres.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí.

—Pego mucho la oreja en las conversaciones ajenas —confesó, lo que me hizo reír.

—¿Entonces a la abuela le gusta la repostería? —pregunté a continuación, para asegurarme de que no me lo había dicho por educación.

—Le *encanta*.

—Maravilloso. Me preocupaba un poco ponerla a hacer algo que no le gusta.

—Hace una tarta de manzana increíble.

—Humm, ese habría sido un buen plan para hoy. No tengo manzanas, pero haremos muchas otras cosas.

—Me alegro de haber venido —dijo Paisley—. Fue idea de mi tío Declan. Dijo no sé qué de que tú eres capaz de alegrarle el día a cualquiera.

—Ah, ¿así que dijo eso de mí?

Estaba radiante de felicidad, y agradecida de haber tenido tal impacto en él. Llené dos cestas con ingredientes, puse los artículos más ligeros en la de Paisley y salimos de la trastienda.

Tenía mantequilla y huevos en la nevera, y mis tazas medidoras ya estaban en el mostrador. La abuela miraba la báscula con admiración.

—¿Puedo medir los ingredientes? —preguntó.

—Claro. Déjame sacar la harina y el cacao. Vamos a hacer *brownies*, galletas con pepitas de chocolate, magdalenas y una tarta de café.

El rostro de la abuela se iluminó:

—Me parece un plan fantástico. ¿Tienes manzanas? Mi tarta de manzana es para chuparse los dedos.

—Paisley ya me ha hablado de ella, pero por desgracia no tengo.

—No pasa nada. Ya tenemos suficiente entre manos. ¿Por dónde empezamos?

Ya parecía estar más contenta. Era la magia de la repostería. Aun cuando sentías que el mundo giraba fuera de control, la repostería tenía algo que te devolvía el equilibrio. Ya fuese porque estabas siguiendo los pasos o el acto físico en sí, al final lograbas un producto perfecto. Siempre había pensado que más gente debería cultivar esa afición.

Les expliqué el orden de los pasos y cuánto necesitábamos de cada ingrediente, y luego encendí el horno para que estuviera caliente cuando lo necesitásemos.

Me reí al ver que la abuela lo medía todo dos veces.

—¿Qué? —preguntó.

—Declan también quería que lo midiera todo a conciencia cuando hicimos *brownies*.

La abuela se quedó perpleja, y alternaba la mirada entre Paisley y yo.

—¿Mi nieto hizo *brownies*?

—Esto... Sí —dije, y sentí sus ojos clavados en mí—. Tuvo un día duro, y pensé que le ayudaría a relajarse. Creo que funcionó.

—¿Y cómo salieron? —preguntó Paisley.

Me sonrojé al recordarlo. *Santo cielo*. No podía decirles que nunca llegamos a terminarlos.

—No lo hizo nada mal —me limité a contestar.

—Me gustas para mi nieto —susurró la abuela.

—Gracias —contesté—. Entonces, ¿le enseñaste tú a medir los ingredientes?

—Es posible —respondió la abuela—. Ha sido muy concienzudo toda su vida, incluso de niño. Siempre se aseguraba de que todo fuese perfecto, justo como él quería. Es un perfeccionista. Y siempre he pensado que, al ser el mayor, trataba de tener bajo control a los demás, que parecían decididos a darnos todos los disgustos posibles. El grupo necesitaba alguien sensato al mando, y él asumió ese papel sin darse ni cuenta. —Hizo una pausa, y había tanto amor en sus ojos que también me puso feliz—. Declan me ha dicho que echas de menos a tu familia.

—Mucho —confesé apretando una mano contra el pecho, que me dolía solo de hablar de ellos—. Son la bomba y les extraño muchísimo, pero para poder abrir la pastelería tenía que mudarme a la ciudad. Nuestro pueblo ya tiene dos, más que suficientes para un sitio tan pequeño. No llega a los mil quinientos habitantes. Así que aquí estoy.

—Eres una mujer decidida. Eso me gusta de ti.

—Vas por la vida pateando culos —añadió Paisley.

La abuela la miró con cara de enfado:

—Jovencita, ¿ya vas a empezar con las palabrotas? Tienes solo *diez* años. Tus tíos no empezaron a decirlas hasta los doce.

Paisley apretó los labios, tratando claramente de reprimir una sonrisa:

—No, abuela. Me portaré muy bien, te lo prometo.

—Vamos a la faena. Yo me encargo de los huevos, y la abuela de medirlo todo. Paisley, ¿puedes llenar esta taza con agua?

—¡Hola! Tengo diez años. Puedo hacer algo más difícil que eso.

—No te preocupes, vas a hacer un montón de cosas, pero empieza por eso. Bueno, ¡al lío!

Seis horas más tarde teníamos dos bandejas de *brownies* y magdalenas, así como dos tartas de café y galletas con pepitas de chocolate. Todo había salido riquísimo, y estaba encantada con los hornos y la maquinaria.

Paisley hacía fotos de todo, y le envié unas cuantas a Declan y a mi familia, ya que no podían estar presentes.

—Esto va a ser épico —exclamó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, hablaba sola.

—Yo a veces también lo hago, pero me da la impresión de que estás ocultando algo.

Paisley miró a la abuela, y cuando me giré para mirarla me esquivó la mirada.

Guau, ¿en serio?

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, escamada.

—A ver, es que tenemos todas estas cosas ricas para comer, y solo estamos nosotras tres —dijo la abuela en un tono sospechosamente inocente.

—Le hemos enviado algunas fotos a la familia, y vienen todos de camino —explicó Paisley.

—¿Qué? ¿Vienen a la pastelería?

—Pues sí, así es —confesó la abuela—. A Declan no le hará gracia que te lo digamos, quería darte una sorpresa. Imagino que se la hemos estropeado.

—¿Una sorpresa? —dije, poniendo una mano en la cadera y pasándome la otra por el pelo antes de darme cuenta de que seguía teniendo un poco de harina.

Fantástico. Seguro que estoy muy atractiva...

—Pero me dijo que no podía venir.

La abuela se rió:

—Pues claro, ya te he dicho que era una sorpresa.

Capítulo Veintitrés

Liz

¿Sería ese el motivo de que llevase toda la mañana dándome largas por teléfono?

—Bueno, y ¿quién viene exactamente?

—Eso es mejor que te lo digan ellos mismos —respondió Paisley.

Vaya, vaya, qué chica más bromista. Sus padres no lo tendrán nada fácil en unos años, cuando sea adolescente. La abuela dijo que los chicos Maxwell siempre estaban maquinando para darles disgustos, pero las chicas podían ser igual de revoltosas. Mi hermana y yo éramos la prueba de ello.

—¿A qué hora llegan? —pregunté.

—En unos... dos segundos —respondió la abuela, que señalaba la puerta.

Mi estómago dio un salto mortal cuando la puerta se abrió y vi entrar a Declan, seguido del clan Maxwell. Llevaba un enorme ramo de flores. Se las cogí mientras un millón de mariposas me revoloteaban en el estómago.

—Gracias —musité. Las puse en un jarrón, en el punto más alejado del calor del horno.

Declan lucía una sonrisa de oreja a oreja, que se iluminó aún más cuando me dijo:

—Quería que fuese una sorpresa.

—Lo sé. La abuela me lo dijo.

Declan refunfuñó:

—¡Abuela, venga ya! Ni siquiera me has dejado decirle que quería sorprenderla.

Esta sonrió, con cara de cordero degollado:

—Solo quería ponerla sobre aviso.

—Y te lo agradezco —respondí. No me dio tiempo de cambiarme, ni siquiera de limpiarme los pegotes de masa de la frente, pero aún así era mejor que nada.

Tras Declan entraron Tate y Lexi. Era encantador ver cómo los ojos de Tate, que entró agarrado a su prometida, se iluminaron al ver a su hija.

—El local tiene una pinta increíble, y el olor es aún mejor. Y nos han dicho que necesitas mucha ayuda para comer todo lo que habéis preparado —dijo Lexi.

Luke, Travis y Tyler entraron a continuación. Kendra iba del brazo de este último.

—Oye, no, no —dijo Travis, dando palmas para atraer la atención de la familia—. Formad todos una fila en la calle.

—¿Por qué? —preguntó Declan.

—Tengo un plan. Si la gente nos ve haciendo cola, querrán saber qué está pasando.

—Pero no estoy abierta al público —repuse nerviosa.

—Eso es lo de menos. Es importante montar revuelo, y la mejor manera es hacerlo tú misma.

—¿Fue así como consiguió tener tanto bombo tu empresa? —inquirió Luke, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Joder, pues claro. Por supuesto que lo hice. ¿Y qué crees que pasó? Que la gente empezó a interesarse. *Influencers, bloggers...* Vamos, somos un porrón de Maxwells. Es la maniobra perfecta. Alguien debería hacernos una foto.

Vaya, parece un plan sin fisuras.

Luke volvió a darle palmaditas en el hombro:

—Hermano, si cualquiera publica una foto nuestra en Instagram, nos reconocerán más de cien personas. No estoy seguro de si eso ayudará a Liz o no.

—Vale, entonces sin fotos. Pero aun así hay que hacer cola —concedió Travis.

—Pero tenemos dulces de sobra para todos —repuse.

—Y daremos buena cuenta de ellos —respondió Travis en un tono muy serio—, pero cada cosa a su debido tiempo. Vamos, poneos en fila uno detrás del otro.

—¿Sabes qué te digo? Creo que es muy buena idea —opinó Kendra—. De todas formas, no podemos comérmolo todo de una sentada. Así generaremos interés, les diremos cuándo abres y volverán.

Declan me miró:

—¿Tienes vigente ya el seguro de responsabilidad civil, en caso de que aparezca alguien que no sea de la familia?

—Sí, entra hoy en vigor.

—Venga ya, hermano, relájate —le dijo Tyler.

Luke negó con el gesto:

—Imposible. No sabe qué significa esa palabra.

—Oye, deja en paz a mi chico, solo está cuidando de mí. —Y eso me tenía en una nube. En la nube más alta de todo el cielo. En ese momento me sentía la chica más afortunada del planeta—. Entonces dame un minuto. Tengo que ir a la parte de atrás para ponerme presentable.

—Claro —contestó Travis.

—Te acompaño —añadió Declan.

—Genial.

Di media vuelta, y de camino al baño podía sentir su presencia justo detrás de mí. Entré, y él también entró y cerró la puerta con pestillo.

—Estoy hecha un desastre —dije al mirarme al espejo.

—Liz, ¿estás bien?

—Sí, de maravilla. Solo estoy super, supernerviosa. Mira, tengo harina en el pelo.

Me puso las manos en los hombros y me giró para que lo mirase:

—Cariño, si quieres puedo hacer que se vayan. Créeme, sé mejor que nadie lo intensos que pueden ser.

—No, esto es una pasada. Aunque por supuesto no me esperaba que vinieran tantos.

—Yo tampoco —murmuré.

—¿Estás hablando de la sorpresa que la abuela ha arruinado?

—Sí —respondió mientras me acariciaba los labios con el pulgar. Sentí un escalofrío, y el vello de todo el cuerpo se me erizó en un instante—. El plan original era solo para nosotros dos. Quería cuidar de ti y mostrarte cuánto te amo.

Se me atascó el aire en los pulmones:

—¿Me amas? —susurré.

—Mierda. No tenía pensado hacerlo así, en el baño de la pastelería mientras toda mi familia hace cola en la puerta.

—Yo también te amo. Muchísimo. ¡Dios mío! Este día está siendo aún mejor de lo que esperaba —respondí.

Me puse de puntillas para darle un beso rápido. Y acto seguido me puso una mano en la espalda para atraerme a él y profundizar en el beso.

Un calor comenzó a recorrerme el cuerpo, pero antes de que las cosas se pusieran demasiado picantes retrocedí y carraspeé:

—No, no. Tengo que adecentarme.

Estaba en una nube. No me lo podía creer. Todos los poros de mi piel irradiaban felicidad, y sentía el corazón más grande que el cuerpo.

Declan me ama.

Me di la vuelta y me miré en el espejo:

—No hay manera de arreglar este desaguizado. —Traté de quitarme la harina del pelo mojándome la mano y recorriendo los mechones con rayas blancas. No sirvió para nada. De hecho, solo lo empeoró.

Declan se echó a reír y me besó el lado derecho del cuello:

—Eres repostera, Liz. Que se te note. Un poco de harina en el pelo te hace más auténtica.

Me reí y puse la mano derecha en el brazo que tenía alrededor de mi cintura para apoyarme en él:

—Vamos a quedarnos así un minuto.

—Claro —susurró mientras me besaba la coronilla—. Hueles a azúcar.

Cerré los ojos y disfruté de la sensación de sentir cómo envolvía mi cuerpo.

—Vale, ya ha pasado el minuto. Vamos —anuncié, y abrí los ojos.

Declan me clavaba la mirada en el espejo.

Oh, no, no, conozco esa mirada. Estaba teniendo pensamientos picantes, y no teníamos tiempo para eso.

—Venga, fuera de aquí —le ordené, y abrí la puerta del baño.

Cuando volvimos al mostrador, Travis golpeteaba con el pie en el suelo mientras observaba al grupo. Era obvio que todos llevaban en la sangre ese ramalazo mandón. Declan se acercó a donde estaban Tate y Lexi.

—Me pregunto quién acabará cediendo —me susurró la abuela—. Este tipo de escena siempre es fascinante.

—Son todos igual de mandones, ¿verdad? —susurré a mi vez.

—Puf, no te haces a la idea.

—¿Cómo es que no se matan entre ellos?

—Se turnan para dejar que uno dirija al resto. Es una especie de acuerdo tácito. Por lo general el que tiene la mejor idea gana, y tengo que decir que Travis ha dado en el clavo.

La abuela se acercó al otro lado del mostrador y se puso a hacer cola en un lado de la tienda. Toda la familia la siguió. ¿Fue la actitud mandona de Travis lo que les convenció? ¿O fue que la abuela tomase la iniciativa?

—Ve despacito —dijo Travis—. Necesitamos que la gente vea la cola.

—Hecho —respondí, riéndome para mis adentros. *Dios, este chico es de lo que no hay.*

Pero algo sucedió cuando miré a Paisley a los ojos y le pregunté:

—¿Qué te apetece tomar? —Me sudaban un poco las manos y me sentía cohibida, como si estuviera atendiendo a una cliente de verdad.

—Uno de cada, por favor.

—Paisley, ¿has merendado algo ya? —preguntó Tate en tono calmado.

—No, palabrita del niño Jesús. Puedes preguntarle a Liz.

—No, no ha merendado aún —confirmé—. Queríamos tenerlo todo listo antes de comer, y cuando habéis llegado estábamos esperando a que se enfriasen.

—Entonces de acuerdo —consintió—. Puedes pedir uno de cada, pero no te lo vas a comer todo hoy. Guarda un poco para mañana.

—De acuerdo —dijo Paisley en tono obediente, aunque pude ver un destello en su mirada.

Cogí una caja, que me pareció increíble que tuviese el logotipo de mi pastelería, y la llené con un trozo de cada dulce. El *brownie* y el pastel de café estaban cortados en trozos perfectos e iguales, y di las gracias a todo lo que aprendí mientras trabajaba en el *catering*. Como siempre había cocinado para amigos y familiares, mi presentación solía ser más bien descuidada. La experiencia con Richard me enseñó a prepararlo todo de un modo que fuese agradable a la vista de los clientes.

Cerré con cuidado la caja y se la di a Paisley. La siguiente era Lexi:

—¿Qué te apetece tomar? —pregunté.

—Quiero también uno de cada —contestó.

Les miré escamada:

—¿Todo el mundo va a pedir uno de cada?

—Seguramente. Pero así lograremos que la fila no se acabe nunca.

—Es la idea de Travis, y le estamos siguiendo la corriente —dijo Tate—. Al menos esta tarde.

Así que la abuela estaba en lo cierto. Se turnaban para dirigir al grupo. Eso era algo que me convendría aprender de ellos. Mi hermana y yo discutíamos hasta que una se rendía, exasperada, y entonces la otra se declaraba la ganadora.

La siguiente fue la abuela, seguida de Luke y del propio Travis. Para mi asombro, ya había tres personas detrás de Declan al final de la cola.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. Hay clientes de verdad en la fila.

—Sí —dijo Travis, triunfante—. Por fin. ¿Veis? Es la prueba de que mi idea funciona.

—Nunca dudamos de ti, hermano. Solo teníamos que darte algo de caña porque te has puesto a dar órdenes como si fueras el dueño de la pastelería —se justificó Tyler.

—Solo os aconsejaba —repuso Travis, defendiendo su postura.

—Sí, pero te has puesto muy mandón —intervino Luke.

—No me importa. Me gusta recibir consejo de un experto. Pero no quiero abrir la caja hoy. Estoy sola, así que tardaré una eternidad en servirlo todo, y tardaría aún más si les cobro. Les diré que hoy invita la casa.

Travis indicó su aprobación con el pulgar:

—Si haces eso, te aseguro que otro día volverán a por más. Tengo otra idea —añadió mientras miraba a su alrededor—. ¿Cuántos dulces tienes?

—No sé, supongo que para unas veinte o treinta personas.

Travis asintió:

—Me sirve.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—Un amigo mío tiene un *blog* de comida. Haré una foto de la gente haciendo cola y le diré que la publique y que avise de que se servirá por orden de llegada y de que solo tienes suficiente para veinte personas. Y ya veremos qué pasa.

—Gracias —respondí, atónita—: No me esperaba tener tanto ajeteo esta tarde.

—Ni yo tampoco —intervino Declan, que miraba a su hermano con cara rara. Tendría que preguntarle a qué se debía.

Al fin llegó su turno, y mientras preparaba su caja le pregunté:

—¿A qué se debía esa mirada que le lanzaste a tu hermano?

—¿Qué mirada?

—Una que era mezcla de irritación y asombro.

—Asombro porque ha sido una gran idea. E irritación porque tengo planes para ti y para mí. Primero la familia me estropea la sorpresa, y ahora es probable que una horda de clientes la arruine del todo.

—No sabemos cuánta gente se presentará. La pastelería no está ni abierta.

—Tú espera, ya verás. Me gusta darle carga a mi hermano, pero es un genio.

Y resultó que Declan tenía razón. En quince minutos había una enorme cola, que no dejaba de crecer. No quería que nadie se fuese con las manos vacías, así que se me ocurrió hacer porciones más pequeñas para que todos se fuesen con algo.

—Liz, ¿necesitas ayuda? —preguntó la abuela.

—No, no. Puedo con todo —respondí—. Además creo que soy la única que puede estar de este lado, por el seguro y todo eso.

La abuela puso los ojos en blanco:

—Oh, chica, por el amor de Dios, si me resbalo y me rompo la pierna no te voy a denunciar para que me cubra tu seguro.

—Gracias, pero de verdad que puedo hacerlo yo.

La idea de Travis me había inspirado otra. ¿Y si hacía eso de manera regular? A última hora podía preparar una nueva hornada y dar muestras a todo el que se presentara, por orden de llegada. Decidí comentárselo más tarde para que me diera su opinión.

Cuando el primer cliente *de verdad* llegó al mostrador, sonreí y le dije:

—Te voy a poner una selección de todo lo que tengo disponible hoy. La apertura oficial es mañana.

—¿Y es gratis?

—Sí, gratis.

—¡Genial! Entonces me parece bien todo lo que quieras poner en la caja.

Mi sonrisa se ensanchó aún más, y empecé a preparar el pedido. Sabía que era una tontería, pero no podía evitar pensar que era un gran presagio. Ni siquiera era mi primer día y ya tenía clientes, y todo era posible gracias a la maravillosa familia Maxwell.

Y Declan me ama.

¡Mi vida no puede ser mejor!

Capítulo Veinticuatro

Liz

Llegamos a casa pasada la medianoche, y los dos estábamos agotados. Cerré la panadería a las diez, después de regalarlo todo, pero Tate nos sorprendió con unas botellas de champán y nos quedamos un rato más.

—Podría dormir diez días seguidos —comenté. Cuando abrí la puerta principal y miré la sala de estar me quedé de piedra. Estaba llena de flores de nenúfar, mis favoritas.

—Dios mío, Declan. ¿Son para mí?

—Por supuesto —dijo en voz baja, y me besó en la mejilla y la sien.

—No me lo creo.

—Te dije que te había preparado una sorpresa.

—Es una preciosidad. Gracias. ¿Cómo has sabido que son mis flores favoritas? No recuerdo habértelo dicho.

—No, pero sé cómo conseguir lo que quiero.

Le miré escamada:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Puede que haya llamado a tu madre.

—¿Qué? ¿Pero tú eres de verdad? —El corazón me galopaba en el pecho—. No me lo creo.

Quería echarle los brazos al cuello y robarle la vida a besos. Pero lo cierto es que mi olor corporal no era el más agradable. Poco antes de terminar en la pastelería, por accidente acerqué demasiado la nariz a la axila y, efectivamente, había que tomar medidas. Necesitaba asearme sin falta.

—¿Por qué no vamos al baño de arriba? —sugerí—. Necesito desesperadamente agua y jabón.

Declan me miró con los ojos llenos de picardía:

—Tú primero, cariño.

Una vez en el baño me di una ducha rápida, pero al salir tuve otra idea. Puse a llenar la bañera con unas sales de baño que Declan guardaba en una cesta debajo del lavabo. También puse un condón junto a una de las patas de la bañera. Me encantaba que tuviera una bañera con patas.

Me estaba sumergiendo en ella, aunque no estaba ni medio llena, justo cuando él entró:

—Pero bombón, ¿qué haces aquí?

—Me estoy dando un baño, y te invito a acompañarme.

Declan sonrió:

—Me daré una ducha rápida antes de hacerte compañía.

—Perfecto. Aquí se está de maravilla.

Me recosté contra la bañera y miré cómo se duchaba. *Santo cielo*. Ese hombre parecía de otro mundo, y estaba enamorado de mí.

Salió escasos minutos más tarde, envuelto en una toalla.

—Esta bañera es lo más sexy de toda la casa. A ver, el baño en su conjunto lo es, pero la bañera se lleva la palma. —La estancia estaba cubierta de azulejos de color verde oscuro, y la bañera con patas presidía en el centro de la habitación—. Es gloriosa.

Declan arqueó una ceja:

—Pensaba que yo era lo más sexy de la casa.

—Suelta la toalla y ven aquí.

Con una sonrisilla presumida enganchó un pulgar en la toalla y se la quitó. Nunca podría cansarme de ver cómo se desnudaba. Era demasiado delicioso, demasiado perfecto, y no me podía creer que fuese mío.

No podía quitarle los ojos de encima mientras se sumergía en la bañera. Me lo estaba comiendo con los ojos. En cuanto nuestras piernas se rozaron me di cuenta de que el plan para la noche no consistiría en darnos cariñitos en la bañera. Mi cuerpo pasó en un segundo, como un resorte, de relajado a máxima alerta.

Declan volvió a arquear una ceja:

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí. *Oh, Dios mío, es capaz de leerme la mente como un libro abierto—*. Estoy contenta. Ha sido un gran día, y está siendo una buena noche.

—Me alegro de que lo estés disfrutando, Liz. Has estado genial hoy.

—Oye, ¿qué era eso que tenías planeado para esta noche, además de las flores?

—¿Eso que mi familia arruinó? —preguntó con una risita.

—Sí. Y que conste que me ha encantado que aparecieran. Aunque nos hayan privado de pasar tiempo juntos.

Declan entornó la mirada:

—Acabas de perder el derecho a saber lo que había planeado.

—¡Vamos, venga ya! No es justo.

—Sí lo es.

Suspiré y me sumergí un poco más en el agua:

—Eres cruel. Pero aún así te amo.

Su mirada se enterneció:

—Y yo a ti, Liz —contestó, y entonces me agarró las piernas, apoyó mis pies en sus abdominales y los masajeó con delicadeza.

—Oh, esto es pura magia —dije con los ojos cerrados de placer. Sus pulgares recorrían la planta de mis pies y masajeaban todos los puntos de presión. Sin decir una palabra, pasó luego a mis pantorrillas—. Siento cómo los músculos se me derriten. Estoy relajadísima. Me podría acostumbrar a que me hicieran esto todos los días.

—Me lo apunto.

Abrí los ojos, sorprendida:

—¿Qué quieres decir?

—Te ayudaré a relajarte todos los días.

Me quedé esperando a que rematase con alguna gracia, pero me di cuenta de que hablaba en serio. Declan Maxwell era todo lo contrario a como pensé que sería.

Cambié de posición con torpeza para tratar de ponerme de rodillas. Por supuesto, salpiqué agua por todas partes hasta que logré quedar a horcajadas sobre él.

Cogió mis manos, que puso en sus hombros, y luego me acarició la cicatriz antes de agarrarme la cara:

—Eres preciosa.

—Me lo dices mucho.

—Porque lo pienso. Y necesito que lo sepas.

Con la otra mano agarraba la base de su polla erecta. Estaba peligrosamente cerca de mi coño, y presionó la cabeza contra mi clítoris. Jadeé, parpadeando asombrada. Sentía que podría correrme sin más si lo volvía a hacer.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Me encanta —murmuré sin aliento—. No pares.

Comenzó a mover su polla en pequeños círculos, sin alejarse demasiado de mi centro. Oleadas de placer se extendían por todo mi cuerpo. Jamás había experimentado algo así antes. Era distinto a cuando me tocaba yo misma, incluso a cuando él me devoró. Era una sensación totalmente diferente. Hice fuerza con las manos en sus hombros, y me tragué un suspiro al sentir que un orgasmo se iba formando en lo más profundo de mi vientre y que mis muslos se alzaban conforme iba acumulándose.

—¡Oh, Dios mío! —grité—. ¡Declan!

Enterré la frente en su cuello. Nunca había sentido un placer así, tan intenso y penetrante.

Entonces simplemente me derretí contra él antes de recuperar el aliento. Alargué el brazo fuera de la bañera y cogí el condón.

—¿Cuándo has puesto eso ahí? —preguntó, con una sonrisa diabólica en su bello rostro.

—Antes de meterme en la bañera. Pensé que nos podría venir bien, y al parecer acerté.

—Joder que si has acertado —respondió mientras se sentaba en el borde de la bañera.

Rasgué el envoltorio y le puse el condón, y entonces me mordí el labio, me coloqué sobre él y descendí con parsimonia. Volví a agarrarle los hombros mientras subía y bajaba, disfrutando de la sensación. No me había recuperado del todo del orgasmo, pero aun así me sentía muy cercana a él, como si ya le perteneciese.

Le acaricié el pecho y besé la base de su cuello y su nuez. Pero entonces sentí la necesidad de subir el ritmo. Necesitaba más fricción. Salía y entraba de él, pero no me bastaba, quería más velocidad.

Declan pareció leer mis pensamientos, o tal vez leyese mi cuerpo. Mientras me besaba con fuerza sentí que sus brazos me envolvían, y nos sacó a los dos de la bañera. Sabía que era fuerte, pero aun así me sorprendió que pudiera hacerlo con tanta soltura.

Salió de la bañera conmigo colgando de él, y se deslizó fuera de mí. Pensé que nos llevaría al dormitorio, pero no pasamos del tocador al lado del lavabo.

—Qué fuerte eres —le piropeé. Él puso unas toallas bajo mi culo y en torno a mi. Era sorprendentemente cómodo. Aunque no es que me importara; solo le quería a él.

Parecía un dios griego empapado. Recorrí sus abdominales con los dedos sin quitarle la vista de encima. Decidí tentarlo un poco más y me deslicé un poco hacia atrás. Me abrí de piernas, encajé los talones en los bordes del tocador y empecé a tocarme.

—Joder, Liz.

Su voz fue más profunda que antes. Cambiaba siempre que intimábamos. Se volvía aún más sexy, y eso que pensaba que era imposible. Me agarró la pierna izquierda, y la mantuvo doblada por la rodilla y apoyada en su brazo. Entonces se deslizó hasta lo más profundo de mí.

—¡Oh, Declan! —grité, y todo se intensificó. Lo sentí aún más dentro que antes. Cerré los ojos con fuerza mientras respiraba por la nariz, empapándome de la sensación. No era incómodo, en absoluto, solo inesperadamente delicioso.

Veía su reflejo en el espejo de la puerta: su espalda y su culo, la forma en que sus músculos se tensaban cuando irrumpía en mí una y otra vez. Aparté los ojos del espejo para mirarlo directamente. Cuando nuestras miradas se conectaron, de repente sentí un *electroshock*, como si nuestra conexión hubiese alcanzado un nivel muy superior. El placer me sometió más y más. Sentía mis entrañas en llamas. Entonces volé más allá del límite, y exprimí cada gota de mi intenso y vertiginoso orgasmo.

Estaba un poco mareada mientras nos limpiábamos. Después tomó mi mano y me llevó a la cama.

Entre bostezos dije:

—No sé qué me pasa. Hace unos minutos estaba llena de energía, pero se ha ido toda de golpe.

—Tenías mucha adrenalina, y ahora está bajando. Es normal.

Me metió en la cama y se acostó de lado, mirándome. Y aunque estaba exhausta, también me di la vuelta para mirarlo.

—¡No podría ser más feliz! —exclamé.

—Me encanta oírte decir eso. ¿Tengo yo algo que ver?

—Oh, claro. Muchísimo.

—Fantástico. Quiero hacerte feliz. Siempre. —Me besó la mejilla derecha—. Siempre. —Repitió la operación con la izquierda—. Siempre. —Recorrió con sus labios mi cuello y mi escote, lo que me hizo reír.

—Me haces feliz. Muy, muy feliz.

Capítulo Veinticinco

Liz

Dina, mi auxiliar de repostería, y yo, nos pasamos el lunes horneando, y se nos fue la mano. A Mónica, mi dependienta, se le daba genial convencer a los clientes para que comprasen más de lo que tenían previsto, pero aun así al final del día quedaron muchas sobras. No me preocupaba que se estropearan, porque ya había decidido que emplearía la táctica de Travis. No tenía ni idea de cómo contactar con su amigo *blogger*, así que hice algo mucho más sencillo cuando Dina y Mónica se fueron.

Escribí “Sobras gratis” en una enorme hoja de papel y la puse en la puerta. Quince minutos después, había cola en la puerta.

Salí a verla con una enorme sonrisa y frotándome las manos. Algunos clientes sacaban fotos del cartel. Puede que el nombre de la pastelería fuese sencillo, pero era fácil de recordar. También lo había puesto en todo el embalaje: las cajas para los dulces y las bolsas de papel, que eran lo bastante bonitas como para pasar por bolsas de regalo.

—¡Atención, todos! Voy a haceros una foto para promocionarme en redes sociales antes de ponerme tras el mostrador y atender hasta al último de vosotros.

La multitud comenzó a jalearse. Orienté el teléfono para que el letrero de la tienda destacase. Pensaba subir la foto más tarde, al perfil de Facebook de la pastelería. Solo tenía quince “Me gusta”, pero mi intención era estar activa e ir acumulando más seguidores.

Ya estaba bastante cansada, pues llevaba de pie todo el día, pero volví a entrar y con una sonrisa les repartí a todos cajas con sobras.

Para cuando terminé, acababan de dar las siete.

Después de girar el letrero, de “Abierto” a “Cerrado”, saqué el teléfono y le envié un mensaje a Declan.

Liz: ¿Sigues en la oficina?

Me respondió unos minutos más tarde:

Declan: Sí. Estoy empeñado en revisar todo lo que necesito para mañana. No quiero llevarme trabajo a casa esta noche.

Liz: ¿Te apetecería una visita sorpresa?

Declan: ¡Sííí!

Era la oportunidad perfecta para mimar a mi hombre. Desde que le conocí, o mejor dicho desde que dejamos de saltarnos a la yugular, me había estado colmando de atenciones, y quería devolverle el favor.

Me detuve en una pizzería que había cerca de la pastelería para comprar algo de comer. Ya había almorzado una porción esa tarde, y era sorprendentemente buena. Luego fui andando al edificio de Declan, en LaSalle Street. La tarde estaba perfecta para dar un paseo; hacía calorcito y la ciudad bullía de vida.

Cuando llegué al edificio, entré a paso tranquilo y fui directa al portero:

—Hola, vengo a ver a Declan Maxwell.

—¿Espera su visita?

—Sí.

—¿Nombre?

—Liz Watson.

—Correcto. Adelante, señorita. Está usted en la lista de autorizados.

Llegué hasta el ascensor y subí a su piso con paso vigoroso. Era mi primera vez allí, así que en realidad no conocía el camino, pero cuando salí miré el directorio y localicé de inmediato la oficina de Declan. Me pareció entrañable que compartiera el espacio con sus hermanos.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —pregunté.

La voz de Declan me llegó de algún lugar de la parte de atrás:

—¡Liz, ya has llegado!

Salí casi corriendo hacia su voz. Era la segunda puerta a la izquierda.

—Soy yo —dije al entrar.

Declan se levantó de su mesa y se me acercó:

—¿Qué traes?

—He comprado pizza para los dos. Pensé que te apetecería cenar.

—Gracias.

Me quitó la pizza de las manos con una sonrisa y la puso sobre el escritorio. Luego tiró de mí hacia él y me dio un beso que me sorprendió. *Vaya, vaya, alguien me ha echado mucho de menos.* El beso fue tan tórrido y visceral que todo mi cuerpo se estremeció. Me puse de puntillas y me apoyé en sus brazos para elevarme y poder besarle con la misma intensidad. Cuando se apartó, no pude evitar sonreír:

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Sí, pero no de pizza —respondió con un delicioso tono grave y brusco.

—Humm, pues ya somos dos.

—Cariño, aún me quedan unas cuantas horas de trabajo. ¿Quieres quedarte aquí y hacerme compañía?

—Sí, ese es el plan. Venga, siéntate y trabaja.

Hizo lo que le dije, aunque de mala gana. Me puse detrás de él y coloqué las manos sobre sus hombros para masajearlos.

—Qué delicia, cariño. Ahhh, maravilloso.

Presioné con mis pulgares ambos lados de su cuello, que recorrí de arriba abajo antes de volver a sus hombros, que encontré muy tensos.

—Liz, vamos a comer antes de que nos... dejemos llevar.

Le ignoré y seguí masajeándole los hombros.

—Pizza. Ahora —me ordenó.

—A sus órdenes —contesté. Cogí la pizza y me senté en un sofá que había a un lado del despacho, desde donde tenía una vista perfecta de Declan en su gigantesco escritorio de caoba. *Dios, qué sexy es. Un hombre poderoso.*

—Quiero estar preparado para cualquier situación que pueda darse mañana. Estoy revisando toda la jurisprudencia relacionada con las injurias.

Con el ceño fruncido repliqué:

—Pero me dijiste que la denuncia no tiene mucha base legal.

—Y no la tiene, pero me gusta estar preparado.

—Cómo no —contesté mientras mordisqueaba un trozo de pizza. Estaba comenzando a sentir el cansancio de todo el día, y bostezaba entre bocado y bocado.

Declan apartó la vista de sus papeles y me miró:

—Liz, estás agotada. Vamos, te llevo a casa.

—No, no, no, quiero estar aquí contigo. No pasa nada. Tengo un poco de sueño, pero encontraré algo que me mantenga ocupada. Quiero hacerte compañía.

Se me quedó mirando, sacudiendo la cabeza:

—Eres de lo que no hay.

—Oye, quiero estar aquí y contemplar toda esta sensualidad. No es precisamente una tortura. Y ahora me callaré y dejaré que te concentres en tu trabajo. No quiero ser la causa de que no estés preparado mañana, así que me estaré calladita.

Saqué mi teléfono para abrir la aplicación donde controlaba mis ingresos y gastos, pero un mensaje de Rose captó mi atención.

Solté un gruñido:

—Oh, no.

—¿Qué pasa?

—Rose me ha escrito. Amy tiene fiebre.

—Lo siento, cariño.

—Vaya por Dios. Está claro que tener hijos es una montaña rusa de emociones.

—Y que lo digas. Recuerdo cuando Paisley era un bebé. También estaba todo el tiempo enferma. Nos tenía a toda la familia en vilo.

Declan era un hombre muy familiar. Cuánto le amaba. Podía ser brusco de primeras, pero una vez que lo conocías era un buen hombre de la cabeza a los pies.

—Vuelve a tu jurisprudencia —dije apresuradamente—. No pretendía distraerte.

Cuando volvió a sus papeles, al fin abrí la aplicación de los ingresos y gastos. Se estaba convirtiendo en una pequeña obsesión jugar con los números y estudiar cuánto tendría que facturar al día para lograr mi objetivo de alcanzar el umbral de rentabilidad en dos años.

Hice algunas proyecciones basadas en casos prácticos que encontré en Internet, pero solo llevaba abierta un día. No sabía si entrar ya en pánico o esperar un poco, aunque lo razonable era lo segundo. Había calculado el promedio de ventas que necesitaría para cada día, pero es probable que tuviese que reajustar mis expectativas durante las primeras semanas.

Me repetía a mí misma que contaba con la ventaja de tener un buen colchón. Aunque eso no impidió que me pusiera a introducir números de un modo algo obsesivo.

—Oye, cariño, ¿qué te tiene tan enfrascada? —preguntó Declan de repente.

—¿Qué? Oh, ¿has terminado ya? —Me sobresalté al darme cuenta de que se había levantado y estaba recogiendo sus cosas para irse.

—Sí, llevas una hora sin despegar la vista del teléfono.

Puse los ojos como platos:

—¿Una hora? Guau.

—Sí, ¿qué estabas haciendo? ¿Has recibido noticias de tu hermana?

—No, estaba trasteando con una aplicación donde introduzco los ingresos y gastos —dije mientras me ponía de pie—. La verdad, me paso todo el tiempo libre trasteando con ella. Debería parar, pero necesito saber qué tengo que hacer para lograr ser rentable en dos años.

Declan se quedó muy quieto, con el ceño fruncido, y se me cayó el alma. ¿Pensaría que contaba con que me sacara del apuro si el negocio no funcionaba a los dos años? No quería que pensara que planeaba aprovecharme de su dinero o hacer que viniese en mi rescate cual caballero andante.

Carraspeé y le dije, en voz alta y un tono lo más ligero posible:

—De lo contrario, me tocará volver a Sunnyvale.

Sonreí, pero no me devolvió la sonrisa. Su mirada era aún seria, casi fría. Mi comentario no le pareció divertido. ¿Estaría enfadado?

—Venga, vámonos. Es tarde —se limitó a contestar.

El alma se me cayó más abajo del suelo, y no supe qué decir.

Bajamos al coche en silencio, y durante el trayecto pude sentir que seguía habiendo tensión entre nosotros. Estaba cansado, y no era el momento de hablar del tema. Decidí esperar a otro momento para aclararle que tenía varios planes pensados si no lo lograba, y que ninguno de ellos pasaba por que me prestase dinero. No pensaba hacerlo ni aunque me lo ofreciera. Tenía que hacerlo por mí misma.

Cuando llegamos a casa fuimos directos al dormitorio, aunque primero pasé por el baño. Había decidido romper esa distancia entre nosotros con un momento de pasión. Me duché, me puse mi loción favorita y me cepillé el pelo. Estaba lista para seducir a mi hombre. Amaba a Declan con todo mi corazón. Lo último que quería era que nuestra relación se resintiese porque se pensara que yo esperaba algo de él. Respiré hondo, abrí la puerta y me lo encontré profundamente dormido.

Era la primera vez que me pasaba, pero debía ser realista. Había trabajado más de doce horas. Normal que estuviese agotado.

Entré de puntillas en la habitación y me metí en la cama a su lado. Yo también estaba exhausta, pero no pude conciliar el sueño en un buen rato. Decidí que hablaría con él a la mañana siguiente. No dejaría que nada se interpusiera entre nosotros.

Pero cuando me desperté, encontré la cama vacía.

—¿Declan? —le llamé en voz alta. Salté de la cama y abrí la puerta del dormitorio.

—¿Declan? —No hubo respuesta. Bajé al salón y, al revisar el teléfono, encontré un mensaje suyo:

Declan: Buenos días, cariño. He salido de casa temprano. Espero no haberte despertado. He vuelto al bufete para algunas lecturas de última hora, y luego voy a recoger a Reese. Hablamos luego.

Liz: Vale. Buena suerte.

¿Debería decirle algo acerca de anoche? No, sería incómodo. Ya hablaría con él por la noche. Tenía un día importante por delante, y no quería que se preocupara por nada que no fuese su reunión.

No tuve mucho tiempo para pensar, porque también tenía que ponerme en marcha. Fui a mi casa, donde me cambié rápidamente y me preparé para la jornada. Aunque había llevado bastantes cosas a la casa de Declan, la mayoría de mi ropa y cosméticos seguían estando en la mía. Cuando acabé fui a la pastelería y comencé mi rutina matutina.

Me sumergí con Dina en los hornos y las masas, y me olvidé del mundo hasta que me sonó el teléfono. Era una llamada de mi hermana. Al instante supe que algo iba mal, porque Rose nunca me llamaba durante el día. No dudé y lo cogí:

—Rose, ¿va todo bien?

—No —contestó mi hermana llorando.

Me agarré el pecho y tuve que apoyarme en el mostrador:

—¿Qué ha pasado?

—Amy tiene gripe —dijo entre sollozos—, y se quedó inconsciente.

—¡Oh, Dios mío!

—Estamos en el hospital. Está muy deshidratada, y están comprobando que sus riñones estén bien. Al parecer, es algo que puede pasar con la gripe. Anoche Mark y yo nos quedamos despiertos hasta las tantas para ayudarla a tomar líquidos, pero creo que en algún punto nos quedamos los dos dormidos. Estoy muerta de miedo.

—Rose, escucha. Voy a casa.

—¿Qué? No, no puedes hacer eso.

—Sí que puedo. Escúchame. Estás muy nerviosa. Amy se va a poner bien. Confía en mí.

—En serio, no tienes por qué venir. No te he llamado para eso.

Me asaltó el pensamiento de que quizás me había llamado precisamente para eso. Llevábamos toda la vida siendo uña y carne. Siempre estábamos ahí la una para la otra, sobre todo en los momentos difíciles.

—Rose, voy a casa. Tardaré en llegar, pero estaré a vuestro lado. Tengo que colgarte, debo organizarlo todo. Te prometo que estaré allí lo antes posible.

—Te quiero, hermana —me dijo.

—Yo también te quiero.

Entonces colgué y me puse a darle vueltas a la cabeza. Lo primero era lo primero: tenía que enseñarle a Mónica cómo cuadrar la caja al final del día.

Miré el móvil y me di cuenta de que solo quedaba una hora para que saliera el autobús a Sunnyvale. Mi primer impulso fue llamar a Declan, pero me resistí. En ese momento tenía otras cosas en las que pensar. Le envié un mensaje, aunque sabía que ponía el teléfono en modo avión cuando estaba reunido. Era hora de coger yo misma el toro por los cuernos.

Capítulo Veintiséis

Declan

Salí del bufete para recoger a Reese. Se montó directamente en el asiento del copiloto, pero pude echarle un vistazo antes de que subiera.

—Buenos días.

—Guau, buenos días para ti también, primo. ¿Por qué estás tan gruñón?

Me quedé confundido:

—No estoy gruñón, solo sorprendido. Estás muy guapa, como si fuésemos a un cóctel o algo parecido.

—Oh, claro. Me he puesto mi mejor traje y me desperté muy temprano para hacerme estas ondas playeras. Quiero tener el mejor aspecto posible. Por favor, no me preguntes por qué, porque yo tampoco lo sé. Estoy segura de que mi terapeuta y yo vamos a pasarlo en grande analizándolo cuando nos veamos. Me desperté esta mañana pensando que quiero estar lo más guapa posible cuando vea a ese cabronazo.

—Me parece perfecto —respondí, totalmente desconcertado. No me esperaba ese monólogo, ni sabía qué decir para hacer que se sintiera mejor.

Así que hice lo único que estaba en mi mano: me puse en modo abogado y le expliqué mis expectativas acerca de la reunión, qué debía decir y qué no. Aunque a decir verdad, dado que no era una reunión oficial sino privada, teníamos manga ancha para discutir cualquier tipo de asunto. No me importaba que hubiese otro abogado presente.

Llegamos diez minutos antes de la hora fijada para la reunión. Iba a sugerirle dar un paseo y tomarnos un café, pero mi prima estaba inquieta. Tamborileaba con los dedos en las piernas, y no paraba de golpetear con los talones en el suelo del coche.

—Venga, vamos —le dije. Por lo general me gustaba llegar un poco tarde, ya que solía poner nervioso al adversario y eso me daba ventaja. Solo eran necesarios unos minutos para ello, suficientes para demostrarles que no estaba dispuesto a plegarme a sus reglas. Pero ese día tenía que pensar en Reese, que necesitaba terminar con esa mierda lo antes posible.

Así que entramos sin más dilación y nos dirigimos a la sala de reuniones. Era un espacio alquilado cerca de LaSalle, en una planta baja entre otros dos negocios. Uno parecía una agencia de viajes, y el otro una tienda de ropa. En los últimos años había tenido algunas reuniones de mediación en lugares así. Era terreno neutral.

Malcolm y Ashburn se pusieron en pie cuando nos vieron entrar.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Malcom a Reese.

—Acompañar a mi primo —respondió esta con ligereza.

Ashburn me clavó la mirada, y yo arqueé una ceja. Le había hecho morder el polvo en varios juicios. Más le valía andarse con cuidado.

—Solo te hemos citado a ti —repuso Ashburn sin dejar de mirarme.

—Ya, pero como esta no es una reunión oficial puedo traer a quien me dé la gana. Ahora empecemos con este circo.

Ashburn y Malcom intercambiaron miradas. Yo tenía la sartén por el mango.

Aparecer con Reese fue un golpe maestro. Nunca le habría pedido que viniera, pero la verdad era que me venía genial tenerla a mi lado. Estaba claro que les cogió por sorpresa, y eso nos daba ventaja.

Cuando nos sentamos a la mesa, Malcolm parecía demasiado aturullado para hablar, y Ashburn no dejaba de revisar la pila de papeles frente a él.

—¿Vamos a tardar mucho en empezar? —inquirí—. Reese y yo no tenemos todo el día.

—Se supone que no deberías estar aquí —le espetó Malcolm a Reese, que estaba sentada recta como un palo. Ella le sonrió, pero no fue una sonrisa amistosa. Fue una sonrisa agresiva. Estaba luchando por la victoria.

Ashburn carraspeó:

—Todos sabemos por qué estamos aquí.

—No, no lo sabemos —repuse—. Por favor, explícanoslo.

—Te enviamos la citación, sabes a la perfección por qué estás aquí —respondió Ashburn, claramente molesto.

Me incliné, puse ambos codos sobre la mesa, junté las manos y los miré con mi expresión más relajada. Era una de mis tácticas favoritas. Cuando quieres sacar de quicio a tu oponente, tiene que parecerle que no te importa una mierda.

—Sí, pero todos sabemos que no tenéis base legal para denunciarme por injurias. Así que, ¿por qué no nos decís lo que queréis de verdad? Porque esa es la razón de que hayáis programado una reunión privada en lugar de llevarme a juicio.

—Mi cliente ha sufrido cuantiosas pérdidas económicas debido a tus tejemanejes con el Grupo Halsey.

—¿Y exactamente por qué debería importarme un carajo? —pregunté. Sí, les estaba provocando, pero tenía muy claro cuál era mi objetivo.

—Necesito que te retractes de todo lo que les dijiste. Tengo que recuperar ese trabajo —me dijo Malcolm, que luego miró a Reese—: Tú eres quien le incitó a hacer todo esto. Nunca pensé que pudieras ser tan fría.

—Reese no sabía nada al respecto —respondí—. Ningún miembro de mi familia estaba al tanto. Ha sido solo cosa mía.

—Pero si lo hubiera sabido, Malcolm, le habría apoyado al cien por cien —intervino Reese.

—Escúchame —prosiguió Malcolm. Tanto Reese como yo habíamos puesto nuestras caras de “No me importa una mierda”—. Mi novia está embarazada, y no tengo trabajo. Necesito recuperar mi puesto.

Me alegré mucho de que Reese se hubiera deshecho de ese imbécil antes de casarse con él. Algún día se daría cuenta de la suerte que había tenido.

—Eso no es problema nuestro —repuse.

—Pues está a punto de serlo. ¿Sabes cuántos periodistas he tenido aporreando mi puerta? Desde que cancelamos la boda, se mueren por saber la historia al completo. Y por una buena cantidad... se la contaré. Y no escatimaré en detalles escabrosos, de esos que tanto le gustan a la prensa del corazón.

Sentí que Reese se tensaba a mi lado, y maldije para mis adentros. Le había escuchado hablar de cuántos reporteros venían a buscarla.

—Oh, he pinchado en hueso, ¿verdad? —se mofó Malcom—. ¿Qué pasa, no quieres ver el apellido de tu familia mancillado en los periódicos? Puede que dos generaciones de Maxwell hayan logrado mantenerse alejados del circo mediático, pero serás tú quien fracase en ello. A menos que recupere mi trabajo, claro. —Me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara al muy gilipollas, pero siguió hablando—: Los herederos no llegáis al listón que marcaron los Maxwell originarios. ¿Es eso lo que quieres? ¿Dejar el apellido Maxwell por los suelos? ¿Crees que tu situación actual es difícil, Reese? Imagina cómo sería si todos supieran la historia *real*. ¡Pobre Reese Maxwell! Toda la alta sociedad te daría la espalda.

—¿Por qué me darían la espalda? —preguntó Reese en un tono sorprendentemente tranquilo, mientras que yo tuve que aferrarme al sillón con ambas manos para reprimir el impulso de saltar al otro lado de la mesa—. Me pusiste los cuernos con mi mejor amiga. Eso dice más de ti que de mí.

—¿Eso es lo que estás aprendiendo ahora en terapia? Oh, sí, sé lo de tus escapaditas. —El cabronazo la estaba provocando para tratar de hacerle perder los papeles, igual que hizo con Tyler cuando mi hermano le dio un puñetazo.

—No hay de qué avergonzarse por pedir ayuda cuando la necesitas. Y yo la necesitaba. —Se giró para mirarme, y reconocí su mirada. Me estaba pidiendo que mantuviera la calma. Mi prima estaba a punto de cambiar las tornas por completo y, aunque no tenía ni idea de lo que planeaba, sí sabía que sería épico. Todo lo que hacía Reese era épico.

Respiró hondo y miró a Ashburn antes de centrarse en Malcolm:

—Mira, esto es lo que vamos a hacer —comenzó a decir mientras sacaba su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Malcolm.

—Estoy llamando a la periodista que más me ha estado insistiendo en que hable de nuestra ruptura. Es de *Vogue*. Si no recuerdo mal, son los que ofrecieron la mayor cantidad de dinero por contar mi historia, y voy a aceptar su oferta. Daré la entrevista yo misma y donaré el dinero a obras de caridad.

Me quedé atónito y me enderecé en el sillón. *Hostia puta. ¿Se piensa que después de lanzar este bombazo puedo mantener la calma?*

—Reese, ¿quieres que hablemos primero del tema? —le pregunté.

—No, no, lo tengo todo controlado —respondió callándome con un dedo, aunque le temblaba un poco la mano. La otra tenía el teléfono, y no dejaba de mirar fijamente a Malcolm—. ¿Crees que puedes mantener esta espada de Damocles sobre mi cabeza para el resto de mi vida y hacer que mi familia pague por ello? Tú deliras. Sí, para mí es importante mantener limpio mi apellido. —La voz se le quebró, pero no se detuvo y simplemente respiró hondo—. Y por supuesto, como bien sabes, siempre he luchado por estar a su altura. Pero no te voy a dar la menor oportunidad de que lastimes a mi familia dando tu versión torticera de la historia. —Reese hizo otra pausa, se puso más recta y se apoyó en la mesa—. ¿Quieres dinero? Búscate un puto trabajo.

¡Boom! La cara de su ex era un poema, y me costó horrores aguantarme la risa.

—Tenía un trabajo. Y tú me lo quitaste —respondió con los dientes apretados.

—Y ahora voy a quitarte también, en tus narices, esta ocasión de ganarte un dinerito fácil a costa del apellido Maxwell. La venganza es muy perra, ¿verdad, Malcolm? —se mofó Reese.

—Siempre puedo responder a tu entrevista. No puedes evitar que dé mi versión.

Reese se echó a reír. La mano le temblaba aún más, pero tenía a Malcolm cogido por las pelotas:

—Sí, claro que puedes. Estás en tu derecho. ¿Sabes cuánto te pagarán por ello? Nada. Porque no eres *nadie*. Es el renombre y la historia de los Maxwell lo que todos quieren, y lo sabes. — Aunque me encantó su arrojo, como abogado pensaba que Malcolm bien podría encontrar a alguien que le pagase a cambio de su versión de la ruptura. Pero tenía razón: sería muy poco una vez que ella concediese la primera entrevista.

Reese pulsó dos teclas de su teléfono antes de ponérselo en la oreja.

Malcom se puso en pie:

—¡Reese!

Ashburn también se levantó y le puso una mano en el hombro:

—Mantén la calma.

—¿Qué cojones? ¿Qué está haciendo?

Se echó adelante como si quisiera acercarse a Reese, pero me interpuse entre ellos.

—Ni se te ocurra dar un puto paso más.

—Detenla —dijo Malcolm—. Deten...

—Hola, Vanessa —saludó Reese—, soy Reese Maxwell. Me has llamado en varias ocasiones. Vale, bien. Sabes quién soy. —La sonrisilla que le dedicó a Malcolm no tuvo precio—. Mira, sé que te he dicho que no tengo interés en conceder entrevistas acerca de la cancelación de la boda, pero he cambiado de opinión. Estoy lista para dar esa entrevista. Podemos hacerla hoy. De hecho, estoy acabando con otro asunto, en cosa de media hora podríamos vernos si tienes un hueco para mí. —Tras unos segundos de silencio, añadió—: Genial. Gracias. Estoy en LaSalle. Sí, sé dónde está esa cafetería. Te lo contaré todo, y te estaría especialmente agradecida si pudiésteis publicarlo en el próximo número.

La mujer del teléfono dijo algo más, y Reese sonrió:

—Oh, por supuesto que podéis subirlo a la *web* primero. Eso es aún mejor. Así se enterará todo el mundo. —Colgó la llamada en cuanto terminó la frase—. Bueno, pues parece que tenemos un plan.

Vi en ella un casi imperceptible temblor. Me acerqué a ella y le puse una mano en la espalda para tranquilizarla.

—Vanessa va a hacerme la entrevista. Hoy mismo habrán subido un *teaser*, y los que se queden con ganas de la historia completa tendrán que comprar el próximo número. Y tú, Malcolm, puedes dar la respuesta que te salga de los cojones. Como mucho vas a sacar un puñado de chatarra, ¿y sabes por qué? Porque a *nadie* le importa lo que tengas que decir.

La entonación e intensidad con que lo dijo fueron impecables, y lograron sacar a Malcolm de sus cabales.

Épico.

Reese se giró hacia mí y me dijo:

—Te espero fuera.

—Claro. Yo acabaré con esto.

En cuanto Reese se marchó, Malcolm bramó:

—Joder, no puede hacer eso. No me dijiste que podía hacer eso —le dijo a su abogado en tono amenazante.

Ashburn fruncía el ceño:

—Me aseguraste que bajo ningún concepto querría hacerlo público. Discutimos esa posibilidad, y te mostraste seguro al cien por cien de que no era una opción para ella.

—Ni siquiera sabía que aparecería hoy aquí... ¿Por qué coño lo has permitido?

Me aclaré la garganta:

—Has subestimado gravemente a Reese. Te ha calado desde el primer momento.

—Puto cabrón —me insultó—. Vas a hablar con el Grupo Halsey.

—Tranquilo, lo haré. Con ellos y con cualquier otra constructora que me reciba. Y recuerdas mi apellido, ¿verdad? Maxwell. Me extrañaría mucho, *mucho*, que no quisieran recibirme. Así que te voy a explicar cómo va el asunto. Es probable que quieras buscar trabajo en otras empresas, pero descubrirás que ninguna de ellas querrá contratarte.

—No puedes chantajear a mi cliente —intervino Ashburn.

—No es un chantaje, solo estoy diciéndole lo que hay. Quiso hacer negocios con mi prima, se podría decir que solo estoy dando referencias sobre él. Te sugiero que te mudes fuera de

Chicago, porque ya te irás dando cuenta de que tus opciones de trabajar aquí van a ser muy limitadas.

Alterné la vista entre ambos, a la espera de que Malcolm dijese algo, pero no lo hizo. Ashburn tampoco tenía nada que añadir. Lo más seguro es que ya se hubiese dado cuenta de que no iba a ganar mucho dinero con Malcolm.

Di media vuelta y me marché de la sala. Reese recorría la entrada de arriba abajo con el teléfono en la mano.

—He hablado con Luke, le he contado cómo ha ido aunque no le he dado todos los detalles. Está en la oficina con los demás. ¿Tú vas para allá?

—Iré a la oficina en cuanto esté seguro de que estás bien.

—Me alegro de que se haya terminado. ¿Podemos tomarnos un café?

—Por supuesto.

—Vamos a la cafetería donde he quedado con Vanessa. Está a tres manzanas de aquí, podemos ir andando.

—Estupendo. —Tenía el coche aparcado a una manzana, y podía dejarlo allí mientras tanto —. ¿Cómo te sientes? —Le pregunté en cuanto hubimos dado unos pasos.

—Pues si te soy sincera, muy bien.

—¿De verdad?

—Sí. Me aterraba pensar en cuál sería su siguiente jugarreta y en que quizás hablase con la prensa.

—No tienes por qué conceder esa entrevista, Reese. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero quiero hacerlo. Es una liberación. Llevo mucho tiempo preocupada por cuándo explotará todo este asunto. ¿Crees que...? ¿Crees que le haría mucho daño a nuestro apellido?

Me detuve allí mismo, en mitad de la acera, y la miré a los ojos:

—Reese, es tu vida. ¿Por qué tendría que hacerle daño a nuestro apellido, por el amor de Dios? No te tomes en serio nada de lo que diga ese imbécil. Además, es él quien se ha portado como un capullo. Tú no has hecho nada que te pueda hacer quedar mal.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la cafetería, que estaba muy tranquila, incluso para ser martes por la mañana. Pedí café para los dos y nos sentamos en unos sillones en la esquina más apartada.

—Es algo que le decía mucho —murmuré.

—¿Qué?

—Que para mí es importante que todos estemos a la altura de nuestro apellido. Y que me daba miedo mancillarlo. Y ha querido usar ese miedo en mi contra. Sabe perfectamente lo que está haciendo.

—No me extraña de alguien como Malcolm —opiné con los dientes apretados.

—Pero si concedo esa entrevista, todo cambiará. No tengo nada que esconder. No es culpa mía que me engañase —razonó, y me di cuenta de que estaba hablando más consigo misma que conmigo.

—Pues claro que no. Es un capullo integral. —Le odiaba con avaricia—. ¿Cuándo has quedado con Vanessa?

Reese miró su teléfono:

—En diez minutos. No me puedo creer que vaya a dejar lo que estaba haciendo para reunirse conmigo. Seguro que le da miedo que cambie de opinión si me hace esperar.

—¿Estás preparada para hacer esto hoy mismo?

—Sí, lo estoy. Creo que tengo un subidón de adrenalina, y quiero acabar de una vez por todas con este tema. Creo que así por fin podré pasar página, y ya que me he vestido tan elegante sería una pena posponerlo y no aprovechar el conjunto. —Con una sonrisa pícaro, añadió—: Vanessa me dijo que necesita una foto.

Fui consciente de que la broma era su forma de quitarle hierro a una situación tan terrible.

—¿Sabes? Cuando dijo que necesitaba el trabajo porque su novia está embarazada, me sentí tentada a ceder. Pensé “Ya es suficiente, no pasa nada por enterrar el hacha de guerra”. Pero entonces se sacó esa mierda de la manga. Las amenazas y todo eso. Valiente gilipollas.

Negó con la cabeza mientras le daba un sorbo a su café. Yo, por mi parte, me moría de ganas de arrancarle los dientes a puñetazos al muy imbécil.

—Todo va a salir bien, Reese. Estoy convencido.

—Oh, ya lo sé. Me alegra quitarme este peso de encima, y es un alivio dejarlo en el pasado.

—Yo siento lo mismo.

Solo había una cosa que me apeteciera hacer en ese momento, y era ir a la pastelería a buscar a mi chica.

Pero primero tenía que pasar por la oficina.

Capítulo Veintisiete

Declan

—¿Cómo está Reese? —preguntó Luke sin tan siquiera saludar en cuanto entré en su despacho, donde también estaban Travis y Tate.

—La dejé con la reportera. Parecía aliviada.

—Bien —contestó Travis—. Cuéntanos los detalles de la reunión, Reese solo le ha contado lo de la entrevista a Luke.

Me aclaré la garganta:

—Malcolm quería chantajearme para recuperar su trabajo en el Grupo Halsey, y amenazó con contar la historia en los medios.

—¿Qué cojones? —exclamó Tate.

Luke tenía una mirada asesina:

—¡Mierda! Me preguntaba qué habría podido pasar para que Reese tomara esa decisión.

Travis se sentó en una esquina del escritorio con el ceño fruncido:

—Por favor, dime que tienes pensado vengarte, y no echarnos un sermón acerca de que no debemos perder la calma. Porque estoy a cinco segundos de perderla.

—Para nada. Le dije, con su abogado sentado a su lado, que no podrá conseguir trabajo en ninguna parte en el futuro próximo porque tenemos contactos por todas partes.

Luke hizo un gesto triunfal con el puño:

—Joder, y que lo digas. Vamos a hacer que ese puto imbécil se entere de lo que es bueno.

—Pues entonces ya tenemos un plan —concluí.

—¿Cómo está Liz? —preguntó Travis de repente.

—Voy a pasarme ahora por la pastelería a ver cómo está. Pero antes quería acercarme por aquí para informaros.

Llevaba todo el día pensando en Liz. Quería enterrarme en ella y olvidar que ese día había existido. Y también quería dejarle claro, de una vez por todas, que sus planes a dos años jamás desembocarían en su marcha. Haría lo que fuera necesario para que siguiese a mi lado.

—Tío, no está en Chicago —me dijo Travis—, ¿no te has enterado?

Me quedé helado:

—¿Qué?

—Fui a la pastelería esta mañana. Pensaba preguntarle cómo va el negocio y ofrecerle más consejos para promocionarse, pero solo estaban las dos empleadas.

—¿Qué? —pregunté de nuevo, con el corazón galopándome en el pecho—. ¿Por qué?

—Ha tenido una emergencia familiar.

—¿Qué clase de emergencia? —pregunté, atónito.

¿Volverá a pasarle algo a su sobrina?

—No lo sé. Pensé que tú lo sabrías, por eso te he preguntado.

—No, no tenía ni idea.

Tras comerme un rato el coco, recordé que su sobrina tenía fiebre. Quizás había empeorado.

—Puede que te haya enviado un mensaje —intervino Tate, y saqué de inmediato el teléfono de la chaqueta. Lo puse en modo avión antes de entrar con Reese en la reunión, y tenía un mensaje de ella.

Liz: Amy tiene gripe y está en el hospital. Me marchó a Sunnyvale a pasar el día. Voy a coger el autobús. Rose está muy agobiada.

Eso era todo. Hacía horas que lo envié.

—Se ha ido a su pueblo, pero no me ha enviado novedades desde esta mañana. Joder, ¡necesito enterarme de lo que pasa! Tengo que estar a su lado. Ha tenido una emergencia y, en lugar de contactar con cualquiera de nosotros, ha cogido el puto autobús para irse a su pueblo.

Entre maldiciones marqué el número de Liz, que respondió de inmediato.

—¡Liz! —exclamé—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Cómo está Amy?

—Tiene deshidratación severa, y han tenido que ponerle una vía —me explicó con voz temblorosa—. Llevo hablando por teléfono con mi madre todo el tiempo, tratando de calmarla.

—Liz, cariño...

—Oh no, me está llamando otra vez. Puede que tenga noticias. Te llamo luego. Me queda una media hora para llegar.

—Voy a...

Colgó sin dejarme terminar. Fruncí el ceño y miré a mis hermanos:

—Su sobrina está enferma. Voy a coger el coche y plantarme allí.

—¿Por qué no coges un avión? —preguntó Tate—. En coche vas a tardar una eternidad.

—No hay ningún aeropuerto comercial cerca.

Para mi asombro, Travis se echó a reír:

—¿Así que quieres ir en coche?

—Sí.

Se puso a mi lado y me dio unas palmaditas en el hombro:

—Liz y tú os parecéis demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Tú *también* podrías preguntarle a tus hermanos si tienen alguna alternativa mejor —dijo exasperado mientras seguía dándome palmaditas en el hombro—. Ya sabes, ojalá tuvieras un hermano con helicóptero...

Llegué a Sunnyvale una hora más tarde. La cabeza me daba vueltas cuando salí al helipuerto. Llevé todo el tiempo los cascos para aislarme del ruido, pero aún así me zumbaban los oídos. No era mi medio de transporte favorito, pero estaba claro que era efectivo. Y para colmo los helicópteros podían aterrizar en casi cualquier sitio, no necesitaban un aeropuerto.

El piloto esperó hasta que estuve fuera del helipuerto, y luego lo escuché despegar a mi espalda. Le dije que no me esperase, porque iba a pasar al menos una noche.

Llamé a Liz enseguida. Quise hacerlo en el trayecto, pero había un ruido infernal y no tenía cobertura.

—¡Declan!

—Liz, ¿dónde estás?

—En el hospital.

—Envíame la dirección y estaré allí en un rato.

—¿Qué? ¿Cómo?

—He venido en el helicóptero de Travis. Ahora mismo estoy en el helipuerto, donde ponéis la pista de hielo en invierno.

—¡Dios mío! No me lo puedo creer —me dijo con la voz llena de angustia.

—Liz, dame la dirección.

—Ehm... No me la sé. Pero cualquier taxista te llevará. O si coges un Uber, pon el nombre del hospital. Solo hay uno en la región.

—Vale, eso haré.

—Declan... Gracias. Valoro mucho que estés haciendo esto por mí —me agradeció, sonándose la nariz. Mi chica estaba llorando y me necesitaba.

—Estaré allí enseguida, cariño.

Me sorprendió que hubiese Uber en ese pueblecito. Llegó en diez minutos, y el trayecto duró otros cinco. Aproveché el tiempo para comprobar que mi asistente me hubiese reservado un hotel.

—Jefe, ¿alguna vez te he defraudado? —me preguntó Greta.

—Nunca, pero te he avisado con muy poca antelación. Gracias, Greta.

—Te he reservado una habitación en el mejor *Bed & Breakfast* del pueblo. Te enviaré todos los detalles y me encargaré del papeleo y de que alguien te espere para darte la llave.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Jefe, otra cosa. Hoy estoy más orgullosa de ti que de costumbre. Se dice por ahí que Ashburn está... quemado y echando humo. ¿Lo pillas? Porque su apellido significa algo parecido a “ceniza quemada”.

—Se lo tiene merecido. Y por cierto, anula mi agenda para mañana, por favor.

—Ya estoy en ello. Dalo por hecho.

—Gracias. Tengo que colgar.

El coche se detuvo frente al hospital más pequeño que había visto en mi vida.

Solo tenía dos plantas, y encontré a Liz en la primera. Di por hecho que las tres personas que la rodeaban eran su familia. No había nadie más cerca: ni médicos ni enfermeros. Fui directo a ella. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado mucho. La abracé, y ella me echó los brazos al cuello y reposó la cabeza en mi pecho. Estaba temblando.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí contigo —la reconforté.

—Muchísimas gracias por venir, me parece increíble que estés aquí —susurró. Dio un paso atrás, miró a su espalda y dijo—: Declan, estos son mi madre y mi padre, y él es Mark, mi cuñado.

Les saludé con un apretón de manos.

—Declan, es todo un detalle que hayas venido, hijo —dijo su padre—. Me llamo Jake.

Su madre me dedicó una sonrisa amarga:

—Y yo Danielle.

—¿Hay algo que pueda hacer? —les pregunté—. ¿Alguien quiere que le traiga algo de comer o de beber? ¿Queréis que traiga en helicóptero a algún especialista de Chicago para que os dé una segunda opinión?

—No, con los doctores de aquí nos apañamos —contestó su madre—, pero gracias por la oferta. Estamos esperando a que nos dejen ver a Amy y a Rose, que está acompañando a su hija.

Los tres se sentaron y yo me quedé mirando a Liz, que parecía clavada al suelo:

—¿Quieres que demos un paseo?

Negó con la cabeza:

—No, no, no, quiero quedarme aquí. Tengo que enterarme de las noticias en cuanto las tengamos.

—Entonces esperaremos aquí —contesté, y nos sentamos en el banco contiguo al de su familia.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —me preguntó.

—Todo el que haga falta, Liz.

—Gracias.

Nos sentamos, y se quedó mirando al infinito mientras yo aferraba con fuerza su mano derecha. Podía sentir lo angustiada que estaba, y sabía que no había nada que pudiese hacer para

aliviarla excepto estar a su lado. Si le ocurriese algo así a cualquiera de mis familiares, me sentiría exactamente igual que ella.

De repente se giró hacia mí:

—¿Cómo te fue esta mañana con Malcom? Ni siquiera te he preguntado.

—Te lo puedo contar luego —le propuse.

—No, dímelo ahora. Me vendrá bien pensar en otra cosa.

—Fue distinto a como lo había previsto. Trató de chantajearme para recuperar su antiguo trabajo amenazando con conceder la exclusiva de su ruptura con Reese.

Liz se quedó atónita:

—¡Será cabrón!

La indignación en su voz me hizo reír:

—Es justo lo que yo pensé. Pero Reese contestó que sería ella quien hiciese la entrevista.

—¿Está bien?

Hostia puta, cómo no amar a esta mujer con toda mi alma. Está muerta de miedo por su sobrina, pero aun así se preocupa por Reese y su bienestar.

—Bueno, creo que está pasando por una etapa especialmente dura, sobre todo porque no parece acabar nunca. Pero Reese es dura de pelar y saldrá de esta.

—Estoy segura de que sí —contestó, y escuché a su estómago rugir.

—No has comido nada, ¿a que no?

—Humm... Me comí un sandwich. Creo. Puede que solo le diese un bocado.

—Liz... —comencé a decir.

—No, Declan, no intentes obligarme a comer.

—Te buscaré algo rico y fresco.

—De verdad que no, solo necesito que estés a mi lado.

—Vale —concedí.

Se recostó sobre mí, y cuando la rodeé con un brazo sentí cómo se relajaba. Su respiración era pausada, pero sabía que no se había quedado dormida porque de vez en cuando me apretaba la mano.

Tras lo que pareció una eternidad, una mujer salió a nuestro encuentro. Se parecía mucho a Liz, pero más alta y con el pelo más corto.

—¡Rose! —exclamó Liz, que se levantó de un salto, al igual que el resto de la familia—. ¿Cómo está Amy?

Me quedé ligeramente detrás de Liz, con las manos en sus hombros, y toda la familia se arremolinó en torno a ella.

—Está mucho mejor, pero sigue con fiebre alta. Van a dejarla ingresada hasta mañana en observación. Necesita un montón de líquidos, y la mejor manera de mantenerla hidratada es con una vía. Y quieren asegurarse de que reacciona bien a las medicinas. A decir verdad, creo que deberíais iros a casa.

Levantó la vista y se quedó con cara de pasmada, como si no me hubiese visto hasta ese momento:

—Tú eres Declan, ¿verdad?

—Sí, soy yo. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

—¿Estás segura de que no prefieres que nos quedemos, pequeña? —le preguntó su madre—. No tienes por qué quedarte tú sola con ella.

—No pasa nada. Estoy hecha polvo, lo más seguro es que caiga rendida. No tiene sentido que os quedéis todos aquí. Os escribiré para manteneros al día.

—¿Estás segura de que quieres que nos vayamos todos? ¿Yo también? —preguntó Liz—. Puedo quedarme por si en mitad de la noche te apetece hablar con alguien.

Rose le dio un pellizco en una mejilla, y luego me señaló:

—Llévatela de aquí. Que se relaje y descanse.

—Sí, señora.

—Venga, vámonos todos —intervino Mark—. Ya habéis oído a Rose, no hay motivos para quedarnos más tiempo.

—Declan, ¿dónde te vas a quedar? —me preguntó Danielle.

—Mi asistente me ha reservado un *Bed & Breakfast*. —Miré a Liz y le pregunté—: ¿Quieres venir conmigo?

Liz asintió:

—Sí. Papá, mamá, espero que no os moleste.

—Para nada, corazón —respondió su madre, que parecía emocionada.

La familia se demoró unos minutos más en la sala de espera, hasta que Rose prácticamente nos echó a empujones.

Danielle y Jake se fueron en un coche, y Mark nos llevó a Liz y a mí al *Bed & Breakfast*. Sentía a Liz desmadejada en mis brazos, y sospeché que se quedaría frita en cuanto llegásemos. Si bien no dejaba de parlotear, tenía la certeza de que lo hacía solo por Mark, que respondía a casi todo con monosílabos.

—Hala, pues ya hemos llegado —dijo al detener el coche—. El mejor *Bed & Breakfast* del pueblo. Liz, gracias por venir hoy. Has sido un gran apoyo para tus padres y para Rose. Y para mí también. Estaba un poco... perdido.

—Mark, es normal —respondió Liz con ternura.

Él hizo un gesto exasperado:

—Antes de tener un bebé, nadie te avisa de que una vez al mes tendrá un problema de salud que te hará perder la cabeza.

—Mejora con el tiempo —contesté—. Tengo una sobrina de diez años. Y en este tiempo nos ha dado un montón de sustos.

Liz puso los ojos como platos:

—¿Se supone que eso debe hacerle sentir mejor?

—Solo estoy compartiendo mi experiencia —respondí.

Mark se rió:

—Gracias, tío. Os veo mañana.

—Se me caen los ojos —murmuró Liz cuando salimos del coche, entre bostezos.

En la entrada del *Bed & Breakfast* vi un sillón:

—Vamos, preciosa. Siéntate ahí mientras hago el *check-in*.

—Vale.

Se sentó y volvió a bostezar. Sabía que se quedaría dormida en cuanto posara la cabeza en la almohada, y me parecía bien. Necesitaba descansar.

—Hola —saludé a la mujer tras la recepción—. Soy Declan Maxwell.

—Sí, hablé antes con su asistente. Todo está preparado, solo necesito su tarjeta de crédito.

—Aquí tiene. —La saqué de la cartera y se la entregué. Ella tecleó algo y me devolvió la tarjeta junto con la llave.

—Está en la segunda planta, ¿han traído equipaje?

—No, no hemos traído nada.

—Estupendo, llamen si necesitan lo que sea.

—Gracias —respondí antes de volver con Liz.

Ella levantó una mano:

—Por favor, ayúdame a levantarme. Me siento el cuerpo como si fuese gelatina.

Tiré de ella para levantarla, y le rodeé los hombros con un brazo para ayudarle a subir las escaleras. La habitación era la primera a mano izquierda, y la abrí usando la enorme y aparatosa llave. Estaba acostumbrado a usar tarjetas, pero era lo mismo.

La habitación era espaciosa, contaba con un pequeño vestidor, y la cama era más grande de lo que esperaba. Liz fue flechada a ella, se sentó en el colchón y bostezó de nuevo:

—Estoy agotada. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

—Hum... Puede que me eche una siesta para recuperar energías. No entiendo cómo puedo estar tan cansada.

—Has estado muchas horas metida en ese autobús, dándole vueltas al coco. Ese tipo de cosas te drenan la energía.

Me senté a su lado y me puso la cabeza en el hombro:

—Declan, ¿te apetece hablar de lo que ha pasado hoy? —me preguntó.

—Luego hablamos, Liz. Estás muy cansada —contesté, y le di un beso en la frente.

—Pues sí, la verdad. ¿Me ayudas a quitarme la ropa? —me pidió con una sonrisa pícara.

—Venga, levanta los brazos.

Le quité la camisa y el sujetador, y luego los vaqueros y la ropa interior. Tenerla desnuda frente a mí fue todo un reto para mi autocontrol, pero sabía que no tenía fuerzas. Me quedó claro por cómo se arrastró por el colchón para meterse bajo las sábanas.

—Se me cierran los ojos solos.

—Ya lo sé. Duerme, yo estaré aquí cuando te despiertes.

Luz asintió, suspiró y se quedó dormida de inmediato. Teníamos pendiente una conversación muy seria, pero tendría que esperar. Porque en ese momento, mi chica tenía que descansar.

Capítulo Veintiocho

Liz

Desperté a la mañana siguiente llena de energía. Tardé unos segundos en ubicarme en esa habitación extraña, ese mullido colchón y el aroma a salvia, pero de repente me acordé. Estaba en el *Bed & Breakfast*.

Giré la cabeza y vi a Declan, que me observaba tumbado de costado.

Seguí el impulso de acercarme un poco a él para sentir su cuerpo contra el mío.

—Buenos días, cariño —susurré—. ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No mucho. Tu madre llamó, y lo cogí antes de que te despertase.

De repente el miedo atenazó mi pecho:

—¿Ha pasado algo? ¿Tenía noticias?

—Sí, buenas noticias. Amy está de maravilla y le han dado el alta. Mark las ha llevado a Rose y a ella a casa. Podemos ir más tarde a visitarles.

—Oh, gracias a Dios.

—Me pidió que no te despertase, porque ayer te vio muy cansada.

—Pues sí, es verdad. Llevo dormida desde ayer por la tarde.

—También me pidió que te dijese que tu hermana está descansando, y que ya avisará cuando podamos ir de visita.

—Me parece increíble tenerte aquí —susurré mientras le acariciaba un brazo y me ponía de costado para verle mejor. Luego mis dedos avanzaron hasta su pecho.

—Liz, ¿por qué no me pediste ayuda?

—Tenías una reunión muy importante.

—Pues a cualquiera de mis hermanos. Tienes el número de Travis —replicó en tono serio.

Le contesté con expresión compungida:

—Fue una mañana difícil, y no pensaba más que en coger ese autobús. Solo hay uno al día.

—Liz, ¿es ese el verdadero motivo por el que no le pediste ayuda a nadie?

Me mordí el labio. No sabía muy bien cómo sacar el tema. Aunque los dos estábamos desnudos, sentía un muro entre nosotros.

—No sé, creo que me agobié demasiado con todo lo que pasó. Y además, siento desde hace un par de días que pasa algo extraño entre nosotros. Tú pareces extraño.

—Liz, ¿sabes cómo me siento cada vez que sacas el tema de tus planes a dos años vista? Y de repente mencionas, así como si nada, que si la pastelería no funciona volverás a casa, como si yo no existiera.

Dios mío, ¿eso es lo que le tenía preocupado?

Me quedé atónita y me llevé una mano al pecho, con los ojos como platos y conteniendo el aliento:

—Declan, lo que dije no iba por ahí. Pensé que era algo positivo. A ver, no quería que te sintieras presionado.

—¿Presionado a hacer qué? —preguntó.

—A que... Yo qué sé, a tener que pensar en el futuro. No quise cargarte con esa responsabilidad.

Se alzó un poco para sentarse, y me miró a los ojos:

—No quiero que hagas eso. Estoy encantado de cargar con esa responsabilidad. Estoy encantado contigo. —Se inclinó hacia delante y me agarró la cara con ambas manos—: No importa lo que suceda de aquí a dos años. Pase lo que pase, solo hay una cosa de la que estoy

seguro: seguiré amándote. Y seguiré estando orgulloso de ti. Me da igual si la pastelería llega a ser rentable, o si decides dedicarte a otra cosa. Juntos encontraremos la solución. Pero para eso necesito garantías de que te tomas nuestra relación en serio, saber que quieres que forme parte de tu vida. No te presioné la primera vez que lo mencionaste porque pensé que, una vez te demostrase mis sentimientos y cuánto me importas, lo comprenderías.

—Quiero que formes parte de mi vida —susurré—. Te lo prometo. Es solo que no quiero que pienses que espero que hagas ciertas cosas por mí.

—Puedes esperar que haga muchas cosas por ti —respondió mientras me acariciaba la mejilla, y luego los labios—. Puedes esperar que siempre te ame —comenzó, y me besó la frente—. Que siempre te apoye —prosiguió, y me dio un beso en la mejilla antes de apartarse y mirarme a los ojos—. Que siempre esté a tu lado.

—Y yo al tuyo —susurré.

Declan

La besé y, maldita sea, su sabor era aún mejor de lo que recordaba. Cuando enredé mi lengua en la de ella, de inmediato me respondió. No podía dejar de besarla. Pretendía explorarla hasta que le temblasen las piernas y me rogase.

Me aparté y la miré en silencio. Liz respiró hondo y me miró de arriba abajo.

Mis dedos trazaron un sendero bajo las sábanas hasta su coño, limpio y depilado. Me moría de ganas de saborearlo. Quería mirarle a los ojos mientras enterraba la lengua y los dedos en ella y le provocaba un intenso orgasmo.

—Eres preciosa —le dije—. Es inconcebible lo hermosa que eres.

La atraje hacia mí para volver a besarla, y ella enredó los brazos en mi cuello. Mis manos fueron descendiendo por la curva de su espalda para agarrarle el culo.

Le hice saber cuánto me gustaba con un gesto, y aumenté la intensidad del beso. Me sentía cada vez más hambriento. De un empujón la arrojé contra el colchón, sin parar de besarla y besarla. Pero seguía sin ser suficiente.

—¿Tienes condones? —preguntó.

—Sí. Un segundo.

Me di la vuelta y cogí la cartera de mis pantalones, que estaban a los pies de la cama. Saqué un condón y me lo puse.

Un segundo más tarde volvía a asaltar su boca, decidido a destilar de ella hasta la última gota de placer. Decidido a *poseerla*. Comencé a frotar su clítoris, despacio al principio pero subiendo el ritmo poco a poco. Jugué con mis dedos hasta que la sentí empapada y lista para recibirme.

Cuando aparté la mano, su cabeza saltó como un resorte:

—¿Por qué haces eso? —se quejó.

Me gustó la exigencia de su tono.

—Porque ahora voy a darte mi polla. ¿Estás preparada para mí?

Liz tragó saliva cuando envolví sus piernas en mis costados. Me enganchó los talones en la espalda, y me situé en su entrada para entrar apenas un par de centímetros. Estaba tan húmeda que sabía que podría enterrarme en ella sin problemas, y eso hice.

—¡Joder! —exclamé, echando la cabeza para atrás. Estar dentro de ella era una delicia, y sentí sus músculos internos amoldarse a mí.

—Oh, Declan —susurró. Me quedé totalmente inmóvil, observándola, y le concedí unos segundos para acomodarse. Su rostro estaba transformado por el placer, como si estuviese centrada en apurar ese cáliz. Y eso me excitó tanto como la sensación de su coño envolviéndome. Se agarró a las sábanas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Liz, ¿te estoy haciendo daño?

—No, no —contestó, y abrió los ojos—. Solo me estoy agarrando porque vienen curvas. —Comenzó a gemir y a trazar círculos con sus caderas, lo que me volvió completamente loco. Sus pechos subían y bajaban al compás de nuestros movimientos. No podía apartar los ojos de ella, ni cuando comencé a bombear. Me quedé mirándole el rostro, cómo cambiaba cada vez que las sensaciones le saturaban. Su boca formó una O, y el ceño se le frunció ligeramente. El esfuerzo hacía que sintiera las pantorrillas al rojo vivo. Comencé a ir más rápido, pero no *demasiado* rápido. Quería que durase lo máximo posible, ir incrementando de manera paulatina su placer hasta que no le quedase más opción que abandonarse.

—Oh, Dios mío —musitó aferrada a mis hombros, y supe que ansiaba traspasar el límite del placer. Situé una mano entre nuestros cuerpos y comencé a estimularle el clítoris con el pulgar. Ella se estremeció en mis brazos, y sus músculos internos apresaron mi polla. Un súbito e intenso calor me recorrió todo el cuerpo, al que siguió una explosión de placer que comenzó en lo más hondo de mí y me dominó por completo. Liz, a su vez, gritaba presa de su propio clímax, y sus paredes internas me constreñían hasta hacerme pensar que la sensación me volvería loco. Jamás en toda mi vida había sentido nada tan intenso.

Me dejé caer de lado, sin aliento. Los dos estábamos exhaustos.

Un par de minutos más tarde, el sonido de un móvil nos devolvió a la realidad:

—No, deja de sonar —rogó Liz.

—Puede que sea tu familia.

—Maldita sea —rezongó mientras se giraba para coger el teléfono del suelo—. Tienes razón, es mi madre.

—Tienes que cogérselo. ¿Qué impresión se va a llevar de mí si no lo haces?

—Esto... Has venido hasta aquí en el helicóptero de tu hermano para estar conmigo. Creo que no debería preocuparte mucho la impresión que vayas a causar —replicó con una sonrisa mientras aceptaba la llamada—. Buenos días, mamá. Sí, me acabo de levantar. ¿Cómo está Amy? —No paró de asentir mientras escuchaba a su madre—. Vale, estaremos allí en un rato. Yo también te quiero, mamá.

Bajé de la cama dispuesto a comenzar el día.

Liz tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando colgó:

—Amy está bien. Están todos en casa de mi hermana. ¿Te apetece que vayamos?

—Pues claro.

—¡Dios mío! Cuánta energía tienes —musitó—. ¿Cómo es que nada parece hacer mella en ti?

—Como te acabo de decir, quiero causar una buena primera impresión. Venga, en marcha. Tenemos que ducharnos antes.

Tuvimos que hacer turnos porque el cuarto de baño era diminuto, y media hora más tarde estábamos preparados. Yo observaba atentamente a Liz, que parecía de lo más relajada cuando subimos al Uber.

—¿Qué es lo que te hace sonreír? —le pregunté.

De inmediato puso cara seria y miró al conductor, que fingía no escucharnos.

—¿Cómo sabes que sonreía? No me estabas mirando.

—Puedo sentirlo. Además, llevas con la sonrisa puesta desde que salimos del *Bed & Breakfast*.

—No sé, simplemente estoy contenta —respondió en voz baja—. ¿Tú no?

—Sí, también lo estoy. Aunque tengo que ganarme a tus padres y a tu hermana.

Liz echó la cabeza atrás y soltó una carcajada:

—Ya te he dicho que mi madre te adora. Mi padre también. Y Rose. Creo que a ella ya le caías bien cuando te llamaba “el casero infernal”.

Arquee una ceja:

—¿Y eso?

—Opinaba que tenía que ponerle algo de emoción a mi vida.

Me acerqué un poco a ella para acariciarle la mejilla con la punta de la nariz:

—¿Y tenía razón?

—Más razón que una santa. Y la prueba es que estamos aquí.

El trayecto duró menos de cinco minutos. Liz me había dicho que Sunnyvale era un pueblo pequeño, y sin duda lo era. El coche se detuvo frente a una casa estilo *bungalow*, circundada por un amplio jardín y una valla blanca de madera.

Cuando salimos del coche la oí suspirar:

—Echo de menos venir aquí. Antes les visitaba todos los sábados por la noche y veíamos una película.

Oímos voces fuera, así que en lugar de entrar rodeamos la casa hasta el jardín trasero. Rose tenía en brazos a Amy, que estaba muy espabilada y se reía. Mark, Jake y Danielle las rodeaban y colocaban platos llenos de comida y vasos en una mesa.

—¡Hermanita, has llegado! —saludó Rose. Liz corrió hacia ella y la abrazó—. Me siento muy culpable porque hayas venido hasta aquí. Pero me alegro mucho de que lo hicieras.

—Yo también me alegro, Rose —coincidió Liz, que rompió el abrazo para darle un beso a su sobrina en la frente.

Algo cambió dentro de mí al contemplar la escena. Amaba a Liz con todo mi corazón, eso ya lo sabía, pero fue la primera vez que imaginé tener una familia con ella.

Los saludé a todos y, cuando llegué a Rose, esta carraspeó y me dijo:

—Hagamos como que la presentación de ayer no existió, no estaba en mi mejor momento —confesó.

Liz soltó una carcajada:

—Al menos tenéis otra oportunidad de conoceros en mejores condiciones.

—Hola, Declan. Encantadísima de conocerte, he oído hablar mucho de ti.

—Eso me han dicho —respondí, mirando a Liz—. Ya me han contado que me pusisteis un mote.

Rose sonrió:

—El de “casero del infierno” te lo ganaste a pulso. Pero creo que ahora te mereces otro. ¿“Novio del año”, quizá? —propuso, haciéndole un guiño a Liz.

—Tiene mi voto.

—Y el mío —intervino Danielle.

Jake miró a su esposa confundido.

—Es mejor no meterse en la conversación cuando se ponen en ese plan —le aconsejó Mark—. Aunque no puedo dejar de mencionar que a mí nunca me han llamado así.

Rose lo miró con una ceja levantada.

Danielle se me acercó:

—Declan, aprovecho que ahora no estoy temblando de miedo por mi nieta como ayer para darte las gracias por venir hasta aquí, has hecho muy feliz a mi niña. Hace tiempo que no la veíamos así. Bueno, si te soy sincera, hace tiempo que no la veíamos, a secas.

Liz frunció el ceño:

—Ya vale, mamá, no me hagas sentir culpable. He venido para apoyar a Rose, ¿recuerdas?

—Pues mira, aprovecho todos los privilegios que me concede ser tu hermana para rogarte que vengas el mes que viene para tu cumpleaños —aprovechó para decir Rose.

Liz hizo un puchero, como una niña pequeña:

—No puedo dejar solo a mi equipo tan a menudo, y tardo una eternidad en llegar.

Me coloqué a su lado y le puse un brazo sobre los hombros:

—Cariño, Travis estará encantado de prestarnos otra vez el helicóptero. Podemos venir a almorzar si quieres. Tú pídelo, y lo haré realidad.

—Ohhh, ahora me caes aún mejor —dijo Rose.

Liz me miró con los ojos llenos de ternura:

—Sin duda te mereces el título de “novio del año”.

—Lo haré realidad, cariño —le prometí mientras le daba un beso en la frente y pergeñaba un plan en mi cabeza. No es que me disgustase el título que me habían otorgado, pero quería llevarlo al siguiente nivel.

Capítulo Veintinueve

Liz

Un mes más tarde

—Pues aquí estamos. Vuestro piloto personal para servirlos —exclamó Travis cuando aterrizamos en el helipuerto y nos quitamos los cascos. Tal y como le prometí a mi familia, estaba de vuelta un mes más tarde por mi cumpleaños.

—¿Estás seguro de que no quieres unirte a la fiesta? —le pregunté—. A mis padres les encantaría compartir su mesa contigo.

—No, gracias, tengo que hacer un recado —se excusó—. Pero estaré aquí para recogerlos a la hora acordada.

Declan frunció el ceño a mi lado:

—¿Y eso es seguro? ¿Cuántas horas está permitido volar al día?

Travis se me quedó mirando:

—Por favor, Liz, haz que se relaje.

Le guiñé un ojo y le contesté:

—Lo tengo en mi lista de tareas, no te preocupes. Mil gracias, Travis. Venga, vámonos —le dije a Declan.

—Estoy muy emocionado de que estemos aquí —me decía mientras salía primero y sujetaba la puerta del helicóptero con una mano mientras con la otra me ayudaba a bajar. No me podía creer que estuviésemos en Sunnyvale. Cogimos enseguida un Uber a casa de mis padres.

—Me encanta cómo se te ilumina la cara siempre que vienes —me dijo Declan al oído.

Yo respondí con una sonrisa:

—Sí. Me hace muy feliz. Y es aún mejor cuando también estás tú.

La pastelería iba tal y como estaba previsto. Había tenido un buen arranque, e iba por muy buen camino. La verdad, eso era todo lo que necesitaba. Y en mi tiempo libre, Declan me trataba como una princesa y siempre estaba atento a mis necesidades. Me encantaba tener la pastelería cerca de su oficina. Siempre que se quedaba a trabajar hasta tarde iba allí con dulces para mimarlo.

También visitaba a Helen tres veces a la semana. Siempre le llevaba regalitos, y cada vez que probaba una nueva receta era la primera en probarla.

Y pasaba mucho tiempo con los Maxwell. Travis iba a la pastelería un par de veces a la semana y me daba consejos de *marketing* mientras se comía una rosquilla de azúcar glas, sus favoritas, y Luke pasó un fin de semana entero construyéndome unas estanterías en el almacén. Él era fan de mis garras de oso, un hojaldre con crema y frutos secos muy popular en la zona, así que me aseguraba de tener alguna reservada cuando se iba a pasar por allí.

Aunque mi familia estaba en Sunnyvale, me vi de repente con una segunda familia en Chicago.

Aun así, me emocioné cuando pisé la casa de mis padres y repartí sentidos abrazos para todos.

Mi madre había preparado mi comida favorita: pavo asado con puré de patatas y ensalada. No podía sentirme más feliz. En mi anterior cumpleaños, mi vida era... Bueno, no diría que un desastre porque no me gusta ser pesimista, pero sí que me pedía el cuerpo un giro radical. Acababa de romper con mi ex, y aún me estaba recuperando del accidente. Nunca me habría imaginado que ese año mi familia me rodearía ansiosa por escuchar cómo iba la pastelería, ni que

tendría a mi lado a ese espectáculo de hombre. ¿La guinda del pastel? Mi sobrina estaba sana como una pera.

—Declan, es un placer volver a verte —le saludó mi padre.

—Sé que los dos estáis muy liados, pero estoy encantada de veros aquí —añadió mi madre.

—Siempre tenemos tiempo para la familia —respondió Declan, sin quitarme los ojos de encima.

—Así es —coincidí en voz baja.

—Entonces, ¿por qué no os quedáis más tiempo? —preguntó Rose.

Su petición me hizo reír. Se le daba hacerme sentir culpable aún mejor que a mi madre.

—Mis empleadas se agobian un poco cuando no estoy, y de momento no me llega el presupuesto para contratar refuerzos.

—Cariño, ya hemos hablado de ese tema —protestó Declan.

—Sí, y acordamos que esperaríamos a que aumenten las ventas antes de contratar a nadie más.

Las comisuras de sus labios se alzaron:

—No —replicó—. Sigo empeñado en convencerte de que necesitas ayuda para que no te mates a trabajar.

—Oh, me caes mejor a cada minuto que pasa, Declan —le dijo Rose.

—Bueno, total, tenemos que volver porque los padres de Declan han organizado una fiesta para celebrar mi cumpleaños.

Reese incluso dejó caer la opción de salir de copas más tarde. Estaba pasando una mala racha. La entrevista que concedió la puso en el ojo del huracán. Por usar sus palabras, hacía encontrar pareja aún más complicado. Aunque para ser sincera, en mi opinión lo que se le complicaba era pasar página.

—Por cierto, mamá, ¡la comida está deliciosa! —exclamé. Luego miré a Declan y le expliqué —: Es mi comida favorita.

—Ya lo sé —dijo con suficiencia—. Me lo has dicho un par de veces.

—Bueno, no tengo la oportunidad de cocinar para mi bebé muy a menudo —respondió mi madre.

Me emocionaba estar rodeada de mi familia y el hombre al que amaba.

—Yo estoy encantada de que hayamos podido reunirnos todos —añadió mi hermana.

Mientras comíamos, les puse al día acerca de la evolución de la pastelería. Las ventas seguían siendo algo más bajas de lo que esperaba pero iban por buen camino, y me enorgullecía poder decir que ya tenía algunos clientes fieles que acudían todos los días. Me toqué el vientre sin darme ni cuenta. Ya estaba lleno de tanta comida. Sentí la cicatriz bajo la yema de los dedos, pero ya no me importaba como antes.

Cuando terminamos, mi padre nos miró con una chispa en la mirada:

—¿Estáis preparados para una *gymkhana*?

Con una sonrisa de oreja a oreja miré a Mark y a Rose, luego a mi madre y finalmente a mi padre:

—¿En serio? ¿Habéis preparado una *gymkhana*? Pensaba que era algo que solo hacíamos en Navidad.

—Por lo general, sí. Pero como ha dicho tu madre, no tenemos muchas ocasiones de tener a nuestro bebé en casa y quería sacarle el máximo partido a vuestra visita.

Me giré y miré a Declan:

—Prepárate, estás a punto de ver a mi familia en acción.

—Lo estoy deseando. Me has hablado tanto de esas *gymnkanas* que tengo curiosidad por presenciar una.

—¡Pues vamos!

—Oh, maldita sea —se lamentó Rose—. Tengo que ir al baño. Creo que Amy me ha llenado de babas, y quiero adecentarme un poco para la foto final.

—Claro.

—Cariño, ¿puedes cogerla un ratito? —le preguntó a Mark.

—Claro —respondió este.

—Puedo cogerla yo —intervino Declan.

Puse los ojos como platos. Mi hermana se le acercó, y de inmediato cogió a Amy y la acomodó en sus brazos. *Dios, vaya imagen tengo delante*. No estaba segura de si estaba babeando, derritiéndome o las dos cosas.

—Se te dan muy bien los niños —recalcó mi madre.

—Practiqué mucho con mi sobrina.

—¿Cuántos años tiene?

—Diez.

Declan les estuvo hablando sobre Paisley, y Rose regresó unos minutos más tarde y cogió de nuevo a Amy.

Mi padre llamó nuestra atención con una palmada:

—Venga, todos al jardín trasero.

Hice una pirueta de alegría por lo bien que estaba yendo el día, y salí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, entonces ¿quién va a participar? —pregunté, mirando a Declan.

Este subió ambos brazos:

—No, no, yo solo voy a mirar —respondió. Ya me imaginaba que mi abogado cascarrabias no participaría, pero aun así le amaba.

—Nosotros sí —dijo Mark, incluyendo a Rose.

—Yo me quedo con Amy —se ofreció mi madre.

—Así que somos nosotros tres, ¿eh? —concluí mientras me frotaba las manos—. Papá, ¿tú controlas el tiempo?

—Claro. Liz, tus pistas son las de color negro. Mark, las tuyas son amarillas, y las de Rose rojas.

—Entendido —dijo Mark.

Al pasar la vista por el jardín vi de inmediato un bulto negro cerca del nogal. En cuanto salí fuera, entré en modo *gymkhana*. Tenía todos los sentidos puestos en el premio. Me agaché junto al bulto, que resultó ser una pequeña bolsa de regalo negra. Al mirar dentro, descubrí que estaba vacía excepto por un trozo de papel con una flecha. Tuve cuidado de no moverlo y seguí la dirección de la flecha con la mirada.

Vale, cuarenta y cinco grados al sur. Miré la bolsa de arriba abajo por si hubiera otra pista que se me hubiera escapado. Pero no tenía tiempo de analizarla a fondo, tenía que llegar a la siguiente parada. No le presté atención a lo que hacían mi hermana y mi cuñado. Solo me distraerían, y necesitaba centrarme en mis pistas. No me importaba lo que estuvieran haciendo. Fui corriendo a mi destino, y al agacharme descubrí...

Una diminuta bolsita de terciopelo negro, también vacía. No tenía ni idea de lo que significaba. El papel con la flecha estaba oculto en el arbusto a su lado, y señalaba noventa grados al oeste. Salí disparada, y no pude evitar buscar por el rabillo del ojo a mi hermana y a

Mark. No estaban dentro de mi campo visual, pero no me paré a mirar más allá porque no quería perder ni un segundo.

Así que corrí hasta la siguiente pista. Busqué en el suelo, pero no vi nada. Entonces miré en un seto y vi la cajita de una joyería.

—¡Hola! —dijo Declan, que estaba detrás de mí.

—¡Dios mío! ¿Por qué haces eso? —exclamé, llevándome una mano al pecho—. Me has asustado.

—Lo siento, pensé que quizás necesitabas ayuda.

—¿Encontrando las pistas? —pregunté, sorprendida.

—Esta es la última.

—¿Cómo lo sabes?

Una comisura se le alzó en una sonrisilla:

—He ayudado a tu padre.

—Espera, ¿qué? No me encaja en ti.

Metió la mano en el seto y sacó la caja.

—¡Oye, ese es mi regalo! Se supone que tengo que abrirlo.

—Cariño, es el tipo de regalo que alguien abre para ti —contestó. Seguía sonriendo, pero parecía nervioso.

¿Qué está pasando aquí?

Antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo, se puso de rodillas y abrió la caja. Y solo entonces las piezas comenzaron a encajar en mi cabeza. La bolsa de regalo, la cajita de la joyería... *Oh, Dios mío, ¿ha organizado la gymkhana para pedirme matrimonio?*

Declan se aclaró la garganta:

—Liz, quiero pedirte que seas mi esposa en este lugar que es tan importante para ti. Eres una mujer increíble, y quiero pasar a tu lado el resto de mi vida. Amo tu capacidad para sonreír frente a la adversidad, y cómo luchas por lo que quieres. Eres una persona maravillosa, y te amo con toda mi alma. ¿Quieres casarte conmigo?

Yo mientras tanto no dejaba de apoyarme en una pierna y luego en la otra, incapaz de quedarme quieta. Sentía la euforia en mis venas.

—Sí. Te amo, Declan. Con todo mi corazón. Valoro mucho que estés haciendo esto por mí. ¿Quién me iba a decir que mi abogado cascarrabias podía ser tan romántico?

—Oye, pero no se lo cuentes a nadie, necesito mantener intacta mi reputación —bromeó mientras se ponía de pie y entre los dos poníamos el anillo en mi dedo. Era un diamante blanco, rodeado de otros más pequeños.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo —respondí, y di un gritito—. ¡Dios, Declan, cuánto te amo!

—Yo también te amo, cariño. Me haces muy feliz día tras día. Me has cambiado.

—Aunque hay cosas que nunca cambian. Sigues odiando bailar, y las mañanas.

—He dicho que eres maravillosa, no que hagas milagros. Pero estoy abierto a cambiar de opinión acerca de las mañanas, siempre y cuando estés a mi lado al despertarme.

—Guau, pues sí que eres romántico.

Declan respondió con una sonrisa:

—Me esfuerzo por serlo. Y en este preciso momento me muero de ganas de besarte como si no hubiera un mañana.

Puse los ojos como platos:

—No puede ser, están aquí mis padres.

—Ya lo sé. Ese es un fallo del plan que no había previsto. Pero quería pedírtelo en un lugar que fuese especial para ti.

Le enredé los brazos al cuello y me puse de puntillas para darle un beso recatado:

—Eso es todo lo que puedo darte —susurré contra sus labios.

—Mal hecho —replicó—. Ahora te deseo aún más.

—Después —musité.

—Después. Cuando te tenga solo para mí.

Me rodeó los hombros con un brazo y nos acercamos a la casa. Y entonces me di cuenta de que Rose y Mark estaban al lado de mis padres con las manos vacías.

—Espera un segundo —dije mientras nos acercábamos a ellos—. ¿Era yo la única que estaba haciendo la *gymkhana*?

—Nosotros éramos los cebos —anunció Rose con orgullo.

—Habría sido sospechoso que hubiésemos preparado una *gymkhana* solo para ti —explicó mi padre.

Yo sonreía cuando Declan tomó mi mano:

—Así que estábais todos en el ajo.

—Acertaste —respondió mi madre—. Bueno, ¿quién quiere postre?

Levanté la mano:

—¡Yo!

Entramos todos en la casa, y mi madre se enganchó a mi brazo:

—Enhorabuena, mi amor. Qué feliz me siento. Declan es un hombre maravilloso. Y por el modo en que te mira, tengo claro que te amará toda la vida.

—Y yo a él.

—Te he escuchado —intervino Declan, que estaba detrás de mí.

—Pues vale, no es ningún secreto —musité.

Mi madre me miró, y luego a Declan, con un brillo en la mirada:

—Eres un buen hombre, Declan. Y te mereces el ascenso.

—¿Qué? —le pregunté.

Rose me cogió del otro brazo:

—Se puso bastante creativo para pedirte la mano. Nos dijo que quería ascender de “novio del año” a “prometido del año”. Y se lo ha ganado con creces, ¿no crees?

Miré a Declan, que me hizo un gesto con las cejas que me hizo reír:

—Ya te digo.

Epílogo

Liz

—Cariño, es todo un detalle por tu parte, pero no tienes por qué hacerlo —me decía Declan dos semanas más tarde, la mañana en que la abuela y Reese volaban a Londres.

—Por supuesto que sí —repuse mirando la bolsa de dulces que había preparado con mimo mientras paseábamos por Millenium Park en dirección a su bufete. Era tempranísimo, tanto que nunca había estado en la calle a esa hora.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

—Mira, va a ser un momento duro para la abuela. Le vendrá bien tener algo que le endulce el trago, y a Reese siempre le apetecen mis dulces.

Me dio un beso en el cuello y respiró hondo, como si nunca pudiera saciarse de mí. Amaba a ese hombre con todo mi ser.

—Además, se está despidiendo de vosotros con tanto ímpetu que sospecho que le teme un poco al viaje.

—Creo que tienes razón —coincidió Declan—. Y me alegro mucho de que de una puta vez te hayas decidido a contratar a otra repostera.

Con una sonrisa, respondí:

—Yo también.

Transigí la semana anterior, cuando batí mi propio récord al trabajar en la pastelería dieciséis horas seguidas. La nueva incorporación me posibilitaba tomarme un respiro de vez en cuando, como el que me estaba tomando en ese momento.

Subimos al ascensor, y en cuanto salimos dije:

—Bueno, a ver dónde está la panda.

—Anda, pero si ya están todos aquí —anunció Declan cuando escuchamos la inconfundible voz de la abuela, y también la de Reese.

Estaban congregados en la pequeña cocina, donde había una cafetera y una mesa redonda con sillas.

—Hola, familia —les dije, y alcé la bolsa para que la vieran.

Travis, Luke y Tate también estaban sentados a la mesa. Sería este último quien las llevase al aeropuerto.

—¡Has traído comida! —saludó Travis.

Su reacción me arrancó una risita:

—Pues sí, pero no para ti.

Travis hizo un gesto exasperado:

—¿Estás agitando la bolsa delante de mis narices y ni siquiera has traído para mí? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—Siempre puedes acompañarme luego a la pastelería para que te dé algo. —Me giré hacía Reese y la abuela y les dije—: Os he hecho galletas para el viaje. Aguantarán un par de días, así que no tenéis que coméroselas todas de golpe.

—Humm, qué rico —contestó Reese, que se frotaba las manos.

La abuela lucía una sonrisa de oreja a oreja:

—Declan, te has buscado una buena mujer.

—Tienes toda la razón —coincidió este, sin quitarme la mano de la parte baja de la espalda. Me encantaba sentir esa conexión con él.

—Liz, no tenías por qué hacerlo —me dijo la abuela.

—Claro que sí. Son para desearos un buen viaje.

—Gracias, querida.

—No tenías por qué venir aquí, abuela —le reconvino Declan—. Podrías habernos dicho que fuésemos a tu casa.

—Tonterías. En mis tiempos, cuando alguien hacía un viaje largo iba a despedirse de sus amigos y familiares. Es más fácil hacerlo con todos a la vez en la oficina que yendo a vuestras casas una por una. Siento haberlo dejado para el último momento, pero tenía muchos preparativos que hacer para el viaje. Ya he hablado con vuestros padres y con John.

—¿Quién es John? —preguntó Luke.

Travis dejó de pasearse por la cocina, y Tate arqueó una ceja. Reese frunció los labios, pero miraba a la abuela con curiosidad.

—Oh, es un buen amigo mío. Podría decirse que es una especie de compañero.

Luke se quedó boquiabierto:

—Espera, ¿qué quieres decir con eso de compañero? ¿Estáis saliendo?

—A mi edad no se le dice así. Se le dice ir a tomar café.

Los hermanos se miraron los unos a los otros, y Tate carraspeó:

—Nos alegramos por ti, abuela.

Pobrecito, está conmocionado.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —preguntó Travis.

—Porque no es nada que os incumba a ninguno de vosotros —replicó la abuela—. Además, no tengo claro todavía si presentárselo a la familia o no.

—¡Abuela, venga ya! Ya lleváis meses yendo a tomar café, ¿verdad? —apostilló Reese.

La abuela frunció el ceño:

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Ehmm...

La abuela le hizo callar con un gesto:

—No importa.

—Deberíamos irnos yendo —intervino Tate.

La abuela asintió:

—Vale. Me alegro de veros, chicos. Portaos bien en mi ausencia.

—Lo haremos, abuela —respondieron todos a coro.

—Y deseadme suerte —añadió con un murmullo.

—Todo irá bien —la animó Reese—. Lo vamos a pasar muy bien en Londres. Además, vas a conocer a tu nieta pequeña y yo a mi medio hermana. Estoy muy emocionada.

—Adiós, panda. Después nos pondremos al día —se despidió Tate.

Reese me dio un beso en la mejilla y cogió la bolsa con la comida:

—Muchísimas gracias por el detalle. Nos va a venir muy bien algo de tu magia antes de que la abuela y mi padre se reencuentren.

—Diviértete —le respondí con una mirada cómplice. Las cosas habían estado moviditas desde que concedió la entrevista. Tenía que rechazar constantemente solicitudes para que contara su historia. La parte buena era que no había la menor noticia de Malcom. Le vendría bien pasar algunas semanas en Londres, alejada de todo el revuelo.

La habitación se quedó unos segundos en silencio cuando se marcharon, hasta que Travis carraspeó y dijo:

—¿Alguien más está tan conmocionado como yo? ¿No? ¿Es cosa mía?

Declan me rodeó los hombros con un brazo:

—Oye, yo solo quiero que la abuela sea feliz.

—Sí, yo también —coincidió Travis—. Pero no me esperaba algo así. ¿Y por qué no querrá presentárnoslo? ¿Tú qué opinas? —le preguntó a Luke.

Este se encogió de hombros:

—Tengo mil cosas que hacer hoy, no puedo pararme a pensar en eso.

—Oh, venga ya, tío. Siempre se puede sacar tiempo para cotillear un poco —repuso Travis.

—Bueno, supongo que puedo dedicarle unos minutos —concedió Luke.

Justo en ese momento, Greta asomó la cabeza:

—Luke, está aquí la señorita Holmes. Dice que tiene una cita con tu director de Recursos Humanos. ¿Le digo que espere, o la vas a recibir?

—Dame un par de minutos —contestó.

—Muy bien —dijo Greta, y al apartarse pude ver a la señorita Holmes. Todos la vimos. Se paseaba arriba y abajo por la recepción.

—¡Mierda! —exclamó Luke.

Giré la cabeza en su dirección:

—¿Qué pasa? ¿La conoces?

Todos los ojos estaban fijos en Luke:

—Algo así. Ahora no puedo entrar en detalles.

Travis arqueó una ceja, y Declan se acercó a Luke y le dijo:

—Sé profesional. Lo que ocurriese antes de conocerlos no puede ser usado en tu contra en un juicio.

Luke se pasó una mano por el pelo:

—Gracias, hermano, aunque esa posibilidad no se me pasaba por la cabeza. Tengo otras cosas por las que preocuparme —puntualizó, con aspecto tenso—. Os lo contaré todo más tarde, no quiero hacerle esperar.

Mientras salía, miré atentamente a la chica. Al ver a Luke puso los ojos como platos y pareció conmocionada.

—Esto va a ser divertido —opinó Travis.

Declan soltó una carcajada:

—Tiene toda la pinta.

Este es el final de la historia. La serie continúa con la history de Luke. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

[Solteros Muy Irresistibles](#)

Contacto de la Autora

Laylahagen.com

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla